

A WORLD TORN APART. A LOVE UNDER SIEGE.



THROUGH THE
EVER
NIGHT

VERONICA ROSSI

SINOPSIS

Han pasado meses desde que Aria vio por última vez a Perry. Han pasado meses desde que Perry fue nombrado el Lord de la Sangre de los Tides, y a Aria se le asignó una misión imposible.

Los Tides no tratan con amabilidad a Aria, una ex-habitante de la Cápsula. Y con el empeoramiento de las tormentas del Éter amenazando la precaria existencia, Aria empieza a temer que dejar atrás a Perry podría ser la única manera de salvarlos a ambos.

Amenazados por falsos amigos, enemigos ocultos, y poderosas tentaciones, Aria y Perry se preguntan, ¿su amor podrá sobrevivir a través de la noche eterna?

CAPÍTULO 1

Peregrine

Aria estaba aquí.

Perry siguió su esencia, moviéndose rápidamente a través de la noche. Mantuvo la calma incluso mientras examinaba el oscuro bosque, aunque su corazón latía en su pecho. Roar le había dicho que ella estaba de vuelta al exterior, había enviado incluso una violeta con un mensaje como prueba, pero Perry no lo creería hasta que la viera.

Llegó a un lugar de piedras y dejó caer su arco, carcaj y morral. Luego brincó, saltando de roca en roca hasta que se encontró en la parte superior. El cielo estaba cubierto con una gruesa capa de nubes que brillaban suavemente con la luz del Éter. Echó un vistazo a las colinas, su mirada se detuvo en un tramo de tierra estéril. Una cicatriz plateada, chamuscada, dejada por las tormentas de invierno. Gran parte de su territorio, dos días hacia el oeste, se veía igual.

Perry se tensó cuando vio la cola de una fogata en la distancia. Inhaló y captó el olor de humo en una ráfaga fría. Eso tenía que ser ella. Estaba cerca.

—¿Algo? —exclamó Reef. Se puso de pie a unos veinte metros más abajo. El sudor brillaba en su piel marrón oscura, corriendo a lo largo de la cicatriz que iba desde la base de la nariz hasta arriba a su oreja, dividiendo su mejilla, y estaba respirando pesadamente. Apenas hace unos meses habían sido extraños. Ahora Reef era el jefe de su guardia, rara vez no estaba a su lado.

Perry bajó y aterrizó con un crujido húmedo en un parche de nieve derretida.

—Ella está hacia el este. Un kilómetro y medio. Tal vez menos.

Reef se pasó una manga por la cara, alejando sus trenzas y limpiándose el sudor. Por lo general, se mantenía sin ningún esfuerzo, pero dos días a un ritmo marcado había sacado la década entre ellos.

—Dijiste que nos ayudaría a encontrar el Perpetuo Azul.

—Nos ayudará —dijo Perry—. Te lo dije. Necesita encontrarlo, así como nosotros.

Reef se dirigió hacia arriba, llegando a menos de treinta centímetros de Perry, y entrecerró los ojos.

—Me dijiste eso. —Él inclinó la cabeza e inhaló, el gesto audaz y animal. Él no restaba importancia a su Sentido como Perry hacía—. Pero no es por eso que hemos venido detrás de ella —dijo.

Perry no podía leer sus propios ánimos, pero podía imaginar las esencias que Reef había absorbido.

Entusiasmo, verde, fuerte y vivo. Deseo, espesor y almizcle. Imposible perderse.

Reef era un Scire también. Sabía exactamente lo que Perry sentía en estos momentos, a pocos minutos de ver a Aria. Las esencias nunca mentían.

—Es una de las razones —dijo Perry de modo tirante. Tomó sus cosas, poniéndolas en su hombro con un impaciente estirón—. Acampa aquí con los otros. Estaré de vuelta para la salida del sol. —Se volteó.

—¿Salida del sol, Perry? ¿Piensas que los Tides quieren perder otro Lord de la Sangre?

Perry se congeló y volvió a darle la cara.

—He estado aquí afuera cientos de veces por mi cuenta.

Reef asintió.

—Seguro. Como un cazador. —Tomó un odre de su cartera de piel, sus movimientos casuales y lentos, aunque todavía estaba sin aliento—. Ahora eres más que eso.

Perry miró dentro del bosque.

Twig y Gren estaban allí, escuchando y viendo el peligro. Ellos habían estado protegiéndolo desde que salió de su territorio. Reef tenía razón.

Aquí, en la zona fronteriza, la supervivencia era la única regla. Sin su protección, su vida estaría en peligro. Perry dejó escapar un lento suspiro, su esperanza de pasar una noche a solas con Aria fugándose.

Reef tapó el corcho de su odre con un golpe firme.

—¿Y bien? ¿Qué manda mi Lord?

Perry negó con la cabeza por su formalidad, la manera de Reef de recordarle su responsabilidad. Como si pudiera olvidarlo.

—Tu *Lord* se tomará una hora solo —dijo, y se alejó trotando.

—Peregrine, espera. Necesitas...

—Una hora —exclamó Perry por encima de su hombre. Lo que sea que Reef

quería, podía esperar. Cuando estuvo seguro de haber dejado a Reef atrás, Perry afirmó el agarre en su arco y arrancó a correr. Las esencias pasaban en un destello mientras se colaba por los árboles. El rico, prometedor olor de tierra mojada. El humo de la fogata de Aria. Y *su* esencia. Violetas, dulces y extrañas.

Perry disfrutaba de la quemadura en sus piernas y el aire fresco que fluía a través de sus pulmones. El invierno era un tiempo para celebrar mientras las tormentas del Éter causaban estragos, y no había estado a la intemperie así durante mucho tiempo, no desde que había llevado a Aria a la Cápsula de los Habitantes en busca de su madre. Había estado diciéndose a sí mismo que ella estaba de vuelta a donde pertenecía, con su gente, y él tenía su propia tribu que cuidar. Luego, hace apenas unos días, Roar había aparecido en el recinto con Cinder y le dijo que estaba aquí en el exterior. A partir de ese momento sólo podía pensar en estar con ella otra vez.

Perry se movió de prisa por una suave pendiente con hierba nueva y reciente lluvia, observando el bosque. A pesar de estar tan oscuro bajo los árboles, la luz del Éter se filtraba suavemente a través del dosel, pero cada rama y hoja quedaban en claro contraste, gracias a su sentido de la vista nocturna. Con cada paso, el olor de la hoguera de Aria se hizo más fuerte. En un instante se acordó de su juego de engañar, silenciosa como una sombra, y plantándole un beso en la mejilla. No pudo evitar que una sonrisa viniera a sus labios.

Más adelante vio movimientos borrosos a través de los árboles. Aria apareció a la vista. Brillante. Silenciosa. Silencio. Determinación mientras buscaba el área. Cuando ella lo vio, sus ojos se abrieron por la sorpresa, pero su paso no se detuvo ni tampoco el suyo. Él se deshizo de sus cosas, dejándolas donde cayeron, y echó a correr. Lo siguiente que supo, es que ella se estrelló contra su pecho, sólida y fragante en sus brazos.

Perry la sostuvo contra él.

—Te extrañé —le susurró en el oído. No podía tenerla lo suficientemente cerca—. Nunca debí haberte dejado ir. Te extrañé tanto. —Las palabras brotaban de él. Dijo una docena de cosas que no había querido decir, hasta que ella se echó hacia atrás y le sonrió. Entonces no pudo hablar en absoluto. Se fijó en el arco de sus cejas delgadas, negras como su cabello y la astucia en sus ojos grises. Razonable y finamente hecha, era hermosa. Incluso más de lo que recordaba.

—Estás aquí —dijo ella—. No estaba segura de que vendrías.

—Vine tan pronto como...

Antes de que pudiera terminar, sus brazos rodearon su cuello y estaban besándose, un beso torpe y apresurado. Los dos estaban respirando fuertemente.

Sonriendo mucho. Perry quería hacerlo más despacio y saborear todo, pero no podía conseguir una pizca de paciencia. No estaba seguro si comenzó a reírse primero él o ella.

—Puedo hacerlo mejor que eso —dijo él, mientras ella solo dijo:

—Estás más alto. Juro que has crecido.

—¿Más alto? —dijo él—. Espero que no.

—Lo estás —dijo. Estudió su cara como si quisiera saberlo todo sobre él. Casi ya lo hacía. Durante su tiempo juntos, él le dijo cosas que nunca le había dicho a nadie. La sonrisa de Aria se desvaneció cuando su mirada se detuvo en la cadena alrededor de su cuello.

—Escuché lo que pasó. —Ella se acercó y levantó el peso de su collar—. Eres un Lord de la Sangre ahora. —Habló suavemente, más para sí misma que para él—. Esto es... deslumbrante.

Miró hacia abajo, mirando sus dedos correr a través de los eslabones de plata.

—Es pesado —dijo él.

Este era el mejor momento que había tenido desde que había llevado la cadena con él meses atrás. Aria lo miró a los ojos, enfriándose su temperamento.

—Siento lo de Vale.

Perry miró al otro lado del sombrío bosque y tragó por la tensión repentina en su garganta. El recuerdo de la muerte de su hermano le mantenía noches en vela.

Algunas veces, cuando estaba solo, le dejaba sin respiración. Gentilmente tomó la mano de Aria de la cadena y deslizó sus dedos por los de ella.

—Luego —dijo él. Tenían meses con los que ponerse al día. Él quería hablar acerca de su madre. Quería consolarla ya que había escuchado las noticias de Roar. Pero no ahora, cuando apenas la acababa de recuperar—. Luego... ¿bien?

Ella asintió, sus ojos afectuosos de comprensión.

—Luego. —Volteó su mano para ver las cicatrices que Cinder le había dejado. Pálidas y gruesas como rastro de cera, hicieron una red desde sus nudillos hasta la muñeca—. ¿Todavía te molesta esto? —preguntó, repasando las cicatrices con sus dedos.

—No. Me recuerdan a ti... de cuando las vendaste. —Bajó su cabeza, colocando su mejilla cerca de la de ella—. Esa fue la primera vez que me tocaste sin

odiarlo. —En esa cercanía, su esencia estaba en todos lados, corriendo a través de él, de alguna manera agitándolo y suavizándolo al mismo tiempo.

—¿Te dijo Roar a dónde iba? —preguntó ella.

—Lo hizo. —Perry se enderezó y miró hacia arriba. No podía ver las corrientes del Éter, pero sabía que estaban allí, flotando por encima de las nubes. Cada invierno, las tormentas de Éter crecían más fuertes, trayendo fuego y ruina. Perry sabía que sólo se pondría peor. La supervivencia de su tribu dependía de encontrar una tierra que se rumoraba era libre del Éter, la misma cosa que Aria estaba buscando—. Me dijo que estabas buscando el Perpetuo Azul.

—Vieron a Bliss. —Él asintió. Habían ido a la Cápsula juntos en busca de su madre y la encontraron destruida por el Éter. Cúpulas del tamaño de colinas habían colapsado.

Las paredes de tres metros de espesor habían sido aplastadas como cáscaras de huevo.

—Es solo cuestión de tiempo antes que eso le pase a Reverie —continuó—. El Perpetuo Azul es nuestra única oportunidad. Todo lo que he escuchado apunta a los Horns. A Sable.

El pulso de Perry se aceleró a la mención de ese nombre. Su hermana, Liv, debió haberse casado con el Lord de la Sangre de los Horns la primavera pasada, pero se asustó y huyó. Liv todavía no había aparecido. Tendría que lidiar con Sable pronto.

—La ciudad de los Horns todavía estaba bloqueada por el hielo —dijo él—. El borde no será accesible hasta pasen los deshielos del norte. Podría ser un par de semanas antes de eso.

—Lo sé —dijo ella—. Pensé que estaría más claro ahora. Iré al norte tan pronto como pase.

Ella se apartó bruscamente de él y escudriñó el bosque, con la cabeza inclinada rápida y aguda. Él había estado allí cuando ella se enteró de que era una Aud. Cada sonido había sido un descubrimiento. Ahora observó cómo su atención cambió naturalmente a los ruidos de la noche.

—Alguien viene —dijo ella.

—Reef —dijo Perry—. Es uno de mis hombres. —No es posible que ya haya pasado una hora. Ni de cerca—. Hay más cerca.

Perry captó la picada en el temperamento de ella, un vigorizante, desplazamiento fresco. En el momento siguiente, falló por un latido su corazón. No

se había sentido atado a otras emociones en meses. Desde la última vez que había estado con ella.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó ella.

—Pronto. Mañana.

—Entiendo. —Miró de él a la cadena, su expresión volviéndose distante—. Los Tides te necesitan.

Perry negó con la cabeza. Ella no entendía.

—No vine aquí para verte una noche, Aria. Ven conmigo y los Tides. No es seguro aquí, y...

—No necesito ayuda, Perry.

—Eso no es a lo que me refiero. —Estaba demasiado alterado para ordenar sus pensamientos. Antes de que pudiera decir nada más, ella dio otro paso más lejos de él, sus manos cerniéndose sobre las cuchillas en su cinturón. Segundos más tarde, Reef salió del bosque, los hombros encorvados mientras caminaba hacia ellos. Perry maldijo por lo bajo. Necesitaba más tiempo con ella.

A solas.

Los pasos de Reef se contuvieron cuando vio a Aria alerta y armada. Probablemente no lo que esperaba de una Habitante. Perry notó su expresión cautelosa también. Con la cicatriz en su cara y su mirada retadora, Reef lucía como alguien que se debía evitar.

Perry aclaró su garganta.

—Aria, él es Reef, jefe de mis guardias. —Se sentía extraño presentar dos personas que significaban mucho para él. Como si ya debieran haberse conocido.

Reef asintió tensamente, dirigido a nadie, y luego le disparó una mirada dura a Perry.

—Unas palabras —dijo bruscamente, antes de marcharse.

La ira atravesó a Perry por haber hablado de esa manera, pero confiaba en Reef. Miró a Aria.

—Ya vengo.

No había ido muy lejos cuando Reef se giró, sus trenzas pivoteando.

—No tengo que decir cuál es tu temperamento ahora, ¿no es así? Es la esencia de la *estupidez*. Nos has traído hasta aquí persiguiendo a una chica quien te tiene tan...

—Ella es una Aud —interrumpió Perry—. Puede escucharte.

Reef apuntó con un dedo en el aire.

—Quiero que me escuches tú, Peregrine. Tienes una tribu en la que pensar. No puedes permitirte perder la cabeza por una chica, *especialmente* no por una Habitante. ¿Te has olvidado de lo que pasó? Porque te juro que la tribu no.

—Los secuestros no han sido su culpa. No tiene nada que ver con ellos. Y ella solo es mitad Habitante.

—¡Es un *Topo*, Perry! Uno de *ellos*. Eso es todo lo que van a ver.

—Harán lo que yo diga.

—O quizás van a volverse contra ti a tus espaldas. ¿Cómo crees que lo van a tomar al verte con ella? Vale podría haber negociado con los Habitantes, pero nunca se llevó uno a la cama.

Perry se lanzó hacia delante, agarrando a Reef por el chaleco. Estaban de pie, mirándose fijamente, a pocos centímetros de distancia.

El temperamento de Reef produjo una quemadura de hielo en la parte posterior de la lengua de Perry.

—Has demostrado tu punto. —Perry dejó ir a Reef y retrocedió, tomando un poco de aliento. El silencio cayó entre ellos, demasiado fuerte después de su discusión.

El veía el problema de llevar a Aria con los Tides. La tribu la culpaba por los niños perdidos, a pesar de su inocencia, porque ella era una Habitante. Sabía que no sería fácil, y no al principio, pero iba a encontrar una manera de hacer que funcionara. Lo que hubiese que hacer a continuación, la quería con él y era su decisión como Lord de la Sangre.

Perry miró a donde Aria esperaba, luego de nuevo a Reef.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —dijo Reef.

—Eres un juez terrible del tiempo.

Reef sonrió. Se pasó una mano por la parte posterior de la cabeza y suspiró.

—Entonces lo soy. —Cuando volvió a hablar, su voz había perdido su mordacidad—. Perry, no quiero verte cometiendo este error. —Él hizo una seña hacia la cadena—. Se lo que te ha costado. No quiero ver cómo la pierdes.

—Sé lo que estoy haciendo. —Perry tomó el frío metal en su mano—. Lo he

entendido.

CAPÍTULO 2

Aria

Aria miraba a los árboles, escuchando los pasos de Perry volviéndose más altos mientras regresaba. Vio el brillo de la cadena en su cuello primero, y luego sus ojos, parpadeando en la oscuridad.

Se habían encontrado con tanta prisa antes.

Ahora, mientras caminaba hacia ella, lo vio por primera vez completo.

Él era impresionante. Mucho más de lo que recordaba. Había crecido, como primero había pensado, y más musculoso a través de los hombros, acomodándose en su altura desgarbada. En la penumbra vio un abrigo oscuro y pantalones con líneas ajustadas y limpias, no las maltratadas, remendadas ropa del cazador que le había conocido en el otoño. Su cabello rubio era más corto, cayendo en capas que enmarcaban su rostro, tan diferentes de las largas ondas sinuosas que había conocido antes.

Tenía diecinueve años, pero parecía mayor que sus amigos en Reverie. ¿Cuántos de sus amigos habían pasado por lo mismo que él? ¿Cuántas cientos de personas tuvieron que cuidar?

Ninguna. Venían de mundos totalmente diferentes. *Éter*, pensó. Era la única cosa que los Habitantes y los Forasteros tenían en común. Amenazaba a los dos.

Perry se detuvo a unos pocos pasos de distancia. La luz pálida caía en fuertes planos en su cara, y notó sombras bajo sus ojos. Corrió una mano sobre el fino vello sobre su mandíbula. El sonido sonaba tan familiar, Aria casi podía sentir los vellos dorados debajo de la punta de sus dedos.

—Siento lo de Reef.

—Está bien —dijo, pero no era así.

Las palabras de Reef hacían eco en su mente. *Habitante*, la llamó él. *Topo*. Insultos amargos. Palabras que no había escuchado en meses. En la casa de Marron encajó como si perteneciera.

Su mirada cayó al suelo entre ellos. Tres pasos para ella. Dos para él. Momentos antes, habían estado apretujados.

Ahora se mantenían lejos como extraños. Como si justo todo hubiese cambiado.

Un error. Reef había dicho eso, también. ¿Tenía razón?

—Tal vez deba irme.

—No... quédate. —Perry se adelantó y tomó su mano—. Olvida lo que él dijo. Tiene un temperamento... peor que el mío.

Alzó la mirada y lo miró.

—¿Peor?

Su boca se elevó en una sonrisa torcida que había echado de menos.

—Casi peor. —Se acercó más, su expresión poniéndose más seria—. No vine aquí para verte una sola noche, o para ofrecerte ayuda. Estoy aquí porque quiero estar contigo. Podrían pasar semanas antes de que el norte se derrita. Esperaremos hasta que lo haga, luego buscaremos el Perpetuo Azul juntos. —Hizo una pausa, su mirada enfocada completamente en ella—. Vuelve conmigo, Aria. Quédate conmigo.

Algo brillante se desarrolló dentro de ella al oír esas palabras. Las memorizó como lo haría con una canción: cada nota, sin prisas, dichas en su timbre profundo y cálido. Pasara lo que pasara, mantendría esas palabras. No quería nada más que decir que sí, pero no pudo evitar la ansiedad que se arremolinaba en el estómago.

—Lo quiero —dijo ella—. Pero ya no somos nosotros dos solamente. —Él tenía sus responsabilidades con los Tides, y ella tenía sus propias presiones. El Consul Hess, Director de Seguridad de Reverie, había amenazado al sobrino de Perry, Talon, si Aria no le llevaba la localización del Perpetuo Azul. Era la razón, una de las razones, por las que había vuelto al exterior.

Aria miró a los ojos de Perry y no se atrevió a hablarle del chantaje de Hess. No había nada que pudiera hacer. Contándole sólo le haría preocuparse.

—Reef dijo que la tribu se pondría contra ti —dijo en su lugar.

—Reef está equivocado. —La mirada de Perry se desvió hacia el bosque por la molestia—. Puede que se tomen un tiempo en ajustarse, pero lo harán. —Apretó su mano, una sonrisa ligera en sus ojos—. Di que sí. Sé que quieres. Roar me golpeará si me aparezco sin ti, y hay otra razón por la que debes venir. Tal vez te ayude a decidir.

Él deslizó su mano por su brazo y pasó el pulgar por encima de su bíceps. La sensación de sus callos de arquero, de alguna manera, tan ásperos y suaves, envió un escalofrío a través de ella. Oyó el crujido de árboles con la brisa, y luego sintió el fresco roce contra sus mejillas. Nadie se metía tan firmemente en su piel como él lo hacía. Perry estaba hablando. Ella tuvo que dar marcha atrás en sus

pensamientos para ponerse al día.

—Necesitas Marcas. Es peligroso no tenerlas. Ocultar un Sentido es engañoso, Aria. La gente es asesinada por esconderlos.

—Roar me contó —dijo ella. Se había estado escondiendo en el bosque desde que se fue de la casa de Marron, así que su falta de Marcas no había sido un problema hasta ahora. Pero una vez que fuera al norte, se tropezaría con otra gente. No podía negar que estaría mucho más segura con los tatuajes de los Audile.

—Sólo un Lord de la Sangre puede garantizarlos —dijo él—. Y conozco uno.

—¿Apoyas que me haga las Marcas? ¿Aunque sea mitad Forastera?

Él ladeó su cabeza, ondas doradas cayendo por sus ojos.

—Sí. Deseo mucho hacerlo.

—Perry, y que si... —La voz de Aria se apagó, no muy segura de querer decir la pregunta que la había atormentado durante meses, pero tenía que saber. Incluso si significaba escuchar algo que la destruiría—. Me dijiste que solo estarías con otra Scire, y yo no soy... —Mordió su labio y terminó la oración en la seguridad de sus pensamientos. *No soy como tú. No soy lo que dijiste que querías.*

Su rostro se calentaba mientras la miraba. No importa lo que dijera o no, había olido la profundidad de su inseguridad.

Él se acercó más, trazando la línea de su mandíbula.

—Has cambiado mi forma de pensar sobre muchas cosas. Esa es sólo una de ellas.

De repente no podía imaginarse dejándolo. Tenía que encontrar una manera de que esto funcionara. La tribu la odiaría por ser una Habitante, estaba segura de eso. Y si ella y Perry llegaban al recinto de la mano, los Tides perderían toda la fe en su juicio. ¿Pero que si ella y Perry giraran el enfoque en algo más? ¿En algo que los dos necesitaran? Una idea tomó forma en su cabeza.

—¿Le dijiste algo a los Tides sobre mí? —preguntó.

Él frunció el ceño. La pregunta pareció sacarlo de balance.

—Le dije a unas pocas personas que nos ayudarías a encontrar el Perpetuo Azul.

—¿Eso es todo?

—Ni siquiera le he hablado a nadie acerca de *nosotros*, si es a lo que te refieres. —Se encogió de hombros—. Es privado... Entre nosotros.

—Lo mantendremos así. Regresaré como una aliada, y nos mantendremos fuera de ello.

Él se echó a reír, el sonido plano y sin humor.

—¿En serio? ¿Te refieres a *mentir*?

—No sería mentir. No es diferente de lo que dijiste: mantenerlo en privado. Podríamos tranquilizar a la tribu de esa forma. No vamos a hablar de nosotros hasta que tengamos una mejor idea de cómo van a tomarlo. ¿Roar guardaría silencio si le preguntan no es así?

Perry asintió con la cabeza, con la mandíbula apretada.

—Él me lo ha prometido. Hará cualquier cosa que le pida.

El sonido de una rama rompiéndose captó la atención de ella en el oscuro bosque. Tres pasos distintos tomaron forma, uno más pesado que los otros. El resto de la guardia de Perry estaba en camino. Hablaban en voz baja, sin embargo, cada voz era única a sus oídos, tan singular como los rasgos del rostro de una persona.

—Los otros vienen.

—Deja que vengan —dijo Perry—. Son mis hombres, Aria. No tengo por qué ocultarles nada.

Quería creerle, pero tenían que ser astutos. Como un nuevo líder, necesitaba a la tribu apoyándolo. Pero no podía negar que estar Marcada mejorarían sus oportunidades de encontrar el Perpetuo Azul, sin mencionar la ventaja que Perry le proporcionaría en su viaje a Rim. Era un cazador, un guerrero. Un sobreviviente. Más a sus anchas en las fronteras de lo que nadie sabía. Todas buenas razones para ir hacia los Tides durante unas pocas semanas antes de buscar el Perpetuo Azul. Ella y Perry conseguirían todo lo que querían, si mostraban un poco de cautela.

Los guardias de Perry se acercaban, sus pasos cada vez más fuertes a cada segundo.

Aria se puso de puntillas, apoyando sus manos sobre su pecho.

—Esta es la mejor manera, la más segura —susurró—. Confía en mí.

Ella apretó los labios rápidamente en los suyos, pero no estaba cerca de ser suficiente. Le tomó la cara entre sus manos, sintiendo la suave barba que había extrañado, y lo besó de nuevo con firmeza, con fuerza, antes de apartarse.

Cuando Reef y otros dos hombres aparecieron, ella y Perry estaba separados por varios pasos. La distancia entre extraños.

CAPÍTULO 3

Peregrine

Dos días después, Perry cruzó un crecimiento de robles y el recinto de los Tides apareció, coronando la cima de una pendiente, con el gruesamente nublado cielo a su espalda. Extensos campos abarcaban ambos lados del camino de tierra, extendiéndose hacia las colinas que enmarcaban el valle.

De niño, se había imaginado siendo el Lord de la Sangre muchas veces, pero no era nada comparado con lo que sentía ahora. Esta era la primera vez que había vuelto a casa en *su* territorio.

Desde la tierra al cielo, cada persona, árbol y roca entre ellos, le pertenecían.

Aria apareció a su lado.

—¿Es ese el recinto?

Perry desplazó su arco y el carcaj hacia su espalda, ocultando su sorpresa. En su regreso, ella no le había prestado más atención que a Reef, quien no la miraba, o a Gren y Twing, quienes no podían dejar de observarla.

Habían dormido con el fuego entre ellos en las noches, y apenas habían hablado durante el día. Cuando lo hacían, sus intercambios se habían sentido breves y fríos. Odiaba fingir alrededor de ella, pero si eso la ayudaba a sentirse cómoda volviendo con él, seguiría con eso. Por ahora.

—Justo ahí —dijo asintiendo. La lluvia los había estado amenazando durante todo el día y ahora una ligera llovizna comenzaba a caer. Deseaba que las nubes se abrieran para mostrar el sol, o el Éter, cualquier luz en absoluto, pero el cielo había estado cubierto por días—. Mi padre lo construyó en un círculo, más fácil de defender. Tenemos muros de madera que se cierran firmemente durante las redadas. La estructura más alta... ¿Ves el techo por allá? —Señaló—. Esa es la Cocina de Campaña. El corazón de la tribu.

Perry se detuvo mientras Twing y Gren pasaban junto a ellos. Él había enviado a Reef enfrente esa mañana para hacer un anuncio a los Tides, haciéndoles saber que Aria se encontraba bajo su protección como una aliada. Quería que su llegada fuera tan tranquila como fuera posible.

Con Twing y Gren caminando por delante, él se permitió dar un paso más cerca de ella y asintió hacia un tramo de tierra quemado al sur.

—Una tormenta de Éter se desató justo sobre esos bosques en el invierno. Se llevó una parte de nuestra mejor tierra de cultivo.

Un pequeño estremecimiento le recorrió los hombros mientras el temperamento de ella lo golpeaba. Un verde brillante, una esencia como de menta. Ella estaba alerta y un poco crispada con nervios.

Había olvidado cómo se sentía estar vinculado a otra persona de esta manera, no sólo por las esencias de su temperamento, sino sentir las él mismo. Aria no sabía que este lazo existía entre ambos. No se lo había dicho en el otoño, creyendo que nunca la vería de nuevo, pero lo haría pronto, cuando estuvieran a solas.

—El daño podría haber sido peor, sin embargo —continuó—. Evitamos que el fuego se expandiera y el recinto no fue afectado.

La observó mientras ella estudiaba el horizonte. El Valle Tide no era un territorio muy grande, pero era fértil, cercano al océano y estaba bien posicionado para defenderse. ¿No podía ver eso?

Era una buena tierra cuando el Éter la dejaba tranquila. No sabía por cuánto tiempo sería eso. ¿Otro año? ¿Dos, como mucho, antes de que se transformara en tierra chamuscada?

—Es mucho más bonita de lo que había imaginado —dijo.

Él exhaló con alivio.

—¿Sí?

Aria lo miró, sus ojos sonriendo.

—Sí.

Ella se volteó y Perry se preguntó si se habrían parado demasiado cerca. ¿No podían hablar si pretendían ser aliados? ¿Era demasiado una sonrisa? Entonces vio lo que ella había oído.

Willow cargaba hacia ellos a toda velocidad por el camino de tierra, con Flea galopando a su lado. El perro los alcanzó primero, haciendo las orejas hacia atrás, y desnudando sus dientes hacia Aria.

—Todo está bien —dijo Perry—. Es amistoso.

Aria se plantó firme en la tierra, y se puso de puntillas, lista para moverse rápido.

—No lo parece —dijo.

Roar le había dicho que se había vuelto una luchadora habilidosa en los

últimos meses. Perry veía la diferencia ahora. Se veía más fuerte, más rápida. Más cómoda con el miedo. Sacando sus ojos de encima de ella, se arrodilló.

—Aquí Flea. Dale un poco de espacio. —Flea avanzó hacia delante, y olfateó las botas de Aria, su cola balanceándose lentamente antes de abalanzarse sobre ellos. Perry rascó su áspero pelaje, un mosaico de pelos marrones y negros.

—Es el perro de Willow. Nunca los verás separados.

—Entonces supongo que esa es Willow —dijo.

Perry se enderezó a tiempo para ver a Willow pasar volando junto a Gren y Twig con un rápido saludo, entonces se lanzó a sus brazos de la misma manera que hacía cuando tenía tres años. A los trece ya estaba demasiado grande para eso, pero lo hacía reír, así que Willow continuaba haciéndolo.

—Me dijiste que sólo serían un par de días —dijo tan pronto como Perry la bajó.

Estaba usando su atuendo usual, pantalones polvorientos, botas polvorientas, camiseta polvorienta y tiras de tela roja trenzadas en su oscuro cabello, hechas de pedazos de la falda que su madre le había enviado durante el invierno, pero que ella había rasgado.

Perry sonrió.

—Fueron sólo un par de días.

—Se sintió como una eternidad —dijo Willow y entonces reparó en Aria, sus oscuros ojos marrones mirando con sospecha.

Cuando había dejado por primera vez Reverie, habría sido difícil no darse cuenta de que ella era una Habitante.

Había hablado con agudos y altos sonidos, su piel había sido pálida como la leche, y su esencia había sido rancia y apagada. Esas diferencias, se habían desvanecido. Ahora era notable por otra razón, la misma razón por la que Twig y Gren la habían estado mirando por lo últimos dos días cuando no se daba cuenta.

—Roar me dijo que una Habitante venía —dijo Willow finalmente—. Dijo que me gustarías.

—Espero que tenga razón —dijo Aria, acariciando a Flea en la cabeza. El perro estaba sentado contra su pierna ahora, jadeando felizmente.

Willow levantó su barbilla.

—Bueno, a Flea le gustas, así que tal vez a mí también.

Miró hacia Perry frunciendo el ceño, y él sintió su temperamento. En general

se trataba de un aroma como a cítricos, pero ahora un oscuro tono borroneaba los bordes de su visión, diciéndole que algo no estaba bien.

—¿Qué sucedió Will? —preguntó.

—Sólo sé que Bear y Wylan han estado esperándote, y no se ven felices. Creí que querrías saberlo. —Los delgados hombros de Willow se levantaron en un encogimiento, y entonces salió corriendo con Flea trotando junto a ella.

Perry comenzó a dirigirse hacia el recinto, preguntándose qué iría a encontrar.

Bear, una pared humana con corazón gentil y manos permanentemente manchadas por la tierra, era el encargado de todo lo relacionado con los cultivos.

Delgado y gruñón, Wylan era el líder pescador de los Tides. Ambos discutían constantemente sobre cuál era el recurso principal de los Tides en una infinita batalla entre la tierra y el océano. Perry esperaba que no fuera nada más.

Aria se enderezó con confianza mientras pasaban las puertas principales y entraban hacia el claro en el centro del recinto, pero podía sentir el frío tono de su miedo.

Vio su hogar a través de los ojos de ella. Un círculo de casas hechas de madera y piedra, curtidas por el aire salado, y una vez más se preguntó qué estaría pensando. No había nada tan cómodo como el hogar de Marron y no había comparación con a lo que estaba acostumbrada en las cápsulas.

Habían llegado justo antes de la cena, una infortunada sintonización. Docenas de personas se enfilaban, esperando a ser llamados a comer. Otros se paraban junto a sus ventanas, o se abarrotaban en las puertas con los ojos muy abiertos.

Uno de los chicos de Gray señaló mientras otro reía a su lado. Brooke se levantó de una banca frente a su casa, mirando de él a Aria y viceversa. En un destello de culpa, Perry recordó la conversación que había tenido con ella en el invierno. Le había dicho a Brooke que no podían estar juntos porque tenía demasiadas cosas en mente.

Ese *demasiado* había sido Aria, la chica que en ese momento, pensó que nunca volvería a ver.

Cerca de allí, Bear y Wylan estaban hablando con Reef. Al verlo cayeron en un repentino silencio. Algún instinto hizo que Perry se moviera hacia su casa. Lidiaría con ellos pronto. No veía a la única persona que podría usar ahora: Roar.

Perry se detuvo frente a su puerta y empujó a un lado una cesta de leña con

su pie. Miró a Aria, junto a él, y sintió como si debiera decir algo. *¿Bienvenida? ¿Estarás a salvo ahora?* Todo parecía demasiado formal.

—Es pequeña —fijo finalmente.

Dio un paso dentro, haciendo una mueca al ver las mantas desparramadas por el piso, y las tazas sucias en la mesa. Ropa yacía arrojada en una pila en la esquina y los estantes con libros en la pared de fondo habían sido volcados.

El mar se encontraba a media hora de distancia, pero había una capa de arena en el piso de madera bajo sus pies. Supuso que se podría haber visto peor para ser una casa compartida por media docena de hombres.

—Los Seis duermen aquí —explicó—. Los conocí después de que tú te... —No podía decir *te fuiste*. No sabía por qué, pero no podía decir la palabra—. Son mi guardia ahora. Marcados, todos ellos. Ya conociste a Reef, Twig y Gren. El resto son hermanos: Hyde, Hayden y Straggler. Seers, los tres. El nombre de Strag en realidad es Haven pero... ya lo verás. Le queda mejor.

Se frotó la barbilla, obligándose a callar.

—¿Tienes una lámpara o velas? —preguntó.

Solo entonces notó la penumbra. Para él, las líneas del cuarto estaban cortadas en un marcado relieve. Para Aria, o cualquier otro, estarían perdidas. Siempre estaba consciente de ser Scire, pero se olvidaba de su visión hasta momentos como este.

Él era un Seer, pero el verdadero poder de sus ojos, residía en la agudeza de su vista en la oscuridad. Aria lo había llamado una vez una mutación, un efecto del Éter que había torcido sus sentidos más que en otros. Él pensaba en ello más como una maldición, un recordatorio de su madre Seer que había muerto al traerlo a la vida.

Perry abrió las persianas, dejando entrar la nebulosa luz de la tarde. Afuera, el claro zumbaba con los chismes mientras la noticia de la llegada de Aria se regaba. No había nada que pudiera hacer con eso. Se cruzó de brazos, su estómago retorciéndose mientras la veía observar el espacio. No podía creer que ella estuviera aquí, en su casa.

Aria se acercó a la ventana junto a él, y estudió la colección de halcones tallados de Talon, que reposaban en el alfeizar. Perry sabía que debía ir a ver a Bear y Wylan, pero no podía moverse.

Se aclaró la garganta.

—Talon y yo hicimos eso. Los suyos son los buenos. El mío es el que parece

una tortuga.

Ella lo recogió y lo volteó en su mano. Sus ojos grises eran cálidos mientras lo miraba y decía.

—Es mi favorito.

La mirada de Perry se movió hacia sus labios. Estaban solos. Esto era lo más cerca que habían estado desde la última vez que la tuvo en sus brazos.

Ella dejó el tallado y dio un paso hacia atrás.

—¿Estás seguro de que puedo quedarme aquí?

—Sí, puedes quedarte con la habitación. —Desde donde estaba parado, podía ver el borde de la cama de su hermano cubierta con una desgastada manta roja. Prefería que no se quedara ahí pero no quedaba otra opción—. Yo duermo ahí —dijo inclinando la cabeza hacia el desván.

Aria dejó caer su morral contra la pared, y le dio un vistazo a la puerta principal, sonriéndole a un sonido que estaba más allá del alcance de sus oídos. Un segundo después, Roar voló hacia el interior de la casa en un oscuro destello.

—¡Finalmente! —exclamó. Envolvió a Aria en un abrazo, levantándola del piso—. ¿Qué les tomó tanto tiempo? No respondas eso. —Miró a Perry—. Creo que lo sé.

La depositó en el piso y entonces estrechó la mano de Perry.

—Me alegro de que hayas vuelto, Per.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Perry, sonriendo. Antes de que Roar pudiera contestar, Wylan, Bear y Reef llegaron, reuniéndose dentro, mientras la casa caía en un incómodo silencio.

Se quedaron parados un largo rato, sus ojos fijos en la única extraña entre ellos. Los temperamentos en el cuarto se agudizaron, calentándose y sangrando con rojo en la visión de Perry. No la querían ahí.

Sabía que iban a reaccionar así, pero sus manos se envolvieron en puños de todas formas.

—Esta es Aria —dijo, reprimiendo la urgencia de ponerse frente a ella—. Es mitad Habitante como Reef les dijo. Nos ayudará a encontrar el Perpetuo Azul, a cambio de un refugio. Mientras esté aquí, ella será Marcada como una Audile.

Las palabras se sintieron como grava saliendo de su boca. Eran ciertas, pero una verdad parcial, lo que se sentía más bien como una mentira. Perry vio el cuestionamiento en los ojos de Roar.

Bear dio un paso al frente, retorciendo sus grandes manos.

—Discúlpame por preguntar, Perry, pero, ¿cómo es que una Topo nos va a ayudar?

Wylan murmuró algo bajo su aliento. Los ojos de Aria lo espetaron, y Roar se tensó. Al ser los dos Auds, pudieron escucharlo perfectamente.

Perry sintió un fognazo de calor y sintió el impulso de amedrentar a Wylan. Se dio cuenta entonces de que lo que sentía, lo que se le había aferrado, era el temperamento de Aria.

Tomó una respiración, recuperando el control.

—¿Tienes algo para decir Wylan?

—No —respondió—. Nada que decir. Sólo verificaba que sus oídos funcionaran bien. —Sonrió—. Lo hacen.

Reef dejó caer su mano sobre el hombro de Wylan con suficiente fuerza como para que el hombrecito hiciera una mueca.

—Bear y Wylan justo estaban contándome lo que sucedió mientras estábamos fuera —dijo, cambiando de tema.

Perry se preparó para su último argumento.

—Escuchémoslo.

Bear cruzó sus brazos sobre su amplio pecho, sus pobladas cejas frunciéndose.

—Hubo un incendio en el almacén anoche. Creemos que fue ese muchacho que vino con Roar. Cinder.

Perry miró a Roar y Aria, la alarma atravesándolo. Ellos eran los únicos que sabían sobre la peculiar habilidad de Cinder para canalizar el Éter. Ellos protegían el secreto de Cinder bajo un acuerdo no hablado.

—Nadie lo vio haciéndolo —dijo Roar, leyéndole la mente—. Corrió antes de que alguien pudiera atraparlo.

—¿Se fue? —preguntó Perry.

Roar giró sus ojos.

—Tú sabes cómo es. Volverá. Siempre lo hace.

Perry flexionó su mano llena de cicatrices. Si no hubiera visto a Cinder arrasarse con la banda de Croven con sus propios ojos, ni siquiera podría creerlo.

—¿Qué daños causó?

Bear señaló con su cabeza hacia la puerta.

—Será mejor que te lo muestre —dijo dirigiéndose hacia fuera.

Perry se detuvo en el umbral y miró a Aria. Ella le dio un pequeño encogimiento de comprensión. Habían estado ahí menos de tres minutos, y ya tenía que dejarla. Lo odiaba, pero no tenía opción.

El almacén en la parte de atrás de la Cocina de Campaña, era una larga habitación de piedra, bordeada por estantes de madera, los cuales estaban amontonados con contenedores de grano, frasco de especias y hierbas, y canastas con vegetales de comienzos de primavera. En general los aromas a comida colgaban del frío aire, pero cuando Perry dio un paso al interior el olor a madera quemada se intensificó. Debajo de este pudo captar el picante rastro del Éter, un olor que también era el de Cinder.

El daño estaba contenido en un solo lado del cuarto. Parte de las estanterías se habían ido, quemadas hasta ser nada.

—Debe haber dejado caer una lámpara o algo —dijo Bear, estirando su gruesa barba negra—. Lo controlamos rápido, pero aun así perdimos bastante. Tuvimos que tirar dos cestos de grano.

Perry asintió. Era comida que no podía permitirse perder. Los Tides ya estaban con raciones recortadas.

—El niño te está robando —dijo Wylan—. Nos está robando a todos. La próxima vez que lo vea lo voy a correr del territorio.

—No —dijo Perry—. Envíalo hacia mí.

CAPÍTULO 4

Aria

—¿Estás bien? —susurró Roar mientras la casa se vaciaba.

Aria exhaló y asintió, aunque no estaba muy segura. Aparte de él y Perry, todos los que habían estado en ese cuarto la despreciaban por quién era. Por lo *que* era.

Una Habitante. Una chica que vivió en una ciudad abovedada. Una *Topo Errante*, como Wylan había susurrado en voz baja. Se había estado preparando para eso, especialmente después de días de las frías miradas de Reef, pero se sentía alterada de todas formas.

Sería lo mismo si Perry entraba a Reverie, se dio cuenta. Peor. Los Guardianes de Reverie matarían a un Forastero apenas lo vieran. Se apartó de la puerta, sus ojos vagando a lo largo de la cómoda y abarrotada casa. Una mesa con sillas pintadas en un lado. Tazones y ollas de cada color a lo largo de estanterías detrás de la mesa. Dos sillas de cuero delante de la chimenea, desgastadas pero de apariencia cómoda. A lo largo de la pared en el extremo veía cestos de libros y juguetes de madera. Era fresco y silencioso, y olía débilmente a humo y madera antigua.

—Esta es su casa, Roar.

—Sí, lo es.

—No puedo creer que estoy aquí. Es más cálido de lo que esperé.

—Solía serlo más.

Un año atrás, esta casa habría estado llena con la familia de Perry. Ahora él era el único que quedaba. Aria se preguntaba si era por eso que los Seis dormían ahí. Seguramente había otras casas que podrían ocupar. Tal vez una casa llena evitaba que Perry extrañara a su familia. Lo dudaba. Nadie jamás podría llenar el vacío que su madre había dejado. Las personas no podían ser reemplazadas.

Se imaginó su propio cuarto en Reverie. Un pequeño espacio, libre y limpio, con paredes grises y una cómoda insertada. Su cuarto había sido su casa una vez. No sentía nostalgia por él. Ahora parecía tan atractivo como el interior de una caja de acero. Lo que extrañaba era la manera en que se sentía ahí. Segura. Amada. Rodeada de personas que la aceptaban. Que no le susurraban *Topo Errante*. Ya no tenía un lugar propio, se dio cuenta. Nada de *cosas* como las figuritas de halcones

en el alféizar. Ningún objeto para probar que ella existía. Todas sus pertenencias eran virtuales, encerradas en los Reinos. No eran reales. Ya ni siquiera tenía una madre.

Una sensación de ingravidez la abrumó. Como un globo que se había soltado de su atadura, estaba flotando, hecha de nada más que aire.

—¿Tienes hambre? —preguntó Roar detrás de ella, distraído, su tono ligero y alegre como siempre—. Usualmente comemos en la Cocina de Campaña, pero podría traernos algo aquí.

Ella se volteó. Road apoyaba una cadera contra la mesa, sus brazos cruzados. Usaba negro de pies a cabeza, como ella.

Él sonrió.

—No es tan cómodo como lo de Marron, ¿verdad?

Ellos habían pasados los últimos meses juntos ahí mientras él había sanado de una herida en la pierna. Mientras ella había sanado de heridas más profundas. Poco a poco, día a día, ellos se habían traído de vuelta el uno al otro.

La sonrisa de Roar se ensanchó.

—Lo sé. Me extrañaste.

Ella rodó sus ojos.

—Apenas han pasados tres semanas desde que te vi.

—Un miserable período de tiempo —dijo—. ¿Entonces, comida?

Ari miró la puerta. No se podía esconder si quería que los Tides la aceptaran. Tenía que enfrentarlos directamente. Asintió.

—Dirige el camino.

—Su piel es demasiado suave, como una anguila.

La voz, chorreando malicia, llegó hasta los oídos de Aria.

La tribu había empezado a chismosear sobre ella antes de que siquiera hubiera tomado asiento con Roar en una de las mesas. Tomó la pesada cuchara y revolvió el tazón de guiso frente a ella, tratando de concentrarse en otras cosas. La Cocina de Campaña era una estructura toscamente labrada, mitad salón medieval, mitad refugio de caza. Estaba llena con largas mesas de caballete y velas. Dos enormes chimeneas bramaban en cada lado. Los niños se perseguían unos a otros alrededor del perímetro, sus voces mezclándose con el borboteo de agua hirviendo y el crepitar de las llamas. Con el ruido de las cucharas y los sorbos de personas hablando, comiendo, bebiendo. Un eructo. Carcajada. El ladrido de un perro. Todo

amplificado por las gruesas paredes de piedra. A pesar del ruido, no pudo evitar aislar las crueles voces susurrando.

Dos mujeres jóvenes tenían una conversación en la mesa de al lado. Una era una rubia bonita con brillantes ojos azules. La misma chica que había estado observando a Aria mientras había entrado a la casa de Perry. Esa tenía que ser Brooke. Su hermana menor, Clara, también estaba en Reverie. Vale la había vendido como a Talon, a cambio de comida para los Tides.

—Pensé que los Habitantes morían cuando respiraban el aire de afuera —susurró Brooke, su mirada sobre Aria.

—Lo hacen —dijo la otra chica—. Pero escuche que solo es mitad Topo.

—¿Alguien realmente se reprodujo con una Habitante?

El agarre de Aria se apretó alrededor de la cuchara. Ellas estaban difamando a su madre, quien estaba muerta, y su padre, quien era un misterio. Después se le ocurrió. Los Tides dirían las mismas cosas sobre ella y Perry, si supieran la verdad. Hablarían de ellos *reproduciéndose*.

—Perry dijo que ella iba a ser Marcada.

—Un Topo con un Sentido —dijo Brooke—. Increíble. ¿Qué es?

—Una Aud, creo.

—Eso significa que puede oírnos.

Risa.

Aria apretó sus dientes ante el sonido. Roar, quien había estado sentado en silencio a su lado, se inclinó hacia ella.

—Escucha con cuidado —susurró en su oído—. Esta es la cosa más importante que necesitas saber mientras estás aquí—. Se quedó mirando el tazón de guiso frente a ella, su corazón latiendo fuertemente dentro de sus costillas—. *No comas el eglefino*[1]. Lo han estado cocinando de más terriblemente.

Ella lanzó su codo hacia sus costillas.

—*Roar*.

—Hablo en serio. Es tan duro como el cuero —Roar miró al otro lado de la mesa—. ¿No es cierto, Viejo Will? —le dijo a un hombre canoso con una barba sorpresivamente blanca.

Aunque Aria había estado en el exterior por meses, aún se sorprendía ante arrugas y cicatrices y señales de edad. Antes había pensado que eran repugnantes. Ahora la cara curtida del hombre casi la hacía sonreír. Los cuerpos en el exterior

usaban las experiencias como recuerdos.

Willow, la chica que Aria había conocido antes, estaba sentada al lado de él. Aria sintió un peso sobre su bota y bajó la mirada para ver a Flea.

—Abuelo, Roar te preguntó algo —dijo Willow.

El hombre mayor inclinó su oído hacia Roar.

—¿Qué fue, precioso?

Roar alzó su voz en respuesta.

—Le estaba diciendo a *Aria* que no comiera el *eglefino*.

El Viejo Will la examinó, sus labios fruncidos en una expresión amargada. Las mejillas de Aria se calentaron mientras esperaba por su reacción. Una cosa era escuchar susurros, pero otra era ser rechazada en su cara.

—Tengo setenta —dijo finalmente—. Setenta años y me va bien.

—El Viejo Will no es un Aud —susurró Roar.

—Lo entiendo, gracias. ¿Acaba de llamarte precioso?

Roar asintió, masticando.

—¿Puedes culparlo?

Sus ojos se movieron a sus tranquilos rasgos.

—No. Realmente no puedo —dijo, aunque *precioso* no encajaba bien con las oscuras miradas de Roar.

—Entonces te van a Marcar —dijo—. ¿Qué tal si respondo por ti?

—¿Creí que Perry, Peregrine iba a hacerlo? —dijo Aria.

—Perry las garantizará, y dirigirá la ceremonia, pero eso es sólo una parte de ello. La parte que sólo un Lord de la Sangre puede hacer.

La corpulenta mujer al otro lado de Roar se inclinó hacia adelante.

—Alguien con tu mismo sentido debe hacer un juramente prometiendo que tu audición es verdadera. Si eres un Aud, sólo otro Aud puede hacer eso.

Aria sonrió, notando el énfasis que la mujer colocó sobre la palabra *sí*.

—Soy una Aud, así que ese será el caso.

La mujer la examinó con sus ojos del color de la miel. Pareció decidir algo, porque la expresión seria en su boca se suavizó.

—Soy Molly.

—Molly es nuestra sanadora, y la esposa de Bear —dijo Roar—. Es mucho más feroz que el gran hombre sin embargo, ¿verdad, Molly? —Él se volteó de nuevo hacia Aria—. Entonces yo debería responder por ti, ¿no crees? Soy perfecto para ello. Te he enseñado todo.

Aria sacudió su cabeza, tratando de no sonreír. Sinceramente, Roar era la opción perfecta. Él le *había* enseñado todo lo que sabía sobre sonidos, y cuchillos.

—Todo excepto modestia.

Él hizo una mueca.

—¿Quién necesita eso?

—Oh, no lo sé. Tal vez tú, precioso.

—Tonterías —dijo, y se metió de vuelta en su comida.

Aria se obligó a hacer lo mismo. El guiso era una mezcla sabrosa de cebada y bacalao, pero no pudo comer más de unos pocos bocados. La tribu no sólo estaba susurrando sobre ella, sino que los sentía mirándola boquiabiertos, observando cada movimiento que hacía.

Bajó su cuchara y se estiró por debajo de la mesa, acariciando a Flea en la cabeza. Él le guiñó el ojo, moviéndose más cerca. Tenía una expresión inteligente ausente en los perros de los Reinos. No se había dado cuenta de que los animales tenían personalidades tan distintas. Era sólo otra de las infinitas diferencias entre su vida anterior y la nueva. Se preguntó si los Tides cambiarían su opinión sobre ella, como lo había hecho Flea.

Aria levantó la mirada cuando la charla en el salón se silenció. Perry atravesó la puerta con tres jóvenes hombres. Rubios y altos, dos se parecían a Perry en su constitución muscular. Hyde y Hayden, adivinó. El tercero, unos pocos pasos detrás de ellos y una cabeza más bajo, sólo podía ser Straggler. Todos andaban como Seers: arcos atravesados en sus espaldas, su postura alta, y sus ojos analizando.

Perry la encontró inmediatamente. Incluyó su cabeza, un seguro reconocimiento entre aliados, pero la dejó sosteniendo su aliento, queriendo más. Luego eligió una mesa junto a la puerta con los hermanos, desapareciendo en un mar de cabezas. Momentos después, las crueles voces vagaron de vuelta a sus oídos.

—Ella no se ve real. Apuesto a que ni siquiera sangraría si la cortas.

—Intentémoslo. Sólo un pequeño corte para ver si es verdad.

Aria siguió la voz. Los ojos azules de Brooke se enterraron en ella. Aria puso

su mano en la muñeca de Roar, agradecida por su habilidad única. Él podía escuchar los pensamientos a través del toque. Ella apenas había estado sorprendida cuando descubrió eso sobre él. No se sentía mucho más diferente al Smarteye que había usado toda su vida, el cual funcionaba con un proceso similar, escuchando los patrones de pensamiento a través del contacto físico.

Esa es la chica de Perry, pensó hacia él. ¿Verdad?

Roar se tensó, su cuchara a mitad de camino hacia su boca.

—No... estoy bastante seguro de que esa serías tú.

Ella es malvada. Tal vez quiera lastimarla.

Roar sonrió abiertamente.

—Eso quiero verlo.

—Mírala. —Era la voz de Brooke de nuevo—. Está abalanzándose sobre Roar. Sé que puedes escucharme, Topo. Estás malgastando tu tiempo con él. Él es de Liv.

Aria quitó su mano de su muñeca. Roar suspiró, sus ojos deslizándose hacia los de ella. Bajó su cuchara y alejó su pocillo.

—Vamos. Salgamos de aquí. Quiero mostrarte algo.

Ella sacó sus piernas de debajo de la mesa y lo siguió, manteniendo su concentración en la espalda de Roar. Mientras pasó a Perry, desaceleró, permitiéndose darle un vistazo. Él estaba escuchando a Reef, frente a él, pero sus ojos se movieron rápidamente hacia arriba, encontrándose con los de ella.

Ella deseó poder decirle cuánto lo extrañó. Cuánto quería ser la que estaba sentada con él. Entonces se dio cuenta de que a través de su humor, lo había hecho.

Roar la guió a lo largo de un camino que serpenteaba a través de dunas de arena. La luz del Éter se filtraba a través de las nubes, proyectando un brillo sobre el camino y el alto y crujiente pasto. Mientras caminaban, un sonido de ajetreo se mezclaba con el bajo silbido del viento. Se movió a través de ella, siseo y susurro y gruño, volviéndose más fuerte y más claro con cada paso que daba.

Aria se detuvo cuando pasaban sobre la última duna. El océano se estiraba frente a ella, vivo, esparciéndose hasta el fin de todo. Escuchó un millón de olas, cada una distinta, feroz, pero juntos un coro que era sereno y más grandioso de lo que hubiera conocido alguna vez. Había visto el océano muchas veces en los Reinos, pero eso no la había preparado para la cosa real.

—Si la belleza tuviera un sonido, sería este.

—Sabía que ayudaría —dijo Roar, su sonrisa un destello blanco en la oscuridad—. Auds dice que el mar reúne cada sonido que ha sido alguna vez oído. Todo lo que tienes que hacer es escuchar.

—No sabía eso. —Ella cerró sus ojos, dejando que el sonido la bañara, y escuchó la voz de su madre. ¿Dónde estaban las tranquilizantes garantías de Lumina de que la paciencia y el razonamiento resolverían cualquier problema? No las escuchaba, pero creía que estaban allí. Aria le echó un vistazo a Roar, apartando la pena—. ¿Ves? No me has enseñado todo.

—Cierto —dijo Roar—. No puedo correr el riesgo de aburrirte.

Caminaron juntos más cerca al agua. Entonces Roar se sentó, inclinándose hacia atrás en sus codos.

—¿Y de qué se trata lo de fingir?

Aria se sentó junto a él.

—Es lo mejor —dijo ella, enterrando sus dedos en la arena. La capa superior todavía contenía la calidez del día, pero por debajo estaba fría y húmeda. La derramó sobre la rodilla de Roar—. Escuchaste cuánto me odian. Imagina si supieran que Perry y yo estamos juntos. —Ella sacudió su cabeza—. No lo sé.

—¿Qué no sabes? —Roar sonrió como si estuviera a punto de molestarla. El momento se sintió completamente familiar, a pesar de que nunca habían estado aquí antes. ¿Cuántas veces habían hablado sobre Perry y Liv a través del invierno?

Aria derramó otro puñado de arena en su rodilla, escuchando la delicada llovizna por debajo del crujido de las olas.

—Fue mi idea. Es la manera más segura, pero es extraño pretender ser algo diferente. Es como si hubiera una pared de vidrio entre nosotros. Como si no pudiera tocarlo o... alcanzarlo. No me gusta la manera en que se siente.

Roar movió su rodilla, derribando su torre de arena.

—¿Su voz todavía suena como humo y fuego?

Aria puso sus ojos en blanco.

—No sé por qué te dije eso.

Él inclinó su cabeza al lado en un gesto que era puramente Perry, poniendo una mano sobre su corazón, lo cual no lo era.

—Aria, tu aroma... es como una floreciente flor. —Ajustó su voz perfectamente para sonar como el profundo arrastrado de palabras de Perry—. Ven aquí, mi dulce rosa.

Aria lo empujó en el hombro, lo que sólo lo hizo reír.

—Es *violeta*. Y vas a pagar cuando conozca a Liv.

La sonrisa de Roar se desvaneció. Se pasó una mano sobre su cabello oscuro y se sentó recto, quieto mientras miraba fijamente el romper de las olas.

—¿Todavía sin noticias? —preguntó ella en voz baja. Cuando la hermana de Perry había desaparecido la primavera pasada, había dejado a Roar con el corazón roto.

Él sacudió su cabeza.

—Ninguna noticia.

Aria se sentó derecha, frotando sus manos.

—Las habrá pronto. Ella aparecerá. —Deseó no haber mencionado a Liv. Roar tenía que sentir su ausencia más que nunca aquí, donde ambos habían crecido.

Miro a través del océano. En lo profundo en la distancia, las nubes pulsando con luz fulminante. Las chimeneas de Éter se destacaban. Aria no podía imaginar estar allá afuera. Perry le había contado una vez que las fuertes tormentas eran siempre un peligro en el mar. No sabía cómo los pescadores de Tides encontraban el valor para salir cada día.

—Sabes, el vidrio es bastante fácil de romper, Aria. —Roar la estaba observando, su mirada pensativa.

—Tienes razón. —¿Cómo podía quejarse? Lo tenía mucho más fácil que él. Al menos ella y Perry estaban en el mismo lugar—. Me convenciste. Voy a romper el vidrio, Roar. En la siguiente oportunidad que se me presente.

—Bien. *Destrózalo*.

—Lo haré. Y tú también lo harás, cuando encontremos a Liv. —Esperó a que estuviera de acuerdo, quería que lo hiciera, pero Roar cambió el tema.

—¿Hess sabe que has venido aquí?

—No —dijo ella. Sacó el Smarteye de un pequeño bolsillo en el forro de su bolso de cuero—. Pero necesito contactarlo. —Debería haberlo hecho el día anterior, su día planeado de reunión, pero no había encontrado una oportunidad en su viaje a los Tides—. Lo haré ahora.

El suave parche, claro como una gota de agua y casi tan elástico, la golpeó como algo de otro mundo, después de todos los bordes aclarados por el sol y deshilachado por el viento del recinto. *Era* de otro mundo, el de ella. Había usado

el artefacto toda su vida sin más que un pensamiento. Todos los Habitantes lo hacían. Era como se movían a través de los Reinos. Sólo recientemente había comenzado a temerle. Tenía al Cónsul Hess para agradecerle por eso.

Aria levantó el Smarteye, poniéndolo sobre su ojo izquierdo. El artefacto succionó la piel alrededor de su ojo, la presión firme y familiar, y entonces el plástico biotecnológico en el centro se suavizó, cambiando a líquido. Pestañeó algunas veces, ajustándolo para ver a través de la clara interfaz. Letras rojas aparecieron flotando en contra del océano, mientras el Ojo se encendía.

¡BIENVENIDO A LOS REINOS! ¡MEJOR QUE VERDADERO!

Se desvanecieron, y entonces AUTENTIFICANDO apareció.

Giró su cabeza, viendo las letras avanzar con su movimiento.

ACEPTADO brilló, y una hormigueante sensación familiar se esparció por su cuero cabelludo y bajando por su médula. Sólo un ícono genérico, etiquetado como HESS, se cernió contra la oscuridad. Cuando había tenido su propio Smarteye, la pantalla estaba llena de iconos para sus Reinos favoritos, noticias arrastrándose, y mensajes de sus amigos. Pero Hess había programado este Ojo para sólo tener acceso a él.

—¿Estás dentro? —preguntó Roar.

—Estoy dentro.

Él se acostó, apoyando su cabeza sobre su brazo.

—Despiértame cuando hayas vuelto. —Para él, ella parecía estar sentada tranquilamente en la playa. Él no tendría ninguna ventana hacia los Reinos que el Smarteye abría para ella.

—Todavía estoy aquí, sabes.

Roar cerró los ojos.

—No, no lo estás. No en realidad.

Con un pensamiento deliberado, seleccionó el ícono, dejando a Hess saber que estaba allí. Momentos más tarde, se fraccionó, su conciencia separándose, dividiéndose. La sensación era discordante pero sin dolor, como despertarse de repente en un lugar extraño. En un instante existía en dos lugares a la vez: en la playa con Roar, y en la construcción virtual del Reino a donde Hess la había llevado. Cambió su enfoque hacia el Reino y se quedó inmóvil, momentáneamente deslumbrada por el brillo. Luego miró a su alrededor, adaptándose a un mundo vuelto rosa.

Los cerezos se extendían a su alrededor en todas direcciones. Flores cargando sus ramas y cubriendo el suelo como una capa de nieve de color rosa. Un sin sentido, susurró por todas partes llegó a sus oídos, y luego una lluvia de pétalos derivó en una tormenta de nieve rosada.

Lo encontró impresionante hasta que se dio cuenta de la simetría de las ramas y la separación perfecta de los árboles. Se dio cuenta de que no había oído la caída de los pétalos, o el crujido de las ramas. La brisa mantenía un sonido vacío de una sola nota. Demasiado agresivo considerando lo que ella sabía que era correcto. *Mejor que lo real*, se decía de los Reinos. Ella había pensado lo mismo, una vez. Durante años había navegado espacios como este desde dentro de la seguridad de las paredes de Reverie, sin conocer nada mejor. Sin saber que *nada* era mejor que lo real.

O peor, pensó, recordando de pronto a Paisley. Su mejor amiga había visto sólo las partes terribles del mundo real. Fuego. Dolor. Violencia. Aria todavía no podía creer que ella se había ido. Casi la totalidad de sus recuerdos de Paisley incluían al hermano mayor de Paisley, también. Siempre habían sido ellos tres.

¿Cómo le estaría yendo a Caleb en Reverie? ¿Estaba todavía cruzando a los Reinos de arte? ¿Lo había superado? Tragó contra la sensación de opresión en su garganta, lo extrañaba. Extrañaba a sus otros amigos, Rune y Pixie, y como la vida de la luz solía ser. Conciertos bajo el agua y fiestas en las nubes. Reinos ridículos como Dinosaurio Laser Tag[2] y Surf en las nubes y Cita con un Dios Griego. Su vida había cambiado tanto. Ahora, cuando dormía, se quedaba con cuchillos al alcance.

Aria miró hacia arriba, y contuvo el aliento. A través de las ramas de color rosa vio un cielo azul claro y sin venas de Éter, sin la capa de nubes que brillaban intensamente. Ese había sido el cielo hace trescientos años, antes de la Unidad. Antes de que una llamarada solar masiva corrompiera la magnetosfera de la Tierra, abriendo la puerta a las tormentas cósmicas. A una atmósfera extraterrestre que era inimaginablemente devastadora. Éter.

Este cielo azul era lo que imaginaba en el Perpetuo Azul, abierto, luminoso y tranquilo. Bajó la mirada y se encontró al Cónsul Hess sentado en una mesa a veinte pasos de distancia.

Pequeña, con la parte superior en mármol y dos sillas de hierro, la mesa pertenecía a un restaurante en una plaza europea. Cualquiera que fuera el Reino que Hess escogiera, ese detalle nunca cambiaba.

Aria se miró a sí misma. Un kimono había sustituido sus pantalones negros, camisa y botas. Esta prenda estaba hecha de un cremoso brocado espeso, con

dibujos de flores rojas y rosadas. Era hermoso, y muy, muy apretado.

—¿Es esto necesario? —preguntó ella, como siempre.

Hess miró en silencio mientras caminaba. Tenía una cara severa, cincelada, con grandes ojos y una boca fina que le daba un aspecto como de lagarto.

—Corresponde al Reino —dijo, con la mirada viajando arriba y abajo de su cuerpo—. Y encuentro tu ropa de forastera desagradable.

Aria se sentó frente a él, moviéndose incómodamente en la silla. Apenas podía cruzar las piernas en el vestido, ¿y qué era la capa de cera en sus labios? Los tocó con el dedo y se alzó con lápiz de labios escarlata. *En serio*. Eso era demasiado.

—*Tu ropa no corresponde al Reino* —dijo. Hess estaba en un traje de Habitante, como de costumbre, ropa similar a la que se había puesto en Reverie toda su vida, con la única diferencia de que su traje tenía rayas azules a lo largo del cuello y las mangas para mostrar su cargo de cónsul—. Tampoco esta mesa o el café.

Hess no le hizo caso y sirvió café en las dos delicadas tazas mientras pétalos rosas salpicaban la mesa. Aria estudió el sonido de gorgoteo, que era claro y nítido, pero extrañamente sin forma. El rico olor fragante, le hizo agua la boca.

Todo era de la manera en la que había sido durante los últimos meses. Un Reino de fantasía. Esta mesa y sillas. Café fuerte y oscuro. Excepto que las manos de Hess estaban temblando.

Tomó un sorbo. Cuando él dejó la taza, la golpeó con un chasquido. Alzó los ojos hacia ella.

—Estoy decepcionado, Aria. Llegas tarde. Pensé que había grabado la urgencia de la tarea sobre ti. Ahora me pregunto si necesitas que te recuerde lo que está en juego si fallas.

—Sé lo que está en juego —dijo con firmeza. *Talon. Reverie. Todo*.

—Y sin embargo has tomado un pequeño desvío. ¿Crees que no sé dónde estás? Has ido a ver al tío del chico, ¿no? ¿Peregrine?

Hess estaba rastreando sus movimientos a través del Smarteye. Eso no sorprendió a Aria, pero sintió que su pulso se aceleraba de todos modos. No quería que supiera nada acerca de Perry.

—No puedo ir aún hacia el norte, Hess. El paso a los Horns está congelado.

Se inclinó hacia delante.

—Podría tenerte allí *mañana* en un vuelo estacionario.

—Nos *odian* —dijo—. Ellos no han olvidado la Unidad. No puedo seguir avanzando como una Habitante.

—Son salvajes —dijo, agitando una mano con desdén—. No me importa lo que piensen.

Aria se dio cuenta de lo rápido que estaba respirando. Roar se sentó. La miró fijamente en la realidad, sintiendo su tensión. *Salvajes*. Una vez había pensado de esa manera también. Ahora la presencia de Roar la anclaba y la tranquilizaba.

—Tienes que dejarme hacer esto a mi manera —le dijo a Hess.

—No me gusta tu manera. Llegas tarde informando. Estás perdiendo el tiempo con algún Forastero. Quiero esa información, Aria. Consigue las coordenadas. Una dirección. Un mapa. Lo que sea.

Mientras hablaba, ella se dio cuenta de la astucia en sus ojos pequeños y un rubor rojo que se arrastraba hasta su cuello. En todas sus reuniones durante el invierno, nunca había estado tan nervioso y combativo. Algo lo tenía preocupado.

—Quiero ver a Talon —dijo.

—No hasta que me des lo que necesito.

—No —dijo ella—. Tengo que verlo...

Todo se detuvo. Las flores de cerezo se congelaron, se suspendieron en el aire a su alrededor. El sonido del viento se desvaneció, y un silencio de muerte repentinamente cayó sobre el Reino. Después de un instante, los pétalos se levantaron a la inversa, luego parecieron atrapados y revolotearon de nuevo, normalmente, flotando hacia el suelo mientras los sonidos regresaban.

Aria vio la mirada de asombro en el rostro de Hess.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella—. ¿Qué acaba de pasar?

—Vuelve dentro de tres días —espetó él—. No llegues tarde, y es mejor que estés de camino hacia el norte para entonces. —Se fraccionó para salir, desapareciendo.

—¡Hess! —gritó ella.

—Aria, ¿qué pasa?

La voz de Roar. Ella cambió su enfoque. Sus cejas se juntaron con preocupación.

—Estoy bien —dijo ella, corriendo rápidamente a través de los comandos en su mente para despegar el Ojo. Aria lo sujetó en su mano, la ira nublando su visión.

Roar se acercó.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. No estaba del todo segura. Algo había salido mal. Nunca había visto un Reino congelarse antes. ¿Hess lo había hecho a propósito para asustarla? Pero había estado demasiado nervioso. ¿Qué esconde? ¿Por qué la repentina urgencia de que vaya a los Horns?

—Aria —la presionó Roar—. Háblame.

—Hess sabe que estoy aquí. Y quiere que me dirija al norte de inmediato —dijo, escogiendo sus palabras con cuidado, sin hacer mención de Talon—. No le importa que el paso esté congelado.

—Es un hijo de puta, Hess. —La mirada de Roar se movió más allá de ella, hasta la playa—. Pero tengo buenas noticias para ti. Aquí viene la oportunidad de romper el cristal.

[1] **Eglefino (o anón)**: Es un pez marino que puede verse en ambas partes de la costa del océano Atlántico. Se trata de un pez principalmente empleado para la alimentación humana y es ampliamente comercializado.

[2] **Laser Tag (o Laser games)**: Es un juego deportivo que simula un combate entre dos equipos.

CAPÍTULO 5

Peregrine

Perry caminó por la playa hacia Aria, consciente de cada uno de sus pasos. Sólo tendrían unos minutos para estar juntos en el mejor de los casos, y no podía llegar a ella lo suficientemente rápido.

Se reunió con Roar a mitad de camino.

—¿Estás preparado para escuchar? —preguntó Perry.

—Por supuesto —dijo Roar, golpeándolo en el hombro mientras lo pasaba por delante.

Aria se levantó cuando la alcanzó. Empujó su oscuro cabello por encima del hombro.

—¿Estás seguro de que esto está bien? —preguntó, mirando más allá de él.

—Por un momento —dijo—. Roar está escuchando. Reef está más lejos por el camino. —Se sentía mal tener hombres vigilándolo de su propia tribu, pero estaba desesperado por estar a solas con ella.

—¿Encontraste a Cinder?

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Lo haré, sin embargo. —Quería llegar a ella, pero presintió su estado de ánimo. Estaba nerviosa por algo. Tenía una idea de lo que era—. Twig, es un Aud, me dijo lo que pasó en la Cocina de Campaña. Lo que la gente estaba diciendo.

—No es nada, Perry. Son sólo chismes.

—Dales una semana —dijo—. Se volverá más fácil.

Apartó la mirada y no contestó.

Perry se pasó la mano por la mandíbula, inseguro de por qué se sentía como si todavía estuvieran fingiendo uno alrededor del otro.

—Aria, ¿qué está pasando? —preguntó.

Cruzó los brazos, y su estado de ánimo se enfrió más y más, convirtiéndose en hielo. Perry luchó contra el peso de éste instalándose sobre él.

—Hess sabe que estoy aquí —dijo al fin—. Me está obligando a irme. Tengo

que irme dentro de unos días.

Recordaba el nombre. Hess era el Habitante que la había echado del Compartimiento.

—¿Sabe que todavía no es seguro ir al norte?

—Sí —dijo—. No le importa.

Su miedo repentinamente se apoderó de él.

—¿Te amenazó? —preguntó Perry, con la mente agitada.

Aria negó con la cabeza, y entonces, se le ocurrió.

—Tiene a Talon. Está usando a Talon, ¿no es cierto?

Asintió.

—Lo siento. Éste es un momento en el que realmente deseo que pudiera mentirte. No quería agobiarte.

Perry empuñó las manos, apretándolas hasta que los nudillos le dolían. Vale había planeado el secuestro, pero todavía se sentía responsable. Eso no desaparecería hasta que Talon estuviera a salvo y en casa. Su mirada se trasladó hasta la playa.

—Aquí es donde fue tomado —dijo—. Justo aquí. Vi a los Habitantes darle una patada en el estómago y luego lo arrastraron hasta un Aerodeslizador en la parte superior de esa duna.

Aria se acercó a él y lo tomó de las manos. Sus dedos eran fríos y suaves, pero su agarre era firme.

—Hess no le hará daño —dijo—. Quiere el Perpetuo Azul. A cambio nos dará a Talon.

Perry no podía creer que tenía que *comprar* a su sobrino. Se dio cuenta de que no era tan diferente de lo que tendría que hacer para llevar a Liv a casa. Vale los había intercambiado a ambos por alimentos. Todo apuntaba a que Perry iría a los Horns. Necesitaba el Perpetuo Azul, para su tribu, y para Talon. Y tenía que saldar una deuda con Sable por no presentar a Liv. Tal vez entonces su hermana por fin volvería a casa.

—Es más pronto de lo que pensé —dijo—, pero voy contigo. Nos iremos en unos días y espero que el paso esté despejado para entonces.

—¿Y si no lo está?

Se encogió de hombros.

—Lucharemos contra el hielo. Probablemente nos llevaría el doble de tiempo, pero podríamos hacerlo. Podría llevarnos hasta allí.

Aria sonrió ante lo que había dicho. No sabía por qué, pero no importaba. Estaba sonriendo.

—Está bien —dijo. Entrelazó los brazos alrededor de él, volteando la cabeza contra su pecho. Perry apartó el cabello de su hombro y la inhaló, dejando que la fuerza de su temperamento lo trajera de vuelta. Un aliento a la vez, su ira se desvaneció gradualmente en deseo.

Trazó la línea de su columna vertebral con el pulgar. Todo en ella era elegante y fuerte. Ella se echó hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Esto... —Iba a decirle que ésta era la forma en que deberían haber estado unidos, hace unos días en el bosque. Esto era en lo que había pensado durante todo el invierno, lo que había extrañado. Pero no pudo suceder de la forma en que ella lo sentía, o la forma en que lo miraba.

—Sí —dijo—. *Esto*.

Perry se inclinó y la besó en los labios. Ella se curvó contra él, su suspiro una caliente insinuación contra su mejilla, y entonces, no existía nada más allá de su boca y su piel y la sensación de su cuerpo contra el suyo. No les quedaba mucho tiempo. La gente estaba cerca. Apenas podía mantener los pensamientos en su mente. Ella lo era todo, y él quería más.

Ante el silbido de advertencia de Roar, se congeló, con los labios en su cuello.

—Dime que no escuchaste eso.

—Lo escuché.

De nuevo escuchó la señal de Roar, esta vez más fuerte e insistente. Perry hizo una mueca y se enderezó, tomándola de las manos. Su aroma estaba envuelto alrededor de él. La última cosa que quería era dejarla.

—Vamos a conseguir hacer tus Marcas antes de irnos. Y sobre ocultar las cosas entre nosotros... vamos a dejarlo. Me está matando no poder tocarte.

Aria le sonrió.

—Nos vamos pronto. ¿Podemos seguir así sólo hasta entonces?

—¿Te gusta verme sufrir?

Se rió en voz baja.

—La espera valdrá la pena, te lo prometo. Ahora *vete*.

La besó una vez más, y luego se separó de ella y salió corriendo por la playa, ingravido sobre la arena.

Roar lo observaba desde lo alto de la playa con una sonrisa.

—Eso fue hermoso, Per. También me estaba matando.

Perry se rió, golpeándolo en la cabeza mientras pasaba trotando por delante de él.

—No todo estaba destinado para tus oídos.

Más adelante por el sendero encontró a Reef, entreteniéndolo a Bear y a Wylan, que habían venido a buscarlo. Mientras caminaban de vuelta al recinto, Bear habló de los problemas que estaba teniendo con un par de granjeros, Gray y Rowan. Wylan intervino con quejas insignificantes cada docena de pasos, con su voz fuerte y enojada, como siempre. Sin importar lo que Perry hiciera o dijera, nunca era lo suficientemente bueno para Wylan, que había sido uno de los seguidores más devotos de Vale.

Perry escuchó con la mitad de su mente, haciendo todo lo posible por evitar sonreír.

Una hora más tarde, se sentó en el tejado de su casa, a solas por primera vez en días. Dejó caer los brazos sobre las rodillas y cerró los ojos, saboreando el aire frío sobre su piel. Cuando la brisa se calmó y aspiró profundamente, olfateó rastros de Aria. Estaba en la habitación de Vale ahora, en el interior de la casa. La risa iba a la deriva a través de la grieta en el techo junto a él. Los Seis estaban jugando un juego de dados. Podía oír las bromas habituales de Twig y Gren. Aud, ambos, hablaban constantemente, siempre argumentando, compitiendo por todo.

Las lámparas parpadeaban alrededor del complejo y el humo iba a la deriva desde las chimeneas, mezclándose con el aire salado. A esta hora de la noche, sólo unas cuantas personas estaban todavía alrededor. Perry se recostó, mirando la luz del Éter filtrarse a través de los parches más delgados en las nubes y escuchando el intercambio de voces a través del espacio abierto.

—¿Cómo está la fiebre del bebé? —le preguntó Molly a alguien.

—Bajando, gracias al cielo. —Fue la respuesta—. Ahora está durmiendo.

—Bueno, dejémoslo descansar. Lo llevaré hasta el mar por la mañana. Eso le abrirá los pulmones.

Perry inhaló, dejando que el aire del océano abriera sus propios pulmones. Había crecido bajo el cuidado de muchas personas, muy parecido al bebé del que hablaban. Cuando era niño, se arrastraba hasta el regazo más cercano para dormir.

Cuando había tenido fiebre o una herida que necesitaba puntos de sutura, Molly lo había cuidado hasta sanar. Los Tides eran una tribu pequeña, pero también eran una gran familia.

Perry se preguntó dónde estaba Cinder pero sabía que volvería por su cuenta, justo como dijo Roar. Cuando Perry lo vio, apostó a que Cinder saldría corriendo, y después averiguaría que había pasado en la Cocina de Campaña.

—¡Perry!

Se incorporó a tiempo para atrapar una manta arrugada, doblada desde abajo.

—Gracias, Molly.

—No sé por qué estás ahí arriba, y ellos están calientitos en tu casa —dijo y se alejó apresuradamente.

Pero Molly lo sabía. Había pocos secretos en una tribu tan pequeña. Todos sabían sobre sus pesadillas. Aquí arriba, por lo menos, podía pasar el tiempo sin dormir leyendo las esencias de la brisas y viendo las luces jugando a través de las nubes. Qué primavera tan extraña, con una gruesa capa de nubes siempre cubriéndola. Por mucho que le temiera al Éter, una parte de él se sentiría mejor si pudiera verlo.

Brooke cayó de paso cuando abandonaba el recinto en la madrugada, con su arco y carcaj sobre su hombro.

—¿A dónde vas?

—Al mismo lugar que tú —dijo. Era una Seer, y una de las mejores arqueras en la tribu, así que Perry le había dado la tarea de enseñarle a los demás en el Tides cómo disparar con un arco. Sus lecciones eran cerca del mismo campo donde se encontraría con Bear.

Su paseo fue extraño y silencioso. Se dio cuenta que todavía tenía la punta de la flecha amarrada en una tira en su cuello, y trató de no pensar en el día en que se la dio, o lo que significó para ambos. A él le importaba, y eso nunca cambiaría. Pero se había acabado todo entre ellos. Se lo había dicho al final del invierno, tan gentilmente cómo pudo, y esperaba que pronto lo viera de esa manera.

Mientras alcanzaban el campo este, encontró una discusión a punto de estallar: dos granjeros, Rowan y Gray, quienes querían más ayuda en los campos de la que Perry podía darles. Bear se paró entre ellos, enorme, y sin embargo, manso como un gatito.

—Miren esto —dijo Rowan, el joven granjero cuyo hijo había tenido fiebre la

noche anterior. Levantó una bota llena de barro—. Necesito un muro de contención. Algo para detener los escombros que bajan de la colina. Y necesito más drenajes.

La mirada de Perry se trasladó a la ladera, a kilómetro y medio de distancia. Tormentas de Éter habían convertido la parte inferior en nada más que cenizas. Cuando comenzaban las lluvias de primavera, las olas de barro y escombros corrían por la pendiente. Toda la forma de la colina estaba cambiando sin árboles que sostuvieran la tierra.

—Eso no es nada —dijo Gray. Se puso justo entre Perry y Bear—. La mitad de mi tierra está bajo el agua. Necesito personas. Necesito usar el buey. Y los necesito a ambos más de lo que él los necesita.

Gray tenía una cara amable y una manera de ser suave, pero Perry a veces sentía su ira. Gray no tenía un Sentido, era un Sin Marca, como la mayoría de las personas, pero lo odiaba. De joven, había querido ser un centinela, pero estos cargos eran para los Auds y Seers, cuyos sentidos les daban una gran ventaja. Sus opciones eran limitadas, Gray había escogido ser granjero.

Perry ya había escuchado todo esto de Gray y Rowan antes, pero necesitaba los recursos que querían, mano de obra, caballos, bueyes, para las tareas más importantes. Perry había ordenado construir trincheras alrededor del recinto y otra en la Cocina de Campaña. Tenía las paredes fortificadas y su arsenal de armas reforzado. Y había pedido que cada Tides, desde los seis hasta los sesenta años, aprendiera por lo menos el uso básico de un arco y un cuchillo.

A los diecinueve, Perry era joven para ser un Lord de la Sangre. Sabía que era visto como un inexperto. Un blanco fácil. Estaba seguro que los Tides asaltarían a las bandas errantes y las tribus que perdieron su hogar por el Éter.

Mientras las suplicas de Rowan y Gray seguían, Perry estiró su espalda, sintiendo la pobre noche de sueño. ¿Se había convertido en Lord de la Sangre por esto? ¿Para caminar penosamente por el campo y así poder escuchar las discusiones? Cerca de ahí, Brooke le había dado a los chicos de Gray, de siete y nueve años, sus lecciones de arco. Algo mucho más entretenido que escucharlos.

Nunca había querido ser un Lord de la Sangre. Jamás se imaginó cómo tener que alimentar cerca de cuatrocientas personas cuando las tiendas de invierno se fueron, antes de que la producción de primavera llegara. Nunca se imaginó que justificaría el matrimonio de una pareja mayor de lo que él era. O tener los ojos de una madre con un hijo febril en él, buscando respuestas. Cuando la cura de Molly fallaba, se volvían contra él. Siempre se ponían en su contra cuando las cosas iban mal.

La voz de Bear lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué dices, Perry?

—Ambos necesitan ayuda. Lo sé. Pero van a tener que esperar.

—Soy un granjero, Perry. Necesito hacer lo que sé —dijo Rowan. Hizo un gesto con la mano hacia Brooke—. No tengo que estar disparando el arco cuando tengo que lidiar con esto.

—Aprende de todos modos —dijo Perry—. Podría salvarte la vida, y más.

—Vale nunca nos obligó a hacer esto, y estábamos bien.

Perry sacudió su cabeza. No podía creer lo que oía.

—Las cosas son diferentes ahora, Rowan.

Gray se adelantó.

—Vamos a morir de hambre el próximo invierno si no conseguimos semillas rápido.

El tono de su voz, segura y demandante, atravesó a Perry.

—Tal vez no estemos aquí el próximo invierno.

Rowan se opuso, juntando sus cejas.

—¿Dónde estaremos? —dijo, subiendo el tono de su voz. Él y Gray intercambiaron miradas.

—¿No estarás hablando en serio sobre ir al Perpetuo Azul? —dijo Gray.

—Tal vez no tengamos otra opción —dijo Perry.

Recordó a su hermano ordenándoles a los mismos hombres, sin argumentos. Sin excusas. Cuando Vale había hablado, ellos obedecían.

Brooke se acercó, quitándose el sudor de su frente.

—Perry, ¿qué pasa? —preguntó.

Se dio cuenta que se había estado apretando el puente de su nariz. Una sensación de ardor se disparó por sus senos nasales. Levantó la vista, con una maldición deslizándose por sus labios.

Las nubes se habían partido por fin. En lo alto, vio el Éter. No se habían dado corrientes perezosas y brillantes, como era normal en esta época del año. En cambio, gruesos ríos fluían encima de él, evidentes y brillantes. En algunos lugares el Éter se enrollaba como serpiente, formando chimeneas, que golpearían la tierra y desatarían un incendio.

—Ése es un cielo de invierno —dijo Rowan, su voz llena de confusión.

—Papá, ¿qué está pasando? —pregunto uno de los hijos de Gray.

Perry sabía exactamente lo que estaba pasando. No podía negar lo que veía, o el ardor en su nariz.

—¡Váyanse a casa ahora! —les dijo, entonces, corrió hacia el recinto. ¿Dónde caería la tormenta? ¿En el oeste, o sobre el mar? ¿O directamente sobre ellos? Escuchó el sonido de un cuerno, y después otros más allá, alertando a los granjeros a que se refugiaron. Tenía que llegar donde los pescadores, porque serían los más difíciles de alertar y traer a la seguridad.

Atravesó la puerta principal del recinto, en el claro. La gente corría a sus casas, gritándose la una a la otra por el pánico. Registró sus caras.

Roar corría.

—¿Qué necesitas?

—Encontrar a Aria.

CAPÍTULO 6

Aria

La lluvia comenzó de repente, llevando a cabo una ráfaga que golpeó a Aria como una ola de frío. Corrió de vuelta al recinto en el camino por el que había deambulado toda la mañana, perdida en los pensamientos de Reinos que de repente fallaban y se congelaban. Sus cuchillos tamborileaban a un ritmo tranquilizador contra sus muslos mientras seguía el camino a través del bosque, el viento azotaba a su alrededor.

Al sonido de un cuerno, se detuvo de golpe y miró hacia arriba. A través de las brechas en las nubes de lluvia vio flujos gruesos de Éter. Segundos después escuchó el distintivo grito de un embudo, un desgarrador y agudo repique que envió hielo a través de sus venas. Una tormenta, *¿ahora?* Las tormentas ya deberían haber terminado por el año.

Corrió otra vez, tomando su ritmo.

Meses atrás, hubiera estado bien debajo de una tormenta con Perry. Nunca había olvidado la quemadura a través de su piel cuando los embudos golpearon, o cómo su cuerpo se había sujetado.

—¡River! —llamó una lejana voz—. ¿Dónde estás?

Se congeló y escuchó por sonidos a través de la sibilante lluvia. Más voces. Todos gritando la misma cosa, sus gritos de angustia afilados para sus oídos. Apretó sus entumidas manos en puños. ¿Quién era para ayudar? Los Tides la odiaban. Pero entonces otra voz gritó, más cerca esta vez, el sonido tan desesperado y temeroso que se movió sin pensarlo. Sabía lo que se sentía buscar a alguien que se ha ido. Ellos podían no aceptar su ayuda, pero tenía que intentarlo.

Trotó fuera del sendero sobre el lodo espeso y resbaladizo, los sonidos guiándola a una docena de personas escaneando el bosque. Sus rodillas se bloquearon cuando reconoció a Brooke.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí, Topo? —Empapada, Brooke lucía más cruel de lo usual. Su cabello rubio oscuro y liso contra su cráneo, sus ojos fríos como mármoles—. ¿Lo tomaste, cierto, ladrona de niños?

Aria sacudió su cabeza.

—¡No! ¿Por qué haría eso? —Sus ojos se movieron al arma sobre el hombro de Brooke.

Molly, la mujer mayor que Aria había conocido en la Cocina de Campaña, corrió.

—Estás desperdiciando el tiempo, Brooke. ¡Sigue buscando! —Esperó hasta que Brooke se movió. Entonces, tomó a Aria por el brazo y habló bajo y cerca, mientras la lluvia rodaba hacia abajo por sus mejillas—. No vimos esto venir. Ninguno de nosotros esperaba una tormenta.

—¿Quién está perdido? —preguntó Aria.

—Mi nieto. Apenas tiene dos años. Su nombre es River.

Aria asintió.

—Lo encontraré.

Los otros estaban trabajando lejos del camino, dirigiéndose más profundo dentro del bosque, pero el estómago de Aria le dijo que buscara cerca. Moviéndose lentamente, se mantuvo cerca del camino. No gritó. Al contrario, se esforzó para escuchar los más leves sonidos a través del viento y la lluvia. El tiempo pasó sin nada más que con el chapoteo de sus pisadas y el torrente de agua cayendo cuesta abajo. Los chillidos del Éter se hicieron más fuertes, y su cabeza comenzó a palpitar, el ruido de la tormenta abrumando sus oídos. Un zumbido la detuvo en sus pasos.

Se movió hacia él, resbalándose mientras se deslizaba por la pendiente. Lentamente empujó las ramas a un lado y vio nada más que hojas. La piel en la parte posterior de su cuello se erizó. Sacó sus cuchillos. Se encontró a sí misma sola con los árboles balanceándose.

—Relájate —murmuró a sí misma, recubriendo sus espadas.

Escuchó el zumbido otra vez, débil pero inconfundible. Rodeó el arbusto y miró dentro.

Un par de ojos parpadearon a los suyos a menos de un metro. El chico lucía tan pequeño, sentado sobre sus rodillas. Tenía sus manos presionadas sobre sus oídos, y tarareaba una melodía, perdido en su propio mundo. Notó que tenía las mejillas redondas de su abuela y los ojos color miel. Miró sobre su hombro. Desde donde estaba arrodillada, Aria podía ver el camino de regreso al recinto, a no más de veinte pasos. Él no estaba perdido, estaba aterrorizado.

—Hola, River —dijo, sonriendo—. Soy Aria. Apuesto a que eres un Aud, como yo. Cantar ayuda a mantener afuera el sonido del Éter, ¿cierto?

La miró y siguió tarareando.

—Ésa es una buena canción. Es la Canción del Cazador, ¿cierto? —preguntó,

a pesar de que la había reconocido inmediatamente como la favorita de Perry. Él se la había cantado una vez en el otoño, después de mucho convencimiento, con su cara roja con vergüenza.

River se quedó en silencio. Su labio inferior tembló como si estuviera a punto de llorar.

—Mis oídos también duelen mucho cuando esto es tan fuerte. —Aria recordó su gorra de Aud y lo alcanzó dentro de su morral—. ¿Te gustaría usar esto?

Las manos de River se curvaron en rechonchos puños. Lentamente las apartó de sus oídos y asintió. Ella tiró la gorra sobre su cabeza y tiró las orejeras hacia abajo, atándolas bajo su barbilla. Era demasiado grande para él, pero podía amortiguar el ruido de la tormenta.

—Tenemos que entrar, ¿de acuerdo? Voy a llevarte a casa a salvo.

Le tendió su mano para ayudarlo a salir. Él la tomó, y entonces, saltó dentro de sus brazos, envolviéndose alrededor de sus costillas tan adaptado como un chaleco. Sosteniendo su tembloroso pequeño cuerpo cerca, Aria se apresuró, buscando a Molly y los otros a lo largo del camino. Vinieron sobre ella en una turba empapada y enfurecida.

—¡No lo toques! —siseó Brooke, quitándole a River. El frío corrió sobre el pecho de Aria, y su equilibrio flaqueó ante la repentina ausencia.

Brooke le arrebató la gorra de su cabeza y la arrojó al lodo.

—¡Quédate lejos de él! —gritó—. No lo toques nunca otra vez.

—¡Lo estaba trayendo *de vuelta!* —gritó Aria, pero Brooke estaba ya corriendo al recinto con River, quien comenzó a llorar. Los otros siguieron después de Brooke, algunos lanzando miradas acusatorias a Aria, como si fuera su culpa que River se hubiera perdido.

—¿Cómo lo encontraste, Habitante? —preguntó un rechoncho hombre que se quedó detrás. Sospecha acechaba en sus ojos. Dos chicos que Aria supuso eran sus hijos estaban de pie cerca, hombros encorvados y dientes castañeteando.

—Es una Aud, Gray —dijo Molly, apareciendo a su lado—. Ahora, vamos. Lleva a tus chicos dentro.

Con una mirada final a Aria, el hombre se fue, corriendo en busca de refugio con sus hijos.

Aria recogió su gorra de Aud y sacudió el lodo.

—Brooke no está relacionada contigo, ¿o sí?

Molly sacudió la cabeza, una sonrisa tirando de sus labios.

—No. No lo está.

Aria empujó su gorra de vuelta dentro de su morral.

—Bien.

Mientras corrieron de vuelta al recinto, notó que Molly estaba cojeando.

—Son mis articulaciones —explicó Molly, levantando su voz para ser escuchada. Los estridentes sonidos de los embudos de Éter estaban haciéndose más fuertes—. Duelen mucho más cuando está frío y lluvioso.

—Aquí, toma mi brazo —dijo Aria. Soportó el peso de la mujer mayor. Juntas, se movieron más rápidamente hacia el recinto.

Minutos pasaron antes de que Molly hablara otra vez.

—Gracias. Por encontrar a River.

—De nada. —Incluso con su cuerpo adormecido hasta los huesos y sus oídos sonando, Aria se sintió extrañamente contenta al caminar junto con una amiga. La primera entre los Tides, después de Flea.

CAPÍTULO 7

Peregrine

Perry dejó a Roar y tomó el camino al puerto más rápido de lo que lo había hecho en su vida, corriendo a toda velocidad hasta que alcanzó el muelle. Allí, Wylan y Gren se gritaban al otro mientras amarraban un bote de pesca, sus ropas ondeando en el viento. La embarcación golpeó el muelle en el agua picada, sacudiendo los tablones bajo los pies de Perry. Su corazón se apretó cuando vio solo dos barcos. La mayoría de sus pescadores todavía estaban en el mar.

—¿Qué tan cerca están los otros? —gritó Perry.

Wylan le lanzó una mirada oscura.

—¿Tú eres el Seer, no?

Perry corrió a lo largo de la costa hasta el embarcadero de roca que sobresalía como un gran brazo, protegiendo el puerto. Saltó desplomándose sobre el granito, luego saltó de una roca a otra. Géiseres[3] de agua marina salían a través de los espacios, empapando sus piernas. En la cima del muelle, se detuvo y escaneó el océano abierto. Enormes olas arrollaban y picaban, coronadas con rocío blanco. Una aterradora vista, pero también vio lo que había esperado. Cinco botes se acercaban al puerto, balanceándose como corchos en las despiadadas aguas.

—¡Perry, detente! —Reef luchó su camino sobre las rocas. Gren y Wylan lo seguían, ambos con largas sogas colgadas a través de sus hombros.

—¡Ellos vienen! —gritó Perry. ¿Quién faltaba ahí afuera? El rocío hacía todo borroso. Incluso con su visión, no podía ver a los pescadores hasta que el primer bote se dibujaba cerca, pasando el muelle. Perry vio las miradas aterradas en los hombres cuyas vidas juró proteger.

Ellos todavía no estaban a salvo, pero el mar no estaba tan rudo dentro del puerto como afuera en el mar abierto. Cuando el segundo y tercer bote alcanzaron el puerto, llegó casi a respirar otra vez. Casi cerca de saber que no había perdido a nadie.

Y luego el cuarto bote vino, dejando sólo uno más en el mar. Perry esperó, maldiciendo cuando lo vio claramente. Willow y su abuelo sentados, rostros pálidos, sujetando el mástil. Entre ellos, escuchando de regreso, Flea a unos centímetros.

Perry saltó hacia el lado del muelle que daba al océano, acercándose a las

olas rompiendo mientras destellos rompían a través del horizonte, congelando el momento en brillante luz. La tormenta había estallado. Canales bajaban en el mar, marcando brillantes líneas azules bajo el cielo oscuro. Estaban a kilómetros de distancia, pero se tensó por instinto y se deslizó, arañando su pantorrilla.

—¡Perry, regresa aquí! —gritó Reef. Olas golpeando las rocas alrededor de ellos, un violento asalto que venía de todas las direcciones.

—¡Aun no! —Perry apenas se escuchó sobre el estruendo del oleaje.

El bote de Willow había salido de su curso. Se dirigió directamente hacia el muelle. Ella gritó algo, ahuecando sus manos alrededor de su boca.

Gren apareció, balanceándose al lado de Perry.

—Ellos perdieron el timón. No pueden dirigir.

Perry sabía exactamente que iba a suceder, y los otros también lo sabían.

—¡Abandonen el barco! —gritó Wylan cerca—. ¡Salten!

El Viejo Will ya había empujado a Willow a sus pies. Él tomó su cara en sus manos, emitiendo un agitado mensaje que Perry no podía escuchar. Luego él la abrazó apresuradamente y la ayudó a saltar del bote hacia las olas. Flea saltó justo después de ella, y luego el Viejo Will saltó de último, su expresión sorprendentemente calmada.

Segundos pasaron en un instante. Las olas atraparon el bote, empujándolo hacia una corriente. El bote vino derrapando, girándose hacia atrás al último momento, entonces la popa chocó contra las rocas a sólo diez pasos lejos de Perry. Se dobló, astillándose, enviando piezas volando alrededor. Sus manos se alzaron, protegiéndose a sí mismo, escombros y rocío de mar cayendo en sus antebrazos.

Parpadeó fuerte, aclarando sus ojos, y vio a Willow moviéndose directo hacia la mezcla de madera rota y agua blanca.

—¡Consigue una cuerda *ahora!* —gritó Reef.

Muy cerca, Wylan lanzó una cuerda con el perfecto lanzamiento de un pescador nacido. Sin la cuerda, Willow se golpearía contra las rocas una y otra vez, batiéndose dentro de la espuma. Con ella, tenía la oportunidad de arrastrarla sin peligro.

—¡Willow toma la cuerda! —gritó Perry.

El la observó estirarse por su abuelo, sus movimientos agitados y frenéticos, y luego vio su terror mientras ella veía al Viejo Will más lejos. Una ola se apoderó de ella, y el corazón de Perry se detuvo. Willow salió a la superficie tosiendo agua

y jadeando por aire. Nadó frenéticamente por la cuerda y finalmente la agarró.

Perry bajó lo más que se atrevió sobre las rocas, reuniendo fuerza en sus piernas mientras se preparaba para sujetarla.

Cuando el oleaje aumentó, Wylan y Gren jalaban la cuerda. Willow vino cortando hacia Perry como una flecha. Golpeó contra él mientras la agarraba, su frente haciendo un chasquido contra su barbilla. Dolor estalló a través de sus costillas mientras él caía sobre las rocas. La sostuvo por un instante antes de que Reef la moviera de sus brazos.

—¡Sal de aquí, Peregrine! —gritó él, cargando a Willow más alto sobre el muelle.

Perry no respondió esta vez. No podía irse hasta que tuvieran al Viejo Will.

Wylan lanzó otra cuerda. Cayó cerca del Viejo Will, pero el pescador luchó, nadando hacia el lugar con su cabeza alzada, apenas por encima del agua.

—¡Muévete, Will! ¡Nada! —gritó Perry.

Los canales bajaron, más cerca ahora, y olas que habían sido de uno y dos metros de altura hace unos minutos se duplicaron en un enorme oleaje que se derramaba sobre el muelle.

—¡Abuelo! —gritó de repente Willow, como si supiera. Como si tuviera algún sentido de lo que pasaría a continuación.

El Viejo Will desapareció bajo el agua. Perry cubrió la distancia entre él y Wylan en cuatro saltos. Se apoderó de la cuerda. Detrás de él, las voces de Gren y Reef resonaron:

—¡No! —Justo cuando saltaba de las rocas y se hundía.

La quietud bajo el agua lo sorprendió. Perry tomó la extensión de la cuerda, reafirmando su agarre, y pateando lejos del muelle. Su pie chocó con algo duro, ¿una tabla?, ¿una roca?, mientras se acercaba. Las olas se alzaban en enormes, ondulantes paredes alrededor de él. Sólo podía ver agua hasta que una ola lo sacó del canal. Su estómago se tambaleó mientras subía, y luego estaba en la cresta, capaz de ver las rocas donde acababa de estar de pie. Sólo segundos, y no estaba en ningún lugar donde pensó estar.

Perry nadó hacia donde vio por última vez al Viejo Will. La corriente era brutalmente fuerte, empujando de regreso hacia el muelle. Vio un movimiento en el agua. Flea pataleaba a veinte metros. Muy cerca, el Viejo Will en su lugar, su cabello plateado mezclado con la espuma del mar batido.

La piel del pescador estaba pálida cuando Perry lo alcanzó.

—¡Aguanta, Will! —Perry ató la cuerda alrededor de él—. ¡Ya! —gritó hacia la costa, moviendo sus brazos.

Segundos pasaron antes de que las fibras de la cuerda se tensaran bajo sus manos. Él fue empujado hacia adelante, pero apenas. Otro tirón y no podía negar que juntos eran muy pesados para Wylan. Él lanzó otro vistazo al muelle, viendo el granito oscuro destellando en blanco por un instante. La tormenta de Éter se estaba acercando.

Perry soltó la cuerda, y el Viejo Will se movió lejos. Él nadó detrás, demandando más a sus cansados músculos. Cada trazo se sentía como si estuviera levantando su propio peso. Podía escuchar los gritos de Reef y Gren mientras se acercaba al muelle. Se impulsó a sí mismo. Mirando hacia arriba mientras batía sus brazos. Unos metros más.

Una repentina corriente se apoderó de él como un gancho, empujándolo lejos, de regreso al mar abierto. Repentinamente, la marea cambió, y vio el muelle acercarse a toda velocidad. Cubrió su cabeza y tiró de sus piernas. Sus pies golpearon duro; entonces chocó contra un lado sacudiéndose contra las rocas.

Dolor pasó a través de él. Su espalda haciendo un chasquido. En todas partes. El dolor se solidificó en su hombro derecho. Alzó la mano, sin reconocer su propia forma. Su hombro sobresaliendo de la manera incorrecta, desplazado desde la base.

Esto no podía estar pasando. Nadó con su brazo bueno y le imploró más a sus piernas, pero cada movimiento enviaba punzadas de dolor a través de su hombro. Entre el estallido de las olas, consiguió dar otro vistazo al embarcadero. Bear y Wylan tiraban de la cuerda palmo a palmo, arrastrando al Viejo Will. Willow y Flea estaban cerca, empapadas y temblando. Reef y Gren se alzaban sobre las rocas, gritándole, listos para sacarlo del agua. Perry pataleó más duro, pero sus piernas no respondían. No se movían de la forma en que quería. Tosía agua de mar y no podía recuperar el aliento.

Sólo había una forma de salir de esto. Dejó de nadar y se hundió bajo el agua. Agarró su muñeca y le tomó un instante el reforzar su resolución. Luego tiró de ella hacia el otro lado de su cuerpo. Puntos rojos estallaron delante de sus ojos. Se sentía como si se estuvieran rasgando sus propios músculos, el dolor explotó en el interior de su hombro, pero la articulación no había regresado de nuevo a su lugar. Soltó el brazo. No podía intentarlo de nuevo. Estaba seguro de que se desmayaría si lo hacía.

Se empujó hacia arriba, atravesando el agua arremolinada, su respiración se estaba acabando. Dio una patada más fuerte, buscando la superficie. Buscando.

Buscando.

De pronto no pudo decir en qué dirección era arriba. El miedo amenazaba con apoderarse de él, pero se obligó a nadar con movimientos suaves. El pánico significaba el final. Largos segundos después, sus pulmones gritaban por oxígeno, el pánico vino de todas maneras, y sintió que se agitaba violentamente en el agua, su cuerpo se movía más allá de su control.

Sabía que no podía respirar. Que no podía llegar al aire. Sin importar cómo peleaba contra ello, no podía detenerse. El dolor de sus pulmones y su cabeza era mayor que el dolor de su hombro. Mayor que nada.

Abrió la boca e inhaló. Una explosión de frío se disparó por su garganta. Al siguiente instante, lo empujó hacia afuera. Los estallidos rojos regresaron, y su pecho se convulsionó, tirando, empujando. Necesitando, rechazando.

Se deslizó dentro del agua cada vez más fría, donde era más oscuro, más tranquilo y todavía más oscuro. Sintió que sus piernas se relajaban, luego un doloroso pesar se extendió a través él, reemplazando el dolor.

Aria. Acababa de llegar a ella de nuevo. No quería irse. No quería lastimarla. No quería...

Algo golpeó en su garganta. La cadena del Lord de la Sangre... estrangulándolo. Se apoderó de ella, y luego se dio cuenta de que había alguien por encima, tirando de él hacia arriba. La cadena se aflojó, pero ahora sentía un brazo alrededor de su pecho, y se movía, siendo remolcado.

Emergió a la superficie dando arcadas de agua salada, convulsionándose con todo su ser. Sintió una cuerda atada alrededor de sus costillas y luego Gren y Wylan lo estaban arrastrando hacia las rocas mientras alguien lo empujaba desde atrás. Sólo podía ser Reef.

Bear lo agarró por el brazo, maldiciendo cuando casi se deslizó en el agua.

—¡Hombro! —rechinó Perry entre dientes.

Bear entendió, envolviendo su brazo alrededor de la cintura de Perry y llevándolo más allá del alcance del estallido de las olas. Perry siguió su camino después de que fue soltado. Trepó por el embarcadero, desesperado, hasta que alcanzó la arena. Luego se hundió y se dobló en torno a su dolor en el estómago, su hombro, su garganta. Sus pulmones se sentían como si hubieran sido golpeados.

Un círculo se formó en torno a él, pero se mantuvo tosiendo, luchando por encontrar la respiración. Finalmente se limpió el agua salada de los ojos. La vergüenza lo golpeó. Estaba de espaldas, quebrado delante de su gente. Gren sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que acababa de suceder. El Viejo

Will estaba de pie con Willow escondida a su costado. El pecho de Reef exhaló, la cicatriz en su mejilla relampagueó de rojo. Arriba, el Éter, se convertía en círculos enromes y vengativos.

—Su brazo está dislocado —dijo Bear.

—Tira de él hacia arriba y al frente —dijo Reef—. Lenta y firmemente, y no te detengas, no importa lo que pasa. Y date prisa. Tenemos que entrar.

Perry cerró los ojos. Unas enormes manos se cerraron sobre su muñeca, luego escuchó la profunda voz de Bear por encima de él.

—No te va a gustar esto, Perry.

Y así fue.

Con el cuerpo temblando de nervios y de frío, Perry subió a su altillo, agarrando su brazo a un costado. Torpemente, siseando por el dolor en su hombro, se sacó la camisa empapada por la cabeza y la arrojó al otro lado de la habitación. Aterrizó con un ruido de salpicadura en la repisa de la chimenea, colgando de allí. Se recostó y tomó respiración tras respiración metiendo aire a sus pulmones maltratados mientras observaba el Éter a través de la abertura en el techo. La lluvia goteaba a través de ella, golpeándole en el pecho. Rodando hacia el colchón debajo de él.

Sólo unos minutos. Necesitaba algo de tiempo a solas antes de tener que hacer frente a la tribu.

Cerró los ojos. Todo lo que pudo ver fue a Vale, pronunciando sus discursos. Vale, sentado en la mesa principal de la Cocina de Campaña, supervisando todo tranquilamente. Su hermano nunca había tropezado tanto frente a los Tides. ¿Y qué acababa de hacer Perry?

Era lo correcto, ir tras el Viejo Will. ¿Así que por qué no podía frenar su respiración? ¿Por qué tenía ganas de golpear algo?

La puerta se abrió de golpe, dando contra el muro de piedra con un crujido y dejando entrar una ráfaga fría.

—¿Perry? —dijo alguien desde abajo.

Perry hizo una mueca de decepción. No era la voz que quería escuchar. La única que escucharía en ese momento. ¿Roar la habría encontrado?

—No ahora, Cinder. —Perry escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Pasaron segundos sin nada. Lo intentó de nuevo con más fuerza—. Cinder, vete.

—Quiero explicarte lo que pasó.

Perry se incorporó. Cinder estaba abajo, empapado. Sostenía su gorro negro en sus manos. Parecía determinado y tranquilo.

—¿Quieres hablar ahora? —Perry escuchó el tono enojado de su padre en su propia voz. Sabía que debía detenerse, pero no pudo—. ¿Te apareces cuando quieres, y huyes cuando no? ¿Qué va a ser ahora? Si te quedas, apreciaría que no quemaras nuestra comida.

—Estaba tratando de ayudar...

—¿Quieres *ayudar*? —Perry saltó desde el altillo, ahogando una maldición cuando el dolor atravesó su brazo. Se dirigió a zancadas hasta Cinder, que lo miró con ojos bien abiertos y penetrantes. Hizo un gesto hacia la puerta abierta—. ¿Entonces por qué no haces algo al *respecto*?

Cinder miró hacia fuera, luego de nuevo a él.

—¿Para eso me quieres aquí? ¿Crees que puedo detener el Éter?

Perry se contuvo repentinamente. No estaba pensando con claridad. No sabía lo que estaba diciendo. Sacudió la cabeza.

—No. No es por eso.

—¡Olvídalo! —Cinder retrocedió, moviéndose hacia la puerta. Las venas en su cuello habían comenzado a brillar de azul, como el Éter. Se filtraba como ramas bajo su piel, extendiéndose a lo largo de su mandíbula, a través de sus mejillas y su frente.

Perry lo había visto así dos veces, el día en que Cinder había quemado su mano, y cuando había devastado a una tribu de Croven... pero le sorprendió de nuevo.

—¡Nunca debí haber confiado en ti! —gritó Cinder.

—Espera —dijo Perry—. No debí haber dicho eso.

Demasiado tarde. Cinder se giró, y salió disparado.

[3] **Géiseres:** Es un tipo especial de fuente termal que erupciona periódicamente, expulsando una columna de agua caliente y vapor al aire.

CAPÍTULO 8

Aria

Roar corrió cuesta arriba un poco después mientras Aria se acercaba al recinto con Molly.

—Te he buscado por todas partes —dijo, envolviendo a Aria en un rápido abrazo—. Me hiciste preocupar.

—Lo siento por eso, bastante.

—Deberías. Odio preocuparme.

Él agarró el brazo libre de Molly y juntos tiraron tan rápido como ella pudiera manejarlo hasta la Cocina de Campaña.

Dentro, la tribu estaba amontonada, todos juntos, hacinándose en las mesas y a lo largo de las paredes. Molly quedó bajo la supervisión de River, y Roar se fue a ver a Bear.

Aria localizó a Twig, el larguirucho Aud que había estado con ella en el viaje hasta aquí. Se deslizó hasta el banco junto a él, y escaneó el zumbante pasillo. La gente estaba en pánico por la tormenta, hablando unos con otros en crispadas voces, sus rostros deformados por el miedo.

No se sorprendió de ver a Brooke a un par de mesas con Wylan, el pescador con oscuros y cambiantes ojos que la había maldecido en voz baja en la casa de Perry. Vio a Willow situada entre sus padres, con el Viejo Will y Flea cerca de ella, y el resto de los Seis, quienes nunca se alejaban del lado de Perry. Mientras su mirada se movía de una persona a la siguiente, una sensación de temor se apoderó de ella, haciendo que sus dedos hormigearan. No veía a Perry.

Roar se acercó y dejó caer una manta sobre sus hombros. Hizo a Twig a un lado y se sentó junto a ella.

—¿Dónde está? —preguntó inexpresivamente, demasiado ansiosa por la precaución.

—En su casa. Bear dijo que se dislocó el hombro. Está bien. —Los oscuros ojos de Roar se fijaron en ella—. Pero estuvo cerca.

El estómago de Aria se encogió. Sus oídos se percataron del nombre de Perry vagando por las mesas en una ola de susurros. Examinó la multitud y captó el rencoroso tono de Wylan, sus ojos encontrándolo de nuevo. Un grupo de

personas estaban reunidas alrededor de él.

—... él saltó como un idiota. Reef tuvo que pescarlo. Casi no llega a él siquiera.

—Oí que salvó al Viejo Will —dijo alguien más.

La voz de Wylan otra vez.

—¡El Viejo Will no se hubiera ahogado! Conoce el océano mejor que todos nosotros. Yo lo iba a atrapar con mi línea en mi siguiente lanzamiento. Justo ahora me sentiría más cómodo si Flea estuviera usando esa maldita cadena.

Ari tocó el brazo de Roar. *¿Ya oíste a Wylan? Es horrible.*

Roar asintió.

—Es todo un embustero. Eres la única que puede oírlo, créeme.

Aria no estaba tan segura sobre eso. Entrelazó los dedos de su mano, sus piernas rebotando bajo la mesa. Ambas chimeneas ardían, calentando el salón. Olía a lana húmeda, lodo y al sudor de demasiados cuerpos juntos. La gente había traído tesoros de sus hogares. Vio una muñeca. Un edredón. Canastas llenas con cosas pequeñas. Una imagen apareció en su mente del halcón tallado en el alféizar de la casa de Perry. Y entonces en Perry, solo ahí. Debería estar con él.

Los embudos de Éter continuaban golpeando afuera, sus distantes estruendos, llegando hasta sus oídos. Débiles temblores vibraban bajo la suela de sus zapatos. Se preguntó si Cinder estaría fuera en la tormenta, pero sabía que, de todos, él estaría a salvo bajo el Éter.

—¿Nos quedaremos sentados aquí? —preguntó.

Roar pasó una mano a través de su cabello mojado, haciéndolo que se parara. Asintió.

—Con la tormenta tan cerca, este es el lugar más seguro para estar.

Con Marron, las tormentas no habían sido ni de cerca tan aterradoras. Todos en el recinto se retiraban a lo profundo de los subterráneos en las viejas minas de Delphi. Allí Marron tenía provisiones preparadas; incluso entretenimiento, como música o juegos.

Otro profundo rumor hizo traquetear las tablas del suelo. Aria miró hacia arriba, mientras el polvo se desprendía del techo, rociando la mesa frente a ella. En el área de cocina, las ollas se sacudieron suavemente. Cerca, Willow abrazaba a Flea, con sus ojos apretados. Aria apenas oía a nadie hablando ahora.

Alcanzó la mano de Roar de nuevo.

Tienes que hacer algo. Están petrificados.

Roar, levantó una ceja.

—¿Yo?

Sí, tú. Perry no está aquí y yo no puedo. Soy la Topo, ¿recuerdas? No, espera. Soy la Topo Errante.

Roar la miró al parecer para sopesar sus opciones.

—De acuerdo. Pero me las debes. —Cruzó el cuarto hacia un joven con un tatuaje de una cobra que se enrollaba en su cuello, y asintió hacia la guitarra apoyada contra la pared—. ¿Me prestas eso?

Después de un momento de sorpresa, el joven le pasó el instrumento. Roar regresó y se sentó sobre la mesa, subiendo sus pies sobre una larga banca.

Comenzó a probar las cuerdas, sus ojos agudizados en concentración, mientras ajustaba la tensión. Era tan meticuloso como ella lo hubiera sido. Ambos escuchaban el tono perfecto. Cualquier otra cosa le crisparía los nervios.

—Así que —dijo satisfecho—. ¿Qué cantaremos?

—¿A qué te refieres con *nosotros*, Roar? Tú lo harás.

Sonrió.

—Pero es un dúo.

Comenzó a tocar las notas de apertura de una canción de la banda favorita de ella, *Tilted Green Bottles*. Durante el invierno él no se cansó de escuchar la canción, *Gatita Ártica*, una balada que se suponía debía ser cantada muy románticamente, lo cual hacía la letra aún más ridícula de lo que ya era.

Roar tenía la parte romántica dominada. Ya marcaba los primeros ritmos, sus ojos marrón oscuros clavados en los de ella, y sus labios levantados en una sutil y seductora sonrisa. Estaba bromeando, pero era casi suficiente para hacerla sonrojar. Aria sentía la atención de todos sobre ellos ahora.

Cuando cantaba, la voz de él era suave y rica con humor.

—*Ven y descongela, mi congelado corazón, mi pequeña gatita ártica.*

Incapaz de resistirse, Aria se puso de pie, y se unió en la próxima línea.

—*No hay oportunidad, mi hombre yeti. Preferiría ser congelada.*

—*Déjame ser tu hombre de las nieves. Ven a vivir a mi iglú.*

—*Preferiría congelarme hasta la muerte, antes que invernar contigo.*

Aria no podía creer que le estuvieran cantando una canción tan estúpida a gente que estaba mojada y paralizada del miedo, quienes estaban rodeados por embudos de Éter estrellándose a su alrededor.

Roar se metió de lleno en la canción, sus manos tocando un alegre ritmo con las cuerdas. Se obligó a sí misma a igualar su entusiasmo mientras continuaban, terminaban y volvían a empezar.

Esperaba que los Tides le comenzaran a lanzar tazas y zapatos en cualquier momento. Por el contrario, escuchó resoplidos contenidos, y con la esquina de sus ojos, captó un par de sonrisas.

Cuando cantaron el coro juntos, el cual involucraba un melódico ronroneo, un par de personas rieron abiertamente, y finalmente se relajó, permitiéndose disfrutar de algo que hacía bien. *Muy* bien. Había estado cantando toda su vida. Nada se sentía tan natural.

Después de que Roar arrancara la última nota, hubo un latido de perfecto silencio antes de que los sonidos de la tormenta rellenaran el vacío y la charla retornara al salón.

Aria observó los rostros a su alrededor, recogiendo pedazos de las conversaciones.

—La canción más incoherente que he oído en mi vida.

—Graciosa sin embargo.

—¿Qué es un yeti?

—No tengo idea, pero la Topo canta como un ángel.

—Escuché que fue ella la que encontró a River.

—¿Crees que cantará algo más?

Roar chocó su hombro con el de ella. Levantó una ceja.

—¿Entonces? ¿Cantamos de nuevo?

Aria enderezó su espalda y llenó sus pulmones.

¿Creían que *Gatita Ártica* era especial? No habían oído nada aún.

Sonrió.

—Sí, ella lo hará.

CAPÍTULO 9

Peregrine

Por primera vez en meses, nadie notó a Perry cuando entró en la Cocina de Campaña. Todos los ojos estaban fijos en Aria y Roar. Se quedó en las sombras y se apoyó contra la pared, apretando los dientes por el dolor que se disparó por su brazo.

Roar se sentó en la parte superior de una de las mesas de caballete en el centro de la sala, tocando una guitarra. A su lado, Aria cantaba, con una sonrisa relajada en sus labios y su cabeza inclinada hacia un lado. Su cabello negro colgaba en mechones húmedos que se derramaban sobre su hombro.

Perry no reconocía la canción, pero sabía que ella y Roar la habían cantado antes por la forma en que estaban a tono a veces y otras veces separados, enroscándose como pájaros en vuelo. No se sorprendió de verlos cantar juntos. Al crecer, Roar había convertido siempre cosas inverosímiles en canciones para hacer reír a Liv. Los sonidos conectaban a Roar y Aria, al igual que los olores conectaban a los Scires. Pero otra parte de él no podía soportar verlos divertirse, justo después de que casi se había ahogado.

Al otro lado del pasillo, Reef y Gren lo vieron y se acercaron, llamando la atención de Aria. Su voz se quebró, y le dio a Perry una sonrisa incierta. Las manos de Roar se detuvieron sobre la guitarra, una mirada ansiosa cruzando su rostro. La sala entera notó a Perry ahora, un revuelo barriendo a través de las mesas atestadas.

Su pulso se aceleró, y sintió sus mejillas arder. No tenía la menor duda de que sabían lo que había sucedido en el embarcadero. Que *todo el mundo* lo sabía. Perry vio la decepción y la preocupación en sus expresiones. Oliéndola en los adornados temperamentos que llenaban la sala. Los Tides siempre lo habían llamado impulsivo. Su zambullida tras el Viejo Will sólo reforzaría eso.

Se cruzó de brazos, dolor punzando profundamente en su cavidad del hombro.

—No hay necesidad de parar. —Odiaba la ronquera de su voz, cruda después de la tos y arcadas de agua de mar—. ¿Cantarán otra?

Aria respondió de inmediato, sin apartar los ojos de él.

—Sí.

Cantó una canción que él conocía esta vez, una que había cantado para él cuando habían estado juntos donde Marron. Era un mensaje de ella. Un recordatorio, aquí entre los cientos de personas, de un momento que había sido solo de ellos.

Dejó descansar su cabeza contra la pared. Cerró los ojos mientras escuchaba, haciendo retroceder las ganas de ir a ella. De atraerla más cerca. La imaginó ajustándose justo bajo su hombro. Imaginó los dolores desapareciendo, junto con la vergüenza de haber sido sacado del mar, destrozado ante su tribu. Imaginó hasta que fueron sólo ellos dos, solos, en un tejado de nuevo.

Horas más tarde, Perry se levantó de su lugar en la Cocina de Campaña. Estiró su espalda y rodó su hombro, probándolo. Tragó, y confirmó que cada parte de él todavía le dolía.

La luz de sol de la mañana se filtraba por las puertas y ventanas abiertas, cayendo en pozos de oro en todo el pasillo. Las personas yacían por todas partes: en montones a lo largo de las paredes, debajo de las mesas, en los pasillos. El silencio parecía imposible para una gran multitud. Su mirada fue a Aria por milésima vez. Dormía junto a Willow, Flea se hizo un ovillo entre ellas.

Roar despertó, frotándose los ojos, y luego Reef se puso de pie cerca, empujando sus trenzas hacia atrás. El resto de los Seis volvieron a la vida, sintiendo que Perry los necesitaba. Twig le dio un codazo a Gren, quien le empujó de vuelta mientras todavía estaba medio dormido. Hyde y Hayden se levantaron, pasando sus arcos por su espalda al unísono y abandonando a Straggler, que seguía tirando de sus botas. Silenciosamente se movieron más allá de la tribu durmiente y siguieron afuera a Perry.

Aparte de los charcos y ramas, y las tejas de barro rotas esparcidas por el claro, el recinto se veía igual. Perry examinó las colinas. No vio ningún incendio, pero el olor acre del humo flotaba en el aire húmedo. Había perdido más terreno, estaba seguro. Sólo esperaba que no fueran más tierras de cultivo o pastoreo, y que la lluvia hubiera contenido el daño.

Straggler se abrió paso hacia adelante y frunció su nariz, mirando hacia arriba.

—¿Soñé la noche anterior?

El Éter fluía tranquilamente, láminas azules entre tenues nubes. Un cielo de primavera normal. Ningún manto de nubes brillando. Ningún carrete de Éter arremolinándose arriba.

—¿El sueño era sobre Brooke? —dijo Gren—. Porque entonces la respuesta

es sí. Y yo también.

Straggler lo empujó en el hombro.

—Idiota. Ella es la chica de Perry.

Gren negó con la cabeza.

—Lo siento, Per. No lo sabía.

Perry aclaró su garganta.

—Todo está bien. Ya no lo es.

—Basta, ustedes dos —dijo Reef, mirando a Strag y Gren—. ¿Dónde quieres que empecemos, Perry?

Más personas salieron de la Cocina de Campaña. Gray y Wylan. Rowan, Molly y Bear. Mientras miraban alrededor del recinto y hasta el cielo, Perry vio las miradas de preocupación en sus rostros. ¿Estaban a salvo ahora, o verían otra tormenta pronto? ¿Fue este el comienzo del ciclo del Éter del año? Sabía que las preguntas estaban en todas sus mentes.

Perry consiguió que se movieran a través del recinto en primer lugar, evaluando los daños a los techos, comprobando el ganado en los establos, y luego trabajando en los campos. Envió a Willow y Flea en busca de Cinder, lamentando la pasada noche. Había estado fuera de sí, y tenía que encontrar Cinder para disculparse. Luego se dirigió al noroeste con Roar. Una hora más tarde se detuvieron delante de un campo ardiendo.

—Esto no va a ayudar —dijo Roar.

—Es tierra de caza solamente. No la mejor que hemos tenido.

—Eso es alegre viniendo de ti, Per.

Perry asintió.

—Gracias. Lo estoy intentando.

La mirada de Roar se movió hasta el borde del campo.

—Mira, aquí viene la alegría por sí mismo.

Perry vio a Reef y sonrió. Sólo Roar podía entretenerlo en un momento como este.

Reef le dio un informe del resto de los daños. Habían perdido tierras forestales en el sur, adyacentes a las zonas arrasadas por los incendios que habían tenido durante el invierno.

—Sólo se ve como una extensión más grande de cenizas ahora —dijo Reef.

Todas y cada una de las colmenas de los Tides habían sido destruidas, y el agua de los dos pozos en el recinto había sido contaminada y ahora sabía a ceniza.

Con el informe de Reef terminado, Perry no podía eludir lo que había sucedido en el embarcadero por más tiempo. Roar estaba girando su cuchillo en su mano, un truco que hacía cuando se aburría. Perry sabía que podía decir cualquier cosa delante de él, pero aún tenía que forzar sus siguientes palabras a salir.

— Salvaste mi vida, Reef. Te debo...

— No me debes nada — interrumpió Reef—. Un juramento es un juramento. Algo que podrías detenerte a aprender.

Roar deslizó el cuchillo en la funda de su cinturón.

— ¿Qué se supone que significa eso?

Reef lo ignoró.

— Juraste proteger a los Tides.

Perry negó con la cabeza. ¿No era el Viejo Will parte de la tribu?

— Eso es lo que hice.

— No. Lo que hiciste casi consiguió que te mataras.

— ¿Debería haber dejado que se ahogara?

— Sí — dijo Reef bruscamente—. O dejarme ir tras él.

— Pero no lo hiciste.

— ¡Debido a que era suicida! Trata de entender algo, Peregrine. *Tu vida vale más que la de un anciano. Más que la mía, también.* No puedes ir simplemente a zambullirte como lo hiciste.

Roar rió.

— No lo conoces en absoluto, ¿verdad?

Reef giró, apuntándolo con un dedo.

— Tú deberías estar tratando de hacerle entrar en razón.

— Estoy esperando a ver si alguna vez vas a callarte — dijo Roar.

Perry se disparó entre ellos, empujando a Reef hacia atrás.

— Ve. — La furia en el temperamento de Reef brillaba roja en el borde de su visión—. Toma un paseo. Refréscate.

Perry le vio alejarse a grandes zancadas. A su lado, Roar maldijo por lo bajo.

Si esto ocurría entre las dos personas más leales a él, ¿qué estaba pasando con el resto de los Tides?

En el camino de vuelta, Perry vio a Cinder en el borde del bosque. Estaba esperando en el sendero, jugueteando con su gorra.

Roar rodó sus ojos en cuanto lo vio.

—Te veo más tarde, Per. Ya he tenido suficiente —dijo, yéndose trotando.

Cinder estaba tocando la hierba con la punta de su pie mientras Perry se acercó.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Perry.

—¿En serio? —dijo Cinder amargamente, sin levantar la vista.

Perry no se molestó en responder. Se cruzó de brazos, dándose cuenta de que su hombro se sentía mejor de lo que lo hacía esa mañana.

—No debí haberte gritado. No va a suceder de nuevo.

Cinder se encogió de hombros. Después de un momento, finalmente levantó la vista.

—¿Tu hombro está...?

—Está bien —dijo Perry.

—No sabía nada de lo que pasó cuando vine a verte. La chica, Willow, me dijo esta mañana. Estaba realmente asustada. Por ella y su abuelo. Y por ti.

—Estaba asustado también —dijo Perry. Parecía casi increíble para él. Hace un día había estado bajo el agua, a unos segundos de la muerte—. No fue mi mejor día. Todavía estoy aquí, sin embargo, así que no fue lo peor.

Cinder esbozó una sonrisa.

—Cierto.

Con el temperamento de Cinder finalmente asentándose, Perry vio su oportunidad.

—¿Qué pasó en el almacén?

—Sólo estaba hambriento.

—¿En el medio de la noche?

—No me gusta comer durante la cena. No conozco a nadie.

—Pasaste el invierno con Roar —dijo Perry.

—Roar sólo se preocupa por ti y Aria.

Y *Liv*, pensó Perry. Era cierto que Roar tenía pocas lealtades, pero eran irrompibles.

—Así que te colaste en el almacén.

Cinder asintió.

—Estaba oscuro allí dentro, y muy tranquilo. Entonces, de repente, vi a la bestia con ojos amarillos. Me asustó tanto que se me cayó la lámpara que tenía en la mano, y lo siguiente que supe era que había fuego ardiendo por el suelo. Traté de apagarlo, pero sólo estaba empeorando las cosas, así que corrí.

Perry estaba atrapado en la primera parte de la historia.

—¿Viste una *bestia*?

—Bueno, eso pensé. Pero fue sólo el estúpido perro, Flea. En la oscuridad se ve como un demonio.

La boca de Perry se crispó.

—Viste a Flea.

—No es divertido —dijo Cinder, pero estaba luchando contra una sonrisa también.

—¿Así que Flea, el perro demonio, te asustó, y la lámpara fue lo que hizo ese fuego? No fue... ¿lo qué haces con el Éter?

Cinder negó con la cabeza.

—No.

Perry esperó a que dijera más. Había un centenar de cosas que quería saber acerca de la capacidad de Cinder. Acerca de quién era. Pero Cinder hablaría cuando estuviera listo.

—¿Vas a hacer que me vaya?

—No —dijo Perry inmediatamente—. Te quiero aquí. Pero si vas a ser parte de las cosas, tiene que ser parte de *todo* eso. No puedes huir cada vez que algo sale mal, o tomar alimentos en el medio de la noche. Y tienes que ganar tu camino como todos los demás.

—No sé cómo —dijo Cinder.

—¿Cómo qué?

—Ganar mi camino. No sé hacer nada...

Perry lo estudió. ¿No sabía cómo hacer *nada*? No era la primera vez que Cinder había dicho algo peculiar como eso.

—Entonces tenemos mucho terreno que cubrir. Haré que Brooke te dé un arco y empiece a darte lecciones. Y hablaré con Bear mañana. Necesita toda la ayuda que pueda conseguir. Una última cosa, Cinder. Cuando estés listo, quiero escuchar todo lo que tengas que decir.

Cinder frunció el ceño.

—¿Todo lo que tengo que decir acerca de qué?

—Tú —dijo Perry.

CAPÍTULO 10

Aria

—Eres buena para tratar el dolor —dijo Molly. Aria alzó la mirada del vendaje en sus manos.

—Gracias. Butter es buen paciente. —La yegua pestañeó perezosamente en respuesta a su nombre. La tormenta de anoche había provocado su instinto de huida. Butter había pateado su caseta en pánico y sufrió un corte a lo largo de la pierna delantera. Para ayudar a Molly, cuyas manos le estaban molestando, Aria había limpiado la herida y aplicado antiséptico que olía a menta. Aria reanudó rodando el vendaje alrededor de la pierna de Butter.

—Mi madre era médico. Una investigadora, en realidad. No trabajaba con la gente a menudo. O con caballos... nunca.

Molly frotó la estrella blanca en el copete de Butter con dedos retorcidos como raíces. Aria no podía dejar de pensar en Reverie, donde enfermedades como la artritis habían sido curadas a través de la genética hace mucho tiempo. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer.

—¿Era? —dijo Molly, mirando hacia abajo.

—Si... murió hace cinco meses.

Molly asintió pensativamente, viéndola con calidez, con ojos conmovedores del mismo color del pelo castaño de Butter.

—Y ahora estás aquí, lejos de tu hogar.

Aria miró a su alrededor, viendo paja y barro por todas partes. El olor a estiércol flotaba en el aire. Sus manos estaban frías y oliendo a caballo y menta. Butter, por décima vez, acarició la parte superior de su cabello. Esto no podría haber sido más diferente de Reverie.

—Estoy aquí. Pero ya no sé dónde está mi hogar.

—¿Y qué sobre tu padre?

—Él era un Aud. —Aria se encogió de hombros—. Eso es todo lo que sé.

Esperó que Molly dijera algo fantástico, como, *sé exactamente quién es tu padre, y él está por aquí, escondido detrás de esta casilla*. Sacudió la cabeza a su propia ingenuidad. ¿Eso siquiera ayudaría? ¿Encontrar a su padre le quitaría ese

sentimiento etéreo, insustancial dentro de ella?

—Es una lástima que no tengas familia en tu Ceremonia de Marcación esta noche —dijo Molly.

—¿Esta noche? —preguntó Aria, mirando hacia arriba. Estaba sorprendida que Perry la hubiera programado, justo en las secuelas de la tormenta.

Butter dio un bufido irritado mientras Wylan entraba en el establo.

—Miren esto. Molly y la Topo —dijo, recostándose contra la casilla—. Diste un buen espectáculo anoche, Habitante.

—¿Qué necesitas, Wylan? —preguntó Molly.

La ignoró, con su enfoque en Aria.

—Pierdes tu tiempo yendo al norte, Habitante. El Perpetuo Azul no es nada más que rumores difundidos por gente desesperada. Mejor es que te cuides, sin embargo. Sable es un bastardo malvado. Astuto como un zorro. No va a compartir el Perpetuo Azul con nadie, menos con un Topo. Él *odia* a los Topos.

Aria se puso de pie.

—¿Cómo sabes eso, de rumores difundidos por gente desesperada?

Wylan se paró más cerca.

—En realidad, sí. Dicen que se remonta a la Unidad. Los antepasados de Sable fueron elegidos. Ellos fueron llamados a uno de los Compartimientos, pero fueron traicionados y dejados de lado.

En la escuela, Aria había estudiado la historia de la Unidad, el período después de la llamarada solar masiva que había corroído la magnetosfera protectora de la Tierra, extendiendo Éter por todo el mundo. La devastación en los primeros años había sido catastrófica. La polaridad de la Tierra se había invertido una y otra vez. El mundo estaba consumido por fuego. Inundaciones. Disturbios. Enfermedades. Los gobiernos se apresuraron a construir los Compartimientos mientras las tormentas de Éter se intensificaban, golpeando constantemente. *Otros*, los científicos habían llamado a la atmósfera alienígena, cuando apareció por primera vez, ya que desafiaba una explicación científica, un campo electromagnético de composición química desconocida que se comportaba y se veía como el agua, y golpeaba con una potencia nunca antes vista.

El término evolucionó a *Éter*, una palabra tomada de los antiguos filósofos que habían hablado de un elemento similar. Aria había visto imágenes de familias sonrientes, caminando a través de Compartimientos al igual que Reverie, admirando sus nuevos hogares. Había visto sus expresiones extáticas cuando por

primera vez habían usado Smarteyes y experimentado los Reinos. Pero nunca había visto imágenes de lo que había pasado fuera. Hasta hace unos pocos meses atrás, el Éter era *algo* distinto a ella, tan extraño como el mundo más allá de la seguridad de las paredes de Reverie.

—¿Estás diciendo que Sable odia a los Habitantes por algo que pasó hace trescientos años atrás? —dijo ella—. Todos no pueden entrar en los Compartimientos. La Lotería era la única manera de hacerlo justo.

Wylan resopló.

—No era justo. Las personas eran abandonadas para morir, Topo. ¿Realmente crees en justicia cuando el mundo está acabándose?

Aria dudó. Había visto el instinto de supervivencia lo suficiente ahora, y lo había sentido ella misma. Una fuerza que la había empujado a matar, algo que pensó que nunca haría. Recordó a Hess lanzándola del Compartimiento para morir en orden de proteger a Soren, su hijo. Podía imaginar eso en la Unidad, la justicia no había contado mucho.

Lo que había sucedido no era *justo*, se dio cuenta, pero todavía creía en ella. Creía que la justicia era algo por lo que valía la pena luchar.

—¿Has venido aquí para ser una molestia, Wylan? —preguntó Molly.

Wylan pasó su lengua por los labios.

—Sólo estaba tratando de advertir a la Topo.

—Gracias —interrumpió Aria—. Me aseguraré de no preguntarle a Sable acerca de sus tatarata-tatarata-tatarata-abuelos.

Se fue con una sonrisa grasienta y retorcida. Molly volvió a rascarle la estrella blanca a la yegua.

—A mí me gusta ella, Butter. ¿Y a ti?

Ya por la tarde, Aria fue a casa de Perry, deseando unos minutos a solas antes de la Ceremonia de Marcación. El cuarto de Vale, donde había pasado la primera noche, era mucho más ordenado que el resto de la casa. Una manta roja yacía a los pies de la cama, y había un cofre y una cómoda, pero nada más. Nunca había conocido al hermano de Perry, pero sentía su presencia en el cuarto. La intensidad que imaginó que él poseía le hicieron sentir incómoda.

Tomó el halcón de Perry del alféizar de la otra habitación y lo puso sobre la mesa de noche, sonriendo a la solución simple. Luego se cambió a una camiseta blanca con tirantes finos, se sentó en el borde de la cama y miró sus brazos. De alguna manera, conseguir marcas se sentiría como una aceptación, una *oficial*, de sí

misma como una Forastera.

Como una Audile. Como la hija de su padre.

¿Había roto el corazón de su madre? ¿O se habían separado por otra razón? ¿Sabría algún día la respuesta? Afuera, la gente estaba reunida en el claro. Sus voces animadas provenían a través de la ventana. Un tambor latía a un ritmo latido profundo. Había estado en el recinto de los Tides dos noches ahora. En la primera, había proporcionado a la tribu una fuente de chismes. Ayer por la noche, se había entretenido. ¿Qué traería esta noche?

Aria encontró su Smarteye en su bolso y lo sostuvo en su palma. Deseó poder utilizarlo para alcanzar a sus amigos. ¿Qué pensaría Caleb de que fuese Marcada?

La puerta principal se abrió y luego se cerró con un sonido metálico sólido. Aria metió su Smarteye de nuevo en su bolso y se levantó de la cama, escuchando el crujido de tablas mientras alguien se acercaba. Perry apareció en la puerta, con los ojos verdes profundos y serios. Se quedaron mirando el uno al otro, con una expresión cada vez más suave, su pulso latía más fuerte.

La mirada de Perry se trasladó a la estatuilla en la mesilla de noche, rectificando el pequeño cambio en la habitación.

—Lo devolveré —dijo ella. Él entró y lo recogió.

—No. Quédatelo. Es tuyo.

—Gracias. —Aria miró a través de la puerta detrás de él, hacia el otro cuarto.

Ella sintió la extraña e inquietante distancia entre ellos de nuevo, la pared de cristal manteniéndolos separados, en caso de que alguien entrara en la casa.

Él bajó al halcón y señaló con su cabeza su bolso.

—Pensé que nos íbamos mañana a primera hora.

—¿Estás seguro de que deberías ir? Quiero decir, ¿después de lo que pasó ayer?

—Sí, estoy seguro —dijo con rudeza. Perry se estremeció. Después dejó salir un lento respiro y frotó sus manos sobre su cara—. Lo siento. Reef ha sido... No importa. Lo siento.

Las sombras bajo sus ojos parecían más oscuras, sus anchos hombros estaban encorvados.

—¿Dormiste en absoluto? —preguntó.

—No... No puedo.

—¿Te refieres a que no podías?

—No. —Su sonrisa era débil y sin gracia—. Me refiero a que no puedo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—¿Desde que dormí toda la noche? —Él levantó sus hombros—. ¿Desde Vale?

No podía creerlo. ¿Él no había dormido una noche decente en meses?

—Aria, este cuarto... —Perry se detuvo abruptamente.

Se volteó y cerró la puerta detrás de él. Después se apoyó contra esta, puso sus pulgares sobre su cinturón, y la observó, esperando, como si esperase que ella objetara.

Debió haberlo hecho. Había escuchado fragmentos de chismes todo el día. Los Tides estaban inquietos por la tormenta, y por lo que casi le había pasado a Perry. Ella no quería agregar más. Solo podía imaginar a Wylan o Brooke llamándola La Topo Errante que había seducido a su Lord de la Sangre. Pero no le importaba nada de eso ahora. Solo quería estar con él.

—¿Este cuarto? —dijo, instigándolo.

Él se relajó contra la puerta, pero sus ojos eran intensos, brillando como la cadena alrededor de su cuello. La noche estaba cayendo afuera, y una turbia luz azul se filtraba desde la persiana medio abierta.

—Era de mi padre —dijo, siguiendo desde donde se había quedado—. Él casi nunca estaba aquí, sin embargo. Se iba antes del amanecer y pasaba el día en los campos o en el puerto. Algunas veces, cuando podía, salía a cazar. Le gustaba estar en movimiento. Supongo que en eso nos parecemos.

»En la cena, hablaba con la tribu. Siempre era cuidadoso de darles a todos el mismo tiempo. Me gustaba que hiciera eso... Es algo que Vale nunca hizo. Después, venía a casa con nosotros, y ya no era Jodan el Lord de la Sangre. Era nuestro. Nos escuchaba, y nos leía, luchábamos y jugábamos. —Sus labios se levantaron en una sonrisa torcida—. Era enorme. Tan alto como yo, pero fuerte como un buey. Incluso los tres juntos, nunca podíamos vencerlo. —Su sonrisa desapareció—. Pero había otras veces... las veces que se aparecía con una botella. —Él ladeó su cabeza—. Ya sabes algo de esto.

Aria asintió. Apenas podía respirar. El padre de Perry lo había culpado por la muerte de su madre durante su nacimiento. Perry solo le había hablado una vez de ella, con lágrimas en sus ojos. Ahora ella estaba en la misma casa donde él había sido golpeado por algo que no era su culpa.

—En esas noches, usualmente él empezaba a gritar desde temprano. Empeoraba desde ahí. Vale se escondía en el ático. Liv gateaba debajo de la mesa. Y yo lo soportaba. Y así fue. Todos sabían, pero nadie hacía nada. Cuando yo estaba roto y azul, ellos lo aceptaban. Yo lo aceptaba. Me decía que no había otra manera. Lo necesitamos como Lord de la Sangre. Y era el único padre que teníamos. Sin él, no hubiéramos tenido nada.

Sabía muy bien como se sentía eso. Cada día desde que su madre había muerto, había luchado con la idea de no tener nada.

Perry sacudió su cabeza.

—Tal vez esto no tenga sentido, pero siento lo mismo con el Éter. Pensamos que necesitamos esta... esta tierra. Esta casa. Este cuarto... Pero no es la manera correcta de vivir. Perdimos acres anoche en el fuego, y un hombre que he conocido por toda mi vida casi muerte. Yo casi muero.

Ella cerró el espacio entre ellos de un golpe y tomó sus manos, sosteniéndolas tan fuerte como podía. Tan fuerte como habría hecho si hubiera estado en el embarcadero. Él exhaló lentamente, mirando sus ojos, su agarre tan fuerte como el de ella.

—Perdemos y perdemos, pero aún estamos aquí. Temblando pero sin movernos a otro lado, temerosos de hacer algo. Estoy harto de conformarme con esto porque no sé si existe algo mejor. Tiene que existir. ¿Si no cuál es el punto? Puedo hacer algo ahora. Y lo haré.

Él pestañeó, la intensidad en sus ojos desvaneciéndose mientras volvía al presente. Se río de sí mismo.

—Eso fue mucho. De todas formas... —Levantó una ceja—. Estás bastante callada.

Ella envolvió un brazo alrededor de su cintura, abrazándolo.

—Porque no hay una palabra para describir cuán hermoso fue eso.

Perry tiró de ella más cerca, sus hombros moldeándose alrededor de ella. Se aferraron el uno al otro, su pecho sólido y caliente contra el de ella. Después de un momento, se inclinó cerca de su oído y susurró:

—¿Fue algo digno de un campeón?

Era una palabra de su mundo, y sabía que él estaba sonriendo.

—Mucho. Fue *muy* digno —Ella se alejó y se quedó mirando sus ojos. Sin importar que reservado fuera, cuidaba sumamente de otros. Él era una fuerza. Él era *bueno*—. Me maravillas.

—No sé por qué. Estás recuperando a Talon. Y estás ayudando a tu gente. No es diferente a lo que estoy haciendo.

—Es diferente. Hess está...

Él sacudió su cabeza.

—Harías lo mismo aun si él no te estuviese chantajeando. Tal vez tú no estás segura de eso, pero yo sí. —Su mano rozó su mejilla y se deslizó a su cabello—. Somos iguales, Ari.

—Eso es lo mejor que alguien me ha dicho alguna vez.

Él sonrió y se inclinó, besándola suave, tiernamente. Ella sabía que tenía que retroceder. Esto era un riesgo, pero en ese momento no le importaba nada más que él. Entrelazó sus brazos alrededor de su cuello y separó sus labios con los suyos, robando su sabor. La ternura podría esperar para otro momento.

Perry se quedó quieto por un momento, después la sujetó más cerca, el impulso enviándolos contra la puerta detrás de él. Se inclinó, acercándose más a ella, besándola con una repentina urgencia. Con un hambre que ella correspondía. Sus labios se movieron a su cuello, y el mundo desapareció. Jadeó y enterró sus dedos en sus hombros, jalándolo más cerca...

Su *hombro*.

Recordó, y sus manos se soltaron.

—¿Cuál hombro fue, Perry?

Una sonrisa se extendió en sus labios.

—Ahora mismo no tengo idea.

Sus ojos estaban llenos de deseo, pero vio algo más. Un brillo que la hizo sospechar.

—¿Qué? —preguntó ella.

Sus manos se deslizaron a sus caderas.

—Eres increíble.

—No era eso en lo que estabas pensando.

—Lo era. Siempre pienso eso. —Se inclinó, enrollando una hebra de cabello alrededor de su dedo mientras besaba su labio inferior—. Pero también me estaba preguntando qué estabas haciendo alrededor de Butter hoy día.

Aria se ríó. Eso sí que era atractivo. Olía a caballo.

—¿Alguna vez te pierdes de algo?

Perry sonrío.

—Tú, todo el tiempo.

CAPÍTULO 11

Peregrine

Perry trazó el filo a través de su palma, partiendo su piel. Haciendo un puño sobre el pequeño compartimiento de cobre en la mesa, dejó que unas pocas gotas de su sangre cayeran.

—Sobre mi sangre como Lord de Tides, te reconozco a ti como un Audile y garantizo que deberás ser Marcada.

Perry no reconoció el sonido de su propia voz, segura y formal, o las palabras que dijo, las que siempre habían pertenecido a Vale o a su padre. Levantó su mirada y escaneó el poblado vestíbulo. Contra el aviso de Reef, había ordenado todos los adornos regulares de una Ceremonia de Marcación. Incienso en cada mesa daba un fragante humo a cedro para representar Scires. Antorchas y velas destellaban, bañando la Cocina de Campaña en luz para honrar a los Seers. Para los Auds, tambores sonaban en un ritmo constante en la esquina lejana. Al contrario del frío y humedad y miedo de la noche anterior, ahora el vestíbulo estaba lleno con la comodidad de la tradición. Había tenido razón en hacer esto. Los Tides lo necesitaban tanto como él y Aria lo hacían.

Aria se paraba sólo a unos pasos en frente de él. Había levantado su cabello, y su cuello se veía fino y delicado. Sus mejillas estaban teñidas de rosa, ya fuera de los nervios o por el calor del lugar, Perry no estaba seguro.

¿Ella creía que este ritual era salvaje? ¿Quería Marcas, o eran sólo una necesidad para obtener la localización del Perpetuo Azul? No había tenido la oportunidad de preguntar antes, y ahora era demasiado tarde. No podía decir cómo se sentía. Con el cedro y humo y cientos de personas, su rastro estaba perdido para él.

Perry le pasó el cuchillo a Roar, quien le dio a la hoja un rápido, ostentoso giro antes de que hiciera su propio juramento, reconociendo a Aria como una Audile. Como una de los suyos.

—Que los sonidos te guíen a casa —finalizó, agregando su sangre al compartimiento.

La tinta de tatuaje sería la siguiente agregada.

Cuando Aria recibiera sus Marcas, recibiría parte de él y de Roar también, su sangre sellando sus promesas para cuidarla y protegerla si alguna vez estaba en

necesidad. La ceremonia terminaría con él y Roar haciéndole ese juramento a ella. Perry no podía esperar. Él ya se sentía de esa manera, y quería que lo supiera.

—Bear hará las Marcas ahora —dijo. Por años había sido el rol de Mila. Su cuñada había hecho el halcón en su espalda y sus dos Marcas: Scire y Seer. Molly era su siguiente opción, pero sus manos estaban molestándola. La única persona que quedaba que las había hecho alguna vez era Bear.

Perry se paró un tiempo más, luchando con el ansia de besar la mejilla de Aria. Tanto como quería ser abierto acerca de ellos a la tribu, una muestra de sus sentimientos parecía incorrecta ahora. Con una mirada final a la piel perfecta de sus brazos, se dirigió a la mesa principal en la parte posterior de la habitación. Las Marcas tomarían horas, y no quería merodear. Ser tintado no era terrible, pero sabía que cualquier incomodidad que ella sintiera le dolería a él.

Tomó el viejo asiento de Vale en la mesa principal en una plataforma al final de la habitación. Con Roar y Cinder a sus lados y los Seis llenando alrededor de ellos, se sintió demasiado como el Lord de la Sangre que su hermano había sido, uno de ceremonias y apariencias. Pero esta noche *era* para la ceremonia.

A través de la mesa, un hombre de cabello fibroso sonrió, mostrando más espacios que dientes.

—Bueno, bueno... que *espectáculo* eres, Peregrine.

El comerciante, que había llegado más temprano en la tarde, venía alrededor cada primavera vendiendo baratijas. Monedas, cucharas, anillos, y brazaletes colgaban de sus collares y abrigo, desordenado como alga marina. Tenían que pesar tanto como él lo hacía. Pero los bienes eran sólo una cubierta para su real intercambio... chismes.

Perry asintió.

—Shade. —Con la Marca en progreso y tiempo que gastar, ésta era una buena oportunidad para conocer noticias antes de que se fuera con Aria en la mañana del día siguiente.

—Se ha convertido en un joven *brillante* Lord —dijo Shade. Se mantuvo en la palabra, dibujando el sonido de ella como si estuviera sorbiendo médula ósea de un hueso. Desde el rabillo del ojo, Perry vio la sonrisa que se esparció en el rostro de Roar. Perry ya estaba esperando escuchar la imitación de su mejor amigo.

—*Cuánto* te pareces a tu hermano y tu padre —continuó Shade—. Él era un gran hombre, Jodan.

Perry sacudió su cabeza. Su padre, ¿un gran hombre? Tal vez para algunos. Tal vez en algunas maneras.

Miró hacia la chimenea. Bear se sentaba en una mesa con Aria. Con una pieza de carbón de sauce, dibujó las líneas curvas Audile en su bíceps, preparándose para tintarlas en su piel. Aria miró fijamente el fuego, su mirada distante. Perry exhaló a través de sus dientes, no seguro de por qué estaba preocupado. Había visto Marcas hechas una docena de veces.

—Vamos, Shade —dijo él—. Conozcamos tus noticias.

—Parece que la paciencia está perdida de tu *formidable* lista de virtudes —dijo Shade.

—Cierto —dijo Perry—. Carezco de restricción también.

Una sonrisa se esparció sobre el rostro del chismoso. Uno de sus dientes delanteros caía de lado, como una puerta abierta.

—Así que entiendo. Tú sabes, te admiro *tremendamente*, y no estoy solo. Noticias de tu desafío se han esparcido lejos y ampliamente. Cuán difícil debió haber sido derramar la sangre de tu hermano. Pocos hombres tienen la fuerza para cometer tal despiadado, perdóneme, tal *desinteresado* acto. Todo hecho por tu sobrino, escuché. Un querido niño, Talon. Querido, querido chico. Palabras dicen que derrotaste una banda de sesenta Croven también. Tan joven Lord, y aun así estás dejando tal marca, Peregrine de los Tides.

Perry tuvo el impulso de interrumpirlo, pero Reef se movió primero, plantando su pie en el banco junto a Shade con un sólido *thunk*. Se inclinó sobre el andrajoso hombre.

—Puedo acelerar esto.

Shade se estremeció, su mirada yendo a la cicatriz de Reef.

—No... no hay necesidad. Discúlpeme. No pretendía ofender. Su tiempo debe ser tanpreciado, especialmente con la tormenta de anoche. No es el único viendo el Éter tan tarde, sabe. Los territorios del sur están sufriendo. Quemaduras de fuego por todas partes, y las zonas fronterizas avanzan *lentamente* dispersas. Las tribus Rose y Night fueron forzadas de sus recintos. Las noticias dicen que se han unido e ido en busca de una fortificación.

Perry miró a Reef, quien asintió, sus pensamientos alineados. Los Rose y Night eran dos de las más grandes tribus en algún lugar, cada una estimada en miles. Los Tides apenas alcanzaban cuatrocientos en número, y eso incluía niños. Infantes. Ancianos. Perry había estado preparando los Tides para ataques, pero contra esas probabilidades, no tendrían una oportunidad.

Inhaló una insatisfactoria respiración, cálida y pesada en aromas. Tan atrás en la habitación, el aire se enconaba.

—¿Algún signo de dónde están yendo?

—No. —Shade sonrió—. Ningún signo de eso.

Perry miró sobre el mar de cabezas, encontrando a Aria de nuevo. Bear tomó una delgada barra de cobre de la caja de madera con los suministros de Marcas. La sostuvo sobre una vela, calentando la fina punta. En momentos pincharía la piel de Aria para formar su Marca. Usado de manera incorrecta, el instrumento podría ser letal.

Perry sacudió su cabeza, alejando el pensamiento.

—¿Qué más? —preguntó. Náuseas habían comenzado un constante escalar por su garganta, y una gota de sudor bajó por su columna—. ¿Qué sobre el Perpetuo Azul?

—Ahh... demasiada charla sobre el Azul allá afuera, Peregrine. Las tribus están emprendiendo la búsqueda de ello. Algunos yendo al sur, a través del Valle Shield. Algunos al este, más allá del Monte Arrow. La tribu Quince partió al norte, más allá de Horns, y volvió con nada más que estómagos vacíos. Un montón de habladurías, ve, pero ninguna de ella es firme.

—Escuché que Sable sabe dónde está —dijo Perry.

Shade se encogió, sus ropas balanceándose.

—Él lo dice, sí, pero no soy Scire, como tú, Peregrine. No puedo saber si dice la verdad. Si lo sabe, no le está diciendo a un alma sobre eso. Las palabras dicen que hay un chico que puede controlar el Éter, tú puedes querer saber eso. Tal niño debe valer algo en un tiempo como éste.

Perry se mantuvo quieto a pesar de la sacudida de su pulso. ¿Cuánto sabía Shade? Por el rabillo del ojo, vio a Cinder tirar de su sombrero.

—Eso no es posible.

—Sí, bueno... es difícil de creer. —Shade parecía decepcionado al no haber levantado ningún interés, porque su siguiente pedazo de información vino fácilmente—. El deshielo se adelantó hacia el norte en la primavera. El paso a Rim está despejado. Puedes ir a ver a Olivia ahora.

Liv. Perry fue sorprendido con la guardia baja por la mención de su hermana.

—Ella no fue a los Horns. Nunca llegó.

Shade alzó las cejas.

—¿No lo hizo?

Perry se quedó helado.

—¿Qué sabes acerca de Liv?

—Más que tú, según parece. —Sonrió Shade. Parecía contento de tener información para negociar con él ahora. Pero no había contado con Roar.

Perry se volvió a tiempo para ver a su amigo saltar sobre la mesa en una mancha oscura. Hubo una fuerte caída repentina y un tintineo de cucharas, anillos y dijes. Reef y Gren sacaron sus cuchillos, y luego se detuvo todo.

Perry subió sobre la mesa para ver a Roar sosteniendo a Shade.

—¿Dónde está ella? —siseó Roar, presionando su espada en la garganta de Shade.

—Ella se fue a los Horns. ¡Eso es todo lo que sé! —Shade miró a Perry, aterrorizado—. ¡Dile, Scire! Es la verdad. No te mentaría.

La sala se quedó en silencio ya que todos los ojos se volvieron hacia la conmoción. Las piernas de Perry se sentían inseguras mientras bajaba. Puso a Roar de pie y sintió el temperamento de su amigo, de un ardiente color escarlata.

—Camina. —Empujó a Roar hacia la puerta. Aire. Ambos necesitaban aire antes de tratar con Shade. No necesitaba derramamiento de sangre esta noche.

—Sable la encontró. —Los ojos de Roar se clavaron en todas partes, Perry le sirvió de guía en la sala—. Él la tenía que tener. El bastardo la localizó y la arrastró de regreso. Tengo que ir allí. Necesito...

—*Afuera*, Roar.

Dejaron un rastro de miradas curiosas mientras se abrían camino a través del pasillo. Perry se centró en la puerta, imaginando el aire fresco de la noche afuera.

Roar se detuvo y se volvió tan bruscamente que Perry casi se estrella contra él.

—Perry... *mira*.

Siguió la mirada de Roar a Aria. Bear llevó la aguja en su brazo en puñaladas rápidas y cortas, marcándola con la tinta. Aria estaba sudando, y su cabello se aferraba a su cuello. Ella miró por encima, mirándolo a los ojos. Algo andaba mal.

Estaba frente a ella en un santiamén. Al verlo, Bear se sobresaltó y tiró de la aguja hacia atrás. Una línea de sangre chorreaba por el brazo de Aria. Demasiada sangre. Lejos de demasiado. Parte de la Marca estaba hecha, las líneas fluidas del

tatuaje Aud llegaban a mitad de camino a través de sus bíceps. La piel alrededor de la piel con tinta estaba roja e hinchada.

—¿Qué es esto? —exigió Perry.

—Ella tiene la piel delgada —dijo Bear a la defensiva—. Lo estoy haciendo de la manera que sé.

La cara de Aria era fantasmalmente pálida, y estaba cayendo.

—Puedo manejarlo —dijo ella con voz débil. No lo miraba. Mantuvo la mirada fija en el fuego.

Los ojos de Perry se fijaron en el tintero sólo al oler algo apagado. Tomó el cuenco de cobre pequeño y se lo llevó a la nariz.

Inhaló. Debajo de la tinta captó un olor a humedad, ratonil.

Hemlock.

Por un instante, en su mente no cabía la información junta. Entonces se le ocurrió.

Veneno.

La tinta fue envenenada.

El cuenco de cobre resonó contra el fuego antes de que se diera cuenta de que lo había lanzado. Tinta salpicada a través de la chimenea, la pared, el piso.

—¿Qué hiciste? —gritó Perry. Los tambores se detuvieron. Todo se detuvo.

Los ojos de Bear saltaron de la aguja al brazo de Aria.

—¿Qué quieres decir?

Aria cayó hacia delante. Perry se puso de rodillas, atrapándola justo antes de que cayera desde la banca. Su piel ardía bajo sus manos, y puso todo su peso contra él, fuerte y débil. *Esto no puede estar pasando. No sabía qué hacer.*

No podía tomar una decisión. Las náuseas y el miedo corrían por su cuerpo, congelándolo.

La levantó, tirando de ella en sus brazos. Lo siguiente que supo fue que estaba en su casa. Entro a la habitación de Vale y la dejó sobre la cama. Luego tiró de su cinturón para sacarlo, el cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico.

Perry amarró el cinturón por encima de su bíceps, apretando con fuerza. Tenía que detener al veneno de fluir hacia el corazón. Entonces le tomó la cara entre las manos.

—¿Aria? —Sus pupilas estaban dilatadas por lo que apenas podía ver el gris

de su iris.

—No puedo verte, Perry —murmuró.

—Estoy aquí. Justo a tu lado. —Él se arrodilló junto a la cama y le tomó la mano. Si la agarraba con fuerza suficiente, estaría bien. Ella tenía que estarlo—. Vas a estar bien.

Roar apareció, poniendo una lámpara sobre la mesilla de noche.

—Molly está en camino. Está recogiendo lo que necesita.

Perry miró el brazo de Aria. Las venas a su alrededor parecían marcado con cable y de un púrpura profundo. Con cada segundo que pasaba, su rostro se ponía más pálido. Se pasó una mano temblorosa por la frente y pensó en el centro médico de Marron. No tenía nada aquí. Nunca en su vida se había *sentido* primitivo hasta ahora.

—Perry —suspiró ella.

Él le apretó su mano.

—Aquí mismo, Aria. No voy a ninguna parte. Estoy justo...

Sus ojos se cerraron, y él se sumergió profundamente bajo el agua otra vez, en la fría oscuridad, donde no había ni arriba. No había aire para sacar de sus pulmones.

—Todavía está respirando —dijo Roar detrás de él—. La escucho. Está inconsciente.

Molly llegó, llevando un cántaro con una pasta de color blanco tiza utilizada para las erupciones de veneno.

—Eso no va a funcionar —replicó Perry—. Está *dentro* de su piel.

—Lo sé —dijo Molly con calma—. No había visto la herida todavía.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Debo cortar la piel?

Las palabras apenas habían dejado a Perry cuando su estómago se encogió.

La mano de Roar se acercó a su cuchillo.

—Puedo hacerlo, Perry.

Miró a Roar, que estaba parpadeando rápido, ceniciento, y no podía creer que estaban hablando de cortar el brazo de Aria.

—Eso no va a ayudar —dijo Molly—. Ya está en su sangre.

Puso otro frasco de vidrio sobre la mesa de noche. Sanguijuelas cortaban

rápidamente a través del agua, agitadas y ansiosas.

—Éstas podrían, si se beben la sangre en mal estado.

Él luchó contra otra oleada de náuseas. Un cinturón alrededor de su brazo. *Sanguijuelas*. ¿Era esto lo mejor que podía hacer por ella?

—Hazlo. Pruébalas.

Molly tomó una sanguijuela que se retorció de la jarra y la puso sobre la Marca de Aria. Cuando se pegó a su piel, Roar dejó escapar una exhalación fuerte, pero Perry aún no podía respirar. Molly tomó otra sanguijuela de la jarra, y la puso sobre ella, cada segundo una eternidad, hasta que seis sanguijuelas se aferraban del brazo de Aria. En la piel perfecta en la que había corrido sus dedos hace apenas unas horas atrás.

Perry cambió su agarre en la mano, entrelazando sus dedos. Aria apretó su mano, sólo un tenue temblor antes de que volviera a relajarse. Dondequiera que estaba en el inconsciente, le decía que estaba luchando.

Observó las sanguijuelas volviéndose púrpura oscuro, llenándose de sangre. Tenían que estar funcionando. Tenían que extraer el veneno de ella. Entonces no pudo ver más. Puso su cabeza sobre la cama, sus rodillas doliendo por arrodillarse, y sintió el paso del tiempo en fragmentos. Desde la puerta de la habitación, la voz profunda de Bear, jurando su inocencia. Entonces Cinder, suplicando desesperadamente a Reef para que lo dejara entrar. Silencio. Entonces Molly desplazándose cerca, tirando de la manta sobre Aria y descansando su mano brevemente sobre su cabeza. Y el silencio de nuevo.

Finalmente, Perry miró hacia arriba. Aunque Aria todavía no se había movido, sintió su regreso.

Se puso de pie, balanceándose en su lugar, con las piernas rígidas. Alivio corría por él, desenfocando sus ojos, pero fue eclipsado rápidamente.

Miró a Roar, que sostenía su cuchillo por la hoja.

—Ve —dijo Roar, entregándosela—. Me quedaré con ella.

Perry lo tomó y se dirigió a la Cocina de Campaña.

CAPÍTULO 12

Aria

Aria se fraccionó a una amplia cúpula, sintiéndose débil y *mareada*. Líneas de un blanco estéril se remontaban a cientos de metros. Vegetales y frutas brotaban de ellas, ordenadas, perfectas ráfagas de color.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Esto era Ag 6, una de las cúpulas de cultivo en Reverie. Ya había estado aquí en busca de información sobre su madre. Soren la había atacado no muy lejos de donde estaba parada ahora.

Paisley había muerto aquí.

La mirada de Aria viajó hacia arriba. Muy alto, humo negro siseaba de los tubos de riego, cayendo y formando charcos a su alrededor. Trató de correr hacia la puerta. Sus piernas no se movían.

Una voz rompió el silencio.

—No puedes salir, ¿recuerdas?

Soren. No lo vio, pero reconoció su voz burlona.

—¿Dónde estás?

El humo la alcanzó, haciendo arder sus ojos y haciéndola toser, pero no podía ver a nadie más en la Cúpula.

—¿Dónde estás *tú*, Aria?

—No puedes hacerme daño aquí, Soren.

—¿Quieres decir en un Reino? ¿Es eso lo que crees que es esto? Y te equivocas. Puedo lastimarte.

Una ola de mareos la hizo tropezar.

Sus rodillas se doblaron y se cayó, agarrándose la cabeza. ¿Por qué su cabeza palpitaba? ¿Qué le pasaba?

Una presión abrazadora se hizo más y más fuerte en su bíceps. Miró hacia abajo. Humo brotaba de su piel, penetrando en el aire. Había fuego en su interior. Su sangre estaba ardiendo. Tiró y rasgó su piel, pero manos invisibles la atraparon.

—¡Basta, Molly! ¡Sácaselas del brazo!

Era la voz de Roar, pero, ¿dónde estaba?

La forma musculosa de Soren apareció sobre ella.

—No te escaparás esta vez.

Luchó por liberar sus brazos. Necesitaba luchar contra él, pero no podía liberarse.

—¡No te tengo miedo!

—¿Estás segura?

Él se lanzó por ella, agarrándola por la cintura.

—¡Soy yo, Aria! Todo está bien. Soy yo. —La voz de Roar. La cara de Soren. Las manos de Soren alrededor de ella.

Aria luchó contra su agarre. No sabía de qué estar asustada. No tenía idea qué era real o por qué sentía su sangre ardiendo como agua en sus venas. Cayó hacia atrás contra las filas de cultivo, pateando, peleando, mientras su visión se volvía gris y después negra.

CAPÍTULO 13

Peregrine

Perry entró en la Cocina de Campaña y se encontró a Wylan de pie sobre una mesa, frente a una pequeña multitud. Ya era tarde (sólo unas pocas lámparas callejeras estaban prendidas en la sala ensombrecida) y la mayoría de la tribu se había ido a su casa por la noche.

—Es un exaltado, es lo que siempre ha sido —dijo Wylan—. *Está* con la Habitante. Nos estaba ocultando eso. Ahora dice que va al norte hacia el Perpetuo Azul, pero tampoco le creo. ¡No me sorprendería si nunca regresa!

—¡Regresará! —dijo Perry. Sintió frío. Completamente concentrado. Tan agudo como el cuchillo en la mano.

Wylan se giró y casi se cayó de la mesa. Alrededor de Perry, la gente se quedó sin aliento, sus ojos cayendo en la cuchilla a su lado. Bear levantó las manos.

—No tenía ni idea, Perry. No lo sabía. Nunca haría...

—Lo sé. —El temperamento de Bear probó su inocencia.

Había estado tan sorprendido como Perry lo había estado antes. Perry inhaló profundamente, con destellos azulados en el borde de su visión.

—¿Quién fue? —Buscó las caras a su alrededor.

Nadie respondió.

—¿Crees que el silencio te protegerá? —Pasó junto a Rowan y el Viejo Will, moviéndose a través de la multitud, llenando de aire sus pulmones. Inhalando.

Filtrando.

Buscando.

—¿Tienes idea de lo fuerte que es la culpa para mí?

Lo atrapó: el rancio hedor a miedo. Agarró el olor como una línea y la siguió. La tribu retrocedió, aterrada, tropezando con bancos y mesas.

Todos excepto Gray, que se quedó parado fijo como un árbol. La visión de Perry se hizo tubular, centrándose sólo en él. En el agricultor, que sacudió la cabeza, con la cara tensa con terror.

—¡Ella es un Topo! ¡Ni siquiera es uno de nosotros! ¡No tiene *derecho* a ser

Marcada!

Perry se lanzó hacia delante, chocando contra Gray. Cayeron juntos, golpeando a la gente y chocando contra el suelo. Alguien pateó su mano y el cuchillo escapó de sus dedos.

Unas manos cayeron sobre sus hombros, pero no lo detuvieron. Estaba completamente decidido. Con el poder completamente enfocado... todo el miedo dentro de él liberándose a través de su puño: una, dos, tres veces antes de que Reef y Bear lo apartaran. Perry se abrió paso hacia atrás, maldiciendo, luchando. Había escuchado huesos rotos, pero no era suficiente. No era suficiente porque Gray todavía estaba vivo.

Todavía estaba moviéndose en el suelo.

Bear lo levantó del suelo, lanzándolo hacia atrás.

—¡*Detente!* Tiene hijos.

Perry se estrelló contra una mesa. Reef apareció frente a él, empujando con su antebrazo en su cuello, presionándolo.

—¡Mírame, Peregrine!

Se obligó a sí mismo a encontrarse en los ojos de Reef.

—Deja que se vaya —dijo Reef—. Déjalo ir.

La mirada de Perry fue hacia los dos niños, de pie en la multitud. Ayer, en los campos, habían estado riendo, tomando clases de tiro con el arco con Brooke. Ahora estaban abrazándose con fuerza, llorando.

Reef dio un paso hacia atrás, liberándolo.

Gray yacía de lado a unos metros de distancia. Sangre oscura brotaba de su nariz y formaba un charco sobre las tablas del suelo.

—Levántenlo —dijo Perry. Hyde y Straggler lo levantaron del suelo y lo sostuvieron quieto. Gray no podía sostenerse por sí mismo.

—¿Por qué? —preguntó Perry— ¿Por qué lo hiciste?

—¡Ella no se merece Marcas! Ni siquiera es una de nosotros. *Yo lo soy.*

—Ya no —dijo Perry—, perdiste ese derecho. Vete de mi tierra para mañana en la mañana.

Mientras Hyde y Strag alejaron a Gray, Perry bajó la cabeza y escupió la saliva cálida por la sangre en su boca. En algún punto recibió un puñetazo. Por el raballo del ojo, vio un destello de la porquería del abrigo tintineante de Shade. El

chismoso tenía una victoria esta noche.

—Eres un mentiroso, Peregrine.

Perry levantó la vista y siguió la amarga voz hasta que encontró a Wylan, enterrado en la multitud.

—¿Quieres venir aquí y decirme eso de nuevo, Wylan?

—Si lo hago, ¿también me golpearás? —Wylan sacudió la cabeza—. Eres peor que Vale —dijo en voz baja y se fue.

Twig empujó a Wylan cuando pasó. Un golpe bajo... sorprendente para alguien tan honorable como Twig. La mirada de Perry se movió a través del salón. Hayden estaba cerca y Gren tenía su cuchillo en las manos. Reef estudió la multitud, un guerrero evaluando al enemigo.

No eran enemigos. Ésta era su gente. Perry miró alrededor del salón, olfateando piedad, miedo y rabia.

Finalmente, Reef habló.

—Vamos, todos ustedes. Se terminó —dijo.

Pero Perry sabía que estaba equivocado.

CAPÍTULO 14

Aria

Un dolor ardiente en el brazo de Aria la despertó. Parpadeó en la oscuridad. Su lengua estaba pegada a su paladar y su cabeza palpitaba tan intensamente que estaba asustada de moverse.

Estaba en la cama en la habitación de Vale. La luz del Éter se filtraba por una pequeña grieta entre las persianas, azul y fresca, como el resplandor de una luna llena.

Miró hacia abajo, moviendo la cabeza lentamente. Una tira de tela estaba atada fuertemente alrededor de su bíceps. Sabía que la mancha oscura en ella era sangre. Su mano se sacudió salvajemente cuando lo alcanzó y lo tocó. Se sintió escaldada. No sólo por su piel sino muy dentro de sus venas.

Recordaba la ceremonia. Bear pinchando su brazo con la aguja y la terrible picadura que había sentido que se extendía hacia su músculo. Luego el desvanecimiento de los sonidos, de las voces y los tambores y un pasillo inclinado, inclinado.

Había sido envenenada.

Cerró sus ojos. Era tan increíblemente *medieval* que se habría reído si hubiera podido, pero entonces la furia y el miedo colisionaron dentro de ella. El temblor en sus manos se expandió al resto de su cuerpo cuando asimiló la realidad de lo que había sucedido. No sabía cómo podía sentirse tan fría con su sangre quemando, ardiendo dentro de sus venas. Rodando sobre su lado, se plegó haciéndose una bola y apretó cada músculo cuando el frío la hizo temblar.

¿Quién había hecho esto? ¿Brooke? ¿Wylan? ¿Fue Molly? ¿Podía haber sido la persona en la que empezaba a confiar aquí? Aria recordaba la noche que había cantado con Roar en la Cocina de Campaña. En ese entonces, mucha gente le había sonreído. ¿También habrían sonreído mientras había sido envenenada?

Lamió sus labios secos. La amargura que sintió... ¿era ese veneno? Sus ojos cayeron en la cuenta de la figurita de un halcón ubicada en la mesa de noche, sus pequeñas líneas azules despuntadas con la luz del Éter. La miró mientras el sueño venía y se la llevaba.

Cuando volvió a despertarse, alguien había encendido una vela en la mesa de noche. Parpadeó, la luz de la llama lastimando sus ojos. Perry estaba hablando

en la habitación contigua, su voz ronca y ansiosa. Su pulso inmediatamente se aceleró.

—Sabía que algo estaba mal —dijo él—. Me sentí enfermo aquí. Pero no sabía que era por ella.

Reef respondió sin rastro de sorpresa.

—Estás vinculado a ella. —Aria escuchó el crujido de una tabla del suelo y luego una suave maldición—. Pensé que podrías estarlo. Estuve rezando por haberme equivocado.

Aria miró a la puerta, luchando por comprender. ¿Perry estaba vinculado a ella?

—¿Crees que será la última vez que su humor te afecte? —dijo Reef—. Porque no lo será. Estás vinculado a una chica que nadie quiere alrededor. No puedo pensar en nada peor que eso. Está nublando tu juicio.

—Ella no está...

—Sí, Perry. No puede quedarse. Tienes que ver eso. Y después de lo que acabas de hacer, ahora es seguro que los Tides que no la aceptarán. Acabas de elegirla a ella sobre uno de *ellos*.

—Eso no es lo que hice. No puedo permitir asesinatos en mis propias narices, sin importar quién esté involucrado.

—Por supuesto que no —dijo Reef—, pero la gente ve lo que quiere. La perseguirán de nuevo, o peor, te perseguirán a ti. Y no me digas que irás al norte. Los Tides te necesitan *aquí*.

Ella esperaba que Perry no estuviera de acuerdo. No lo estuvo.

Un momento después, la puerta se abrió y él entró, sus dedos presionados contra sus ojos. Levantó la vista, congelándose cuando la vio despierta. Luego cerró la puerta y vino hasta la cama. Tomó su mano, sus ojos verdes llenándose con lágrimas.

—Aria... lo lamento. Lo siento tanto. No hay forma de que te diga cuánto lo lamento.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú no. No es culpa tuya. —Ella no podía encontrar la fuerza para hablar.

Un moretón rojo se extendía sobre un lado de su mandíbula, y su labio inferior estaba hinchado.

—Estás herido.

—No es nada, no importa.

Sí que importaba. Estaba herido por ella.

Importaba.

—¿Qué hora es? —Ella no tenía idea si había pasado una hora, un día, una semana. Cada vez que se despertaba, la habitación estaba oscura. La noche afuera.

Eso era todo lo que sabía.

—Casi el amanecer.

—¿Has dormido? —preguntó ella.

Perry levantó sus cejas.

—¿Dormir? —Sacudió su cabeza—. No... ni siquiera lo he intentado.

Ella estaba demasiado cansada. Demasiado débil para decir lo que quería.

Luego se dio cuenta de que sólo necesitaría una palabra. Acarició la cama.

—Tú.

Se recostó, acercándola. Aria se desplomó contra él, poniendo su oreja contra su pecho. Escuchaba el sonido de su corazón (un sonido bueno y sólido) mientras la calidez de su cuerpo se fundía en ella. Antes había estado en una neblina. Alucinando y buscando lo que era real. Lo encontró en él. Él era real.

—Estamos juntos ahora —susurró él contra su frente—. De la forma en que deberíamos estar.

Ella cerró los ojos y relajó su respiración, buscando tranquilidad. Él estaba vinculado a ella. Tal vez él también lo sentía.

—Duerme, Perry.

—Lo haré —dijo él—. Contigo justo aquí, lo haré.

CAPÍTULO 15

Peregrine

—Perry, ¡despierta!

Los ojos de Perry se abrieron. Estaba en la habitación de Vale. Nunca en su vida había pasado una noche allí. Aria dormía silenciosamente contra su pecho. La sujetó más fuerte mientras la esencia de sudor y sangre trajeron la noche anterior estrellándose contra él.

Roar se paró en la puerta.

—Será mejor que vengas afuera. *Ahora.*

Teniendo cuidado para no despertarla, Perry se deslizó fuera de la cama y siguió a Roar afuera.

Encontró a toda la tribu en el claro... una multitud de cientos. La gente estaba llorando y gritándose insultos los unos a los otros. En el techo de la Cocina de Campaña vio a Hyde y a Hayden con sus arcos tensos, listos para disparar. Reef apareció al lado de Perry con su cuchillo fuera, Twig apareció un segundo después.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Cinder.

Perry no lo sabía. No lo entendía hasta que Gray vino entre la multitud.

Su cara estaba tan hinchada que era casi irreconocible. Cargaba un pesado morral sobre su hombro.

—Escogieron mal —dijo simplemente, y luego caminó fuera del recinto. Lo siguieron sus dos hijos, llorando, limpiándose sus caras.

Luego se adelantó Wylan con su propio morral sobre su espalda.

—Mataron a Vale por encargarse de los Habitantes. ¿Qué tan diferente es eso de lo que hicieron ustedes?

Perry sacudió su cabeza.

—Talon y Clara no están por lo que hizo Vale. Él traicionó a la tribu. Yo *nunca* haría eso.

—¿Y anoche? Juro que eran tus puños en la cara de Gray. Eres un idiota, Peregrine. Pero nosotros fuimos más idiotas al pensar que podrías liderarnos.

Él bufó en dirección a Perry y se alejó con pasos largos. La madre de Wylan

lo siguió, mirando hacia adelante, su paso lento y desigual. Perry quería detenerla. Con una pierna coja, no sobreviviría en la zona fronteriza por mucho.

Luego apareció el primo de Wylan de entre la multitud. Un Aud fuerte de catorce que a Perry le gustaba. Uno de los tíos de Wylan lo seguía. Y luego el resto de su familia.

Siguieron yéndose, uno después del otro. Diez, después veinte, y aún más. Tantos que Perry empezó a imaginarse parado en un claro vacío. La idea lo llenó con alivio vertiginoso, que se fue en un instante. Él se suponía que estaría allí. Se suponía que tenía que liderar a los Tides.

Cuando finalmente dejaron de irse y el claro se calmó, miró alrededor, esperando un momento para asegurarse de que no había imaginado lo que acababa de pasar. La multitud lucía escasa, como si hubiera sido reducida.

Por lo menos un cuarto de su tribu se había ido.

Miró las caras de todas las personas leales a él, que se habían quedado. Entre ellos vio a Molly, a Bear y a Brooke. A Rowan y al Viejo Will. Buscó las palabras correctas, deseando la facilidad de Vale para los discursos, pero no pudo encontrarlas.

Luciría débil si les agradecía por su lealtad, aunque estaba agradecido. Y no se disculparía por lo que hizo. Esta era su tierra. Era su deber proteger a todos aquí: Habitantes y Forasteros o cualquier cosa en el medio.

Cuando la tribu, lo que quedaba de ella, regresó a su trabajo regular, Perry se reunió con Bear y Reef en la Cocina de Campaña. Se sentaron a la mesa cerca de la puerta y escucharon los nombres de todos los que se dispersaron y las tareas que habían hecho por la tribu. Bear escribió lentamente... el bolígrafo lucía como un manojo de paja en sus enormes manos mientras lo movía sobre la hoja. Cada nombre se sentía como una fuerte traición.

Perry no sabía cómo se había equivocado.

¿Fue por zambullirse tras el Viejo Will durante la tormenta? ¿Pelear con Gray anoche? ¿Fue su plan de ir hacia el norte para encontrar el Perpetuo Azul con Aria? Todo se sentía justificado. Correcto. No entendía cómo les había fallado.

Cuando terminaron el recuento, se sentaron en silencio. Bear había escrito el nombre de sesenta y dos personas, pero el número no decía toda la verdad. Como Perry había sospechado, gran parte eran Marcados. Incluso los No Marcados que se habían dispersado, eran luchadores capacitados y en condiciones. Los jóvenes, viejos y débiles raramente se iban por elección.

Reef suspiró, cruzando sus brazos.

—Sacrificamos a los disidentes. Estoy malditamente feliz de deshacerme de algunos de ellos. Nos fortalecerá a largo plazo.

Bear dejó la pluma y se pasó una mano por su barba.

—Me preocupa el corto plazo.

Perry lo miró. ¿Qué podía decir? Era la verdad.

—Estaremos más al descubierto ante ataques una vez que estas noticias se expandan. Shade probablemente esté allí afuera ahora, diciéndole a quien sea que pase lo que pasó.

—Debemos duplicar la guardia nocturna —dijo Reef.

Perry asintió.

—Hazlo —Miró a través del salón. En dos días, los Tides habían visto una salvaje tormenta de Éter, un atentado contra la vida de Aria y una rebelión. ¿Lo siguiente sería un ataque? Sabía que sucedería. Duplicando la guardia nocturna o sin hacerlo, eran demasiado vulnerables. No le sorprendería ver a Wylan regresar para tratar de obtener el recinto.

El claro estaba demasiado tranquilo y vacío cuando Perry regresó a casa. Estaba ansioso por revisar a Aria. ¿Estaba ella lo suficientemente bien para ir al norte? Las palabras de Reef de la noche anterior resonaron en su mente. *Los Tides te necesitan aquí.* ¿Cómo podría dejarlos ahora? ¿Cómo podría quedarse cuando la respuesta para su seguridad podría estar allí afuera?

Entró en su casa y encontró a Gren y a Twig gritándose el uno al otro frente al dormitorio de Vale. Se callaron cuando lo vieron.

—Per... —dijo Twig, la culpa destellando a través de su rostro—. Hemos buscado por todas partes...

Perry los empujó para pasar, entrando precipitadamente en la habitación. Vio la cama. La manta arrugada. Miró hacia la mesita de noche y no vio la escultura del halcón. No vio la cartera de Aria. No la vio a ella.

—Roar también se ha ido —dijo Twig. Se paró en la puerta con Gren, los dos mirándolo.

Cinder se deslizó entre ellos, su sombrero cayendo al suelo.

—Los vi salir. Me dijeron que te dijera que se encargarían de Liv y del Perpetuo Azul.

Perry se quedó de pie, absorbiendo la verdad, sus orejas rugiendo con el estruendo de la sangre.

Se habían ido sin él, pero él podría seguirlos. Sólo estarían algunas horas adelante. Si corría, podría alcanzarlos, pero no podía moverse.

Reef entró. Miró la habitación, maldiciendo.

—Lo siento, Perry.

Inesperadas y sinceras, las palabras sacaron a Perry de su trance.

Ella se había ido.

El dolor entró superando a la insensibilidad. Perry volvió a guardarlo. Lo empujó con todo en él, hasta que lo enterró. Hasta que regresó a la insensibilidad.

Caminó hacia la puerta y levantó el sombrero de Cinder.

—Se te cayó esto —dijo, regresándoselo.

Luego salió y caminó entrando al claro, dirigiéndose a ningún lugar.

CAPÍTULO 16

Aria

—Aquí. Toma un poco de agua.

Aria negó con la cabeza, apartando el odre[4] de agua. Tomó aliento tras aliento a través de labios fruncidos hasta que se le pasaron las ganas de vomitar. La hierba se movía en oleadas frente a sus ojos. Parpadeó hasta que se detuvo. No sabía cómo podía sentirse peor que hace sólo unas horas, pero lo hacía. Con el veneno todavía fluyendo por sus venas, su cuerpo se rebelaba contra cada paso.

—Va a estar bien pronto —dijo Roar—. Saldrá de tu sistema.

—Él va a odiarme.

—No lo hará.

Aria se enderezó, manteniendo su brazo apretado a su lado. Estaban de pie en una colina desde la que se podía ver el Valle Tide. Más que nada, quería ver a Perry yendo a zancadas hacia ella.

Esa mañana, había despertado con los gritos de la tribu en el claro. Los Tides se estaban dividiendo. La gente se estaba yendo, gritándole a Perry. Gritando obscenidades sobre ella. Había salido de la habitación de Vale, aterrorizada por salir de allí rápidamente, antes de que Perry perdiera todo. Había encontrado a Roar con su morral empacado. Liv estaba en los Horns. Él también se estaba yendo. Había sido fácil escapar inadvertida. Con docenas de personas saliendo a raudales del recinto, ella y Roar simplemente se habían movido lentamente hacia el otro lado.

Deseaba haber podido ver a Perry antes de irse, pero lo conocía. No la habría dejado irse sin él. Esa decisión le habría costado los Tides. No podía permitir que eso sucediera.

—Tenemos que seguir adelante, Roar. —Si no seguían moviéndose, cambiaría de opinión.

Caminó en un aturdimiento durante la tarde, con las piernas temblando, su brazo ardiendo bajo su venda. *Esto es lo mejor*, se decía una y otra vez. *Perry entenderá.*

Por la noche encontraron refugio bajo un árbol de roble, una lluvia constante creando un manto de ruido tranquilizador a su alrededor. Roar le ofreció comida,

pero no podía comer. Él tampoco podía, se dio cuenta.

Él se movió a su lado.

—Déjame revisar eso.

Aria se mordió el labio mientras él sacaba el vendaje de su brazo. La piel en su bíceps estaba hinchada y roja, con una costra de sangre seca y manchada de tinta. Llevaba la Marca más fea que jamás había visto.

—¿Quién lo hizo? —preguntó ella, con su voz temblando de ira.

—Un hombre llamado Gray. Él no está Marcado. Siempre ha tenido envidia de nosotros.

Un rostro apareció en la mente de Aria. Gray era el hombre fornido que había visto en el bosque durante la tormenta de Éter cuando se había encontrado a River.

—Un Topo estaba recibiendo Marcas y él no podía soportarlo —dijo Aria—. No podía dejar que eso sucediera.

Roar frotó la parte de atrás de su cuello, asintiendo con la cabeza.

—Sí. Supongo que de eso se trata.

Aria tocó la piel costrosa en su brazo.

—Una Marca a medias para una Forastera a medias. —Ella había querido burlarse de eso, pero su voz tembló.

Roar la miró en silencio durante un momento.

—Sanará, Aria. Podemos hacer que la terminen.

Se bajó la manga.

—No... ni siquiera estaba segura de si quería ser Marcada.

No tenía idea de a dónde pertenecía. ¿Aquí fuera? ¿En Reverie? Hess la había desterrado en otoño, y ahora la estaba usando. Los Tides habían tratado de matarla ayer. No encajaba en ninguna parte.

Se acercó más al fuego y se acostó, tirando de la manta sobre sus hombros. Había tenido frío todo el día, atormentada con escalofríos. *El tiempo ayudará*, se dijo. El veneno saldría de su sangre, y su piel se curaría. Tenía que concentrarse en su meta ahora. Tenía que llegar al norte y encontrar el Perpetuo Azul. Por Perry y Talon. Por sí misma.

Tan cansada como estaba, no podía dejar de pensar en la forma en que Perry se había sentido contra ella por la mañana, cálido y seguro. ¿Estaba durmiendo en

el techo esta noche? ¿Estaba pensando en ella? Después de una hora, se sentó, renunciando al sueño. Aunque los ojos de Roar estaban cerrados, podía decir que tampoco estaba dormido. Su expresión estaba demasiado tensa.

—Roar, ¿qué pasa?

Él le echó una ojeada, parpadeando con cansancio hacia ella.

—Él es un hermano para mí... y sé cómo se está sintiendo en este momento.

Aria jadeó cuando esto la golpeó: al salir corriendo sin ninguna explicación, le había hecho a Perry exactamente lo que Liv le había hecho a Roar.

—Es diferente... ¿no es así? Perry sabrá que lo dejé para protegerlo... ¿cierto? Viste cuántas personas abandonaron los Tides por mi culpa. Nada de esto habría sucedido si no hubiera estado allí en primer lugar. *Tenía* que irme.

Roar asintió.

—Todavía va a doler.

Aria apretó sus ojos con las palmas de sus manos, evitando las lágrimas. Roar tenía razón. Cuando se trataba de dolor, las razones no importaban. Apartó las manos.

—Hice lo correcto. —Ojalá pudiera convencerse a sí misma.

—Lo hiciste —acordó Roar—. Perry tiene que estar allí. No puede irse ahora. Los Tides no pueden darse el lujo. —Suspiró y apoyó la cabeza sobre su brazo—. Y estás más segura aquí afuera conmigo. No puedo verte estar a punto de morir de nuevo.

La lluvia había cesado cuando Roar la despertó al amanecer de otro día de la marcha. Habían tenido un respiro del Éter después de la tormenta, pero ahora veía chorros de éste corriendo detrás de un lienzo de nubes grises. La luz azul filtrándose hacia abajo le daba al día una calidad acuática.

—Mantendremos un ojo sobre esto —dijo Roar, mirando a su lado. Estaban viajando al aire libre. Si se construía otra tormenta, tendrían que encontrar refugio de prisa.

Aparte del dolor en su brazo, Aria se había recuperado. Pronto dejarían atrás el territorio de Perry, y tenía que estar alerta ante el peligro. Cada paso la llevaba más cerca de la ciudad de Rim. De lo que necesitaba.

A última hora de la tarde, estaba parada al borde de un valle y miraba hacia el sur a las ondulantes colinas extendiéndose hasta el horizonte. El otoño pasado, había acampado con Perry en alguna parte ahí fuera. Había usado tapas de libros

como zapatos. Había perdido a su mejor amiga. Y no lo sabía aún, pero había perdido a su madre.

Aria metió la mano en su morral y encontró la figurilla del halcón. La había agarrado cuando salió de la casa de Perry, necesitando algo real para recordarlo.

—Estaba allí cuando él hizo eso —dijo Roar. Estaba sentado en un árbol, mirándola con los ojos inyectados en sangre.

—¿En serio?

Roar asintió.

—Talon y Liv estaban allí también. Estábamos empezando una colección para Talon, cada uno de nosotros haciendo uno diferente para él. Liv se cortó el dedo apenas cinco minutos después de haber comenzado. —Sonrió débilmente, perdido en el recuerdo—. Es bruta con el cuchillo. Sin ninguna finura en absoluto. Ella y yo lo dejamos después de unos minutos, pero Perry siguió haciéndolo por Talon.

Aria pasó su pulgar sobre la superficie lisa. Cada uno de ellos, uno a la vez, había sostenido el halcón descansando en su palma. ¿Alguna vez estarían juntos... todos ellos?

Pasó la siguiente hora ajustándose a los sonidos del bosque, mirando la figurilla en su mano, tomando la primera guardia mientras Roar dormía. Había lobos por aquí. Bandas de vagabundos y caníbales. Recogió los patrones del viento y el susurro de los animales, escuchando hasta que estuvo segura de que estaban a salvo. Luego guardó el halcón y encontró su Smarteye.

Tres días habían pasado desde que había contactado a Hess en la playa. Echó un vistazo a Roar, dormido, y luego puso en acción el dispositivo. El Ojo se adjuntó cuando la biotecnología se activó, y su Smartscreen apareció.

Eligió el icono de Hess y luego sintió el tirón familiar de fraccionamiento, ese momento cuando su mente se ajustaba para estar aquí *y* allá. Había aparecido en un café en un Reino Veneciano. Las góndolas se deslizaban a lo largo del Gran Canal a pocos pasos de distancia, rosas flotaban en el agua clara y brillante. Era un hermoso día soleado, dorado y cálido. En algún lugar, un cuarteto de cuerdas tocaba, las notas finas y crispadas.

Hess apareció al otro lado de la pequeña mesa. Había modificado su ropa esta vez, usando un traje de color marfil con rayas azules claras y una corbata roja. Se había dado a sí mismo un bronceado, pero el efecto era raro. Parecía extrañamente viejo, o, mejor dicho, más cercano a su verdadera edad de más de un centenar, y su piel era color naranja. Tan diferente de la piel color bronce de Perry.

Hess frunció el ceño ante su ropa. Antes de que pudiera decir una palabra, ella sintió una sacudida, como si todo su cuerpo hubiera parpadeado. Miró hacia abajo. Un vestido de seda azul rey se aferraba a ella como una segunda piel.

Hess sonrió.

— Eso está mejor.

Su corazón empezó a tamborilear con ira.

— Mucho — dijo ella.

Un camarero llegó con una bandeja de cafés. De oscuros ojos y bien parecido, podría haber sido el hermano de Roar. Sonrió mientras colocaba las bebidas en la mesa. Una brisa cálida pasó soplando, llevando el olor picante de la colonia y moviendo el cabello de Aria sobre su espalda desnuda. Todo era tan normal y seguro y encantador. Hace un año, Paisley habría estado pateándola bajo la mesa por la sonrisa del camarero. Caleb habría levantado la vista de su cuaderno de bocetos y puesto los ojos en blanco. De repente estaba furiosa por lo *difícil* que era la vida ahora.

Hess tomó un sorbo de café.

— ¿Estás bien, Aria?

¿Sabía que había sido envenenada? ¿Podría decirlo a través del Ojo? ¿A través de la química de su cuerpo?

— Estoy fenomenal — dijo ella—. ¿Cómo estás tú?

— Fenomenal — dijo él, igualando su sarcasmo—. Estás de camino ahora. ¿Estás viajando sola?

— ¿Por qué te importa?

Los ojos de Hess se estrecharon cuando la miro.

— Detectamos una tormenta cerca de ti.

Aria sonrió.

— También la detecté.

— Puedo imaginarlo.

— No, realmente no puedes. Necesito saber si algo está pasando en Reverie, Hess. ¿Fueron golpeados por la tormenta? ¿Hubo algún daño?

Parpadeó hacia ella.

— Eres una chica lista. ¿Qué crees?

—No importa lo que crea que paso. Necesito *saberlo*. Necesito comprobar que Talon está bien. Quiero ver a mis amigos. Y quiero saber qué vas a hacer cuando te dé la ubicación del Perpetuo Azul. ¿Vas a trasladar todo el campamento? ¿Cómo vas a hacerlo? —Aria se inclinó sobre la mesa—. Sé lo que *estoy* haciendo, pero, ¿qué tal *tu*? ¿Qué pasa con todo lo *demás*?

Hess tamborileó sus dedos contra el mármol de la mesa.

—Ahora eres más fascinante. La vida entre los Salvajes te sienta bien.

De repente el Reino quedo en silencio. Aria miró hacia el canal. La góndola se había congelado en el agua que estaba tan quieta como el cristal. Una bandada de palomas por encima de ellos, atrapadas en pleno vuelo. Las personas miraban a su alrededor, el pánico en sus caras; entonces el Reino rompió de nuevo en sonido y movimiento.

—¿Qué *fue* eso? —preguntó Aria—. Respóndeme o acabamos con esto.

Hess tomó otro sorbo de café y miró el tráfico en el Gran Canal como si nada hubiera acabado de pasar.

—¿Crees poder fraccionarte si no quiero que lo hagas? —La miró de nuevo—. Acabaremos cuando yo lo diga.

Aria tomó su café y se lo arrojó. El oscuro liquido salpico en su cara y su traje claro. Hess se echó hacia atrás, jadeando, a pesar de que no le había hecho daño. Nada en lo Reinos podía infligir daño. Lo máximo que podía sentir era calor, pero lo había sorprendido. Ahora tenía su atención.

—¿Aún quieres que me quede? —preguntó.

Hess desapareció antes de que terminara de hablar, dejándola sola y viendo una silla vacía. Aunque sabía que no tenía sentido, trató de apagar el Ojo. Estaba lista para regresar, completamente, a la realidad. En su Smartscreen brilló el mensaje COMANDO NO AUTORIZADO.

¿Ahora qué? El camarero miró a través de la ventana del café, con interés en su mirada. Aria se dio vuelta hacia el canal. Una pareja estaba abrazada en la parte superior del puente, mirando el movimiento del agua debajo de ellos. Trató de imaginar que ella era la que estaba presionada contra la barandilla. Que era Perry quien estaba apartando su cabello hacia un lado y susurrándole al oído. Perry había odiado los Reinos. No podía crear la imagen en su cabeza.

Un contador apareció en la esquina superior de su Smartscreen. El tiempo se acababa dentro de treinta minutos. Aria se preparó. Hess estaba tramando algo.

Después, se fraccionó a otro Reino, apareciendo en un muelle de madera. El

océano golpeaba suavemente debajo de ella, y las gaviotas chillaban por encima, los estridentes sonidos eran sólo una parodia de los reales. Un chico estaba sentado en la orilla del muelle. Su cara frente al mar, pero Aria sabía exactamente quién era.

Talon.

Se sintió enferma. Había querido saber si el sobrino de Perry estaba bien, pero no estaba segura si quería *conocerlo*. No quería darle más importancia de la que ya le había dado. ¿Y qué se suponía que le iba a decir? Talon nunca la conoció. Bajó la mirada. Por lo menos estaba de vuelta en su usual traje negro.

El contador ahora decía veintiocho minutos. Había estado parada ahí por dos minutos. Sacudió la cabeza, y se dirigió hacia él.

—¿Talon?

Se puso de pie y la enfrentó, sus ojos abiertos por la sorpresa. Ella nunca conoció a Talon, pero lo había visto una vez. Meses atrás, cuando Perry había visitado a Talon en los Reinos, había estado observando en las pantallas. Era un chico sorprendente, con cabello castaño rizado y serios ojos grises, su color más oscuro, más rico que los de Perry.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Una amiga de tu tío.

La miró con suspicacia.

—¿Entonces cómo es que no te conozco?

—Lo conocí después de que te trajeran a Reverie. Soy Aria. Estaba con Perry cuando vino a verte al Reino el otoño pasado... Estuve ayudándolo desde el exterior.

Talon encajó su caña de pescar entre los listones del muelle.

—¿Así que eres una Habitante?

—Sí... y también una Forastera. Soy la mitad de ambos.

—Oh, ¿dónde estás? ¿Afuera o en Reverie?

—Afuera. En realidad... estoy sentada junto a Roar.

Los ojos de Talon brillaron.

—¿Roar está ahí?

—Está dormido, pero cuando despierte, le diré que dijiste hola.

Otra vara estaba descansando en el muelle. Talon estaba usando dos. Era un

Tider, se dio cuenta. Probablemente había pescado durante todos sus ocho años.

—¿Me puedo unir?

No parecía contento sobre eso, pero dijo:

—Claro.

Aria tomó la caña extra y se sentó a su lado. No podía creer que después de unos cuantos días en un campamento pesquero, estaba ahora pescando en los Reinos. Estudió la madera que tenía en sus manos, dándose cuenta de que no tenía ni idea de cómo lanzarlo. Había ido a pescar a otro Reino antes. Un Reino para Pesca Espacial, donde disparabas los ganchos hacia los peces a través del cosmos. Esto era pescar como los antiguos lo habían hecho.

—Umm... aquí —dijo Talon, tomando la caña de su mano. La lanzó suavemente, para que así pudiera ver cómo se hacía, después se la entregó.

—Gracias —dijo.

Se encogió de hombros sin mirarla y empezó a balancear sus piernas en el borde del muelle. Pateando de izquierda a derecha, izquierda-derecha, izquierda-derecha. *Estar quieto me cansa*, le había dicho Perry una vez. Aparentemente era de familia.

—Usamos redes en casa —dijo Talon después de un rato.

—Oh, ¿de verdad? —Buscó a tientas una pregunta para seguir. El contador decía veintitrés minutos—. ¿Te gusta más pescar o cazar?

La miró como si estuviera loca.

—Amo ambas cosas.

—Probablemente debí haber adivinado eso. Pareces como si fueras bueno en ambas. —Estaba más robusto y saludable ahora que cuando lo había visto el otoño pasado.

Talon se rascó la nariz.

—Puedo captarlos y cazarlos, pero este Reino no te deja cocinarlos. Traté de hacerlo. Recogí madera y traté de empezar una fogata, pero no funcionó. No hay fuego en los Reinos. Quiero decir lo hay, pero es como un fuego imaginario.

Aria se mordió el labio, asintiendo. Sabía eso muy bien.

—Tienes que ir a un Reino de cocina para cocinar el pescado, pero esos son locos. Y luego, incluso cuando te lo comes, no llenan tu estómago después de dejar el Reino. No es divertido atraparlos cuando no tiene sentido.

Aria sonrió. Cuando él hablaba, sus piernas paraban de balancearse, y una arruga aparecía entre sus cejas.

—Estoy segura de que hay lugares donde puedes competir —sugirió.

—¿Por qué?

—Por, ya sabes, rangos. Podrías estar en primer lugar.

—¿El primer lugar significa que voy a cocinar y comer todo lo que atrape?

Aria se rió.

—Probablemente no.

—Tal vez lo intentaré de todos modos. —Miró hacia el océano y balanceó sus piernas por un rato antes de hablar de nuevo—. Quiero ir a casa. Quiero ver a mi tío.

Aria sintió un nudo en la garganta. No había preguntado por su padre. Se preguntó si se había imaginado lo que había pasado entre Vale y Perry, pero no estaba en posición de preguntar.

Cayó en cuenta de que ya no tenía padres. Era un huérfano como ella.

—¿Eres infeliz en Reverie? —preguntó.

Sacudió su cabeza.

—No. Solo quiero ir a casa. Estoy mejor ahora. Los doctores aquí me ayudaron.

—Eso es bueno, Talon —recordó a Perry diciéndole que Talon había estado enfermo en el exterior—. Voy a sacarte, y regresarte de nuevo a los Tides. Te lo prometo.

Él se rascó la rodilla, pero no dijo nada.

—¿Alguna vez has pescado con un amigo?

—Clara venía conmigo. Es la hermana de Brooke. ¿Conoces a Brooke?

Aria se tragó una carcajada.

—Sí, conozco a Brooke. ¿Por qué Clara dejó de pescar contigo?

—Se aburríó. Cree que este Reino es muy lento ahora. A nadie le gusta pescar de esta manera.

—A mí me gusta. ¿Tal vez podamos hacer esto de nuevo en otra ocasión?

Talon le dio una mirada de lado y sonrió.

—De acuerdo.

El resto de su tiempo juntos, Talon le dijo sobre todo el pescado que había atrapado ahí. Usando qué tipo de cebo. A qué hora del día. Bajo qué condiciones del clima.

Inclinó su cabeza cuando su voz se hizo más suave. Sus piernas nunca pararon de balancearse sobre el borde del muelle. Algunas veces, cuando sonreía, Aria tenía que ver hacia el mar y suspirar, era tan parecido a su tío. Lo abrazó mientras el contador llegaba a cero, prometiéndole que volvería a visitarlo pronto.

Aria se fraccionó en otro Reino, una oficina. Hess estaba sentado en una elegante mesa gris con una pared de vidrio detrás de él. A través de ella se podía ver el Panop de Reverie, donde había vivido toda su vida, con sus enrollados niveles circulares. La vista le robaba el aliento y le hacía señas para que se acercara. Había estado en los Reinos miles de veces con Hess desde que había sido expulsada, pero no había visto el Compartimiento, su hogar físico, hasta ahora.

Hess habló antes de que diera un paso.

—Una visita agradable —dijo—. No está sufriendo, como puedes ver. Espero que podamos mantenerlo de esa manera.

[4] **Odre:** Es un recipiente o vasija de piel, también llamado “bota”, utilizado para contener cualquier clase de líquido, típico, aunque no exclusivo, de España. Su uso más tradicional es como recipiente de vino.

CAPÍTULO 17

Peregrine

—Promételo, Vale —dijo Perry, mientras sostenía el cuchillo en la garganta de su hermano. Su voz sonaba demasiado dura, como la voz de su padre, y sus manos le temblaban tanto que no podía sostener derecho el cuchillo. Tenía a Vale contra la hierba en un campo vacío.

—¿Prometértelo a ti? No puedes estar hablando en serio. No tienes *idea* de qué estás haciendo, Perry. Admítelo.

—¡Sé lo que estoy haciendo!

Vale comenzó a reírse.

—Entonces, ¿por qué te dejaron? ¿Por qué *ella* te dejó?

—¡Cállate! —Perry presionó la hoja contra la garganta de su hermano, pero Vale sólo se rió más fuerte.

Entonces, no era Vale. Era Aria. Hermosa. Tan hermosa debajo de él, en la cama de Vale. Se echó a reír mientras él sostenía el cuchillo contra su garganta. Perry no podía apartar la hoja. Temblaba en su mano mientras la presionaba contra la suave piel de su cuello, no podía detenerse, y a ella no le importaba. Sólo se reía.

Perry se tambaleó fuera de la pesadilla y se sentó de un salto en su desván. Maldijo en voz alta, incapaz de mantenerse callado. El sudor bajó por su espalda, y estaba sin aliento.

—Tranquilo. Tranquilo, Perry —dijo Reef. Estaba parado en la escalera, con el ceño fruncido de preocupación.

La casa estaba en penumbras y el silencio era sepulcral. Perry no oyó los ronquidos habituales de los Seis. Había despertado a todo el mundo.

—¿Estás bien? —preguntó Reef.

Perry se volvió hacia las sombras, escondiendo su cara. Dos días. Ella se había ido hace dos días. Tomó su camisa y se la puso.

—Estoy bien —dijo.

Bear lo estaba esperando cuando salió.

—Estamos más cansados que nunca, Perry, lo sé. Pero necesito que mi pueblo descanse. Es demasiado pedirles que trabajen todo el día en el campo y

luego que hagan la guardia nocturna. Algunos de nosotros necesitamos dormir.

Perry se puso tenso. Dormía mucho menos últimamente, y todo el mundo lo sabía.

—No podemos darnos el lujo de ser atacados. Necesito gente que vigile.

—Yo necesito ayuda limpiando las zanjas de drenaje, Perry. Necesito ayuda labrando y sembrando. Lo que no necesito es gente roncando cuando deberían estar trabajando.

—Confórmate con lo que tienes, Bear. Todos los demás lo hacen.

—Lo haré, pero no conseguiremos hacer más de la mitad de lo que necesitamos.

—Entonces, ¡hagan la mitad! No estoy quitándote hombres para que vigilen.

Bear se quedó inmóvil, al igual que varias personas alrededor del claro. Perry no entendía cómo *ellos* no entendían. Casi una cuarta parte de la tribu se había dispersado. Por supuesto no podían hacer todo. Tenía esperanzas de acumular raciones de alimentos para el viaje de la tribu al Perpetuo Azul, pero después de los daños de la tormenta de Éter y de la pérdida de mano de obra, todo lo que podía hacer era darles de comer todos los días. Estaban trabajando excesivamente y desnutridos, y necesitaba una solución.

Consideró sus opciones a lo largo del día, mientras limpiaba los desagües para Bear y comprobaba las medidas de defensa de los Tides. Reef trabajó a su lado, tan cerca como su sombra. Cuando Reef no estaba allí, uno de los Seis tomaba su lugar. No lo dejarían solo. Incluso Cinder parecía estar en ello, uniéndose a Perry si se marchaba en busca de algunos minutos para sí mismo.

No sabía lo que esperaban de él. La sorpresa inicial había desaparecido, y ahora veía la situación como lo que era. Roar y Aria se habían ido; irían a los Horns para encontrar a Liv y al Perpetuo Azul. Pronto regresarían, y eso era todo. Tenía que serlo. No se dejaría pensar más allá de eso.

La cena fue entrada la noche, habían perdido tres cocineros del grupo de Wylan, y la Cocina de Campaña estaba extrañamente vacía y silenciosa. A Perry no le gustó la comida, pero la comió porque la tribu lo observaba. Porque tenía que mostrar que las cosas podrían haber cambiado pero que todavía habría un mañana.

Reef apareció a su lado cuando salía de la Cocina de Campaña y se dirigió hacia el mirador oriental. Perry sintió a Reef trabajar en su coraje para decir algo mientras caminaban. Manos cerrándose en puños, esperó a que le dijera que necesitaba dormir, o más paciencia, o ambos.

—Cena terrible —dijo Reef por fin.

Perry dejó escapar un suspiro, la tensión alejándose de sus dedos.

—Podría haber sido mejor.

Reef levantó la vista hacia el cielo.

—¿Lo sientes?

Perry asintió. El aguijón en la parte posterior de su nariz le advirtió que otra tormenta no estaba muy lejos.

—Ahora casi siempre.

El Éter fluía, atado y enojado, dándole a la noche un resplandor azul veteado. Después de la tormenta, el cielo se había mantenido en calma sólo por un día. Ahora, había poca diferencia entre el día y la noche. Los días eran oscurecidos por las nubes y el azul arrojado por el Éter. Las noches eran iluminadas por lo mismo. Fluían juntos, los bordes desenfoándose en un día sin fin. Una noche eterna.

Miró a Reef.

—Necesito que envíes un mensaje.

Reef elevó las cejas.

—¿A?

—Marron. —Perry no quería pedirle ayuda otra vez, lo había hecho sólo meses atrás, cuando había buscado refugio allí con Roar y Aria, pero la posición de los Tides era demasiado débil. Necesitaba comida y necesitaba personas. Pediría un favor antes de ver a su tribu morir de hambre o perder las instalaciones en una redada.

Reef estuvo de acuerdo.

—Es una buena idea. Voy a enviar a Gren mañana a primera hora.

Incluso después de que él y Reef se bañaron para aliviarse, Twig y Gren se mantuvieron en el puesto de control, acurrucados en el borde de una roca camuflada. Los cuatro se sentaron juntos en un cómodo silencio cuando una fina niebla comenzó a caer.

Hyde y Hayden llegaron poco después, Straggler detrás de ellos. Tenían la noche de guardia, los tres. Perry había visto a Hyde bostezar media docena de veces durante la cena. Se establecieron en el puesto de observación, mirando cómo la niebla se espesaba a lluvia. Todavía nadie hablaba, o se iba.

—Noche tranquila —dijo Twig finalmente—. Estamos tranquilos, quiero decir. No la lluvia. —Su voz sonaba áspera y ronca después de la larga extensión de silencio.

—¿Te comiste una rana, Twig? —preguntó Hayden.

—Tal vez había ranas en la sopa de esta noche —dijo Gren.

Hyde gruñó.

—Las ranas saben mejor que el mondongo.

Twig se aclaró la garganta.

—Sabes que una vez casi comí una rana viva —dijo.

—Twig, te *ves* como una rana. Tienes ojos de rana.

—Muéstranos qué tan alto puedes saltar, Twig.

—Cállense y déjenlo que croe la historia.

La historia en sí no era mucho. Cuando era niño, Twig había estado a punto de besar a una rana por una apuesta con su hermano, cuando ésta se resbaló a través de sus dedos y se lanzó a su boca. Era la historia equivocada para que Twig la contara. A los veintitrés años, aún tenía que besar a una chica, y los Seis lo sabían, como sabían casi todo el uno del otro. Siguió una masacre, ya que trataron de acertar con Twig, diciendo cosas como que quizás estaba preocupado de que después de una rana una chica sería una decepción, y de que ellos apoyaban su búsqueda para encontrar un príncipe.

Perry escuchaba, sonriendo a las mejores ideas, sintiéndose más como sí mismo que durante los últimos dos días. Finalmente hubo silencio de nuevo, excepto por el ritmo de unos pocos ronquidos. Miró a su alrededor. La lluvia había cesado. Algunos dormían. Otros respiraban de manera constante, enfocados en la noche. Nadie habló, pero Perry escuchaba con claridad. Entendía por qué habían sido como una sombra y por qué estaban sentados con él ahora, permaneciendo con él cuando no debían.

Dada la oportunidad, no se irían. Permanecerían a su lado.

CAPÍTULO 18

Aria

—Tuvimos un mejor ritmo hoy. —Aria retorció su cabello, moviéndose cerca del fuego. La primavera había llegado con fuerza, con días de constantes lluvias. Habían dejado los Tides hace tres días, y su fuerza finalmente había regresado—. ¿No crees que hayamos hecho algo de terreno?

Roar yacía contra su morral, sus piernas cruzadas por los tobillos, su pie golpeando a un ritmo que ella no podía escuchar.

—Lo hicimos.

—Buen fuego, también. Tuvimos suerte de encontrar madera seca.

Roar miró, alzando una ceja. Ella se dio cuenta que no había estado mirándolo a él, sino a través de él.

—¿Sabes qué es peor que el silencio Aria? Charla sin sentido Aria.

Ella tomó una rama y la lanzó al fuego.

—Sólo estoy ahorrándote la conversión.

Habían viajado casi en silencio la mayor parte del día, a pesar de los intentos de conversación de Roar. Él quería discutir su plan para cuando llegaran a los Horns. ¿Cómo descubrirían información sobre el Perpetuo Azul? ¿Cómo negociarían para obtener de regreso a Liv? Pero Aria no había querido discutir nada. Necesitaba mantenerse enfocada en seguir adelante. En empujar más fuerte cuando sentía la urgencia de regresar. Y hablar podía conseguir que ella *hablara*.

Se preocupaba por Talon. Extrañaba a Perry. No había nada que pudiera hacer sobre ninguno de ellos excepto ir hacia los Horns. Ahora, sintiéndose un poco culpable por su silencio, estaba intentando, de manera poco convincente, era cierto, arreglarlo.

Roar frunció el ceño.

—¿Me estás *ahorrando* la conversación?

—Sí, ahorrándotela. Todo lo que tengo ahora son unas ansias sin sentido. Estoy cansada, pero apenas y puedo estar sentada tranquila. Y siento como si debiéramos continuar.

—Podemos viajar a través de la noche —dijo él.

—No. Necesitamos descansar. ¿Ves? No tengo ningún sentido.

Roar la observó por un momento. Luego miró arriba a las ramas de los árboles encima de ellos, su expresión volviéndose reflexiva.

—¿Alguna vez te he contado sobre la primera vez que Perry trató con el Luster?

—No —dijo ella. Había escuchado historias sobre Perry, Roar, y Liv todo el invierno, pero nunca escuchó ésta.

—Estábamos en la playa, los tres. Y ya sabes cómo es el Luster, cómo juega contigo. De todos modos, Perry se puso un poco del tipo de dejarse llevar. Decidió desnudarse e ir a nadar. Por cierto, esto fue justo a mitad del día.

Aria sonrió.

—No lo hizo.

—Lo hizo. Mientras estaba afuera gritando en las olas, Liv tomó sus ropas y decidió que era un buen momento para conseguir que todas las chicas en la tribu vinieran a la playa.

Aria se rió.

—¡Roar, ella es peor que tú!

—Querrás decir mejor.

—Estoy asustada de verlos a los dos juntos. Entonces, ¿qué hizo Perry?

—Nadó a lo largo de la costa, y no lo vimos hasta la mañana siguiente. —Roar rascó su barbilla, sonriendo—. Nos dijo que se coló en el recinto durante la noche vistiendo algas marinas.

—¿Quieres decir que vistió una... *una falda de algas*? —Aria se rió—. Habría dado cualquier cosa por haber visto eso.

Roar se estremeció.

—Yo estoy feliz de no haberlo hecho.

—No puedo creer que nunca antes me contaras esa historia.

—Estaba guardándola para el momento indicado.

Ella sonrió.

—Gracias, Roar. —La historia la había alejado de sus preocupaciones por un momento, pero regresaron rápidamente.

Cuidadosamente, empujó arriba su manga. La piel alrededor de la Marca

todavía estaba roja y con una costra, pero la hinchazón había bajado. En algunos lugares parecía como si la tinta se hubiera corrido *dentro* de su piel. Era un desastre.

Se estiró y descansó su mano sobre el antebrazo de Roar. Por alguna razón, esto parecía más fácil. Quizás tomaba menos coraje sólo dejarse a sí misma pensar que decir sus preocupaciones en voz alta.

¿Qué si esto era una señal? Quizás no se supone que sea una Forastera.

La sorprendió tomando su mano y enlazando sus dedos con los de ella.

—Ya *eres* una Forastera. Encajas en todos lados. Sólo no lo ves aún.

Ella miró hacia sus manos. Nunca antes había hecho eso.

Roar le dio una mirada divertida.

—Simplemente es extraño que extiendas tu mano sobre mi brazo todo el tiempo —dijo él, respondiendo a sus pensamientos.

Sí, pero esto se siente íntimo. ¿No crees que lo sea? No quiero decir que piense que estamos siendo muy íntimos. Supongo que lo hago. Roar, a veces es realmente difícil acostumbrarse a esto.

Roar destelló una sonrisa.

—Aria, esto no es íntimo. Si *fuera* íntimo contigo, créeme, lo sabrías.

Ella puso los ojos en blanco. *La próxima vez que digas algo así, deberías lanzar una rosa roja y luego irte sacudiendo tu capa.*

Alejó la mirada como si estuviera imaginándolo.

—Podría hacer eso.

Cayeron en un silencio, y ella se dio cuenta cuán confortante se sentía conectarse con él de esta manera.

—Bien —dijo Roar—. Ésa es la idea.

Su sonrisa era alentadora. *La última vez que vi a mi madre, fue terrible, admitió después de un tiempo. Estábamos peleando. Le dije muchas cosas malas, y he estado arrepintiéndome desde entonces. Pienso que siempre lo haré. De todas formas, no quería hacer eso con Perry. Pensé que sería más fácil sólo irme.*

—¿Y estoy suponiendo que estabas equivocada?

Ella asintió. *Irse nunca es fácil.*

Roar la miró por un largo momento, el indicio de una sonrisa en sus ojos.

—Esas no son ansias sin sentido, Aria. Eso es lo que está pasando. Es la verdad. —Él apretó su mano y la soltó—. Por favor nunca me ahorres eso.

Cuando Roar se durmió, cavó por su Smarteye sacándolo de su morral. Era hora de reportarse con Hess otra vez. Por días, había estado imaginándose a Talon con sus piernas colgando sobre el muelle. Ahora su estómago se apretaba mientras recordaba la amenaza de Hess. Escogió el ícono de Hess en su Smartscreen y se fraccionó. Cuando vio dónde estaba, cada músculo en su cuerpo se puso rígido.

La Ópera de París.

Desde su lugar en el centro del escenario, se quedó en silencio, paralizada, absorbiendo la opulencia familiar del salón. Filas de balcones dorados envueltos alrededor de un mar de asientos rojos de terciopelo. Sus ojos viajaron más allá, hacia los coloridos murales del techo abovedado, iluminado por la gran lámpara de araña. Había estado viniendo aquí desde que era sólo una niña. Este Reino, más que ningún otro, se sentía como casa.

Su mirada se movió más allá del foso de la orquesta hasta el asiento directamente enfrente de ella.

Vacío.

Aria cerró sus ojos. Éste había sido su lugar con Lumina. Podía imaginar a su madre allí, en su sencillo vestido negro, su oscuro cabello recogido hacia atrás en un apretado moño, una gentil sonrisa en sus labios. Aria nunca había conocido una sonrisa más reconfortante. Una sonrisa que decía, *Todo estará bien y creo en ti*. Sintió eso ahora. Una calma. Una certeza. Todo se solucionaría. Se aferró al sentimiento, encerrándolo en su corazón. Luego lentamente abrió sus ojos, y el sentimiento se desvaneció, dejando preguntas que quemaban en la parte trasera de su garganta.

¿Cómo pudiste dejarme, mamá? ¿Quién era mi padre? ¿Significó algo para ti?

Nunca tuvo respuestas. Sólo tenía un dolor que se extendía hacia atrás y hacia adelante y seguía su camino hasta donde podía ver.

Las luces del escenario se apagaron, y luego las luces de la audiencia. De repente estaba de pie en completa oscuridad lo que hizo vacilar su balance. Sus oídos alertas a su máxima potencia, dispuesta a aprovechar cualquier pequeño ruido.

—¿Qué es esto, Hess? —dijo, molesta—. No puedo ver.

Un reflector cortó a través de la oscuridad, cegándola. Aria alzó su mano, protegiendo sus ojos de la luz y esperando para que se ajustaran. Sólo podía distinguir el oscuro vacío del foso de la orquesta y las filas de asientos más allá. En

lo alto, miles de cristales de la lámpara de araña parpadeaban.

— ¿Esto no es un poco teatral para ti, Hess? ¿Vas a cantarme *El Fantasma de la Opera*? — En un capricho, cantó unas líneas de “All I ask of You”. Su intención era seguir el juego, pero la letra se alzó sobre ella. La siguiente cosa que supo, era que estaba pensando en Perry y *cantando*.

Extrañaba la manera en que el salón amplificaba su control y poder. Este escenario nunca había sido sólo tablas donde pararse. Estaba vivo, hombros en los cuales apoyarse y que la alzaban muy alto. Cuando terminó, tuvo que cubrir su emoción con una sonrisa.

— ¿Ningún aplauso? Eres difícil de complacer.

Su silencio se estaba volviendo en uno muy largo. Se imaginó la pequeña mesa de mármol, los delicados platillos llenos con café, todo ausente por primera vez, justo cuando una arrogante voz rompió a través del silencio.

— Es bueno verte otra vez, Aria. Ha pasado tiempo.

Soren.

Justo enfrente, aproximadamente cuatro filas más atrás, vio una figura sombría recortada contra la oscuridad. Aria giró sobre la punta de sus pies, y respiró constantemente a medida que las imágenes aparecieron ante sus ojos. Soren, persiguiéndola mientras el fuego rugía a su alrededor. Soren, encima de ella, aplastando su cuello con las manos.

Estos eran los Reinos, se recordó. *Mejor que Real*. No hay dolor. No hay peligro. No podía hacerle daño aquí.

— ¿Dónde está tu padre? — preguntó.

— Ocupado — respondió Soren.

— ¿Así que *te* envió?

— No.

— Hackeaste tu entrada.

— Hackear es algo que se hace con un machete. Ésta fue una pequeña incisión con un escalpelo. A tu madre le hubiera gustado esa analogía. Aquí es a donde solías venir con ella, ¿no? Pensé que te gustaría volver.

La diversión en su voz hizo que su estómago se revolviere con ira.

— ¿Qué es lo que quieres, Soren?

— Muchas cosas. Pero ahora mismo quiero verte.

¿Verla? Lo dudaba. La venganza parecía más probable. Probablemente la culpaba de lo ocurrido esa noche en Ag 6. No iba a esperar para averiguarlo. Aria intentó salir del Reino.

—Eso no va a funcionar —dijo Soren, justo cuando un mensaje apareció en la pantalla, diciéndole lo mismo—. Sin embargo, buen intento. Me gustó la canción, por cierto. Conmovedora. Siempre has sido asombrosa, Aria. En serio. Canta un poco más. Me gusta esa historia. Hay un Reino de terror al respecto.

—No voy a cantar para ti —dijo—. Vuelve a encender las luces.

—Es deforme, ¿no? ¿El Fantasma? —prosiguió Soren, ignorándola—. ¿No usa una máscara para ocultar lo horrible que es?

Había otra forma de salir de los Reinos. Aria cambió su enfoque hacia lo real y cerró los dedos alrededor de los bordes del Smarteye. Conocía el dolor de arrancar el dispositivo. Un dolor espantoso que ardía en el fondo de sus ojos y corría como fuego por su espalda. Quería salir de allí, pero no se atrevía a arrancarlo.

La voz de Soren tiró de ella de regreso hacia el Reino.

—Por cierto, ese vestido azul en Venecia era mortal. Completamente sexy. Y el campeón se mueve con el café. Sorprendiste a mi padre.

—¿Me has estado *viendo*? Eres repugnante.

Soltó un bufido.

—Si supieras.

Iba a jugar con ella todo el tiempo que lo permitiera. Aria dio unos pasos hacia un lado, fuera del alcance de los focos. La oscuridad se apoderó de ella, un alivio en este momento. Ya está. Ahora estaban parejos.

—¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas? —La voz de Soren subió en pánico, estimulándola.

—Quédate ahí, Soren. Iré hacia ti. —No lo haría, en realidad. Aria no podía ver más allá de la punta de su nariz. Pero que imaginara por un rato que acechaba en la oscuridad.

—¿Qué? ¡Alto! ¡Quédate donde estás!

Escuchó retumbar un *thump-thump*, como extremidades extendiéndose. A continuación, las luces volvieron, todas, iluminando la lujosa sala.

Soren había tropezado en el pasillo central. Se quedó allí, manteniendo la espalda hacia ella. Su respiración era entrecortada, y sus hombros gruesos se

tensaron contra su camisa negra. Siempre había sido puro músculo.

—¿Soren? —Pasó un segundo. Dos—. ¿Por qué no me estás mirando?

Agarró el asiento junto a él, como si lo necesitara para mantener el equilibrio.

—Sé que mi padre te lo dijo. No actúes como si no supieras qué pasó con mi mandíbula.

Recordó y finalmente comprendió.

—Me dijo que tenía que ser reconstruida.

—Reconstruida —dijo, todavía de espaldas a ella—. Ésa es una manera de poner en *orden* las *cinco fracturas* y *quemaduras* que hay que arreglar en mi cara.

Aria lo miró, luchando contra la atracción que sentía por ir hacia él. Finalmente se maldijo por ser demasiado curiosa, y bajó las escaleras. Su corazón le latía con fuerza cuando pasó junto a la fosa y por el pasillo. Se obligó a seguir adelante hasta que estuvo frente a él.

Soren bajó la mirada hacia ella con los ojos marrones que nadaban en rabia, sus labios en una línea tensa, sombría. Estaba conteniendo el aliento, igual que ella.

Tenía el mismo aspecto. Bronceado. De huesos grandes. Hermoso de una manera cruel, los ángulos de su cara demasiado afilados. Sostuvo su barbilla con una inclinación condescendiente. No pudo evitar compararlo con Perry, quien nunca parecía mirar hacia abajo a la gente a pesar de ser mucho más alto.

Soren no había cambiado a excepción de una diferencia significativa. La parte de su mandíbula estaba en mal estado, y una cicatriz atravesaba su piel bronceada, desde la esquina izquierda de su boca hasta su mandíbula.

Perry le había hecho esa cicatriz. Esa noche en Ag 6 había evitado que Soren la estrangulara. Estaría *muerta* si Soren no tuviera esa cicatriz. Pero sabía que no había estado en su sano juicio. Había estado afectado por el Síndrome Límbico Degenerativo, una enfermedad cerebral que debilitaba los instintos básicos de supervivencia. Era la misma enfermedad que su madre había estudiado.

—No luce tan mal —dijo. Sabía cómo eran en Reverie. Nadie tenía cicatrices. Nadie siquiera tenía arañazos. Pero no podía creer lo que estaba diciendo. ¿Estaba realmente consolando a *Soren*?

Su nuez de Adán se balanceó al tragar.

—¿No luce mal? ¿Cuándo llegaste a ser tan divertida, Aria?

—Hace poco, supongo. Ya sabes, todos están marcados en el Exterior.

Deberías ver a este chico, Reef. Tiene una cicatriz profunda en la mejilla. Es como un cierre que atraviesa la piel. La tuya es... quiero decir, apenas se puede ver.

Soren entrecerró los ojos.

—¿Cómo la consiguió?

—¿Reef? Es un Scire. Son Forasteros que... no importa. No lo sé con seguridad, pero mi suposición es que alguien trató de cortarle la nariz.

Su voz se elevó al final, haciéndolo sonar como una pregunta. Estaba tratando de parecer imperturbable, pero la brutalidad del mundo exterior parecía aún más pronunciada en un lugar tan elegante. Aria estudió su cicatriz más de cerca.

—¿No puedes hacer que tu padre la oculte en los Reinos? ¿No sería simple programación?

—Yo podría hacerlo, Aria. No necesito a mi padre para hacer algo aquí. —Su voz se convirtió casi en un grito. Luego se encogió de hombros—. De todos modos, ¿por qué molestarse? No puedo ocultarlo en la realidad. Todo el mundo sabe que luzco así. Ellos saben, y nunca dejarán de saberlo.

Soren no era el mismo, se dio cuenta. Su usual expresión petulante parecía forzada, como si estuviera tratando demasiado que se mantuviera allí. Recordó que Bane y Eco, sus amigos más cercanos, habían muerto en Ag 6 en la misma noche que Paisley.

—No puedo hablar de lo que pasó esa noche, con nadie —dijo—. Mi padre dice que pondría en peligro la seguridad del Compartimiento. —Negó con la cabeza, con un dolor fugaz en su rostro—. Me culpa por lo sucedido. No lo entiende. —Soren bajó la vista a su mano, todavía agarrando el asiento a su lado—. Pero tú lo haces. Sabes que no te hice nada a propósito... ¿cierto?

Aria se cruzó de brazos. Por mucho que quería echarle la culpa de lo que le había hecho, no podía. Había aprendido acerca de la enfermedad en los archivos de investigación de su madre. Después de cientos de años en los Reinos y en la seguridad del Compartimiento, algunas personas, como Soren, habían perdido la capacidad de lidiar con el dolor real y el estrés. Se había comportado como lo había hecho en Ag 6 por SLD. Entendía, pero tampoco podía dejarlo escapar fácilmente.

—Siento como que fue una disculpa disfrazada —dijo.

Soren asintió.

—Tal vez —dijo, olfateando—. En realidad, lo fue.

—Disculpa aceptada. Pero no vuelvas *nunca* a tocarme de nuevo, Soren.

Sus ojos se movieron hacia arriba, la mirada en ellos era aliviada, vulnerable.

—No lo haré. —Se enderezó y se pasó una mano por la cabeza. La suavidad que había visto desapareció, reemplazada por una sonrisa—. ¿Sabes que no todo el mundo tiene SLD? Soy parte del grupo de locos. ¿Cuánta suerte es eso? No importa. Estoy recibiendo los medicamentos. Un par de semanas y voy a estar listo.

—¿Qué *medicamentos*? ¿Y listo para qué?

—Curas experimentales, así que no me pondré loco de nuevo. E inmunización para las enfermedades del exterior. Se las dan a los Guardianes que trabajan en reparaciones externas en caso de que los trajes se rasguen o se rompan. Una vez que los tengo, voy a salir. Ya he terminado con esto.

Aria miró boquiabierta.

—¿*Aquí* fuera? Soren, no tienes ni idea de lo peligroso que es. No es como ir a un Reino de Safari.

—Reverie se está *fraccionando*, Aria —espetó—. Todos estaremos saliendo de allí tarde o temprano.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando en Reverie?

—Prométeme que me ayudarás en el Exterior y te diré.

Aria negó con la cabeza.

—No voy a ayudarte...

—Podría mostrarte a Caleb y a Rune. Incluso al chico salvaje por el que siempre estás preguntando. —De repente su espalda se enderezó—. Me tengo que ir. Se acabó el tiempo de la lucha.

—*Espera*. ¿Qué está mal en Reverie?

Sonrió, inclinando la barbilla.

—Si quieres saber, entonces regresa —dijo, y desapareció.

Aria miró parpadeando el espacio donde había estado de pie, y luego a la sala de ópera vacía. Un icono destellaba en su Smartscreen, tomando el lugar al lado del de Hess.

Era la máscara blanca de El Fantasma de la Ópera.

CAPÍTULO 19

Peregrine

—Ha sido una semana —dijo Reef—. ¿Alguna vez vamos a hablar de eso?

Perry apoyó los codos sobre la mesa. El resto de la tribu había despejado la Cocina de Campaña después de la cena horas atrás, dejándolos sólo a los dos. El sonido de los grillos en la noche llegó a sus oídos, y rayos de fresca luz de Éter entraron en el cuarto oscuro.

Perry pasó su dedo por la parte superior de la vela entre ellos, jugando con la llama. Cuando iba muy despacio, dolía. El truco consistía en ir rápidamente. No parar.

—No. Yo no —respondió Perry, manteniendo su mirada en la llama.

En los últimos días, había limpiado y destripado pescado hasta que el olor del mar se filtraba en sus dedos. Se había quedado afuera en la noche observando hasta que sus ojos se pusieron llorosos. Había reparado una valla, luego una escalera de mano, y después un techo. No podía pedirle a los Tides que trabajaran noche y día, si no lo hacía por sí mismo.

Reef cruzó sus brazos.

—La tribu se hubiera vuelto contra ti si te hubieras ido con ella. Y se habrían vuelto contra ti si se hubiera quedado. Ella fue inteligente. Vio eso. No pudo haber sido una decisión fácil para ella. Hizo lo correcto.

Perry miró hacia arriba. La mirada de Reef era directa. En la luz de las velas, la cicatriz en su cara se veía más profunda. Le hacía parecer cruel.

—¿Qué estás haciendo, Reef?

—Tratar de sacar el veneno. Lo tienes dentro de ti, así como ella esa noche. No puedes seguir cargando esto, Perry.

—Sí. Puedo —disparó de regreso—. No me importa lo que hizo, o por qué, o si está bien o mal ¿entiendes?

Reef asintió.

—Entiendo.

—No hay nada más que decir. —¿Qué bien hacía alguna vez sentarse y hablar? No cambiaría nada.

— Está bien — dijo Reef.

Perry se recostó. Tomó un trago e hizo una mueca. El agua del pozo no se había recuperado desde la tormenta, sino que todavía sabía a ceniza. El Éter tenía una manera de invadir todo. Destruyó su comida y quemó su leña antes de que incluso llegara a sus hogares. Incluso se filtró en su agua.

Había hecho lo que podía por enviar un mensaje a Marron. Ahora no tenía ningún movimiento para hacer. Ninguna manera de sacar a Talon de Reverie. Nada que hacer salvo esperar a que Aria y Roar regresen y tratar de salvar a su pueblo del hambre. Eso no sentaba nada bien con él.

Perry pasó una mano por la parte posterior de su cabeza y suspiró.

— ¿Quieres saber algo?

Reef asintió.

— Por supuesto.

— Me siento como un viejo. Me siento cómo debes sentirte.

Reef sonrió.

— No es fácil, ¿cierto, novato?

— Podría ser más fácil. — La mirada Perry se desvió a su arco, apoyado contra la pared.

¿Cuándo fue la última vez que lo utilizó? Su hombro se había curado, y tenía tiempo ahora. Podría encontrar algo de comida como siempre lo había hecho.

— ¿Quieres cazar? — preguntó, una oleada de energía corriendo a través de él. De repente, nada sonaba mejor.

— ¿Ahora? — dijo Reef, sorprendido. Era tarde, cerca de la medianoche—. Pensé que estabas cansado.

— Ya no más. — Perry tiró de la cadena del Lord de la Sangre sobre su cabeza y la dejó caer en su morral. Esperó a que Reef objetara, y preparó sus respuestas. Sería demasiado ruidoso si tuviera que correr tras la presa, y demasiado brillante si tenía que ir sin ser visto. Pero Reef sólo se paró, una sonrisa extendiéndose por su rostro.

— Entonces vamos a cazar.

Cargaron sus aljabas y trotaron hacia afuera más allá del recinto. Después de registrarse con Hayden, Hyde, y Twig, que estaban sentados en el puesto de guardia del este, desaceleraron a caminar y se alejaron de los senderos hacia bosques densos e intactos. Poniendo un centenar de pasos entre ellos, comenzaron

a rastrear.

Alivio aflojó los miembros de Perry mientras se alejaba del recinto. Aspiró profundamente, capturando el pinchazo del Éter. Mirando hacia arriba, vio las mismas corrientes brillantes que se cernían amenazadoramente arriba toda la semana. Bañaban los bosques de luz fría. Una brisa marina avanzó hacia él, perfecta para llevarle el aroma de juego y para mantener su propio olor oculto. Pisaba suavemente, oliendo, escaneando los bosques, sintiéndose con más energía de lo que lo había hecho en las últimas semanas.

El viento se calmó, y se dio cuenta de la quietud de la noche y la sonoridad de sus pasos. Miró hacia arriba, esperando una tormenta, pero las corrientes no habían cambiado. Encontró a Reef, que se acercó moviendo la cabeza.

—No tengo nada. Ardillas. Un zorro, pero sólo un rastro viejo. Nada vale la pena... Perry, ¿qué es?

—No lo sé. —El viento se había levantado de nuevo, moviéndose entre los árboles con un suave siseo. En el aire fresco, captó olores humanos. El miedo estalló a través de él, desatándose en sus venas—. Reef...

A su lado, Reef maldijo.

—Lo huelo también.

Corrieron hasta el puesto del este. La perca rocosa les daría la tierra alta. Twig los alcanzó antes de que llegaran allí, con los ojos frenéticos.

—Venía por ustedes. Hyde está advirtiendo al recinto.

—¿Los oyes? —preguntó Perry.

Twig asintió.

—Tienen caballos, y vienen a galope tendido. Un trueno es más silencioso.

Perry se quitó el arco del hombro.

—Vamos a tomar una posición aquí y retrasarlos. —Un acercamiento rápido en el medio de la noche significaba una cosa: un ataque. Tenía que comprarle a la tribu algún tiempo—. Tomen el de corto alcance —les dijo a Hayden y Reef—. Me quedo con el largo. —Él era el arquero más fuerte de ellos, sus ojos más adecuado a la penumbra.

Se separaron, encontrando una cobertura entre los árboles y las rocas a lo largo del mirador. Su corazón se sentía como un puño golpeando en su pecho. El prado cubierto de hierba debajo se veía tan suave y tranquilo como un lago iluminado por la luna.

¿Era Wylan volviendo con una banda más grande para luchar por el recinto? ¿Eran las tribus Rose y Night atacando con sus miles? De pronto pensó en Aria, yaciendo en la cama en la habitación de Vale, y después Talon, arrebatado en un Aerodeslizador. No había protegido a ninguno del daño. No podía fallarle a los Tides.

Sus pensamientos desaparecieron cuando la tierra empezó a retumbar bajo sus pies. Perry colocó una flecha, el instinto tomando lugar mientras disparaba su arco. Segundos más tarde, los primeros jinetes rompieron de entre los árboles. Apuntó al hombre en el centro de la carga y soltó la cuerda del arco. La flecha golpeó al hombre en el pecho. Para el momento en que se torció hacia un lado y cayó del caballo, Perry había soltado otra flecha. Apuntó y disparó. Otro jinete cayó.

Los gritos de los asaltantes rompieron el silencio, levantando el vello de sus brazos. Vio aproximadamente treinta asaltantes montados debajo, y ahora oyó el silbido de las flechas que volaban más allá de él. Haciendo caso omiso de ellas, se centró en encontrar el hombre más cercano y disparar. Uno tras otro, hasta que había acabado su carcaj y luego el de Reef, con sólo una flecha que se movió en espiral a la izquierda y falló su objetivo debido al corte dañado, estaba seguro.

Bajó su arco y miró a Hayden, que estaba apuntando con una flecha, explorando el campo de abajo buscando asaltantes. Nadie más apareció a la vista, sólo sus caballos, disminuyendo el galope, sin jinete.

No había terminado, sin embargo. Segundos después una avalancha de personas salió del bosque, cargando a pie.

—Reténgalos todo el tiempo que puedan —les ordenó Perry a Hayden y Twig. Luego salió hacia casa con Reef. No cedieron, batiendo los pies sobre la tierra, empujándose a sí mismos a correr más rápido. El recinto apareció adelante, ya agitado con los movimientos de las personas subiendo a los techos y cerrando las puertas entre las casas.

Perry corrió dentro del claro y vio a Brooke en la parte superior de la Cocina de Campaña, arco en mano.

—¡Los arqueros arriba! —gritó ella—. ¡Los arqueros arriba, ahora!

La gente bombeaba agua desde el pozo en cubos, preparándose para los incendios. Habían traído a los animales dentro de la protección de las paredes. Todo el mundo se movía como deberían, como habían practicado.

Perry subió al techo de la Cocina de Campaña. Contra el tinte pálido del amanecer en el horizonte, vio el enjambre de asaltantes desgarrando cuesta arriba.

Los ubicó a menos de un kilómetro de distancia, y doscientos en número. Los Tides tenían la posición fortificada, pero al ver la multitud de personas fluyendo hacia el recinto, no sabía si la tribu podía mantenerlos a raya.

Las primeras flechas se dispararon hacia ellos, rompiendo tejas alrededor con fuertes explosiones. Twig apareció a su lado con una aljaba y un escudo, cubriéndolo. Perry tomó su arco y se puso a defender su casa. Había hecho esto muchas veces antes, pero nunca con él estando a cargo. La realización lo golpeó con una sosegada locura, ralentizando el tiempo, haciendo todos sus movimientos completos, eficientes, seguros.

El fuego encendió puntos brillantes de luz contra el alba naciente. Una flecha en llamas voló junto a él, aterrizando en las cajas de la Cocina de Campaña. Perry ajustó el objetivo a los arqueros que trataban de prender fuego al recinto. Sus flechas, y las de Brooke y los Tides, cortaban a través de la turba cargada. Algunos asaltantes cayeron en las trincheras que habían excavado y cubierto, pero todavía seguían llegando, muchos en número. Vio cómo se dividieron en pequeños grupos, balanceándose para rodear el recinto.

Los hombres subían las puertas, cortándolas con hachas. Perry disparó su última flecha, atravesando a uno de ellos. No fue suficiente. Demasiado tarde. Oyó un ruido de algo astillándose y vio las puertas desplomándose. Habían sido invadidos y se estaban quemando. Humo emanaba de los establos y de las cajas de la Cocina de Campaña.

Perry se bajó de la azotea, sacando su cuchillo mientras saltaba de la escalera. Lo llevó al vientre de un hombre mientras pasaba corriendo. Voces que reconocía gritaban a su alrededor. Las oyó débilmente, sin pensar nada más que encontrar al siguiente atacante, el momento de duda, un paso en falso, y se apoderarían.

En flashes, vio a Reef combatir cerca, sus trenzas oscilando en un borrón. Vio a Gren y a Bear. Rowan, que había resistido aprender a utilizar un arma. Molly, cuya vida había transcurrido curando heridas.

Perry captó un vistazo de un sombrero negro que se movía a través del claro. Cinder. Un hombre con el cabello trenzado, como Reef, le enganchó por el hombro, tirando de él derribándolo. Perry lo vio encogerse de miedo, sin poder, a pesar de que no lo era. Ninguna persona allí tenía más poder, pero Cinder languideció y no luchó. Willow se lanzó hacia delante de repente y clavó un puñal en la pierna del hombre. Tomó la mano de Cinder y tiró de él, corriendo hacia la casa más cercana.

Un asaltante con listones de metal alrededor de sus ojos vio a Perry y se

lanzó al ataque, el hacha en alto. Perry tenía un cuchillo, no era un arma para desafiar un hacha. Con pasos restantes entre ellos, una flecha golpeó la cabeza del asaltante, levantándolo en vilo. El impacto sonó como tejas de piedra agrietadas. El cuerpo del hombre y el hacha dio un vuelco en la suciedad. Mirando hacia arriba, Perry vio a Hyde en el techo por encima de la cuerda de su arco todavía temblando.

Se dio la vuelta y se lanzó de nuevo a la batalla, perdiendo tiempo hasta que alguien gritó:

—¡Retrocedan!

Alrededor del claro, otros hicieron caso al llamado. Vio a la multitud hacerse más delgada, ya no era una masa fustigante y estruendosa. Impresionado, contemplaba la retirada de los asaltantes sobre el campo que no había cruzado más de una hora antes. Algunas cargaban sacos con ellos, comida o de otra índole. Desde las azoteas, Hyde y Hayden disparaban contra ellos, obligándolos a abandonar sus bienes robados al correr.

Cuando el último de ellos se había ido, Perry escaneó el recinto. Los incendios necesitaban ser apagados. Las cajas ardiendo al lado de la Cocina de Campaña era lo que más le preocupaba. Le dio ese trabajo a Reef, envió a Twig a rastrear a los atacantes y asegurarse de que no volvieran. Luego miró alrededor del claro. Los cuerpos yacían esparcidos por todas partes.

Perry caminó alrededor de ellos, encontrando a cada uno de los heridos, llamando a Molly por aquellos que tenían peor daño. Contó veintinueve muertos. Todos invasores. Ninguno de ellos. Dieciséis personas resultaron heridas, diez de los cuales eran Tiders. Bear tenía una herida en el brazo, pero viviría. Rowan necesitaba puntos en un corte en la cabeza. No hubo más heridos, una pierna rota, dedos aplastados, ronchas y quemaduras, pero nada grave.

En ese momento, sabiendo que todos habían sobrevivido, se acercó a la puerta principal rota y se fue más allá del recinto hasta que el torrente de alivio le obligó a arrodillarse. Metiendo las manos en la tierra, sintió que el pulso de la tierra se movía a través de su cuerpo, estabilizándolo.

Cuando se levantó, un nudo de brillo le llamó la atención hacia el este, y luego otro, justo al norte. Eran una barra incandescente de embudos exaltando el cielo. Por un momento vio las tormentas en la distancia, absorbiendo el hecho de que su tierra estaba en llamas. Había protegido el recinto del ataque humano, pero el Éter era un enemigo demasiado poderoso para combatir. No dejaría que ese peso lo derrotara ahora. Hoy, había ganado. Nada podría robárselo.

Volvió al claro y organizó el llevar a los asaltantes muertos. Primero despojó

los objetos de valor a los muertos. La tribu volvería a usar esas armas, cinturones y zapatos. Luego cargaron los cadáveres en carros de caballos, haciendo un viaje tras otro sobre la pista de arena. En la playa, la madera se apilaba para formar una hoguera. Cuando estuvo listo, dejó caer la antorcha que encendió la madera, pronunciando las palabras que liberaban las almas de los muertos al Éter. Lo hizo con cierto asombro de sí mismo. Aquí, en los resultados de la batalla así como durante, ni su voz ni sus manos vacilaron.

Era bien entrada la tarde en el momento en que tomó el camino de regreso a través de las dunas para el recinto, con las piernas temblando de fatiga. Perry aminoró el paso y Reef lo acompañaba. Dejaron que los demás fueran adelante.

Manchas de sangre cubrían la camisa de Perry, sus nudillos palpitaban, y estaba bastante seguro de que se había roto la nariz de nuevo, pero Reef había logrado todo sin un rasguño. Perry no sabía cómo lo había hecho. Había visto combatir a Reef tan duro como él lo había hecho, incluso más.

—¿Qué hiciste hoy? —preguntó.

Reef sonrió.

—Dormir hasta tarde. ¿Tú?

—Leer un libro.

Reed negó con la cabeza.

—No te creo. Luces peor después de que lees. —Se quedó callado un momento, el humor desapareciendo de su cara—. Tuvimos suerte hoy. La mayoría de esa gente no tenía idea de cómo luchar.

Tenía razón. Los invasores habían estado desesperados y desorganizados. Los Tides no iban a ser tan afortunados dos veces.

—¿Alguna idea de dónde eran? —preguntó Perry.

—El sur. Perdieron su propio recinto unas pocas semanas atrás. Strag lo sacó de uno de los heridos antes de que los obligaran a alejarse de la tierra Tide. Estaban en busca de refugio. Mi conjetura es que se enteraron de nuestros débiles números y decidieron tomar la oportunidad. No serán los últimos en probar. —Reef apuntó con su barbilla a Perry—. ¿Sabes que probablemente no estarías aquí si hubieses estado usando la cadena? Ellos te habrían tenido en el blanco. Derribar al líder y el resto es fácil.

Perry se detuvo. Levantó los brazos, sintiendo la ausencia del peso alrededor de su cuello, y entonces se dio cuenta de que Reef llevaba su bolso.

—Está aquí —dijo, entregándoselo—. Una cosa extraña en ti, Peregrine.

Algunas veces es como si supieras que las cosas van a pasar antes de que lo hagan.

—No —dijo Perry, tomándolo—. Si pudiera predecir el futuro, hubiese evitado un montón de cosas.

Sacó la cadena del bolso de cuero. Por un instante la sostuvo en la mano y sintió una conexión con Vale y su padre a través de él.

—Te están llamando un héroe por esto —dijo Reef—. Lo he escuchado un par de veces ya.

¿Lo hacían? Perry pasó la cadena por encima de su cabeza.

—Primera vez para todo, supongo —bromeó, pero no tenía sentido para él. Lo que había hecho hoy, no tenía diferencia de tratar de rescatar al Viejo Will durante la tormenta.

Mientras entraba, encontró a la tribu esperando en el recinto. Estaban diseminados en círculo alrededor de él.

El claro se habían regado con baldes de agua, pero el barro bajo sus pies conservaban rastros de ceniza y sangre. A su lado, un gruñido sordo de Reef, reaccionando ante el olor que flotaba en el aire de la tarde. El miedo puro era fuerte para el olfato.

Perry sabía que querían estar tranquilos, que les dijeran que era seguro ahora, que lo peor ya había pasado, pero no podía hacerlo. Otra tribu los atacaría. Otra tormenta de Éter vendría. No podía mentirles y decirles que todo estaba bien. Además, era terrible en los discursos. Si había algo genuino e importante que decir, tenía que mirar a una persona a los ojos y decirlo.

Aclaró su garganta.

—Todavía nos toca dar lo mejor de un día de trabajo.

Los Tides se vieron los unos a los otros, inseguros, pero después de unos momentos irrumpieron para arreglar los muros de protección y tejas de barro, y hacer todas las otras reparaciones que eran necesarias.

La voz de Reed era sosegada a su lado.

—Bien hecho.

Perry asintió. Las tareas ayudarían a relajarse. El reparar el recinto los calmaría más que cualquier discurso que podría dar.

Luego llegó el momento para que él hiciera su propio trabajo. Empezó desde el borde occidental de su territorio y se dirigió hacia el este. Encontró a los Tides, cada uno, en los establos, en los campos, en el puerto, y los miró a los ojos y les dijo

que estaba orgulloso de lo que habían hecho hoy.

Más tarde esa noche, con el recinto en silencio, Perry subió a su techo. Se apoderó de los pesados eslabones alrededor de su cuello hasta que el frío metal se calentó entre sus dedos.

Por primera vez, se sentía como su Lord de la Sangre.

CAPÍTULO 20

Aria

—¿Listo? —le preguntó Aria a Roar.

Habían hecho un campamento en Río Snake, el que los conduciría el resto del camino a los Horns. Las ramas estaban dispersas por las orillas duras y rocosas, y el ancho río corría tan suave como un espejo, reflejando el cambiante cielo de Éter. Ellos se movían rápidamente por la tarde, moviéndose por delante de la tormenta de Éter. Los distantes alaridos de las chimeneas llegaban a sus oídos, erizándole la piel de la parte trasera de su cuello.

Roar se inclinó contra su morral y cruzó los brazos.

—He estado listo desde el día que desperté y Liv no estaba ahí. ¿Y tú?

Pasaron la semana trepando por la Frontera Ranger, un paso de montaña glacial bordeado por picos afilados y elevados que se veían como jirones de metal. Entre sus oídos y los de Roar, se mantenían alejados de los encuentros con otras personas y lobos, pero no habían sido capaces de escapar del viento constante que se deslizaba por el paso, quedando atrapados en lo que se sentía como un invierno perpetuo. Los labios de Aria estaban partidos y pelados. Sus pies ampollados y sus manos estaban entumecidos, pero mañana, dos semanas después de que dejaron los Tides, al menos alcanzarían el Borde.

—Sí. Lista —respondió ella, tratando de sonar más confiada de lo que se sentía. La magnitud de su tarea la estaba golpeando. ¿Cómo iba a descubrir la información protegida de Sable... un Scire quien despreciaba a los Habitantes? ¿Un Lord de la Sangre quien no confiaba en nadie por el secreto que guardaba?

Imaginó las piernas de Talon columpiándose en la orilla. Si fallaba, ¿cómo lo sacaría? ¿Sería el fin del Reverie? Aria sacudió su cabeza, alejando las preocupaciones. No se dejaría ir en esa dirección.

—¿Crees que Sable quiera hacer un trato? —preguntó. Planeaban decirle que habían venido en nombre de Perry, quien, como nuevo Lord de la Sangre de los Tides, quería rescindir el compromiso que Vale había hecho un año antes. También querían comprar la información de la locación del Perpetuo Azul.

Roar sacudió su cabeza.

—No lo sé. Los Tides ya aceptaron la primera mitad del pago. La única manera en que Perry puede pagarle es con tierras, pero con el Éter poniéndose

peor, eso quizás no sea suficiente. ¿Quién querría tomar un nuevo territorio sólo para verlo quemarse? —Él levantó sus hombros—. Es un gran tiro, pero quizá funcione. Por lo que sé, Sable es codicioso. Lo intentaremos primero.

Su segunda táctica era fisgonear y averiguar dónde estaba el Perpetuo Azul, agarrar a Liv y huir.

Mientras caían en silencio, Aria metió la mano en su morral buscando el halcón tallado. Corrió sus dedos por la madera oscura, recordando la sonrisa de Perry mientras decía: *La mía es la que parece una tortuga.*

—Si él la está lastimando, o forzándola de cualquier manera...

Ella miró arriba. Roar estaba mirando la fogata. Sus ojos oscuros fueron a los de ella antes de volver a las llamas. Él miró a su morral, y la luz del fuego bailaba en su guapo rostro.

—Olvida lo que dije.

—Roar... estará bien —dijo, aunque sabía que eso no lo ayudaría. Él estaba atrapado en el dolor de no saber. Recordó sentir lo mismo cuando buscaba a su madre. Un ciclo de esperanza, y luego *miedo* de tener esperanza, y entonces miedo. No hay manera de salir, excepto conocer la verdad. Al menos tendrían eso mañana.

Cayeron en otro silencio antes de que Roar hablara de nuevo:

—Aria, ten cuidado alrededor de Sable. Si él te siente nerviosa, preguntará hasta que lo averigüe.

—Puedo esconder mis nervios en la superficie, pero no seré capaz de dejar de sentirlos. No es algo que pueda ser encendido o apagado.

—Ese es el por qué debes mantenerte lo más alejada de él posible. Encontraremos maneras de buscar silenciosamente el Perpetuo Azul.

Ella acercó sus pies al fuego, sintiendo que el calor inundaba sus pies.

—¿Así que se supone que me mantenga alejada de la persona a la que debo acercarme?

—Scires —dijo Roar, como si explicara todo.

Y en cierta manera, lo hacía.

Después de unas cuantas horas de un sueño sin descanso, despertó al amanecer y deslizó su Smarteye fuera de su morral. Había visto a Hess dos veces durante la semana, pero él había mantenido los encuentros cortos. Él quería noticias, y aparentemente caminar día y noche con manos y pies congelados no

calificaban. Se negaba a dejarla ver de nuevo a Talon. Se negaba a decirle algo sobre la condición de Reverie. Cuando preguntaba, él se fraccionaba, dejándola abruptamente. Ahora decidió que tenía suficiente de seguir en la oscuridad.

Con Roar durmiendo en la cercanía, se puso el Smarteye y llamó al Fantasma.

Segundos después de que seleccionó la máscara blanca, Aria se fraccionó. Su corazón saltó cuando reconoció el Reino. Era uno de sus favoritos, basado en una antigua pintura de una reunión a lo largo del Río Seine. En cualquier parte, gente del siglo diecinueve se vestía para caminar o ir a los salones, disfrutando de la luz del sol mientras los botes navegaban en las aguas pacíficas. Los pájaros cantaban alegremente, y la brisa gentil cruzaba los árboles.

—Sabía que no serías capaz de alejarte de mí.

—¿Soren? —preguntó Aria, escaneando a los hombres a su alrededor. Ellos usaban sombreros y fracs, mientras las mujeres usaban faldas anchas y sostenían sombrillas coloridas. Ella miró por los hombros anchos. La forma agresiva de una barbilla.

—Estoy aquí —dijo él—. Sólo que no puedes verme. Somos invisibles. La gente cree que tú estás muerta. Si alguien te ve, no hay manera de que pueda guardárselo a mi padre. Incluso yo tengo límites.

Aria miró a sus manos. No las vio... o a cualquier parte de su cuerpo. El pánico la atravesó. Sentía que no era nada más que un par flotante de ojos. En verdad, movió sus dedos para alejar esa sensación.

Luego escuchó una voz que había escuchado toda su vida.

—Pixie, estás bloqueando mi luz.

Siguió el sonido a la fuente, su corazón latía fuertemente en su pecho. Caleb se sentaba en una manta roja a unos pasos de distancia, dibujando en una libreta. Su lengua se asomaba por una esquina de su boca (un hábito que solía tener cuando hacía sus creaciones). Aria observó sus miembros cuadrados y su rubicundo cabello mientras él movía el lápiz por el papel. Se veía como Paisley. Nunca se había dado cuenta del parecido hasta ahora.

—¿Puede escucharme? —murmuró ella, su voz era alta y delgada.

—No —dijo Soren—. No tiene idea de que estás aquí. Has estado diciendo que quieres verlo.

Quería mucho más que eso. Aria quería horas, días para pasar con Caleb. Tiempo para decirle cuán apenada estaba por Paisley y cuánto extrañaba pasar

cada día con él. Caleb estaba allí con otras personas ahora. Pixie se sentó detrás de él en silencio, mirándolo dibujar, con su cabello negro azabache cortado más pequeño de lo que Aria recordaba. Aria se preguntaba cómo se sentía Soren viéndola. Menos de un año atrás, habían estado saliendo. Rune estaba allí también con el baterista de Tilted Green Bottles, Jupiter. Estaban enredados en un beso apasionado, ajenos a cualquier otra persona.

Algo sobre ellos —sobre todos ellos— parecía distante y desesperado.

—Felicidades —dijo Soren—. Eres oficialmente nada.

Se desplazó en el espacio vacío a su lado. Era extraño oír su voz y no ser capaz de mirarlo.

—Soren, esto es espeluznante.

—Pruébalo por cinco meses, entonces dime cómo te sientes.

—¿Así... así es como realmente pasas tu tiempo?

—¿Crees que me gusta merodear por aquí? Mi padre me *restringió*, Aria. ¿Crees que eras la única liquidada esa noche? —Hizo un bufido, como si se arrepintiera de las últimas palabras—. De todos modos... lo que sea. —Suspiró—. Echa un vistazo. Jupiter y Rune están, como, mega metidos el uno dentro del otro. Vi eso venir. Jup es un buen hombre. Piloto decente, también. Solíamos divertirnos haciendo carreras de D-Wings antes... ya sabes. Antes. Y Pixie, ella y yo éramos... no lo sé. No sé lo que éramos. Pero *Caleb*, Aria. ¿Qué ves en él?

Ella vio miles de cosas. Mil memorias. Caleb usaba palabras como *audaz* y *letárgico* para describir colores. Amaba el sushi porque era hermoso. Cuando se reía, se cubría la boca. Cuando bostezaba, no lo hacía. Era el primer chico que había besado, y había sido un desastre, nada como la emoción de besar sin aliento a Perry. Habían estado en una rueda de la fortuna en un carnaval del Reino. Los ojos de Caleb habían estado abiertos, lo que a ella no le había gustado. Había besado su labio inferior, lo que él había encontrado extraño. Pero el problema principal, habían decidido que el beso había carecido de significado. O *gravitas*, como Caleb lo había llamado.

Ahora cuando lo veía, todo lo que vio fue significado. Todo lo que sentía era tristeza. Por él. Por cómo habían estado. Las cosas nunca serían las mismas.

La atención de Aria se movió a su dibujo, curiosa de ver lo que lo absorbía. El bosquejo era una vista lateral de una figura esquelética en un agache apretado, con las rodillas y brazos doblados y la cabeza hacia abajo. Llegaba hasta el borde de la página, por lo que la figura parecía atrapada en una caja. El dibujo era sombrío, amenazador, y nada como sus bocetos habituales.

De repente, el silencio se cerró sobre el Reino. Aria levantó la mirada. Los árboles aún estaban. Ningún sonido flotaba desde el río. El Reino estaba tan inmóvil como la pintura que había sido modelada antes, excepto por el sutil y ansioso desplazamiento de las personas. La mirada de Caleb se levantó de su cuaderno de bocetos. Pixie echó un vistazo al cielo y luego al río como si no pudiera creerle a sus ojos. Rune y Jupiter se separaron y se miraron con confusión.

—Soren... —comenzó Aria.

—Por lo general, regresa.

Él tenía razón. Un segundo después, el sonido del canto de pájaros regresó, una brisa agitó las hojas por encima de ella. En el lago, veleros reanudaron su avance sobre el agua.

El Reino se había abierto, pero no había regresado a la normalidad. Caleb cerró de golpe su cuaderno de bocetos, metiendo el lápiz sobre su oreja. Un hombre cerca se aclaró la garganta y ajustó su corbata, reanudado su paseo a lo largo del camino. Lentamente, las conversaciones alrededor de ellos se levantaron de nuevo, pero parecían forzados, un poco demasiado entusiastas.

Aria nunca había soñado hasta que había sido expulsada de Reverie. Ahora veía cuán similares era los Reinos. Un buen sueño era algo a lo que te aferrabas hasta el último momento antes de despertar. Caleb se aferraba. Todos lo hacían. Todo sobre este lugar era bueno, y no querían ver cualquier indicio de que terminara.

—Soren, ¿podemos salir de aquí? No quiero ver esto m...

Se fraccionaron de regreso a la sala de ópera antes de que hubiera terminado de hablar. Aria bajó la mirada, aliviada de verse a sí misma.

Soren se quedó con ella en el escenario. Cruzó los brazos y levantó una ceja.

—¿Qué piensas de tu vida anterior? Diferente, ¿no?

—Eso es decirlo a la ligera. El fallo de hace un rato, ¿cuán a menudo ocurre?

—Un par de veces al día. Lo investigué. Subidas de tensión. Una de las cúpulas que alberga un generador se vio comprometida durante el invierno, así las cosas están... fallando.

Una ola de entumecimiento rodó a través de ella. Era lo mismo que le había ocurrido a Bliss, el Compartimento donde su madre había muerto.

—¿No pueden arreglarlo?

—Están tratando. Es lo que siempre han hecho. Pero con las tormentas de

Éter empeorando, no pueden remendar el daño lo suficientemente rápido.

—Es por eso que tu padre me están presionando por el Perpetuo Azul.

—Está desesperado, y debe estarlo. Tenemos que salir de aquí. Es solo cuestión de tiempo. —Él sonrió misteriosamente—. Ahí es donde entras tú. Querías verlos, y te dije lo que está sucediendo en Reverie. Ahora tienes que ayudarme cuando salga de allí.

Ella lo estudió.

—¿Realmente estás listo para dejarlo todo?

—¿Qué *todo*, Aria? —Miró a los asientos del público—. ¿Quieres saber qué estoy dejando? Un padre que me ignora. Quien ni siquiera *confía* en mí. Amigos que no puedo ver, y un Compartimento que es una tormenta Éter lejos de arruinarse. ¿Crees que voy a extrañar algo de eso? Yo ya *estoy* en el exterior. —Tomó una profunda respiración y cerró sus ojos, exhalando lentamente. Calmándose—. ¿Tenemos un trato o no?

Estaba a un largo camino del Soren arrogante y controlador que recordaba. Esa noche en Ag 6 los había transformado a ambos.

—Las cosas no son nada fáciles fuera de aquí.

—¿Eso significa que sí?

Ella asintió.

—Pero solo si cuidas de alguien hasta que salgas de aquí.

Él se congeló.

—¿Caleb? Hecho. A pesar de que él sea un pedazo sin valor de...

—No estaba hablando de Caleb.

Soren parpadeó hacia ella.

—¿Te refieres al sobrino del Salvaje? ¿El Forastero que *rompió* mi *mandíbula*?

—Lo hizo porque estabas atacándome —espetó ella—. No olvides esa parte. Y será mejor que pienses de nuevo si estás yendo al exterior por venganza. Perry te destruiría.

Soren levantó las manos.

—Fácil, tigresa. Solo estaba preguntando. Así que, ¿quieres que haga de niñera con el niño?

Ella negó con la cabeza.

—Asegúrate de que Talon esté a salvo... no importa qué. Y quiero verlo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Soren trabajó su mandíbula de lado a lado mientras miraba hacia ella.

—Bien —dijo—. Tengo curiosidad. Vamos a ver al pequeño Salvaje.

Diez minutos después, Aria se sentó en el muelle y vio mientras Talon enseñaba a Soren cómo lanzar. Atlético y competitivo, Soren realmente quería aprender, y Talon captó eso. Mientras los miraba parlotear sobre el cebo, se sentía inesperadamente optimista. De alguna manera los dos abandonados estaban volviéndose cercanos.

Soren tenía un pez en la línea cuando los dejó y se movió a través de los comandos para cerrar El Ojo. Aria lo deslizó de nuevo en su morral y despertó a Roar.

Era hora de encontrarse con Sable.

CAPÍTULO 21

Peregrine

Una semana después del ataque, Perry despertó en la oscuridad. La casa estaba silenciosa, sus hombres dispersos en montículos adormilados por el suelo, y el primer rayo del día se desparramaba por las rendijas de las contraventanas.

Soñó con Aria. En el tiempo, meses atrás cuando ella lo convenció de que le cantara. Su voz era grave y quebradiza, él había cantado las palabras de la Canción del Cazador mientras ella escuchaba acunada en sus brazos.

Perry presionó sus dedos en sus ojos hasta que vio estrellas en lugar de su rostro. Había sido tan tonto.

Se puso de pie y zigzagueó pasando a los Seis hacia el desván. Gren no había regresado del viaje con Marron y como Perry temía, los Tides iban a tener hambre. Lo miró en los nuevos ángulos del rostro de Willow. Lo escuchó en el borde afilado de las voces de los Seis. Un dolor constante se había asentado en su estómago, y ayer tuvo que cortar una nueva muesca en su cinturón. No lo sentía todavía, pero se preocupaba que la debilidad fuera lo que siguiera.

Perry no podía gastar más esfuerzo en los campos que quizás terminarían quemándose. Entre la sobrecaza y las tormentas de Éter, el juego de pistas era casi imposible. Así que ellos confiaban en el mar más que nunca, y se las arreglaban, la mayoría del tiempo, a llenar las ollas de la cocina al final del día. Ya nadie se quejaba sobre el sabor de la comida. El hambre había acabado aquello.

Su posición en la costa era una ventaja que otras tribus querían. Diariamente venían los reporteros desde su patrullaje de bandas a observar la frontera de su territorio. Perry sabía que ya no esperaba más por la ayuda de Marron. No podía esperar a que llegara la siguiente tormenta o el siguiente ataque. Necesitaba hacer algo.

Subió uno cuantos peldaños hasta que pudo ver dentro del desván. Cinder estaba acostado sobre el colchón, roncando suavemente. La noche del ataque, él había corrido arriba, aterrado y lloroso, y ese había sido su lugar desde entonces. Sus ojos se movieron en su sueño, la saliva salía desde un lado de su boca. Su gorra negra de lana estaba arrugada en su mano.

Perry recordó a Talon entonces, aunque no estaba seguro por qué. Él se imaginaba que Cinder tenía que ser como cinco años mayor que Talon, y no se

parecían en el carácter.

Perry había estado con Talon cada día de su vida hasta que fue secuestrado. Sostuvo a Talon en sus brazos y miró cómo se dormía, y lo miró desarrollarse, día tras día, en un chico que era gentil y astuto.

No sabía nada sobre Cinder; el chico que no había dicho una palabra sobre su pasado, o su poder. Cuando él hablaba, era para saltar y morder. Era reservado y volátil, pero Perry sentía una conexión con él.

Quizás no *conocía* a Cinder, pero lo entendía.

Perry lo movió ligeramente.

—Despierta. Necesito que vengas conmigo.

Los ojos de Cinder se abrieron y se levantó con un golpe torpe y ruidoso.

Reef y Twig despertaron. También Hyde y Hayden. Incluso Strag lo hizo. Se miraron el uno al otro, y entonces Reef dijo:

—Yo iré. —Y se levantó y siguió a Perry.

Eso estaba bien. De todas maneras, Perry había planeado preguntarle a Reef.

Desde el ataque, los Seis eran más protectores con él que nunca. Perry los dejó serlo. Agarro su arco en la puerta principal, y miró las cicatrices que Cinder le había dado. Como todos, Perry estaba hecho de carne y hueso. Se quemaba y sangraba. Sobrevivió el ataque y la tormenta de Éter, pero, ¿cuántas veces podría engañar a la muerte? Había tiempo para tener riesgos y tiempo de precaución. Siempre luchaba por escoger entre ambas, pero era algo que estaba aprendiendo.

El Éter se esparció por el cielo en olas, azules y brillantes. Más denso de lo que nunca había visto, incluso en los inviernos más duros. El sol podría levantarse y el día empezaría a brillar un poco, pero ellos todavía estarían azules, en una luz marmoleada.

Con Cinder y Reef a sus costados, Perry tomó el camino norte detrás del campamento, pasando un bosque muerto que inundaba su nariz con finas cenizas y dejó a Reef estornudando. Ninguno de ellos le preguntó a Perry a dónde se dirigía, de lo que estaba agradecido.

Con cada paso, su pulso se aceleraba. Miraba a Cinder, quien estaba ansioso, su humor era vibrante y verde. Ellos no habían hablado de lo que había pasado en el ataque. Perry lo había apartado a un lado por unos minutos al día y le mostró como disparar un arco. Cinder era terrible (malo e impaciente) pero lo intentaba. Y parecía haberse acercado más a Willow, quien probablemente salvó su vida. Ellos se sentaban juntos en la Cocina de Campaña, y unos días atrás Perry se había

encontrado con ellos en el camino protegido y visto a Willow usar la capa de Cinder.

El camino de tierra se estrechaba mientras se alejaban del campamento. La tierra estaba irregular y rocosa, no era buena para sembrar, pero probablemente era buena para cazar, lo había sido, cuando así era que pasaba sus días. Después de una hora, el camino cortaba al oeste y los llevó hacia un acantilado mirando al océano. Abajo, el acantilado rodeaba una pequeña cueva. Piedras negras de muchos tamaños se juntaban hacia la playa y en el agua.

Perry miró a Reef y a Cinder.

—Hay una cueva abajo que necesito que vean.

Reef puso sus trenzas atrás, y lo miró con una expresión que no pudo descifrar. Perry podía haber averiguado cuál era su humor, pero decidió no hacerlo. Descendió por la inclinación rocosa, sobre piedras, arena dura y pasto seco.

Lo había hecho miles de veces con Roar, Liv y Brooke. Esta escalada, en ese entonces, significaba libertad. Una escapada de las tareas sin fin en el campamento, y la intimidad de la vida de la tribu. Ahora, en lugar de sentir el entusiasmo de alcanzar el escondite, se sentía como si fuera conducido a una trampa.

Con nerviosismo, se dio cuenta que se movía demasiado rápido, y tuvo que forzarse a moverse más lento y esperar a Cinder y Reef, quienes estaban enviando pequeñas avalanchas detrás de él.

Cuando alcanzaron la arena, estaba sin aliento, pero no por el descenso. Las empinadas paredes del acantilado giraban a su alrededor en la forma de una herradura, y ya podía sentir el peso de la roca dentro de la cueva presionándolo. Las olas chocaban con la orilla. Se sentía como si pesaran dentro de su pecho. No podía creer lo que estaba haciendo. Lo que iba a decir... y a mostrarles.

—Por aquí. —Los condujo al camino estrecho en la cara de piedra, la entrada de la cueva, y entró antes de cambiar de parecer. Tenía que inclinarse en un ángulo que le permitiera entrar en el camino estrecho hasta llegar a la cavidad interior principal. Entonces paró y respiró, dentro y fuera, inhalar y exhalar, mientras se decía que las paredes no caerían sobre él. No lo aplastarían debajo de toneladas desconocidas de piedra.

Estaba frío y húmedo en la oscura caverna, pero el sudor corría por su espalda y por sus costillas, cayendo de él. Un olor salino llegó a su nariz, y un vacío silencio resonaba en sus oídos. Su pecho estaba apretado, tan apretado como si estuviera debajo del agua del día de la tormenta de Éter. Sin importar cuántas

veces había estado aquí, esta parecía ser la primera.

Finalmente, encontró un ritmo respiratorio regular, y miró alrededor.

La luz del sol, brillaba detrás de él, lo suficiente para ver lo vasto que era el espacio, el ancho estómago de la cueva. Su mirada se movió a una estalagmita en la distancia: una formación que parecía una medusa con tentáculos derretidos y mojados. Desde donde estaba parado se veía pequeña y estaba a solo cuarenta y cinco metros de distancia. Era de hecho varias veces su altura y estaba a cientos de metros de distancia. Lo sabía, porque le había disparado flechas desde ahí. Él y Brooke lo habían hecho.

Un año atrás, él se paró en el mismo punto con ella, mientras Roar gritaba ruidosamente, riéndose por la manera en que el eco sonaba, y Liv deambulaba, explorando los lugares más profundos de la cueva.

Reef y Cinder se pararon en silencio detrás de él, sus ojos eran amplios y exploradores, centellando en la tenue luz. Se preguntaba si podían ver lo que él veía.

Perry aclaró su garganta. Era tiempo de explicar. Para justificar algo que odiaba y no quería admitir.

—Necesitamos un lugar si perdemos el recinto. No deambularé la frontera con la tribu, buscando comida, buscando refugio del Éter. Esto es lo suficientemente grande para todos... Hay túneles que nos conducirán a otras cavernas. Se puede proteger. No se quemará. Podemos pescar desde la caleta, y hay una fuente de agua fresca en el interior.

Cada palabra que salía de él se sentía como un esfuerzo. No quería decir nada de esto. No quería llevar a la gente bajo tierra, a este lugar oscuro. A vivir como criaturas fantasmales de las profundidades del mar.

Reef lo miró por un largo momento.

—Crees que llegará a esto.

Perry asintió.

—Tú conoces los límites mejor que yo. ¿Crees que quiero llevar a River y Willow ahí afuera?

Se lo imaginó. Trescientas personas bajo un cielo abierto y agitado, rodeados de incendios y bandas de dispersados. Se imaginó a los Croven, caníbales en capas negras y máscaras de cuervo, rodeándolos como si fueran una manada y sacándolos uno por uno. No permitiría que sucediera.

Cinder cambió su peso de un pie a otro, mirándolo en silencio.

—Tenemos que estar preparados para lo peor —continuó Perry, su voz haciendo eco en la caverna. Se preguntó cómo sería con cientos de voces ahí.

Reef sacudió la cabeza.

—No veo cómo vas a hacer esto. Es... una *cueva*.

—Encontraré una manera.

—Ésta no es una solución, Perry.

—Lo sé. —Era su último recurso. Venir aquí sería como estar parado en la proa de un barco mientras se hundía. No era la respuesta. La respuesta tendría que venir con Roar y Aria. Pero esto ganaría tiempo mientras las aguas se elevaban.

—Una vez llevé una cadena —dijo Reef, después de un largo momento—. Muy parecida a la tuya.

La sorpresa se movió a través de Perry. ¿Reef había sido un Lord de la Sangre? Nunca había dicho nada, pero Perry debería haberlo visto. Reef estaba tan decidido a enseñarle, a evitar que fallara.

—Fue hace años. Una época diferente a ésta. Pero conozco de alguna manera a lo que te estás enfrentando. Estoy detrás de ti, Peregrine. Lo estaría, incluso sin haber hecho un juramento contigo. Pero la tribu se resistirá a esto.

Perry también sabía eso. Era la razón por la que había traído a Cinder.

—Danos unos minutos —le dijo a Reef.

Reef asintió.

—Estaré afuera.

—¿Hice algo malo? —preguntó Cinder cuando Reef les hubo dejado.

—No. No lo hiciste.

El ceño fruncido de Cinder se desvaneció.

—Oh.

—Sé que no quieres hablar de ti mismo —dijo Perry—. Entiendo eso. Bastante bien, de hecho. Y no preguntaría a menos que tuviera que hacerlo. Pero sí tengo que hacerlo. —Movié su peso, deseando que no tuviera que insistir—. Cinder, necesito saber qué puedes hacer con el Éter. ¿Puedes decirme qué esperar? ¿Puedes mantenerlo alejado? Tengo que saber si hay alguna alternativa... cualquier manera de evitar esto.

Cinder se quedó quieto por un momento. Luego se sacó la gorra y la deslizó por su cinturón. Entró más profundamente en la cueva y se volvió, mirando a

Perry. Las venas en su cuello tomaron el brillo del Éter, el cual se filtró por su rostro como agua metiéndose a través de un río seco. Sus manos cobraron vida. Sus ojos se convirtieron en dos brillantes puntos azules en la oscuridad.

Éter ardió por dentro de la nariz de Perry, y su corazón se aceleró. Luego, tan gradualmente como había tomado intensidad, el brillo en las venas de Cinder se desvaneció, el ardor retrocediendo, dejando sólo un muchacho, parado ahí una vez más.

Cinder se puso la gorra de nuevo, tirando de ella hacia abajo y alejando mechones de cabello color fresa de sus ojos. Luego se quedó quieto y observó a Perry por unos pocos momentos, su mirada directa y abierta, antes de finalmente hablar.

—Es más difícil de alcanzar aquí adentro —dijo—. No puedo invocarlo tan fácilmente como cuando estoy afuera, justo debajo de él.

Perry se acercó a él, ansioso por aprender aquello de lo que se había preguntado por meses.

—¿Cómo se siente?

—La mayor parte del tiempo, como ahora mismo, me siento vacío y cansado. Pero cuando lo invoco, me siento fuerte y ligero. Me siento como el fuego. Como si fuera parte de todo. —Se rascó el mentón—. Sólo puedo sostenerlo por un breve rato antes de tener que alejarlo. Todo lo que puedo hacer es traerlo hacia mí, y luego alejarlo. Sin embargo, no soy muy bueno. De dónde vengo, Rhapsody, había chicos que eran mejores en esto que yo.

El corazón de Perry golpeó. Rhapsody era un Compartimiento a cientos de kilómetros de distancia, más allá de Reverie.

—Eres un Habitante.

Cinder sacudió la cabeza.

—No lo sé. No recuerdo mucho de antes de escapar de ahí. Pero supongo... supongo que podría serlo. ¿Cuando te conocí en el bosque y tú estabas con Aria? No parecía que la odiaras. Por eso te seguí. Pensé que quizás también estarías bien conmigo.

—Pensaste bien —dijo Perry.

—Sí. —Cinder sonrió, un destello en la oscuridad que se desvaneció rápidamente.

Cientos de preguntas resonaban en la mente de Perry sobre cómo Cinder había escapado de Rhapsody. Sobre los otros chicos, los que eran como él. Pero

sabía que debía avanzar con cautela. Sabía que debía dejar que Cinder viniera a él.

—Si pudiera ayudarte con el Éter, lo haría —dijo Cinder, las palabras repentinas y frontales—. Pero no puedo... simplemente no puedo.

—¿Porque después te debilita? —preguntó Perry, recordando la forma en que Cinder había sufrido después de su encuentro con los Croven. Al invocar al Éter, Cinder había destruido a la banda de caníbales. Había salvado la vida de Perry, y también la de Aria y Roar, pero el acto lo había dejado helado como el hielo y agotado hasta el punto de la inconsciencia.

Cinder miró más allá de él, como si estuviera preocupado de que Reef estuviera ahí.

—Está bien —dijo Perry. Podía confiarle secretos a Reef, el aroma de Cinder probablemente había despertado las sospechas de Reef, pero Perry sabía que Cinder sólo estaría cómodo con él—. Reef está afuera, y se quedará allí. Sólo somos nosotros.

Recuperada la confianza, Cinder asintió y contestó.

—Cada vez, me siento peor después. Es como si el Éter se llevara parte de mí con él. Siento que apenas puedo respirar, de tanto que duele. Un día se llevará todo. Sé que lo hará. —Secó una lágrima de su mejilla con enojo—. Es todo lo que tengo —dijo—. Es lo único que sé hacer, y me asusta.

Perry exhaló lentamente, absorbiendo la información. Cada vez que Cinder usaba su poder, se jugaba la vida. Perry no le podía pedir eso. Una cosa era tomar riesgos con su propia vida. Pero no podía poner a un chico inocente en esa posición. Nunca.

—¿Estás bien si no lo usas? —preguntó.

Cinder asintió, su mirada baja.

—Entonces no lo hagas. No invoques al Éter. Por ninguna razón.

Cinder miró hacia arriba.

—¿Eso significa que no estás enojado conmigo?

—¿Porque no puedes salvar a los Tides por mí? —Perry sacudió la cabeza—. No. En lo absoluto, Cinder. Pero te equivocas en algo. El Éter no es lo único que tienes. Ahora eres parte de esta tribu, no eres diferente a nadie. Y me tienes a mí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Cinder, batallando contra una sonrisa—. Gracias.

Perry lo golpeó suavemente en el hombro.

—Quizás un día me dejarás que tome prestado tu gorra, si Willow está de acuerdo.

Cinder puso los ojos en blanco.

—Eso fue... no fue...

Perry rió. Sabía exactamente qué era.

Twig corrió por el sendero mientras regresaban al recinto.

—Gren regresó —dijo, jadeando—. Ha traído a Marron con él.

¿Marron estaba *aquí*? No tenía sentido. Perry había enviado a Gren a buscar provisiones. No había esperado que su amigo las entregara personalmente.

Salió al claro y vio un grupo sucio y castigado por el tiempo, apenas treinta en número. Molly y Willow les estaban dando agua, y Gren estaba con ellos, su rostro apretado con preocupación.

Perry estrechó su mano.

—Qué bueno que estés de vuelta.

—Me encontré con ellos —dijo Gren—. Y los traje conmigo. Sabía que era lo que tú querías.

Perry analizó al grupo y casi pasó por alto a Marron. Era una persona diferente. La tierra cubría su chaqueta hecha a medida, la camisa de seda marfil debajo estaba arrugada y manchada de sudor. Su cabello rubio, normalmente peinado a la perfección, estaba enredado y oscurecido de grasa y tierra. Su rostro estaba quemado por el viento y había perdido toda su redondez. Se había marchitado.

—Fuimos superados —dijo Marron—. Eran miles. —Inhaló bruscamente, reprimiendo la emoción—. No pude mantenerlos fuera. Simplemente eran demasiados.

El corazón de Perry se detuvo.

—¿Fueron los Croven?

Marron sacudió la cabeza.

—No. Fueron las tribus de la Rosa y la Noche. Tomaron Delphi.

Perry estudió a la gente con él. Hombres y mujeres, amontonados. La mitad eran niños, tan cansados que se balanceaban sobre sus pies.

—¿Los otros? —Marrón había dirigido a cientos de personas.

—Algunos fueron forzados a quedarse. Otros eligieron hacerlo. No los

culpo. Comencé con dos veces esta cantidad, pero muchos regresaron. No hemos comido...

Los ojos de Marron se llenaron de lágrimas. Sacó un pañuelo de su bolsillo. Estaba doblado en un perfecto cuadrado, pero la tela estaba tan arrugada y sucia como el resto de su ropa. Le frunció el ceño como si le sorprendiera encontrarlo manchado, y lo regresó al bolsillo.

Su grupo de miserables observaba en silencio. Sus expresiones estaban muertas, sus temperamentos apagados y sin vida. Perry se dio cuenta de que esto podría sucederle a los Tides si perdían el recinto y eran obligados a ir hacia los límites. Sus dudas sobre la caverna comenzaron a desvanecerse.

—No tenemos otro lugar donde ir —dijo Marron.

—No necesitan ir a ningún otro lugar. Pueden quedarse aquí.

—¿Los vamos a aceptar? —preguntó Twig—. ¿Cómo vamos a alimentarlos?

—Lo haremos —dijo Perry, aunque no sabía cómo. Apenas tenía suficiente comida para los Tides. Pero, ¿qué podía hacer? Nunca podría rechazar a Marron—. Haz que se acomoden —le dijo a Reef.

Llevó a Marron a su casa. Allí, el humor de Marron se profundizó más y más, convirtiéndose en algo inmenso, hasta que finalmente llegaron las lágrimas. Perry se sentó con él a la mesa, profundamente sacudido. En Delphi, Marron había tenido suaves camas y la mejor comida tan a menudo como había querido. Había tenido un muro protegiéndolo, con arqueros apostados de día y de noche. Había perdido todo.

Esa noche en la cena, sopa aguada de pescado, Perry se sentó con Marron en la alta mesa y miró sobre la cocina. Los Tides no querían involucrarse con la gente de Marron. Se sentaron separados, en mesas separadas, fulminando a los recién llegados con la mirada. Perry apenas reconocía a las tribus a esta altura. La gente venía y se iba. Tanto una cosa como la otra eran perturbadoras para los Tides.

—Gracias —dijo Marron quedamente. Sabía la tensión que había puesto sobre Perry.

—No hay necesidad. Mañana planeo ponerte a trabajar.

Marron asintió, sus ojos azules centelleando, llenándose con la aguda curiosidad que Perry recordaba.

—Por supuesto. Pídeme lo que sea.

CAPÍTULO 22

Aria

Lo que sea que Aria había esperado de los Horns, no había sido esto. Asimilaba su asentamiento con asombro mientras ella y Roar se acercaban por el camino de una granja. Se había imaginado Rim como un recinto parecido al de los Tides, pero esto era mucho más.

El camino los condujo a través de un valle mucho más grande que el de los Tides. Los cultivos daban paso a laderas de montañas que se alzaban en cumbres elevadas y cubiertas de nieve. Aquí y allá veías las marcas plateadas del daño del Éter. Sable tenía los mismos retos que Perry tenía con cultivar comida. Darse cuenta de eso le dio una perversa satisfacción.

A la distancia veía la ciudad: un grupo de torres de diferentes tamaños apoyado contra el lado escarpado de una montaña. Balcones y puentes conectaban las torres en una caótica red, dándole a Rim una apariencia confusa y de crecimiento rápido que le recordaba a un arrecife de coral. Una sola estructura surgía por encima de las otras, con un techo terminando en punta que parecía una lanza. El Río Snake rodeaba el lado cercano de la ciudad, formando una fosa natural, con estructuras más pequeñas y casas derramándose por sus orillas.

Las corrientes de Éter fluían brillantes y rápidas en el cielo de la tarde, realzando la apariencia severa de Rim. La tormenta de la que habían estado escapando los había seguido hasta aquí.

Aria levantó una ceja.

—No es el recinto de los Tides, ¿cierto?

Roar sacudió su cabeza, su mirada clavada en la ciudad.

—No, no lo es.

Se acercaron a Rim, el camino se llenaba cada vez más con personas yendo y viniendo, cargando morrales y carretillas. Notó que los Marcados usaban una ropa específica que revelaba sus brazos, dando a conocer sus Sentidos, chalecos para los hombres, y blusas con cortes en las mangas para las mujeres. La adrenalina picaba en las venas de Aria mientras pasaba una mano sobre su blusa, imaginando la arruinada marca debajo. Roar se mantuvo cerca mientras alcanzaban un puente empedrado y se deslizaban en la multitud. Fragmentos de conversación eran arrastrados hacia los oídos de Aria.

—...recién tuvimos una tormenta hace días...

—...encuentra a tu hermano y dile que venga a casa ahora...

—...es peor que la temporada de cultivo del año pasado...

El puente los llevó a unas calles angostas rodeadas por casas de piedra que tenían varios pisos de alto. Aria tomó el mando, siguiendo la calle principal. El camino era estrecho, ensombrecido por un túnel y atestado de personas, sus voces hacían eco contra piedra y más piedra. Las alcantarillas estaban desparramadas con porquería, y un fétido olor llegó hasta su nariz. Rim era grande, pero ya se daba cuenta que no era tan moderna como el recinto de Marron.

Las calles seguían y giraban, y después terminaban abruptamente en la torre. Sólidas puertas de madera se abrían hacia una habitación de piedra que titilaba con luz de antorcha. Guardias en adornados uniformes negros con cuernos de ciervo bordados sobre el pecho observaban la circulación de personas que entraban.

Mientras ella y Roar se acercaban, un corpulento guardia con barba negra bloqueó su camino.

—¿La razón de su visita? —preguntó.

—Estamos aquí de parte de los Tides para ver a Sable —dijo ella.

—Quédense aquí. —Él desaprecio adentro. Parecía que había pasado una hora antes de que otro guardia llegara, dándole a Roar una rápida mirada.

—¿Estás Marcado? —preguntó. Él tenía cabello negro muy corto, casi rapado, y una impaciente mirada en sus ojos. Los cuernos de ciervo en su pecho estaban tejidos con hilos plateados.

Roar asintió.

—Un Aud.

La mirada del guardia se giró hacia ella, su impaciencia desapareciendo.

—¿Y tú?

—Sin Marcar —respondió. Era verdad, en parte. Estaba sin Marcar de un lado. Las cejas del guardia se levantaron levemente, y después su mirada bajó por su cuerpo, fijándose en su cinturón—. Bonito par de cuchillos. —Su tono era coqueto y burlesco.

—Gracias —respondió Aria—. Los mantengo afilados.

Su boca se curvó con diversión.

—Sígueme.

Aria intercambió una mirada con Roar mientras entraban. El momento había llegado. No había vuelta atrás ahora.

Adentro, el amplio pasadizo olía débilmente a moho y vino rancio. Era frío y húmedo. Incluso con las ventanas de madera abiertas, y lámparas, el corredor de piedra era oscuro y lleno de sombras. La débil charla de voces llegaba a sus oídos, haciéndose más fuerte.

Roar rondaba al lado de ella, buscando entre cada persona, cada cuarto que pasaban, con hambre en sus ojos. Aria no podía imaginar cómo se sentía. Después de tantos meses de búsqueda, finalmente vería a Liv.

Cruzaron un amplio umbral, entrando a un salón tan grande como la Cocina de Campaña de los Tides pero con techos más altos y arqueados que le recordaban a las catedrales Góticas. Una comida estaba en progreso. Docenas de guardias estaban atestados alrededor de las mesas, un mar de negro y rojo extendiéndose ante ella. Sable mantenía a su fuerza militar cerca.

Un golpe de suerte, pensó. Había estado preocupada de que Sable leyera su temperamento. Tal vez en una tremenda multitud como ésta él no olería el miedo arremolinándose dentro de ella.

—¿Cuál es Sable?

En el lejano extremo del pasadizo vio un estrado, donde varios hombres y mujeres estaban sentados sobre la plataforma. Ninguno de ellos usaba la cadena de un Lord de la Sangre.

—No lo veo —dijo el guardia—. Pero tú sí. Tiene cabello oscuro. Ojos azules. Más o menos de mi tamaño. De hecho, exactamente de mi tamaño.

El humor en su tono envió un escalofrío por su espalda. Ella miró al guardia, a Sable, parado a su lado.

Él era mayor de lo que había esperado. Complexión y estatura promedio, con rasgos que eran finos y bien proporcionados pero de alguna manera sin nada especial. Habría pensado que era soso si no hubiera sido por la mirada en sus ojos de color acero. Esa mirada, segura, astuta, entretenida, lo llevaba de olvidable a atractivo.

Sable sonrió, obviamente complacido con el truco que le había jugado.

—Sé que son de los Tides, pero no pillé sus nombres.

Ella aclaró su garganta.

—Aria y Roar.

Los ojos de Sable se movieron a Roar y los entrecerró en reconocimiento.

—Olivia ha hablado de ti.

—¿Dónde está? —preguntó Roar.

Pasaron segundos. El pasadizo rebosaba de ruido alrededor de ellos. Su pulso palpitando, Aria observó cómo el pecho de Sable se expandía y contraía con cada respiración y sabía que estaba oliendo la rabia de Roar. Sus celos. El valor de un año de preocuparse por Liv.

—Está cerca —dijo finalmente Sable—. Vengan. Los llevaré a donde está ahora. Ésta será toda una reunión.

Salieron del salón y volvieron a los corredores llenos de sombras. Aria trató de memorizar su camino, pero los pasillos doblaban y giraban y después subieron por unas escaleras estrechas y voltearon de nuevo. Había puertas y lámparas a lo largo de las paredes, pero ninguna ventana ni marcas distintivas que la ayudasen a recordar el camino. La sensación de estar atrapada avanzaba por ella, recordándole a un Reino de laberintos donde una vez había estado. La imagen de un calabozo apareció ante sus ojos, erizando el pelo en su nuca. ¿Dónde Sable estaba reteniendo a Liv?

—¿Cómo le está yendo al joven Lord de la Sangre de los Tides? —preguntó Sable sobre su hombro. Ella no podía ver su expresión, pero el tono en su voz era ligero y casual. Aria tenía la sensación de que sabía que Perry había perdido a parte de su tribu. La pregunta parecía ser más una prueba que una búsqueda de información.

—Desenvolviéndose —dijo Roar firmemente.

En la oscuridad Sable se rió, el sonido era suave y cautivador.

—Cuidadosamente respondido. —Se detuvo frente a una pesada puerta de madera—. Llegamos.

Entraron a un largo patio empedrado lleno de las ovaciones de la multitud. Alrededor de ella, el castillo, era la mejor palabra que se le podía ocurrir para la fortaleza laberíntica de Sable, se elevaba a cientos de metros en el mismo inconexo arreglo de balcones y pasajes que había visto hasta ese momento. El escarpado lado gris de la montaña se alzaba aún más alto, compartiendo el cielo con la agitada red del Éter.

Siguió a Sable hacia la multitud reunida en el centro, su pulso acelerándose, consiente de Roar moviéndose a su lado. Por sobre los vítores, escuchó el *ting, ting*

del acero chocando. Los espectadores se separaron cuando vieron a Sable, dando un paso al lado para dejarlos pasar. Aria captó un destello de cabello rubio adelante.

Y entonces la vieron.

Liv balanceó una media-espada contra un soldado que era de su tamaño, casi un metro ochenta. Su cabello, oscuro y con claras mechas rubias, llegaba a la mitad de su espalda. Tenía amplios ojos, una mandíbula fuerte, y pómulos altos. Usaba botas de cuero, delgados pantalones, y una camiseta sin mangas que mostraba esbeltos y definidos músculos.

Era fuerte. Su rostro. Su cuerpo. Todo sobre ella.

Su estilo de lucha era todo poder, nada de vacilación. Luchó como si estuviera hundiéndose en el mar con cada movimiento. *Son muy parecidos*, Roar le había dicho una vez acerca de Perry y Liv. Aria lo veía ahora.

Liv se veía cómoda y en control, difícilmente la prisionera que Roar había imaginado encontrar. Aria le dio un vistazo y encontró su rostro palidecido. Nunca lo había visto luciendo tan conmovido. Un brote de actitud protectora se movió en su interior. Liv se agachó para evitar un alto golpe rebanador de su oponente, pero él siguió con un antebrazo que la atrapó justo en el rostro. Su cabeza giró a un lado. Se recuperó en un instante y dio un paso donde casi todos se habrían alejado, sorprendiendo al hombre con un golpe en el estómago. Cuando él se dobló, ella llevó un codo a la parte trasera de su cabeza, inflexible, tirándolo a sus rodillas, donde él se quedó, tosiendo, tambaleándose por la fuerza que ella había puesto en sus golpes.

Sonriendo, Liv empujó su hombro con su pie.

—Vamos, Loran. Párate. Eso no puede ser todo para lo que eres bueno.

—No puedo. Rompiste una costilla. Estoy seguro de eso. —El soldado levantó su cabeza, mirando en su dirección—. Háblale, Sable. Ella no tiene piedad. No es manera de entrenar.

Sable rió, el mismo suave, seductor sonido que Aria había escuchado en los corredores.

—Equivocado, Loran. Es la única manera de entrenar.

Liv se giró, encontrando a Sable. Su sonrisa se ensanchó por un instante. Luego vio a Roar. Segundos pasaron, y ella no se movió. No alejó la mirada. Sin pestañear, se estiró, poniendo su espada en su espalda.

Mientras se acercaba caminando, todo lo que Aria podía hacer era mirar

fijamente a la chica de la que había estado escuchando por meses. Una chica que controlaba el corazón de su mejor amigo. Quien tenía la misma sangre que Perry corriendo en sus venas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella. El golpe que había recibido en la mejilla había dejado un verdugón rojo, pero el color se había ido del resto de su rostro. Se veía tan pálida como Roar.

—Podría preguntarte lo mismo. —Las palabras de Roar eran frías, pero su voz estaba ronca de emoción, y las venas en su cuello se levantaron. Estaba apenas conteniéndose.

Sable miró de uno al otro, y sonrió.

—Tus amigos han venido por la boda, Liv.

La sangre de Aria se volvió fría.

Sable vio su sorpresa.

—¿No sabías? —preguntó él, sus cejas alzándose—. Envié palabras a los Tides. Llegaron justo a tiempo. Liv y yo nos casaremos en tres días.

Casarse. Liv iba a *casarse*.

Aria no sabía por qué estaba tan sorprendida. Era el trato que había sido hecho entre Vale y Sable, la mano de Liv en matrimonio a cambio de comida, pero algo se sentía terriblemente mal.

Entonces ella vio cuán cerca Liv y Sable se paraban. Cómo se paraban *juntos*.

Sable alcanzó y rozó su pulgar a lo largo del verdugón en la mejilla de Liv. Su toque se mantuvo, sus dedos deslizándose por su cuello, el gesto lento y sensual.

—Esto estará de un perfecto tono morado para entonces. —Deslizó su mano alrededor de la cintura de Liv—. Castigaría a Loran, pero ya lo has hecho por mí.

El enfoque de Liv no había dejado a Roar.

—No necesitabas venir aquí —dijo ella, pero su significado era claro: No lo *quería* aquí. Liv quería casarse con Sable.

La rabia atravesó a Aria. Mordió el interior de su labio y probó sangre. Roar se había vuelto piedra a su lado. Necesitaba sacarlo de allí.

—¿Hay algún lugar en el que podamos descansar? Fue un largo viaje.

Liv pestañeó, notándola por primera vez. Miró de Aria a Roar, su respiración concentrada.

—¿Quién eres tú?

—Disculpa mis modales —dijo Sable—. Pensé que se conocían. Liv, ésta es Aria. —Gestualizó hacia uno de sus hombres—. Muéstrales la habitación de invitados junto a mis cuartos —dijo él. Luego sonrió ampliamente—. Tendré la cena programada para nosotros cuatro más tarde. Esta noche celebraremos.

La habitación de Aria era fría y austera: un simple catre y una silla con un respaldo rizado hecho de cuernos de ciervo. La única luz venía a través de una deslucida ventana de vidrio biselado clavada profunda en la pared de piedra.

A Roar le dieron la habitación adyacente a la de ella, pero él la siguió al interior. Aria cerró la puerta y envolvió sus brazos alrededor de él. Sus músculos estaban tensos, temblando.

—No lo entiendo. Liv deja que la toque.

Ella se estremeció por el dolor en su voz.

—Lo sé. Lo siento.

No tenía mejores palabras para darle. Recordó la conversación que habían tenido días antes de dejar los Tides. Todavía había sentido el veneno dentro de ella, y había estado en dudas acerca de dejar a Perry. Roar le había hablado sobre la *verdad*. Él había perdido una verdad hoy, justo como ella lo había hecho meses atrás cuando aprendió que era mitad Forastera. Su vida se había apoyado en un pilar que de pronto se había desvanecido, y todavía no había encontrado su balance. Nada que dijera lo ayudaría, así que se paró con él y lo sostuvo hasta que estaba listo para pararse por sí mismo de nuevo.

Cuando se alejó, la rabia en sus ojos marrones la helaron. Tomó su mano. *Roar, no le hagas nada a Sable. Lo está esperando. No le des una razón para herirte.*

Él no le respondió. Por una vez deseó poder escuchar *sus* pensamientos.

Él sacudió su cabeza.

—No. No lo haces. —Se alejó, sentándose contra la puerta.

Ella se sentó en la cama y miró alrededor de la pequeña habitación. No sabía qué hacer. Por las pasadas dos semanas, había corrido para llegar aquí. Ahora que estaba aquí, se sentía atrapada.

Roar levantó sus rodillas, apoyando su cabeza en sus manos. Sus antebrazos estaban flexionados, sus manos en puños. En horas, cenarían con Liv y Sable. ¿Cómo se sentiría sentarse al otro lado de una mesa de comida con Perry y otra chica? ¿Observarlo tocar su mejilla, de la manera que Sable había tocado la de Liv? En sus planes, ella y Roar nunca habían hablado sobre dejar Rim sin Liv. Ni una

vez imaginaron que ella querría quedarse.

Aria acercó su bolso a su regazo, sintiendo el pequeño bulto dentro del forro. Más temprano, había envuelto el Smarteye en una tela, con un puñado de agujas de pino para enmascarar el aroma sintético del artefacto, en caso de que Sable revisara sus cosas. Escuchó los pesados pasos de guardias moviéndose a través de los corredores, y la puerta no tenía seguro. Mientras estaba allí, contactar a Hess, o a Soren, sería demasiado peligroso.

Era dicho que Sable despreciaba a los Habitantes. Ella no quería enterarse.

Hurgó alrededor hasta que encontró la escultura de halcón. Un intenso pinchazo de anhelo la golpeó mientras lo sacaba. Imaginó a Perry como había sido la noche de su ceremonia de Marcación, inclinándose contra la puerta de Vale con sus pulgares colgando de su cinturón. Imaginó sus delgados labios y amplios hombros, y la pequeña inclinación de su cabeza. Siempre que sus ojos estuvieran en ella, se sentía tan completamente *vista*.

Mantuvo la imagen en su mente, y pretendió que podía hablar con él a través de la estatuilla de la misma manera en que hablaba con Roar.

Estamos aquí, pero es un desastre, Perry. Tu hermana... realmente quiero que me agrade, pero no puedo. Lo siento, pero no puedo. Tal vez estaba equivocada por dejarte. Tal vez si estuvieras aquí, podrías disuadir a Liv de casarse con Sable y ayudarnos a encontrar el Perpetuo Azul. Pero prometo que encontraré una manera.

Te extraño.

Te extraño, te extraño, te extraño.

Prepárate, porque cuando te vea, nunca te dejaré ir de nuevo.

CAPÍTULO 23

Peregrine

—Dios, Peregrine —dijo Marron. Estiró el cuello, mirando con asombro la caverna—. ¡Qué lugar!

Perry le había llevado allí a primera hora de la mañana, explicando la situación de los Tides en el camino, sosteniendo el brazo de Marron mientras subían por el acantilado. Ahora él se concentraba en respirar de manera uniforme mientras seguía el ejemplo de Marron adentrándose en la profundidad.

—No es ideal —dijo Perry, levantando la antorcha en la mano más arriba.

—Los ideales pertenecen a un mundo que sólo el sabio puede entender —dijo Marron en voz baja.

—Ese serías tú.

Marron lo miró a los ojos y le sonrió cálidamente.

—Ese sería Sócrates. Pero también eres sabio, Perry. Mi plan no era perder Delphi. Lamento mucho eso.

Cayeron en silencio. Perry sabía que Marron estaba pensando en la casa y la gente que había perdido. Meses atrás, Perry había observado a Roar y Aria entrenar con cuchillos en la azotea de Delphi. Él la había besado por primera vez allí. Perry se aclaró la garganta. Sus pensamientos iban cayendo a un lugar que no quería ir.

—Quiero traer a la tribu aquí antes de que nos obliguen a salir. Debemos abandonar el recinto en nuestros términos.

—Oh, sí —coincidió Marron—. Vamos a tener que empezar a prepararnos de inmediato. Vamos a necesitar agua dulce, luz y ventilación. Calor y almacenamiento para la comida. El acceso es pobre, pero podemos mejorarlo. Podría diseñar una polea para bajar los suministros más pesados.

Su lista continuaba. Perry escuchaba, finalmente reconociendo al hombre que conocía: amable, brillante y metódico. Se preguntó cómo Marron podría alguna vez haberse considerado una carga.

Cuando regresó al recinto, Perry convocó a una reunión en la Cocina de Campaña para decirle a la tribu de su plan para ir a la cueva. Como había esperado, se revolvieron por la noticia.

—No veo cómo podemos sobrevivir allí durante mucho tiempo —dijo Bear. Su cara estaba roja, y el sudor perlaba su frente. Estaba más enojado de lo que Perry había visto nunca—. Hemos manejado el Éter durante el invierno —continuó—. Es como si estuvieras esperando lo peor. Como si te hubieses dado por vencido.

—No espero lo peor —dijo Perry—. Lo peor está *pasando*. Si quieres una prueba, sal a la calle y echa un vistazo al cielo, o a las hectáreas que se han quemado durante el mes pasado. Y esto no es como el invierno. No seremos capaces de dominar eso. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a otra tribu, o a otra tormenta, que nos va a nivelar. Tenemos que hacer el primer movimiento, antes de que eso ocurra. Tenemos que actuar ahora, mientras podamos.

—Dijiste que nos ibas a llevar al Perpetuo Azul —dijo Rowan.

—Cuando sepa dónde está, lo haré —dijo Perry.

Rowan meneó la cabeza en señal de frustración.

—¿Y si somos forzados a salir de la cueva?

—Entonces se me ocurrirá algo más.

Después de una hora de oír las mismas quejas, Perry interrumpió la reunión. Ordenó a parte de la mano de obra de Bear que ayudara a Marron con la cueva. Entonces él miró a Bear salir disparado hacia fuera y vaciarse el resto de la Cocina de Campaña. En un deslumbramiento, Perry cruzó el claro a su hogar, necesitando un momento a solas para pensar en su decisión.

Se acercó a la ventana, donde las esculturas de Talon descansaban, y se apoyó contra el alféizar. Había siete estatuillas allí.

Siete, alineadas en la misma dirección. Volvió la del centro de otra manera, por lo que se enfrentaba al exterior. Como Lord de la Sangre, ¿era su responsabilidad seguir la voluntad de la mayoría? ¿O era guiarlos hacia lo que él sabía, lo que *creía* que era mejor para ellos? Había elegido este último. Oró que tuviese razón.

Pasó el resto de la tarde ayudando en la cueva. Marron era organizado, eficiente y cómodo con el manejo de un gran proyecto.

Bear no se presentó, pero la gente que Perry había elegido para trabajar allí se adecuó a Marron rápidamente. Mientras Perry hacía la caminata de una hora de duración al recinto, le dijo eso a Marron.

—Han venido hacia mí porque tú lo hiciste en primer lugar. Tú eres el que

nos ha mostrado el camino. — Sí, Perry pensó. *Hacia una cueva.*

La conversación se volvió hacia la gente que había servido a Marron en Delphi. Slate y Rose habían sido capturados. Si Perry y Marron podían encontrar una manera de traerlos y a cualquier otro con los Tides, lo harían. Hablaron hasta que Perry vio a Reef corriendo hacia él en el camino cerca del recinto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Perry.

Reef se rascó la barbilla. Parecía como si estuviera tratando de no sonreír.

—Espera a ver lo que acaba de aparecer —dijo mientras se detenían.

La mirada de Perry se dirigió inmediatamente a través del claro al entrar en el recinto. Una chica con el cabello del color del cobre estaba en el enfoque oriental. En la última luz del día, vio una caravana de carros que se extendían detrás de ella. Perry estimó alrededor de cuarenta personas, ya sea a caballo o a pie. Tenían el aspecto de guerreros fuertes y armados con armas.

—Es la segunda mitad del pago de Sable por Liv —dijo Reef a su lado.

Twig corrió y emitió un sonido chillón que estaba cerca de una risita.

—¡Perry, todo eso es comida!

La mirada de Perry se volvió a la caravana mientras se acercaban. Aturdido, calculó ocho carros tirados por caballos, diez cabezas de ganado. Oyó cabras. En una ráfaga olió hierbas aromáticas, pollos, granos. Su boca se hizo agua cuando de repente sintió todo el peso del hambre que se había acostumbrado a combatir.

—Soy Kirra —dijo la chica de cabello rojo—. Apuesto a que estás contento de verme. Sable ha enviado un mensaje. Está complacido de honrar el acuerdo que hizo con Vale por la mano de Olivia en matrimonio, a pesar de que no tenía que hacerlo. No dijo la última parte, pero debería haberlo hecho.

Perry apenas la escuchaba. Su corazón se aceleró cuando se dio cuenta de que todo lo que veía era para los Tides.

Marron apareció a su lado, con las mejillas encendidas por la emoción.

—Oh, Dios mío. Peregrine, esto ayudará.

Bear y Molly se acercaron con Willow y el Viejo Will. Otros fueron saliendo de la Cocina de Campaña, reuniéndose a su alrededor. El aire se llenó con sus ánimos exaltados, barras de color vibrante brillando en los bordes de su visión.

El alivio fue tan potente, el suyo, el de la tribu, que Perry tenía un nudo en la garganta por la emoción. La chica levantó una ceja. Su cabello rojo azotado por el viento, el fuego en el resplandor de la puesta del sol.

—Aún estamos a tiempo de conseguir una comida juntos si desempacamos ahora.

La mirada de Perry cayó en la marca de su brazo. Parpadeó. Parpadeó de nuevo cayendo en cuenta. Una Scire. Ella era como él. La miró con curiosidad ahora. Además de su hermana, nunca había conocido a una mujer Scire. El suyo era el sentido más raro. Fue una de las razones por las que el matrimonio de Liv había tenido que arreglarse.

—¿Cuál era tu nombre? —preguntó.

—Kirra. Ya te lo dije.

—Bien... no lo escuché antes.

Tenía la cara llena y redonda que le daba una apariencia inocente, pero las curvas de su cuerpo borraban esa impresión. Lo mismo hacía el brillo burlón en sus ojos. Lucía unos años mayor que él, supuso, y su aroma era suave y ligeramente fresco, recordándole hojas de otoño.

—¿Dijiste que mi hermana se *casó* con Sable? —preguntó.

—Estoy segura ahora.

Perry se volvió hacia los vagones. Liv siempre había sido *suya*. Como el mayor, Vale había sido preparado por su padre para Lord de la Sangre. Pero él y Liv habían sido dejados por sí solos. Perry no lo podía creer. Ella pertenecía a alguien más ahora. Liv, que reía fácilmente, rápida para enojarse y rápida para perdonar. Liv, que no hizo nada, en parte y todo en su totalidad, estaba *casada*.

Por mucho que había creído que debía cumplir su deber con los Tides casándose con Sable, nunca había esperado que ella realmente lo hiciera. Su hermana siempre había sido impredecible, pero esta era su mayor sorpresa de todas. Se había escapado, desaparecido, y luego terminado haciendo lo que se le pidió todo el tiempo.

El estómago de Perry se encogió al pensar en Roar. ¿Cómo reaccionaría cuando se enterara?

—¿Y bien? —dijo Kirra, sacándolo de sus pensamientos—. Se está haciendo tarde. ¿Vamos a desempacar?

Perry pasó la mano por su mandíbula y asintió. Estaba hecho. Liv estaba casada. No podía cambiarlo ahora.

CAPÍTULO 24

Aria

Esa noche, Aria y Roar fueron escoltados hasta un amplio comedor. La luz de las velas y la plata brillaban en una larga mesa. Una pieza central de retorcidas ramas de sauce se elevaba de un enorme jarrón, proyectando alargadas sombras a través del techo. A lo largo de un lado del salón, se abrían puertas a un balcón. Cortinas color ladrillo se agitaban en el viento, dejando entrever el agitado cielo de Éter.

Roar examinó la habitación.

—¿Dónde está Liv? —preguntó mientras entraban.

Sable se levantó de la mesa. Ahora llevaba su cadena de Lord de la Sangre, un fantástico collar brillante salpicado de zafiros que brillaban contra su camisa gris oscuro. La cadena lo transformaba, realzando el azul de sus ojos y la confianza en su sonrisa. Aria se preguntaba cómo había podido confundirlo con alguien corriente. Se veía cómodo con la cadena. A gusto con el poder. Se dio cuenta de que nunca había tenido el mismo pensamiento acerca de Perry.

—Liv está retrasada —dijo Sable—. Parece que le gusta hacerme esperar.

—Tal vez te está evitando —dijo Roar.

La boca de Sable se elevó en una pequeña sonrisa.

—Estoy feliz de que estés aquí. Será bueno para Liv tener un amigo de la infancia en nuestra boda.

—¿Ella te dijo que somos *amigos*? —preguntó Roar con una sonrisa de suficiencia. Él no parecía poder evitarlo.

Sable respondió diplomáticamente, pero su mirada era cruel.

—Sé lo que *eran*. Eso es lo que ella dijo que *eres*.

Una ráfaga sopló en el salón y levantó una esquina del mantel, volcando una copa de estaño. Ésta resonó en el suelo de piedra. Ni Sable ni Roar se movieron.

Aria se interpuso entre ellos.

—Parece que la tormenta comenzará pronto —dijo ella, caminando hacia el balcón. Era un obvio intento de distracción, pero funcionó. Sable la siguió.

El viento levantó el cabello de sus hombros mientras pasaba junto a las

cortinas. Se acercó a la baja pared de piedra que bordeaba el balcón, abrazándose a sí misma contra el frío. El resistente exterior de la fortaleza caía varios pisos al río Snake justo debajo. La luz de Éter brillaba en toda su superficie oscura.

Sable apareció a su lado.

—Es hermoso desde la distancia, ¿no? —dijo, mirando el Éter. Las corrientes estaban adquiriendo una retorcida forma enrollada. Pronto los embudos caerían—. Muy diferente a cuando estás justo debajo de ellos. —Él la miró fijamente—. ¿Has estado en una tormenta antes?

—Sí.

—Eso pensé. Huelo tu miedo, pero podría estar equivocado. Tal vez temes algo más. ¿Le temes a las alturas, Aria? Es un largo camino hacia abajo.

Un escalofrío la atravesó, pero su voz fue uniforme cuando contestó.

—Estoy bien con las alturas.

Sable sonrió.

—Eso no me sorprende. ¿Dijiste que eras de los Tides?

Él la estaba provocando con preguntas. Olfateando sus ánimos y buscando su debilidad.

—Vine de allí, sí.

—Pero no conocías a Liv antes de hoy.

—No.

Él la miró de nuevo, todavía firme, decidido. Podía ver sus pensamientos dando vueltas, su curiosidad afilándose sobre ella. No pensaba que pudiera soportarlo por más tiempo cuando la voz de Liv atrajo su atención hacia adentro. Sable se movió ligeramente, pero no fue hacia ella.

—¿Dónde está Sable? —le preguntó Liv a Roar.

Aria la vio a través del espacio entre las cortinas. Liv parecía una persona diferente a la chica que había visto antes. Llevaba un vestido griego en un color naranja bruñido que realzaba el color bronce de su piel. Un cordón verde serpenteaba alrededor de su cintura, y había arrastrado su espesa melena rubia por encima de sus hombros.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Roar.

—No podía desenredar el cinturón —respondió Liv alegremente.

—No estaba hablando del vestido.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás...?

—Roar, *basta* —dijo Liv bruscamente. Se acercó a la mesa y se sentó.

Roar la siguió, agachándose a su lado.

—¿Vas a ignorarme? ¿Vas a actuar como si no hubiera nada entre nosotros?

—Él había bajado la voz, pero Aria podía oír todo lo que decía. La sala de piedra era como un escenario, amplificando los sonidos y empujándolos afuera a donde ella y Sable estaban parados, observando en la oscuridad. Se preguntó si Sable también escuchaba.

—Olivia —dijo Roar con urgencia, apasionadamente—. ¿Qué estás *haciendo* aquí?

—Estoy esperando la comida —dijo ella, mirando al frente—. Y a Sable.

Roar maldijo, alejándose de ella de un tirón como si lo hubiesen empujado.

Sable rió suavemente al lado de Aria.

—¿Vamos? —dijo, regresando al interior. Se dirigió a Liv y la besó en los labios—. Eres hermosa —susurró antes de enderezarse.

Un rubor se apoderó de las mejillas de Liv.

—Me estás avergonzando.

—¿Por qué? —dijo Sable, tomando asiento a su lado. Miró a Roar, con diversión en sus ojos—. Dudo que alguien aquí no estuviera de acuerdo.

El estómago de Aria se retorció. Roar parecía a punto de saltar hacia delante y desgarrar a Sable. Con el pulso acelerado, miró a los guardias de pie junto a la puerta. Ambos hombres trabaron la mirada con ella. Estaban viendo todo.

Cuando Roar tomó asiento a su lado, ella le rozó el brazo al pasar y le envió una advertencia rápida. *Roar, quédate conmigo. Mantén la calma... por favor.*

Al otro lado de la mesa, tanto Sable como Liv notaron el gesto. El salón no tenía secretos. Cada susurro era escuchado. Cada cambio en la emoción olfateado.

La oscuridad se instaló en los ojos verdes de Liv. ¿Eso eran *celos*? ¿Cómo podía atreverse sentir eso? Se iba a casar con Sable. No tenía derecho a sentirse posesiva sobre Roar.

Sirvientes trajeron platos de jamón asado y verduras. Aria de alguna manera se sentía tanto hambrienta como asqueada. Tomó un pedazo de pan.

Comieron en un incómodo silencio durante unos momentos. La mirada de

Aria seguía volviendo a la mano de Roar en el cuchillo a su lado. Roar y Liv no se miraban el uno al otro. Sable veía todo.

—¿Perry estaba feliz con la comida que le enviamos? —preguntó Liv finalmente.

—¿La otra mitad del soborno? —dijo Roar, sorprendido.

—Se llama dote —dijo Liv bruscamente—. La enviaste, ¿verdad, Sable?

—El día que prometí —dijo Sable—. Los Tides la han recibido, estoy seguro. Debe de haber llegado después de que tus amigos se fueron. También envié cuarenta de mis mejores guerreros allí. Se quedarán y ayudarán a tu hermano en lo que los necesite.

Liv lo miró.

—¿Hiciste eso?

Sable sonrió.

—Sé que te preocupas por él.

Aria sintió su último vestigio de esperanza por Roar desvanecerse. El acuerdo estaba hecho. Liv le pertenecía a Sable. Ahora sólo necesitaban la ceremonia de boda. Parecía una formalidad.

—¿Perry envió un mensaje para mí? —preguntó Liv.

Roar sacudió la cabeza.

—Tuvimos que salir rápidamente, así que no tuvo la oportunidad. Incluso entonces, no estoy seguro de que hubiera enviado un mensaje.

—¿Por qué? —dijo Liv—. ¿Ha perdido la lengua?

—Él se culpa por lo que pasó con Vale, Liv.

Ella frunció el ceño.

—Sé lo que Vale hizo. Sé quién era mi hermano. ¿Qué tan difícil es enviar un mensaje?

—Esa es una buena pregunta —dijo Roar—. ¿Qué tan difícil *es* enviar un mensaje? Perry no ha sabido nada de *ti* en un año. Tal vez teme haberte perdido. Tal vez piensa que ya no te preocupas más por él. ¿Lo haces, Liv?

Liv y Roar se miraron fijamente el uno al otro, sin pestañear. Obviamente, esto ya no se trataba de Perry. Aria sentía como si ella y Sable hubiesen desaparecido del salón.

—Por supuesto que lo amo —dijo Liv—. Es mi hermano. Haría cualquier

cosa por él.

—Conmovedor, Liv. —Roar se empujó fuera de la mesa—. Estoy seguro de Perry estará encantado de escuchar eso. —Sus pasos fueron silenciosos mientras se iba.

A solas con Liv y Sable, Aria de repente se sentía como una intrusa. El viento había apagado las velas en su extremo de la mesa. En la luz más débil, el vestido de Liv parecía frío, como arcilla roja. Todo se veía gris y frío.

—Haré que traigan a tu hermano aquí —dijo Sable, alcanzando la mano de Liv—. Podemos llevar a cabo la boda hasta entonces. Dime lo que quieres, y lo haré.

Liv le sonrió, un rápido destello tembloroso.

—Lo siento... no tengo hambre —dijo ella, y abandonó el salón.

Aria esperaba que Sable fuese tras ella. No lo hizo. Agarró un higo de su plato y se lo comió, observándola mientras masticaba.

—Sé por qué Roar está aquí —dijo él—. ¿Por qué lo estás *tú*?

Sus palabras eran casuales, pero la mirada en sus ojos era penetrante. Aria miró hacia la puerta, midiendo la distancia, con el instinto diciéndole que saliera *ahora*.

La mano de Sable salió disparada y agarró su muñeca. Con la mano libre, Aria arrebató un cuchillo de la mesa. Lo sostuvo hacia abajo, listo para dar en el blanco que había marcado en su cuello. Un blanco mortal. Sólo había un golpe contra alguien como él. Pero eso no la ayudaría. Necesitaba hacerlo hablar.

Sable sonrió e hizo un ligero movimiento con la cabeza. Sus ojos eran pálidos como el cristal en el centro y rodeados de azul oscuro.

—No necesitas eso. No te haré daño a menos que me des una razón para hacerlo.

Él deslizó la mano por su brazo, empujando hacia arriba la manga. Su pulgar recorrió su piel, lento y firme, mientras estudiaba la media Marca arruinada. Escalofríos se dispararon por su columna ante la fría sensación de su tacto.

Sable la miró profundamente a los ojos.

—Eres un rompecabezas, ¿no es así?

El aliento de Aria quedó atrapado en su garganta. Los sonidos se agudizaron. El aleteo de las cortinas, y el ajeteo del río Snake. Los pasos que se

acercaban por el pasillo. ¿Él estaba viendo su capacidad auditiva? ¿Su vida en Reverie y en los Reinos, y todo lo demás que escondía?

Un guardia con fibroso cabello rubio entró.

—La tormenta se desató en la ruta de acceso al Acantilado Ranger.

Sable no le prestó atención.

—¿Qué quieres de mí? —dijo, en voz baja y amenazadora.

Ella no podía mentir. No podía.

—El Perpetuo Azul.

El agarre de Sable se aflojó. Él dejó escapar una exhalación lenta y se echó hacia atrás.

—Y yo que pensaba que eras única —dijo simplemente. Entonces se levantó de su silla y se fue.

Aria no pudo moverse durante largos minutos después de eso. No había sentido repulsión por haber sido tocada en meses, desde la primera vez que había sido expulsada de Reverie. El dolor despertó en su brazo. El agarre de él había sido más fuerte de lo que se había dado cuenta. Al final dejó el cuchillo, devolviéndolo a su lugar junto al plato vacío, con los dedos doloridos por agarrarlo.

¿Y ahora qué? Sable sospechaba de ella. Había curioseado hasta que supo la verdad sobre quién era ella. Su vida estaba en peligro. Su misión estaba en peligro. Inhaló y se levantó. No se permitiría fallar.

Aria pasó a los guardias en la puerta, caminando de regreso a su habitación. Notó a los guardias en los pilares y deambulando por los pasillos. Moverse sin ser vista sería difícil, pero no imposible. Se quedó inmóvil cuando oyó la voz de Sable. Sonaba cerca, pero no podía decirlo con certeza. Los sonidos rebotaban de forma extraña a lo largo de los serpenteantes pasillos. Con el corazón tronando, lo escuchó ordenando que evacuaran las periferias de Rim. Tal vez la tormenta lo estimularía a hablar del Perpetuo Azul esta noche.

Más tarde, se dijo. Saldría a hurtadillas y aprendería lo que pudiera.

No estaba sorprendida de encontrar a alguien esperando cuando entró a su habitación.

Había esperado a Roar, pero era Liv.

CAPÍTULO 25

Peregrine

Esa noche, Perry se sentó en la mesa principal, sobrecogido por el alimento que pasaba por sus ojos. Ham sirvió pasas como oro en el amanecer. Pan de nuez con queso de cabra caliente. Zanahorias cocidas en miel y mantequilla. Fresas. Cerezas. Un plato con seis tipos de quesos. Vino o Luster, para los que quisieran. Los aromas llenaban la Cocina de Campaña. Mañana la tribu volvería a racionar, pero hoy celebrarían.

Comió hasta que sus calambres se convirtieron en cenizas de un estómago relleno. Cada bocado le recordaba el sacrificio que Liv había hecho por los Tides. Cuando terminó, se recostó y observó la gente a su alrededor. Marron untó de mantequilla un pedazo de pan con la misma precisión con la que hacía todo. Bear atacó la montaña de comida enfrente de él, mientras Molly balanceaba a River en sus rodillas.

Hyde y Gren se disputaban la atención de Brooke, Twig apenas logrando unas cuantas palabras entre ellos. Solo unas horas antes, había estado en la misma posición, escuchándolos arremeter contra él con ira. Al otro lado de la mesa, Willow le dio un codazo a Cinder.

—Mira. ¡No hay ni un solo pedazo de pescado por ninguna parte!

—Gracias a los cielos —dijo Cinder—. Pensé que me iban a crecer branquias.

Willow se rió. Entonces Perry rió también, viendo como las orejas de Cinder se ponían rojas debajo de su gorro. Al fondo del salón, Kirra comía con su grupo. Era un grupo muy ruidoso, grande en sus gestos. Cada uno parecía tener una risa explosiva. Los ojos de Perry se fijaban en Kirra. Se había fijado una reunión con ella más tarde para saber de las noticias de los otros territorios.

Viniendo de los Horns, tal vez debía saber también algo sobre el Perpetuo Azul. Cuando terminaron de comer, el grupo de Kirra se alejó unas cuantas mesas, dejando espacio. Después la música comenzó, guitarras y tambores tocando melodías animadas. Sus ánimos atrapados como la pólvora. Los Tides se unieron ansiosamente, y pronto el salón se llenó con la música y el baile.

—¿Cinder te dijo que era su cumpleaños? —preguntó Willow.

Cinder sacudió su cabeza.

—Willow, no. Estaba bromeando.

—Yo no —dijo Willow—. Cinder no sabe cuándo es su cumpleaños, así que *podría ser cualquier día*, ¿entonces por qué no hoy? Ya estamos celebrando.

Perry cruzó sus brazos y trató de no reírse.

—Hoy parece ser un día perfecto para mí.

—Tal vez puedas decir algo, ya sabes, ¿cómo hacerlo oficial?

—Puedo hacer eso. —Miró a Cinder—. ¿Cuántos años quieres tener?

Los ojos de Cinder se abrieron.

—No lo sé.

—¿Qué tal treinta? —sugirió Perry.

—De acuerdo. —Cinder se encogió de hombros, pero su temperamento se encendió con emoción. Esto significaba más para él que lo que demostraba, y, ¿cómo no podría significar algo? Merecía saber su propia edad.

Tener un día para medir su vida. Perry solo lamentaba que no se la había ocurrido hacer algo como esto antes.

—Como Lord de los Tides, nombro este día como el de tu cumpleaños. Felicidades.

Una sonrisa apareció en el rostro de Cinder.

—Gracias.

—Ahora tienes que bailar —dijo Willow. Lo empujó, ignorando sus objeciones, y lo lanzó a la multitud. Perry se sentó y rascó a Flea debajo del hocico, mirando todo, gozando la luz en su corazón. Kirra no había traído solo comida. También trajo un recuerdo de mejores tiempos. Este era el salón tal y como debía ser. Los Tides tal y como él siempre había querido verlos.

Era tarde cuando la tribu se marchó a sus hogares. Nadie había querido que la noche terminara. Reef empujó a Perry hacia la clara penumbra. Las lámparas titilaban a su alrededor, balanceándose suavemente con la brisa del océano.

—Veintisiete hombres y onces mujeres —dijo—. Diez Seers y cinco Auds entre ellos, y ya sabes, Kirra. Cada uno capaz de manejar un arma, tanto como te lo puedo decir.

Perry había sospechado lo mismo.

—¿Estás preocupado?

Reef sacudió su cabeza.

—No. Pero por lo mismo, me quedará esta noche.

Perry asintió, confiando en Reef para mantener un ojo en los invitados. Casi alcanzó a Molly cuando se fue. Marron se había enfermado, le había dicho.

Nada más que indigestión, pero estaba descansando esta noche. Con Reef y Marron fuera, se encontraría con Kirra solo.

Perry atravesó el claro hacia su casa, sin estar seguro por qué lo ponía nervioso. Un rato después, ella golpeó en su puerta y entró. Perry se levantó de la silla enfrente del fuego. Kirra se congeló y escaneó la habitación vacía. Parecía sorprendida que no hubiera nadie más.

—Le di a mi gente una noche para ellos. Ha sido un largo viaje.

Perry se movió hacia la mesa y sirvió dos copas de Luster, sosteniendo una para ella.

—Se ganaron su descanso, te lo aseguro.

Tomando la bebida, Kirra se sentó al otro lado, sus ojos sonriendo mientras lo miraban. Tenía una blusa apretada de color trigo, desabotonada en el cuello como la había llevado durante la fiesta.

—Aparecimos en el momento indicado —dijo—. Tu tribu estaba hambrienta.

—Sí, lo estaban —estuvo de acuerdo Perry. No podía negar que su situación era terrible, pero no quería reconocerlo ante un extraño—. ¿Cuándo regresarás a Rim? —preguntó.

Quería enviarle un mensaje a su hermana. ¿Cómo estaba Liv? Tenía que saber que estaba bien.

Kirra rió.

—¿Quieres que me vaya ya? Me hieres —dijo con un pequeño puchero—. Sable quiere que me quede. Estamos para ayudar tanto como nos necesites.

Eso lo agarró con la guardia baja. Tomó de su bebida, dándose un momento para recuperarse mientras el Luster quemaba su garganta. Se rumoreaba que Sable era rudo, que éste no era tiempo de generosidad. ¿Acaso Liv lo había presionado por ayuda? No lo pondría por delante de su hermana. Liv también podía ser ruda.

Perry se sentó con su copa.

—Sable querrá que te quedes, pero él no toma las decisiones aquí.

—Claro que no —dijo Kirra—. Pero no veo por qué es un problema. Traemos nuestra propia comida, y tienes un cuarto entero donde quedarnos. Considera nuestra ayuda como un regalo para ti.

¿Un regalo? ¿Ayuda? Perry torció en la copa.

—Sable no es mi hermano.

Kirra tomó un sorbo de Luster, con diversión en sus ojos.

—Puedo imaginar por qué no te sentirías así, sin nunca haberlo conocido. A pesar de todo, la ventaja debería ser clara para ti. Tengo los luchadores más fuertes que puedes buscar, y mis caballos son entrenados para mantenerse firmes durante tormenta e incursiones. Podríamos ayudar a proteger el recinto por ti. No tendrías que irte a una cueva.

Lo había oído. A pesar de que era su elección y lo mejor para los Tides, la vergüenza se apoderó de él, golpeando su cara. Kirra se inclinó y respiró profundamente, con su mirada en él. Sus ojos eran ámbar, el mismo color que sentía en su temperamento.

Lo estaba leyendo, justo como él lo hacía.

—He oído sobre ti —dijo—. Dicen que irrumpiste en el Compartimiento Habitante y que derrotaste una tribu de Croven. Dicen que estás doble Marcado, un Seer, pero ves en la oscuridad.

—Habladores, sean quienes sean. En todo lo que has escuchado, ¿alguno ha mencionado el Perpetuo Azul? ¿Mi hermano Sable te ha dicho dónde está?

—¿La tierra del amanecer y mariposas? —dijo, recostándose de nuevo—. No me digas que también lo estás buscando. Es la esperanza de un tonto.

—¿Me estás llamando tonto, Kirra?

Sonrió. Era la primera vez que la había llamado por su nombre. Porque lo notó, y él también.

—Un tonto esperanzado.

Perry sonrió.

—El peor. —Empezó a preguntarse si *todo* lo que ella decía lo traspasaría—. ¿No crees que el Perpetuo Azul exista? ¿No tienes ningún deseo de vivir?

—*Estoy* viviendo —dijo—. No seré perseguida por el cielo.

Se quedaron en silencio, mirándose. Su esencia rezumbaba con emoción. No apartó la mirada, y se dio cuenta que él tampoco lo haría.

—Estás en una posición vulnerable —dijo finalmente—. No hay nada malo en aceptar algo de ayuda.

Ayuda. Esa palabra de nuevo. Estaba acabado. No podía oírla una vez más.

—Consideraré la oferta —dijo, manteniendo su posición—. ¿Algo más?

Kirra le guiñó.

—¿Quieres dejarte llevar? —Su significado no podía ser más claro.

Perry fue hacia la puerta y la abrió, dejando entrar el aire nocturno.

—Buenas noches, Kirra.

Se puso de pie y caminó hacia él. Deteniéndose a menos de un metro de él, lo miró a los ojos mientras inhalaba. El estómago de Perry se retorció. Había agitado su pulso, algo que no había sentido en semanas. Ella lo sabía, pero no había nada que pudiera hacer para esconderlo.

—Duerme bien, Peregrine de los Tides —dijo, y después se deslizó en la oscuridad.

CAPÍTULO 26

Aria

—¿Qué estás haciendo aquí, Liv? —preguntó Aria, entrando a su habitación. No podía mantener la rabia fuera de su voz.

Liv se levantó de la cama.

—Estaba buscando a Roar. No estaba en su habitación. —El vestido griego ahora lucía arrugado, cayendo por su hombro, y había soltado su cabello, parecía fuerte y más cómoda de lo que había estado en la cena.

Aria cruzó sus brazos. Una lámpara parpadeo por el lado de la cama, iluminando la fría, y estrecha habitación.

—Él no está aquí. Como claramente puedes ver.

—Solo dale un mensaje por mí...

—No voy a decirle nada por ti.

Liv sonrió con suficiencia.

—¿Exactamente *quién* eres tú?

—Una amiga de Roar y Perry. —Aria se mordió la parte interna de su labio tan pronto como las palabras salieron de su boca. *Amiga* se sentía como una manera débil de describirse a sí misma. Era mucho más que eso, para los dos.

Una sonrisa se extendió a través del rostro de Liv.

—Ahh... eres una amiga de Perry. Debí suponerlo. Pareces como alguien de quien mi hermano sería *amigo*.

—Hora de irte.

Liv soltó una pequeña risa, sin hacer ningún movimiento para irse.

—¿Eso te sorprende? No puedes realmente pensar que eres la única chica que se ha enamorado de él.

Aria sintió su rostro calentarse con rabia.

—Sé que soy la única chica con la que se ha vinculado.

Liv se quedó totalmente inmóvil. Luego se acercó, con sus ojos perforando los de Aria. El verdugón de antes desapareció contra el color rojo de sus mejillas.

—Te mataré si le haces daño —dijo ella, su voz calmada, sin emoción. No era una amenaza. Era una información. Una consecuencia.

—Estaba pensando lo mismo antes.

—Tú no sabes *nada* —dijo Liv—. Dile a Roar que tiene que irse. Inmediatamente. Antes de la boda. No puede quedarse aquí.

—¿Cómo puedes actuar como si él fuera una *molestia*? —escupió Aria, pensando todas las noches que pasó hablando con Roar sobre Liv. Escuchando cuán maravillosa era. Esta chica era horrible. Egoísta. Grosera—. ¡Tú te fuiste! ¡Lo dejaste! Él ha estado buscándote durante un año.

Liv movió su mano, haciendo un gesto alrededor de la habitación.

—¿Crees que elegí esto? ¿Crees que quiero estar aquí? ¡Mi hermano me *vendió!* Vale me quitó todo lo que quería. —Echó un vistazo hacia la puerta, mirándola como si estuviera decidiendo algo, y luego camino más cerca—. ¿Quieres saber qué he estado haciendo el último año? Me esforcé *cada día* en olvidar a Roar. Alejé cada sonrisa, cada beso, cada estúpida, y perfecta cosa que dijo para hacerme reír. Me llevó un año dejar de pensar en él. Un año dejar de extrañarlo lo suficiente para venir aquí y enfrentarme a Sable. Roar está arruinando todo al estar aquí —continuó Liv—. No soy lo suficientemente fuerte. ¿Cómo puedo olvidarlo cuando está justo enfrente de mí? ¿Cómo puedo casarme con Sable si en todo lo que pienso es en *Roar*?

Las lágrimas inundaban los ojos de Liv, y su respiración era entrecortada. Aria no quería sentir simpatía por ella. No cuando había lastimado tanto a Roar como lo había hecho.

—Él está aquí para llevarte de vuelta, Liv. Tiene que haber una manera en que puedas regresar a los Tides.

—¿Regresar? —dijo Liv con una risa aguda—. Perry no puede reembolsar la dote. Y yo no puedo seguir escapando de esto durante más tiempo. Sé cómo es ahí afuera. Sé que los Tides necesitan ayuda, y Sable puede proporcionarla. Él *seguirá* ayudando si nos casamos, ¿cómo puedo alejarme de eso? ¿Cómo puedo irme si significa que mi familia pase hambre, o pueda *morir*?

Aria sacudió su cabeza. No lo sabía. Dejó salir un suspiro y se sentó sobre la cama mientras una repentina ola de cansancio pasaba sobre ella. El Éter destellaba a través de la pequeña ventana, haciendo parpadear la habitación suavemente con luz azul.

Los problemas de Liv se sentían incómodamente familiares. Aria había estado tan concentrada en encontrar el Perpetuo Azul para Hess y conseguir a

Talon de regreso que no se había permitido pensar qué pasaría *después*. ¿Alguna vez habría una manera en que ella y Perry pudieran estar juntos? Los Tides la habían rechazado, y Reverie no era ni siquiera una opción. Todos, absolutamente todos, estaban en contra de ellos.

Aria empujó lejos los pensamientos. Preocuparse no ayudaría en nada. Miró arriba hacia Liv.

—¿Qué hay de Sable? —Frotó su muñeca, sintiendo el eco de su agarre.

Liv se encogió de hombros.

—Él no es terrible... sé que... no es la manera correcta de pensar sobre el hombre con quien me voy a casar, pero es mejor de lo que esperaba. Pensé que lo odiaba, y no lo hago.

Mordió su labio inferior, vacilando, como si estuviera decidiendo si decir algo más. Entonces se acercó a la cama, sentándose a un lado de Aria.

—Cuando llegué antes aquí en primavera, él estaba dispuesto a dejarme ir. Me dijo que podía irme cuando quisiera, pero desde que finalmente llegué, hemos logrado conocernos. No me sentí tan atrapada después que dijera eso. Me ayudó a sentirme menos como una *cosa* que estaba pasando.

Aria se preguntó si Sable había dicho eso a propósito. Los Scires eran conocidos por manipular a las personas. ¿Pero no habría visto Liv eso?

—No lo estoy adulando —continuó Liv—. Y a él le gusta eso. Creo que me ve como un reto. —Jugueteó con la cuerda verde alrededor de la cintura—. Y se siente atraído por mí. El aroma que despide cuando entro a una habitación... no es algo que puedas fingir.

Aria miró hacia la puerta, escuchando los pasos afuera desvanecerse.

—¿Te sientes de la misma manera por él? —preguntó ella cuando estaba silencioso otra vez.

—No... no lo mismo. —Liv ató los extremos de su cinturón en un elaborado nudo mientras pensaba—. Cuando me besa, me pone nerviosa, pero creo que es porque se siente diferente. —Encontró los ojos de Aria—. Jamás había besado a alguien además de Roar, y eso es...

Ella cerró sus ojos, haciendo una mueca de dolor.

—Esto es lo que no puedo tener. No puedo sentarme aquí y recordar cómo se siente al besar a Roar cuando me voy a casar con alguien más en unos días. Él tiene que irse. Es muy difícil para mí estar así, y no puedo soportar verlo herido. —Sacudió su cabeza—. Odio que él me haga sentir débil.

Aria se sentó con la espalda contra la cabecera de hierro, recordando a Perry en su última noche juntos, con moretones y golpeado después de una pelea que había ocurrido por ella. Al día siguiente, él perdió parte de su tribu. Ella no se sentía débil por él. Se sentía demasiado poderosa, como si cada elección que tomara tuviera el potencial de lastimarlo, y eso era la última cosa que quería.

—Roar seguirá adelante —dijo Liv en voz baja. Sus ojos se habían suavizado, y Aria sabía que había leído su temperamento—. Él se olvidara de mí.

—Realmente no puedes creer eso.

Liv mordió su labio inferior.

—No — dijo ella—. No lo creo.

—¿Le dirás la verdad? Roar necesita saber lo que estás haciendo. Necesita saber el por qué.

—¿Crees que ayudará?

—No. Pero se lo debes.

Liv la observó por un largo rato.

—Está bien. Hablaré con él mañana. —Se deslizó más arriba de la cama, arrastrando la manta sobre sus piernas. Los sonidos de la tormenta se filtraron en la habitación, y una corriente de aire frío entro por debajo de la puerta—. ¿Cómo lo está haciendo realmente mi hermano?

Hace poco, había amenazado a Aria. Ahora estaba cerca y relajada. Perdida en sus pensamientos. *Caliente y frío*, pensó Aria. Se preguntó si había un punto medio con Liv.

Aria empujó el otro lado de la manta sobre ella. La última vez que había visto a Perry, había sido con moretones y abandonado por tantas personas. Por *ella*. Odiaba saber que ella había sumado más dolor.

—No ha sido fácil.

—Hay tanto que hacer. Tanto de qué encargarse —dijo Liv—. Debe haber estado volviéndose loco extrañando a Talon.

—Lo está, pero recuperaremos a Talon —dijo Aria antes de que pudiera detenerse.

Liv frunció el ceño, sus ojos verdes vagando sobre el rostro de Aria.

—¿De dónde eres?

Aria vaciló. Tenía el presentimiento que su respuesta cambiaría la relación

de ahora en adelante. ¿Debería arriesgarse a decirle a Liv la verdad? Ella quería confianza entre ellas y aquí, tarde por la noche y en la tranquilidad de su habitación, sólo quería ser ella misma. Suspiró y respondió:

—Soy de Reverie.

Liv parpadeó hacia ella.

—¿Eres una *Habitante*?

—Sí... bueno, mitad Habitante.

Liv sonrió, una pequeña risa burbujeando fuera de ella.

—¿Cómo sucedió *eso*?

Aria se movió a su lado y descansó su cabeza sobre su brazo, volviéndose hacia Liv. Entonces explicó cómo había sido expulsada del Compartimiento en el otoño y había conocido a Perry. Le dijo a Liv todo lo que había pasado en los Tides, y cómo necesitaba encontrar el Perpetuo Azul para tener a Talon de vuelta. Cuando terminó, Liv estaba en silencio, y los sonidos de la corriente de Éter se habían apagado. Rim había visto lo peor de la tormenta.

—He escuchado a Sable mencionar el Perpetuo Azul un par de veces —dijo Liv. Sus ojos estaban pesados del sueño—. Sabe dónde está. Nosotros lo averiguaremos y traeremos a Talon de regreso.

Nosotros. Una palabra tan pequeña, pero que se sentía enorme. Aria sintió un tipo creciente, de emoción instalarse. Liv ayudaría.

Liv la estudió por un largo momento.

—¿Entonces no te importa lo que pase en los Tides? ¿Con qué fuiste envenenada? ¿Vas a regresar con mi hermano?

Aria asintió.

—Me importa, pero no puedo imaginar *no* volver a él. —Las letras surgieron en mi mente, bien memorizadas en los recuerdos de una cantante—. “El Amor es un ave rebelde que nadie puede domesticar” —dijo ella—. Es de una ópera llamada *Carmen*.

Liv estrechó sus ojos.

—¿Tú eres el ave, o mi hermano?

Aria sonrió.

—Creo que el ave es la conexión que hay entre nosotros... haría cualquier cosa por él —dijo ella, y se dio cuenta que en realidad era así de simple.

La mirada de Liv se volvió distante.

—Es una buena expresión —dijo después de un buen rato. Luego bostezó—. Voy a dormir aquí. Lo siento si ronco.

—Claro, ¿por qué no quedarte? Hay bastante espacio para que cualquiera de las dos pueda moverse.

—Eso no será un problema. No puedo moverme de todos modos. Este vestido es como llevar un torniquete.

—Ataste el cinturón mal. He usado ese tipo de vestido antes en los Reinos. Podría mostrarte la manera correcta.

—No hay necesidad. Es un estúpido vestido.

Aria se ríó.

—No es *estúpido*. Te ves increíble con él. Como Atenea.

—¿Sí? —Liv bostezó otra vez y cerró los ojos—. Pensé que a Roar le gustaría. Está bien. Mañana muéstrame como atar el estúpido vestido.

Pronto, como prometió, Liv estaba roncando. No era muy alto. Solo un suave ronroneo que se entretrejía con el sonido del viento, arrullando a Aria hasta dormirse.

CAPÍTULO 27

Peregrine

—¿Qué hace ella allí arriba? —preguntó Perry.

Se detuvo en el claro y miró al techo de su casa. El cabello de Kirra capturó su mirada como una bandera roja ondeando en la brisa. El sonido del golpeteo de martillos llegó hasta él.

Había pasado la mañana en la cueva con Marron, dándole vueltas a los planes para aplanar el acantilado que llevaba a la caleta. Si podían crear un sendero zigzagueante, serían capaces de traer carretas y caballos por la pendiente. Sería mucho mejor que escalones, así que valía la pena intentarlo, pero necesitarían más ayuda.

—¿No sabes de esto? —dijo Reef, junto a él.

—No. No lo sé. —Perry subió la escalera hasta el techo. Kirra estaba a una docena de pasos, observando a dos de sus hombres, Forest y Lark, rompiendo tejas. Mientras se acercaba, la ira de Perry aumentaba a cada paso. Se sentía más protector con este espacio que como se sentía con su casa. Esta era *su* sitio.

Kirra se giró hacia él, sonriendo. Apoyó las manos en las caderas y echó la cabeza a un lado.

—Buenos días —dijo—. Anoche vi la grieta en el techo. Pensé que nos encargáramos de ello.

Había hablado más fuerte de lo necesario, dejando que su voz se escuchara por todos lados. Sus hombres elevaron la vista, enfocándose en él. Habían sacado un tramo de las tejas de piedra, exponiendo las tiras debajo. Perry conocía a una docena de Auds en el claro que la habían escuchado también. No era un misterio lo que la tribu pensaría. Todos sabían que el hueco estaba por encima de su desván.

Suspiró, conteniendo su ira. Ella estaba cambiando algo que no necesitaba cambiarse. Había observado el Éter por el hueco por más tiempo del que podía recordar, pero no podía detener el trabajo ahora. La abertura que había estado de unos cuantos centímetros de ancho había crecido a un agujero de más de treinta centímetros de ancho, exponiendo las vigas interiores. A través de ella, podía ver las mantas de su altillo debajo.

—Bear me dijo de algunas otras cosas de las que podíamos encargarnos mientras estuviéramos aquí —dijo Kirra.

—Demos un paseo, Kirra —dijo él.

—Me encantaría. —El sonido de su voz, dulce como el néctar, le irritaba los nervios.

Perry sintió los ojos de la gente sobre ellos cuando bajaban por la escalera y cruzaban el claro juntos. Tomó el sendero hacia el puerto, sabiendo que lo encontraría vacío. Era demasiado temprano para que los pescadores estuvieran de vuelta.

—Pensé que podríamos ser útiles —dijo Kirra cuando se detuvieron.

Le irritó que ella hablara primero.

—Si quieres trabajar, ven a mí, no a Bear.

—Lo intenté, pero no pude encontrarte. —Levantó una ceja—. ¿Significa eso que quieres que nos quedemos?

Perry lo había considerado toda la mañana mientras escuchaba a Marron describir el trabajo que se necesitaba en la cueva. No veía una razón para rechazar a un grupo de personas capaces. Si tenía razón con respecto al Éter, estaban cortos de tiempo.

—Sí —dijo—. Quiero que te quedes.

Los ojos de Kirra se abrieron de par en par con sorpresa, pero se recuperó rápidamente.

—Estaba esperando que pelearas conmigo un poco más. No me habría importado, en realidad.

Sus palabras fueron coquetas, pero su temperamento era difícil de leer, una extraña mezcla de cálido y frío. Amargo y dulce.

Ella se rió, metiendo un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Me pones nerviosa, mirándome con esos ojos.

—Son los únicos que tengo.

—No quise decir que no me gustaran.

—Sé lo que quisiste decir.

Cambió de postura, su perfume calentándose.

—Cierto —dijo ella, su mirada vagó hacia el pecho de él y luego hacia la cadena en su cuello.

Su atracción hacia él era real —no había que ocultarlo— pero él no podía evitar la sensación de que estaba tratando de hacerlo caer en el anzuelo.

—¿Y dónde quieres que trabajemos? —preguntó ella.

—Finalicen el tejado. Les mostraré la cueva mañana. —Se dio la vuelta para irse.

Ella le tocó el brazo, haciéndolo detenerse. Un disparo de adrenalina pulsó a través de él.

—Perry, será más fácil si podemos encontrar una forma de llevarnos bien.

—Nosotros nos llevamos bien —dijo, y se alejó.

Durante la cena, el grupo de Kirra estuvo tan ruidoso como la noche anterior. Los dos hombres que habían arreglado el hoyo del tejado de Perry, Lark y Forest, venían desde las profundidades del sur, al igual que Kirra. Hablaban con voz alta, contando chistes e historias de un lado a otro en una batalla de ingenio. Para cuando la cena terminó, tenían a los Tides vitoreando por más.

Kirra encajó perfectamente con los Tides. Perry la observó riendo con Gren y Twig, y luego más tarde con Brooke. Incluso pasó tiempo platicando con el Viejo Will, volviendo su cara roja debajo de su blanca barba.

Perry no estaba sorprendido por cómo se ganó tan rápidamente la aceptación de los Tides. Entendió lo aliviados que ellos estaban de tenerla ahí y deseó sentirse de la misma manera, pero todo lo que ella decía y hacía lo hacía sentir como un objetivo.

Bear se acercó cuando la Cocina de Campaña que casi se había vaciado, sentándose frente a Perry y retorciendo sus enormes manos.

—¿Podemos hablar, Peregrine?

Perry enderezó la espalda ante el tono formal de su voz.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Bear suspiró y cruzó los dedos.

—Algunos de nosotros hemos estado hablando, y no queremos mudarnos a la cueva. No hay razón para eso ahora. Tenemos comida, suficiente para ponernos de nuevo en pie, y la gente de Kirra puede ayudar a defendernos. Es todo lo que necesitamos.

El estómago de Perry se revolvió. Bear había cuestionado su decisión antes, pero esto se sentía diferente. Esto se sentía como algo más. Se aclaró la garganta.

—No voy a cambiar de plan. Hice un juramento de hacer lo correcto para la tribu. Eso es lo que estoy haciendo.

—Comprendo —dijo Bear—. No quiero estar contra ti. Ninguno de nosotros.

—Se levantó, sus gruesas cejas se juntaron—. Lo siento, Perry. Quería que lo supieras.

Después, en su casa, Perry se sentó en torno a la mesa con Marron y Reef mientras el resto de los Seis jugaban al dado. Estaban de buen humor por otra noche de música y entretenimiento, su hambre estaba saciada por segundo día consecutivo.

Perry escuchó distraídamente mientras pasaban una botella de Luster, bromeando uno con otro. La conversación con Bear lo había dejado inquieto. Por mucho que la partida de Wylan había dolido, observar a Bear volverse contra él sería peor. Le gustaba Bear. Lo respetaba. Era mucho más difícil fallarle a alguien que le importaba.

Perry movió la cadena alrededor de su cuello. De pronto, la lealtad se sentí como algo frágil. Nunca había pensado que tendría que ganársela día a día. A pesar de que no perdonaba a su hermano por lo que había hecho, Perry estaba empezando a entender la presión que había obligado a Vale a vender a Talon y Clara. Había sacrificado unos pocos por el bien del resto. Perry trataba de imaginarse comerciando a Willow a los Habitantes para solucionar sus problemas. La sola idea lo ponía enfermo.

—Ojos de serpiente otra vez. Maldito dado —dijo Straggler. Levantó la taza para revelar un dos sobre la mesa.

Hyde sonrió.

—Strag, no creo que sea posible tener tan mala suerte como tú.

—Tiene tan mala suerte que casi es *suertudo* —dijo Gren—. Es como si tuviera suerte a la inversa.

—También es guapo a la inversa —dijo Hyde.

—Voy a darte un puñetazo a la inversa —dijo Strag a su hermano.

—Eso fue inteligencia a la inversa, hombre. Significa que vas a darte un puñetazo a *ti mismo*.

Junto a Perry, Marron sonrió ligeramente mientras tomaba notas en el libro de Vale. Estaba diseñando hornos portátiles que proporcionarían luz y calor para la cueva. Era una de las cosas que había pensado que impresionó a Perry.

Reef se recostó en su silla con los brazos cruzados, los ojos pesados. Ignorando el juego, Perry le dijo lo que Bear había dicho.

Reef se rascó la cabeza, apartando sus trenzas.

—Es por Kirra —dijo—. Está cambiando las cosas por aquí.

No era sólo por Kirra, pensó Perry. Era por Liv. Casándose con Sable, le había dado una oportunidad a los Tides. Se preguntó si ella sabía lo mucho que lo necesitaban. Sintió una punzada en el pecho, extrañando a su hermana. Agradecido por ella. Lamentando el sacrificio que había tenido que hacer. Liv tenía una nueva vida ahora. Una nueva casa. ¿Cuándo la vería otra vez? Apartó los pensamientos de su mente.

—¿Entonces estás de acuerdo con Bear? —le preguntó a Reef—. ¿Crees que deberíamos quedarnos aquí?

—Estoy de acuerdo con Bear, pero te seguiré. —Reef apuntó con la barbilla hacia los demás en la mesa—. Todos lo haremos.

El estómago de Perry se vino abajo. Tenía su apoyo, pero se basaba en la lealtad. En una promesa que le habían hecho hace meses de rodillas. Lo seguían ciegamente, sin ver sabiduría en su pensamiento, y eso tampoco se sentía bien.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Marron en voz baja—. Por lo que vale la pena.

Perry asintió en agradecimiento. Eso valió mucho en ese momento.

—¿Qué hay de ti, Per? —preguntó Straggler—. ¿Todavía crees que debemos mudarnos?

—Sí —dijo Perry, apoyando sus brazos sobre la mesa—. Kirra trajo comida y luchadores, pero no ha detenido el Éter. Y tenemos que estar listos. Por lo que sé, ella podría empacar e irse mañana.

Instantáneamente, se arrepintió de sus palabras. El juego del dado se detuvo, y un incómodo silencio cayó sobre el grupo. Sonaba paranoico, como si pensara que todos salían corriendo.

Se sintió aliviado cuando Cinder habló desde el desván, rompiendo el silencio.

—Tampoco me gusta Kirra.

—¿Porque arregló el techo?

Cinder se asomó por la orilla, sosteniendo su sombrero para evitar que se cayera.

—No. Simplemente no me gusta.

Perry lo había imaginado. Cinder sabía que los Scires podían oler el Éter sobre él. Pero con su aroma siempre en el aire ahora, no tenía nada por lo que

preocuparse de Kirra.

Twig rodó los ojos y sacudió el dado en la taza.

—Al chico no le gusta nadie.

Gren le dio con el codo.

—Eso no es verdad. Le gusta Willow, ¿no es así, Cinder? Y tú quién eres para hablar, besador de sapos.

Cuando la casa estuvo llena de ruidos de seis hombres —y un chico— croando con lo parte superior de sus pulmones, Marron cerró el libro. Antes de irse, se inclinó hacia Perry y dijo:

—Los lideres tienen que ver claramente en la oscuridad Peregrine. Tú ya lo haces.

Una hora más tarde, Perry se levantó de la mesa y estiró la espalda. La casa estaba silenciosa, pero afuera, el viento había empeorado. Escuchó el leve silbido y vio las brasas en la resplandeciente chimenea, luchando por mantenerse encendidas.

Levantando la vista hacia el desván, buscó en vano la ranura de luz que siempre había estado allí. Los pies de Cinder colgaban en la orilla, crispándose por el sueño. Perry subió sobre Hyden y Straggler, abrió la puerta de la habitación de Vale y entró.

Estaba más frío y oscuro ahí. Con el piso en la otra habitación lleno, no tenía sentido dejar éste sin usar, pero no podía hacerlo. Nunca había sido capaz de soportar estar dentro de aquellas paredes. Su madre había muerto ahí, y Mila también. La habitación sólo traía un buen recuerdo a su mente.

Se acostó sobre la cama, dejó escapar un lento suspiro y se quedó mirando las vigas de madera en el techo. Se había acostumbrado a pelear contra la atracción, pero ahora no lo hizo. Ahora se dejó recordar la forma en que Aria se había sentido en sus brazos justo antes de la Ceremonia de Marcación, sonriendo cuando le preguntaba si nunca extrañaba nada.

Su respuesta no había cambiado nada. La verdad era que sin importar cuánto intentara no hacerlo, la extrañaba a ella. Siempre.

CAPÍTULO 28

Aria

Liv alisó sus manos sobre la seda marfil de su vestido de boda.

—¿Qué piensas? —preguntó ella. Su cabello colgaba en olas doradas sobre sus hombros y sus ojos estaban hinchados por el sueño—. ¿Está todo bien?

Estaban en la habitación de Liv, un largo compartimiento con un balcón como en el comedor de la cena de anoche, solo justo unas cuantas puertas más en el mismo corredor.

Un fuego crepitaba en una enorme chimenea a un costado, y gruesas alfombras cubrían los suelos de madera.

Aria se sentó en la suave cama, mirando a una corpulenta señora sujetar el dobladillo del vestido de Liv. Estaba cansada y deseaba que ella y Liv se durmieran ahí, en lugar de su cama. Una fría brisa matutina entró desde afuera, llevando el olor del humo, un recordatorio de la tormenta de anoche.

—Mucho mejor que bien —contestó Aria. Las simples líneas del vestido complementaban la larga figura musculosa y encantadora de Liv, resaltando su belleza natural. Se veía increíble. Y nerviosa. Desde que se había puesto el vestido media hora antes, Liv no había dejado de tamborilear sus dedos contra sus piernas.

—Quédate quieta o te pincharé. —La modista habló con los alfileres contra sus labios, su voz era ahogada e irritada.

—Eso no es una amenaza, Rena. Ya me has pinchado al menos diez veces.

—¡Porque te mueves como un pez! ¡Quédate *quieta*!

Liv rodó sus ojos.

—Te lanzaré al río una vez que termines.

Rena bufó.

—Quizás yo misma me lance entonces, querida.

Liv estaba bromeando, pero se vio más pálida por un segundo. Aria no podía culparla. Se casaba en dos días, sería unida para siempre con alguien a quien no amaba. A *Sable*.

Aria miró a la puerta, su estómago estaba anudado por la ansiedad. Roar no había aparecido desde que dejó la cena de anoche. El sonido de voces en el

corredor sonaban a través de la ancha madera. Estaba aprendiendo el camino por los pasillos serpenteantes.

La cámara de Sable estaba cerca. Ahora que él sabía que estaba detrás del Perpetuo Azul, sería más difícil que nunca huir y buscar información, pero lo intentaría más tarde.

—¿Qué dijiste anoche sobre el ave rebelde? —dijo repentinamente Liv—. Estoy de acuerdo contigo.

Aria se enderezó.

—¿Lo estás?

Liv asintió.

—No hay domesticación... ¿Crees que estoy demasiado tarde?

¿Demasiado tarde para decirle a Roar que lo amaba? Aria casi dejó salir una risa de pura felicidad.

—No. No creo que nunca puedas estar tarde.

Por los siguientes diez minutos, mientras la modista terminaba, ella se movió mucho, justo como Liv, luchando para alejar la sonrisa de sus labios. Cuando Rena se fue y finalmente estuvieron solas, brincó de la cama y se apuró para llegar junto a Liv.

—¿Estás segura?

—Sí. Él es la única cosa de la que siempre he estado segura. Ayúdame a salir de esta. Tengo que encontrarlo. —En segundos se cambió el vestido a pantalones cafés, botas de cuero y una blusa de manga larga. Torció su cabello atrás, y sacó la pistolera de cuero con su media espada sobre su hombro.

Revisaron la habitación de Roar y luego la de Aria, encontrando ambas vacías. Discretamente, Liv le preguntó a unos guardias por Roar. Nadie lo había visto.

—¿Dónde crees que esté? —le preguntó Aria mientras Liv la conducía por los corredores.

Liv sonrió.

—Tengo algunas ideas.

Los oídos de Aria escucharon algunas voces a su alrededor mientras salían y tomaban las ensombrecidas calles de la ciudad. Reuniría información mientras buscaban a Roar.

La gente se dio cuenta de Liv mientras caminaban, reconociéndola, asintiendo en forma de saludo. Su altura la hacía difícil de perder. En unos cuantos días, sería una mujer poderosa —una líder, junto a Sable— y la admiraban por eso. Aria se preguntó qué se sentiría. ¿Podría ella estar por siempre junto a Perry, ser fuerte a su lado, y aceptarse por quién era?

Todos parecían estar hablando de la tormenta de anoche. Los campos del sur de Rim todavía estaban quemándose, y todos se preguntaban qué acción tomaría Sable. Aria se preguntaba lo mismo. Si su tierra se estaba quemando —si él estaba sufriendo bajo el Éter como todos los demás—, ¿por qué no se había ido para buscar el Perpetuo Azul? ¿Qué estaba esperando?

—¿Qué tan grande es la tribu de Horns? —preguntó a Liv mientras pasaban por el abarrotado mercado.

—Miles en la ciudad y más en las afueras. También tiene colonias. Le gusta tener lo mejor y la más grande cantidad de todo. Por eso no le gustan los Habitantes. —Ella miró a Aria, sus hombros se levantaron en un encogimiento de disculpa—. No puede comprar tus medicinas o armas, y lo odia. Desprecia todo lo que no puede tener.

Eso hizo que la teoría de Wylan tuviera sentido, sobre el rencor de siglos de antigüedad.

La mente de Aria zumbaba mientras seguía a Liv.

¿Cómo podría Sable mover a su tribu de miles al Perpetuo Azul? No solo la gente, sino también las provisiones que necesitaban, mientras se movían ágilmente para evitar las tormentas de Éter. No podía saber cómo se las arreglaría.

Quizás ese era el por qué todavía no lo había hecho.

Liv se paró enfrente de una puerta inclinada con pintura roja pelándose. El estruendo de la conversación llegó a los oídos de Aria.

—Si Roar está en algún lugar, está aquí.

Mientras entraban, Aria miró las largas mesas con mujeres y hombres. El olor dulzón del Luster colgaba en el aire.

—Un bar. —Ella sacudió su cabeza, pero tenía que admitir que era un buen lugar para empezar a buscar. La primera vez que vio a Roar, él tenía una botella de Luster en sus manos. Ella había visto la misma cosa muchas veces desde entonces.

Roar no estaba ahí, pero lo encontraron dos paradas después. Estaba sentado en una mesa en un rincón oscuro, solo. Cuando las miró, hizo una mueca de dolor y recostó su cabeza.

Todavía estaba inclinado mientras Aria caminaba, las manos de él eran puños sobre la mesa.

Se sentó enfrente de él.

—Me hiciste preocuparme —dijo ella, esforzándose por sonar animada—. Odio preocuparme.

Él la miró con ojos inyectados en sangre y dio una rápida sonrisa cansada.

—Lo siento. —Entonces, miró a Liv, quien estaba sentada junto a él—. ¿No se supone que debes estar casándote?

Liv apenas podía ocultar la sonrisa en sus labios. Se estiró y puso su mano sobre la de Roar. Él se sacudió, alejándose, pero ella lo agarró firmemente.

Los segundos pasaron. Roar fue de mirar su mano a mirarla a los ojos, su rostro transformándose de perdido a encontrado. De roto a completo.

Aria sintió que su garganta se endureció, y no pudo seguir mirando. Del otro lado del tenuemente iluminado bar, un hombre con piel amarillenta se encontró con sus ojos, le sostuvo la mirada por un momento muy largo.

—Liv —advirtió ella quedamente. Estaban siendo observadas.

Liv alejó su mano, pero Roar no se movió. Sus ojos brillaban con lágrimas. Él aguantaba la respiración. Se aferraba a su última gota de autocontrol.

—Casi me mataste —murmuró él de manera ronca—. Te odio, Liv. Te odio.

Era una mentira. Estaba tan lejos de la realidad como las palabras podían estar. Aquí, entra la gente de Sable, era todo lo que él podía decir.

—Lo sé —dijo Liv.

Una mujer mayor de cara amargada miraba directamente a los ojos a Aria. De repente, todos parecían estar escuchando y mirándolas.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró ella.

—Liv, *tú* necesitas irte —dijo Roar tranquilamente—. Ahora mismo. Es demasiado riesgoso que te quedes aquí. Él sabrá cómo te sientes.

Liv sacudió su cabeza.

—No importa. No cambiará nada. Él lo supo en el momento que apareciste.

Aria se inclinó hacia ellos.

—Vámonos —dijo ella, justo cuando los guardias de Sable pasaron apurados por la puerta.

Aria y Roar fueron despojados de sus navajas y lanzados a las calles de la ciudad. Viendo que eran tratados como captores, Liv gritó y entró en furia que hizo que sacara su media espada, pero los guardias no cedieron. Órdenes de Sable, le dijeron.

Aria intercambió una mirada de preocupación con Roar mientras se aproximaban a la fortaleza de Sable. Liv había dicho que Sable sabía la verdad de sus sentimientos por Roar. No parecía preocupada. Su matrimonio fue arreglado; nunca se trataba de amor. Pero un hoyo de preocupación se instaló en el estómago de Aria.

Pasaron por el gran salón —que ahora estaba vacío y silencioso—, y por los corredores serpenteantes hacia el comedor con piezas centrales y cortinas de color rojizo. Sable estaba sentado en la mesa, hablando con un hombre que Aria reconoció. Él estaba encorvado, con cucharas y baratijas colgando de su ropa. Tenía unos cuantos dientes y estaban torcidos.

Él se veía vagamente familiar, como una figura que había visto en un sueño, o en una pesadilla. Luego recordó. Había tenido un vistazo de él en la Ceremonia de Marcación. Era el chismoso que había estado ahí la noche que fue envenenada.

Un solo pensamiento se quedó en su mente.

Este hombre sabía que era una Habitante.

Cuando él los vio, Sable empujó su silla y se puso de pie. Miró brevemente a Liv y a Roar, su expresión era normal, casi desinteresada, antes de enfocarse completamente en ella.

—Siento echar a perder tu diversión esta tarde, Aria —dijo él mientras caminaba hacia ella—, pero Shade estaba compartiendo algunos hechos interesantes sobre ti. Parece que tengo razón. *Eres* única.

Su corazón golpeaba contra sus costillas mientras él se paraba frente a ella. No pudo dejar de ver sus penetrantes ojos azules. Cuando habló de nuevo, el tono cortante de su voz erizó su espalda.

—¿Viniste aquí a robar lo que sé, Habitante?

Ella solo miró un posible movimiento. Una oportunidad. Tenía que tomarla.

—No —dijo ella—. Estoy aquí para ofrecerte un trato.

CAPÍTULO 29

Peregrine

—Odio esto —dijo Kirra.

Perry observó a Kirra quitar la arena de sus dedos mientras tomaba un sorbo de su cantimplora.

—¿Odias la *arena*? Nunca he escuchado a nadie decir eso.

—Crees que es ridículo.

Él sacudió la cabeza.

—No. Más como imposible... como odiar a los árboles.

Kirra sonrió.

—Soy indiferente con los árboles.

En las dunas, sus caballos mordisqueaban el pasto marino.

Habían pasado casi todo el día con Marron, asignándole a la gente de Kirra diferentes tareas. Luego Perry le había mostrado a Kirra las fronteras del norte, también podía utilizar a su gente para vigilarlas. Ahora se habían detenido para un rápido descanso a lo largo de la costa antes de regresar al recinto.

Tenían que volver pronto, una tormenta se estaba formando desde el norte, pero quería sólo unos minutos más de no ser el Lord de la Sangre.

Había sido más fácil estar cerca de Kirra esta mañana. Y con tanto trabajo por hacer, ella tenía razón sobre que debían de llevar bien. Había decidido darle una oportunidad.

Ella se recargó sobre sus codos.

—De donde vengo, tenemos lagos. Son más tranquilos. Más limpios. Y es más fácil olfatear sin toda la sal en el aire.

Era lo opuesto para él. Él prefería la forma en que los aromas eran llevados por el húmedo aire del océano. Pero claro, eso era lo que siempre había conocido.

—¿Por qué te fuiste?

—Otra tribu nos obligó a salir cuando era joven. Crecí en las tierras fronterizas hasta que fuimos traídos por los Horns. Sable ha estado bien para mí. Soy su favorita para las misiones como ésta. No me quejo. Prefiero estar en

movimiento que estar atascada en Rim —Sonrió—. Basta de hablar de mí. —Su mirada cayó sobre la mano de él—. Me he estado preguntando cómo te hiciste esas cicatrices.

Perry flexionó los dedos.

—Me quemé el año pasado.

—Parece que fue malo.

—Sí. —No quería hablar de su mano. Cinder la había quemado. Aria lo había vendado. Ninguna de las dos cosas era algo que quisiera compartir con Kirra. El silencio se tendió entre ellos. Perry miró hacia el océano, hacia donde el Éter destellaba en el horizonte. Las tormentas eran constantes ahora, en el mar.

—No sabía nada de la chica, la Habitante, cuando vine por primera vez —dijo Kirra después de un rato.

Él resistió la tentación de cambiar de tema nuevamente.

—Entonces hay algo que no habías escuchado de mí.

Ella inclinó la cabeza a un lado, como reflejo de él.

—Suena como si la echaras de menos —dijo ella—. ¿Qué tal si somos la misma persona? Tal vez soy ella disfrazada.

Eso lo sorprendió. Se rió.

—No lo eres.

—¿No? Apuesto a que te conozco mejor que ella.

—No lo creo, Kirra.

Ella enarcó sus cejas.

—¿En serio? Veamos... Te preocupas por tu gente, y es una profunda preocupación, más que la responsabilidad de portar la cadena. Como si cuidar de otras personas fuera algo que necesitaras hacer. Si tuviera que adivinar, diría que protección y seguridad son cosas que nunca conociste.

Perry se obligó a no romper el contacto visual con ella. No podía culparla por saber lo que sabía. Ella era como él. Era la forma en que asimilaban a las personas. Hasta el centro de sus emociones. Hasta sus verdades más profundas.

—Tienes un fuerte vínculo con Marron y Reef —continuó ella—, pero tu relación con uno es más fuerte que con el otro.

Cierto de nuevo. Marron era un mentor, y un compañero. Pero algunas veces Reef parecía más como un padre, una conexión que nunca se había sentido

fácil.

—Luego está Cinder —dijo—. No te has rendido a él, hasta donde puedo decir, pero hay algo poderoso entre ustedes. —Hizo una pausa, esperando que él dijera algo, y continuó cuando no lo hizo—. Lo que es realmente interesante es tu temperamento cerca de las mujeres. Obviamente estás...

Perry soltó una risa ahogada.

—Muy bien, es suficiente. Puedes para ahora. ¿Qué hay de ti, Kirra?

—¿Qué hay de mí? —Sonaba tranquila, pero un vibrante aroma verde lo alcanzó, brillando con ansiedad.

—Durante dos días has estado tratando de atraerme, pero hoy no lo haces.

—Todavía estaría tratando de atraerte si pensara que tendría una oportunidad —dijo abiertamente, sin disculpa—. De todas formas, siento lo que estás pasando.

Él sabía que estaba cayendo en el anzuelo, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué estoy pasando?

Ella se encogió de hombros.

—Ser traicionado por tu mejor amigo.

Perry la miró fijamente. ¿Creía que Aria y Roar estaban *juntos*? Negó con la cabeza.

—No. Has oído mal. Ellos son sólo amigos, Kirra. Ambos tuvieron que ir al norte.

—Oh... supongo que simplemente lo asumí, puesto que ambos son Auds y se fueron sin decírtelo. Lo siento. Olvida que dije algo. —Levantó la mirada al cielo—. Eso luce mal. —Se puso de pie, sacudiendo la arena de sus manos—. Vamos. Tenemos que partir.

Mientras cabalgaban al recinto, Perry no pudo bloquear las imágenes.

Roar levantando a Aria en un abrazo ese primer día, en su casa.

Roar de pie en lo alto de la playa, bromeando después de que Perry besara a Aria. *Eso también me estaba matando, Per.*

Una broma. Tenía que haber sido una broma.

Aria y Roar cantando en la Cocina de Campaña la noche de la tormenta de Éter. Cantando *perfectamente*, igual que si lo hubieran hecho miles de veces antes.

Perry sacudió la cabeza. *Sabía* lo que Aria sentía por él, y lo que sentía por

Roar. Cuando estaban juntos, *olía* la diferencia.

Kirra le había hecho esto a propósito. Había plantado la idea para que dudara, pero Aria no lo había traicionado. No haría eso, y tampoco Roar. Esa no era la razón por la que se había ido.

No quería pensar en la verdadera razón de por qué. La había hecho retroceder, donde la había mantenido por semanas, pero no se quedaría. No pararía. No lo dejaría ir.

Aria se había ido porque había sido envenenada. Se había ido porque ahí, en su casa, justo bajo sus narices, casi había sido asesinada. Se había ido porque le había prometido protegerla, y no lo había hecho. Esa era la razón.

Porque le había fallado.

CAPÍTULO 30

Aria

—Se llama Smarteye —dijo Aria, sosteniendo el dispositivo en sus manos temblorosas. Se sentó a la mesa con Sable, una persistente lluvia repiqueteaba fuera en el balcón de piedra. Caía la noche, y escuchaba el río Snake, turgente con el agua de lluvia, corriendo a lo lejos.

—He oído hablar de ellos —dijo Sable.

Aria recordó la mirada en sus ojos de la última vez que se habían sentado en esa mesa. Le había apresado su muñeca entonces. La había lastimado sin dudarle.

Liv se sentó en silencio junto a él, con el rostro impasible. En el otro extremo de la habitación, Roar parecía tranquilo, apoyado contra la pared, pero su mirada pasó de Sable a los guardias de la puerta, calculadora e intensa.

Aria tragó, su garganta apretada y seca.

—Me pondré en contacto con el Cónsul Hess ahora.

Nunca se había sentido más cohibida que mientras aplicaba el dispositivo. Incluso los guardias de la puerta la miraron fijamente. Al menos Sable había enviado a los chismosos indeseados lejos.

Cuando se fraccionó, apareció en la oficina de Hess de nuevo. Él se puso de pie junto a la pared de las ventanas detrás de su escritorio. Al igual que antes, vio los niveles uniformes del Panop y sintió el mismo toque de nostalgia.

—¿Sí? —dijo él con impaciencia.

—Estoy aquí con Sable.

—*Sé* dónde estás —dijo Hess, su irritación plana.

—Quiero decir que él está *aquí* —dijo—. Sable está delante de mí en este momento.

Hess rodeó su mesa, de repente enfocado. Alerta. Ella continuó.

—Él sabe dónde está el Perpetuo Azul, pero necesita transporte. Dice que está abierto a un intercambio.

Aria se oyó hablar, el sonido de su propia voz extrañamente lejana. En la realidad, sintió el respaldo de madera de la silla presionando contra su espalda, la sensación sorda y distante. Estaba en el comedor de Sable y la oficina de Hess, pero

todo parecía irreal. No podía creer que esto estaba sucediendo.

—¿Sable se *ofreció* negociar?

Aria negó con la cabeza.

—No. Fue mi idea. Tomé una pista sobre lo que él necesitaba, y sé lo que tenemos. —Había visto el hangar forrado con Aerodeslizadores meses antes en Reverie, el día en que había sido dejada en el exterior—. He seguido una corazonada —dijo—. Tuve que hacerlo... y no me equivoqué.

Hess la miró por un largo momento, entrecerrando los ojos.

—¿Transporte a dónde y para cuántos?

—No lo sé —dijo ella—. Sable quiere hablar contigo directamente.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ahora.

Hess asintió.

—Dale el Ojo. Yo haré el resto.

Aria se fraccionó fuera, pero no apagó el Smarteye todavía. En la realidad, Sable clavaba su mirada en ella. Manteniendo su respiración constante, escogió la máscara del Fantasma.

Soren habló tan pronto como se reunió con él en la sala de ópera.

—Estoy en ello.

—¿Grabarás su reunión? Quiero saber *todo* lo que dicen, Soren. Quiero verlo yo misma.

—Ya dije que lo haría. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. No está mal, Aria. No está mal.

Aria se fraccionó fuera y se quitó el Smarteye, sosteniéndolo en la palma de su mano. Sus dedos todavía temblaban, y no pudo conseguir que se detuvieran.

—Está organizado —dijo a Sable—. Hess está esperándote.

Sable le tendió la mano, pero ella dudó, sintiéndose de repente posesiva sobre el dispositivo. Había ayudado a Perry a entrar en los Reinos de buena gana el otoño pasado, pero esto se sentía diferente. Como si estuviera invitando a un extraño en algo privado. No tenía otra opción. Sable le daría a Hess la ubicación del Perpetuo Azul a cambio de transporte. Su parte del trato se cumpliría. Ella sería capaz de traer a Talon de vuelta y estaría libre de Hess.

Se lo entregó a Sable.

—Colócalo sobre tu ojo izquierdo, como lo hice yo. Va a tirar fuerte de tu piel. Mantén la calma, respira lentamente, y te vas a ajustar. Hess te llevará a un Reino una vez que el dispositivo esté activado.

La luz de las velas se reflejó en el dispositivo cuando Sable lo examinó. Satisfecho, lo aplicó sobre su ojo.

Aria vio sus hombros ponerse rígidos cuando la biotecnología se puso en marcha, y luego se relajó mientras se ajustaba a la presión suave. Momentos más tarde, gruñó suavemente, su enfoque volviéndose distante, y sabía que se había fraccionado a los Reinos. Él estaba con Hess. No había nada que hacer sino esperar.

Aria se relajó en su silla y se imaginó las negociaciones ocurriendo en ese momento entre Sable y Hess. ¿Quién tendría la sartén por el mango? Vería todo más tarde, gracias a Soren. Nunca habría esperado tenerlo como un aliado en el interior.

Los minutos pasaron en silencio antes de que Sable se enderezara. Miró alrededor de la habitación, y luego se retiró el Smarteye.

—Increíble —dijo él, mirando al dispositivo en su mano.

—¿Qué dijo Hess? —preguntó.

Sable tomó algunas respiraciones lentas.

—Le dije lo que necesito. Él está arreglando eso.

—¿Así que esperamos? —preguntó Aria—. ¿Hasta cuándo?

—Unas horas.

Jadeó. Eso era pronto. No podía creer que el plan estaba funcionando. Se sentía como si acabara de haber dado su primer paso hacia los Tides. Hacia Perry.

Sable se levantó de la mesa.

—Vamos, Olivia —dijo, caminando hacia la puerta.

Aria se puso de pie.

—*Espera* —dijo—. El Smarteye. Lo traeré de vuelta cuando sea el momento.

Él se volvió hacia ella.

—No hay necesidad. Voy a quedármelo.

Liv se acercó a su lado.

—Sable, es de ella.

—Ya no más —dijo, y luego se dirigió a los guardias de la puerta—.

Manténgalos aquí toda la noche. Todavía podría necesitar de la Habitante. Luego vean que salgan de la ciudad al amanecer. —Los ojos azul acero de Sable se dirigieron a Liv—. Estoy seguro de que entiendes por qué tus amigos no pueden quedarse.

Liv miró a Roar, quien estaba a unos metros de distancia, congelado.

—Entiendo —dijo ella. Luego siguió a Sable fuera de la habitación sin mirar atrás.

Horas más tarde, Aria se sentó a la mesa con Roar, mirando las cortinas de color óxido agitarse con el viento. El comedor estaba envuelto en la oscuridad, la única luz entraba por las puertas del balcón abiertas. De vez en cuando, oía las voces apagadas de los guardias apostados en el pasillo.

Se frotó los brazos, sintiéndose entumecida. Sable seguramente se había reunido con Hess de nuevo para ahora. Él la había usado y descartado. Negó con la cabeza. Él era justo como Hess.

Afuera, la lluvia había cesado, dejando las piedras sobre el balcón resbaladizas, reflejando el resplandor del cielo. Desde donde estaba sentada, podía ver las corrientes de Éter. Ríos brillantes, fluyendo contra la oscuridad.

Verían otra tormenta pronto. Ya no la escandalizaban. Con el tiempo, las tormentas vendrían todos los días, y sería igual que la Unidad. Décadas de embudos constantes estrellándose a través de la tierra, cubriéndola con destrucción. Pero no se extendería sobre todo.

En su mente, imaginó un oasis. Un lugar dorado que brillaba en la luz del sol. Imaginó un largo muelle, con gaviotas girando en el cielo azul encima. Imaginó a Perry y a Talon juntos, pescando al final, contentos y relajados. Cinder también estaría ahí, observándolos, sosteniendo su sombrero para que no se volara. Imaginó a Liv y a Roar cerca, susurrándose uno al otro, planeando algún tipo de travesura que llevaría, inevitablemente, a que alguien fuera lanzado al agua. Y ella estaría allí. Cantaría algo suave y bonito. Una canción que contendría el oscilar de las olas y la tibia sensación del sol. Una canción que capturaría cómo se sentía por todos ellos.

Eso era lo que quería. Era su Perpetuo Azul, y cada vez que respiraba, cada segundo que pasaba, no podía decidir si luchar por ello o no.

Se dio cuenta de que no tenía opción alguna. Siempre pelearía.

Aria se puso de pie e hizo un gesto a Roar para que la siguiera al balcón. Cuando salió, el susurro espectral del viento levantó el vello de sus brazos. Más abajo, vio el río Snake, su agua negra agitándose en la luz del Éter. El humo se

elevaba de las chimeneas de las casas en las orillas, y pudo ver el puente que ella y Roar habían cruzado ayer. En la oscuridad era un arco punteado con puntos de fuego.

Roar se paró junto a ella, su mandíbula tensa, los ojos marrones apretados de ira.

Ella tomó su mano.

Vamos a recuperar el Ojo. Podemos tomar el alfeizar al próximo balcón y deslizarnos dentro. Puedo hacer que lleguemos al cuarto de Sable. Necesito el Perpetuo Azul para Talon. Para Perry. Si está en el Ojo, entonces tendremos lo que vinimos a buscar. Buscaremos a Liv y saldremos de aquí.

Era un plan desesperado. Con fallas y peligroso. Pero su ventana de acción se cerraba con cada minuto. En horas, serían expulsados de Rim. Ahora era el momento de los riesgos.

—Sí —susurró Roar con urgencia—. Vamos.

Aria espió sobre el bajo muro que rodeaba el balcón. Un pequeño alfeizar iba hacia el próximo balcón, a seis metros de distancia. Era sólo un pequeño labio de piedra, de apenas diez centímetros de ancho. Miró hacia abajo. No le temía a las alturas, pero su estómago se apretó como si hubiera recibido un puñetazo. La caída al Snake era de dieciocho metros, supuso. Una caída desde esa altura podría ser letal.

Pasó las piernas sobre el muro y se paró sobre el alfeizar. Una ráfaga de viento agitó su camisa. Jadeó, curvando la espalda ante el frío que corrió por su columna. Metiendo los dedos en las ranuras, inhaló y se alejó los primeros pasos del balcón. Luego otro paso. Y luego otro.

Pasó las manos sobre los bloques de piedra, aferrándose a grietas y bordes mientras mantenía la mirada en sus pies. Oyó el suave rozar de los pies de Roar detrás de ella, y el sonido de la risa de una mujer llegar a ellos desde algún lugar por encima.

Su mirada fue hacia allí. Llegó a mitad de camino.

Su bota se resbaló. Su espinilla golpeó el alfeizar. Se aferró desesperadamente de las piedras, las uñas se levantaron, rompiéndose. Los dedos de Roar se aferraron a su brazo, afirmándola. Ella presionó la mejilla contra el muro de piedra, cada músculo en su cuerpo apretándose. Tanto como se presionó contra el muro, no fue suficiente. Respiró, forzándose a alejar su mente de la sensación de caída.

—Estoy justo aquí —susurró Roar. Su mano se abrió en la espalda de ella,

firme y tibia—. No permitiré que caigas.

Ella sólo pudo asentir. Sólo pudo continuar. Un paso a la vez, se acercó al otro balcón. Cuando se acercó, vio un par de puertas dobles. Estaban abiertas, pero sólo había oscuridad más allá. Esperó, conteniendo la ansiedad de salir del alfeizar resbaladizo, permitiendo que sus oídos le dijeran qué los esperaba adentro.

No oyó nada. Ningún sonido.

Aria saltó sobre el bajo muro y se dejó caer en cuclillas. Bajó la mano, necesitando sólo una rápida conexión con el suelo sólido. Roar aterrizó sin hacer sonido junto a ella.

Juntos, cruzaron rápidamente el balcón. Una rápida mirada evaluatoria a través de las puertas mostró una habitación vacía y oscura. Entraron, silenciosos, sin armas.

Sólo la luz del Éter fluyendo a través de las puertas iluminaba la cámara, pero era suficiente para ver que el espacio estaba vacío, sin poseer más muebles que unas pocas sillas empujadas hacia una esquina. Roar se movió rápidamente hacia ellas. Ella oyó dos chasquidos ahogados. Él regresó y le entregó algo. Un cuerno roto. Aria probó cómo se sentía en su mano. Era aproximadamente del mismo largo que sus cuchillos. No tan agudo, pero serviría como arma.

Moviéndose hacia la puerta, escucharon por sonidos en el corredor. Silencio. Se deslizaron dentro y corrieron hacia la habitación de Sable. Las lámparas pestañeaban en el camino, creando charcos de sombras y luces. Hizo más firme su asidero en el cuerno. Había pasado el invierno practicando sus habilidades de pelea con Roar. Aprendiendo velocidad. Impulso. Sigilo. Se sentía lista, el subidón en su sangre en el borde entre ansiedad y miedo.

El cuarto de Liv estaba cerca, y el de Sable no estaría mucho más lejos.

Aria oyó pasos. Se congeló. Frente a ella, Roar se tensó. Dos pasos hicieron eco en los oídos de ella. Ambos pesados, el golpe de sus talones era firme contra las piedras. El sonido rebotaba; frente a ella un instante, detrás al siguiente. Vio la misma incertidumbre en los ojos de Roar. ¿Por qué camino? No había tiempo.

Se lanzaron hacia adelante juntos, los pies deslizándose, devorando el corredor de piedra. O bien evitarían a los guardias o se chocarían de frente con ellos.

Llegaron al final justo cuando el par de guardias doblaba la esquina, y luego se movieron como si lo hubieran ensayado. Roar se lanzó hacia el hombre más grande, más cercano a él. Aria saltó sobre el otro.

Golpeó la sien de guardia con el cuerno. El golpe fue sólido, el impacto

desentonado, disparándose por su brazo. El hombre se agitó hacia atrás, aturdido. Tomó el cuchillo del cinturón de él y lo sacó, lista para el segundo golpe. Lista para cortar. Pero los ojos de él se fueron hacia atrás, y se desvaneció. Ella golpeó su mandíbula con la empuñadura de su cuchillo, derribándolo, y todavía tuvo tiempo de aferrar la manga de su uniforme, amortiguando el sonido de la caída.

Por un instante miró al guardia, su complexión rubicunda y la boca abierta, derrotado en el suelo, y sintió una confianza que ningún tatuaje podría darle jamás. Se volvió para ver a Roar sobre el cuerpo del otro guardia. Él deslizó un cuchillo en su cinturón, sus ojos oscuros yendo a los de ella, calmados y concentrados. Él inclinó su mentón, haciendo un gesto hacia el corredor, y luego lanzó al hombre que había derribado sobre su hombro.

Aria no podía cargar al otro guardia sola, y no había tiempo para pensárselo dos veces. Corrió hacia la habitación de Liv. Deteniéndose en la puerta de Liv, tomó el pomo de acero, y entró.

La luz del corredor se derramó dentro de la oscura habitación. Liv yacía en la cama, despierta, sobre los cobertores. Cuando vio a Aria, se puso de pie de un salto, aterrizando en el suelo con un golpe sordo. Vestía sus ropas de día, hasta las botas.

La mirada de Liv fue de Aria a la puerta. Luego corrió hacia el corredor sin decir una palabra. Aria salió disparada detrás de ella. Pasaron a Roar, cargando el guardia sobre el hombro. En silencio, Liv sostuvo al hombre que Aria había derribado por debajo de los brazos. Aria lo tomó de los pies. Juntas, lo llevaron a la habitación de Liv y lo pusieron contra la pared, donde Roar había puesto al otro hombre. Aria volvió corriendo hacia la puerta abierta. Cuidadosamente, la cerró, oyendo como la cerradura hacía click al quedar en su lugar.

Luego se volvió y vio a Roar y a Liv abrazados.

CAPÍTULO 31

Peregrine

Perry se sentó en la Cocina de Campaña después de comer en un aturdimiento, su mente seguía pensando en Aria. Ella no lo había traicionado. No estaba con Roar. No la había perdido. Los pensamientos corrían por su mente en un ciclo sin fin.

El Éter estuvo todo el día, dejando a todos ansioso, esperando que la tormenta cayera. Reef y Marron estaban sentados a su lado, ambos en silencio. Cerca, Kirra conversaba con su hombre, hablando en voz baja.

Sólo Willow actuaba normal. Estaba enfrente de Perry, en la mesa, hablando con Cinder sobre el día que encontró a Flea.

—Fue hace cuatro años —dijo—, y estaba más mirriado que ahora.

—Eso es esmirriado —dijo Cinder, tratando de no sonreír.

—Lo sé. Yo, Perry y Talon veníamos del puerto cuando Talon lo vio. Flea estaba acostado en un costado, justo fuera del camino. ¿Verdad, Perry?

Escuchó su nombre y surgió con una respuesta.

—Eso es cierto.

—Así que nos acercamos y vimos un clavo en su pata. ¿Sabes lo tierna que es la piel entre sus dedos? —Willow abrió sus dedos, apuntando—. Ahí es donde estaba el clavo. Estaba asustado, quizás nos mordería, pero Perry fue directo hacia él y le dijo: “Tranquilo, Fleabag. Sólo voy a echar un vistazo a tu pata.”

Perry sonrió ante la imitación de Willow de él. Nunca pensó que su voz fuera así de profunda. Mientras continuaba, miró su mano, extendiéndola. Recordando la sensación de los dedos de Aria entre los de él.

¿Lo odiaría? ¿Lo habría olvidado?

—¿Qué está pasando? —preguntó Reef.

Perry sacudió su cabeza.

—Nada.

Reef lo miró por un momento.

—Bien —dijo, irritado, pero mientras se levantaba para irse, puso su mano

en el hombro de Perry en un agarre rápido y reconfortante.

Perry luchó con la urgencia de empujarlo. Nada *estaba* mal. Él estaba bien.

En el otro lado, Marron fingió no darse cuenta. Tenía el viejo libro de Vale abierto en la mesa para ver el diagrama que había hecho de la cueva. Cuando giró la página, Perry vio una cuenta de comida de hace un año, escrito en la letra de su hermano. Ellos pensaron que tenían tan poca en esos días. Ahora tenían menos. Los suministros de comida que Kirra trajo no durarían para siempre, y Perry no sabía cómo se reaprovisionarían.

Marron lo vió observándolo, y una suave sonrisa apareció en su rostro.

—Es tiempo para que seas Lord de la Sangre, ¿no?

Perry tragó. No era lamentable. No lo era. Asintió.

—Será peor sin ti aquí.

La sonrisa de Marron creció más cálida.

—Has reunido un buen equipo, Perry. —Regresó al libro, creando tres líneas, estudiándolas y luego suspirando. Cerró el libro—. Estoy fuera de uso. Quizás debería descansar. —Hundió debajo de su brazo el libro y se fue.

Su partida inspiró a los otros. Uno por uno, las personas salieron, hasta que sólo quedaron Reef y Kirra, que se iban juntos. Perry los observó irse, su corazón estaba pesado por alguna razón que no podía entender. Luego estuvo completamente solo. Acercó la vela y jugó con la flama, sus ojos estaban desenfocados y probó su umbral de dolor, hasta que no pudo y salió.

Cuando finalmente salió, el aire olía a cenizas y cargaba el olor del Éter. Olía a ruinas. El cielo se ponía oscuro y brillante. Marmoleado y cambiante. En algunas horas, la tormenta rompería, y la tribu se inundaría y vendrían a la Cocina de Campaña por resguardo.

Flea trotó por el claro, sus orejas brincaban arriba y abajo. Perry se arrodilló y rascó su cuello.

—Hola, Fleabag. ¿Has vigilado por mí?

Flea jadeó. En un flash Perry lo recordó de la misma manera semanas atrás, inclinado sobre la pierna de Aria. De repente, fue abrumado por la urgencia de sentirse agudo y claro de nuevo. Para dejarla salir de su cabeza.

Se fue hacia el camino de la playa, corriendo a toda velocidad cuando Flea lo rebasó, convirtiéndose en una carrera. Perry se presionó y brincó en la última duna, pensando en sólo bucear en el mar.

Aterrizó en la suave arena y se congeló.

Flea trotó a la chica que estaba en la orilla del mar. Ella miraba el agua. Perry vio que era más alta que Willow, con el cuerpo de una mujer y el cabello que podría decir que era rojo, incluso en la noche azul.

Kirra vio a Flea. Entonces, se giró y lo miró. Ella levantó su mano y le dio un pequeño saludo.

Perry dudó, sabiendo que debería despedirse con la mano y regresar al recinto, pero lo siguiente que supo era que estaba en frente de ella, sin recordar cruzar la arena o decidir quedarse.

— Esperaba que vinieras — dijo sonriendo.

— Pensé que no te gustaba la playa. — Su voz sonaba profunda y ronca.

— No es tan mala cuando estás aquí. ¿No puedes dormir?

— Yo... No. — Perry cruzó sus brazos, poniendo sus manos en puños—. Iba a nadar.

— ¿Pero ahora no?

Sacudió su cabeza. Las olas eran enormes. Palpitaban con fuerza contra la arena. Necesitaba estar ahí. En el agua. O en casa, en su cama. En cualquier parte menos aquí.

— Sobre lo que dije antes — dijo ella—. Debería mantener mi mente en mis asuntos.

— No importa.

Kirra levantó una ceja.

— ¿En serio?

Perry quería decir que sí. No quería ser un tonto que le dio su corazón a una chica que lo dejó. No quería nunca más sentirse débil.

No respondió, pero Kirra se acercó más, de todas maneras. Más cerca de lo que debería. No podía ignorar por más tiempo la forma de su cuerpo, o la sonrisa en sus labios.

Se tensó cuando tocó su brazo, aunque lo esperaba. Ella deslizó su mano por su muñeca. Jalando gentilmente, le descruzó los brazos. Luego, los envolvió alrededor de su espalda y se acercó, cerrando el espacio entre ellos.

CAPÍTULO 32

Aria

—Olivia, ¿qué estás haciendo? —dijo Roar en una acometida, mirando a los ojos de Liv—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Lo siento, Roar. Pensé que podía ayudar a los Tides. Pensé que podía con ello. Pensé que podía superar lo tuyo.

Mientras hablaba, Roar la besó en sus mejillas, su quijada, su frente. Aria giró y se alejó por el balcón, pasando el vestido de boda de Liv colgado en las puertas abiertas. Siguió su camino hasta que sus piernas chocaron contra el muro y sus dedos agarraron las piedras frías y estaba mirando hacia abajo. Abajo hacia el agua oscura en la distancia.

No quería escuchar, no quería escucharlos, pero sus oídos eran agudos, más agudos cuando su adrenalina estaba corriendo.

La voz de Liv.

—Estaba equivocada. Estaba tan equivocada.

Y luego Roar.

—Está bien, Livy. Te amo. No importa qué. Siempre.

Luego todo quedó en silencio, y Aria sólo escuchó el viento soplando sobre el balcón, y sus respiraciones, la de Liv y Roar, desiguales y entrecortadas. Aria cerró los ojos y su corazón se torció y retorció. Casi podía sentir los brazos de Perry a su alrededor. ¿Dónde estaba ahora? ¿Estaba pensando en ella, también?

Segundos después, Roar y Liv aparecieron en el balcón, juntos, con los ojos brillantes. La media espada de Liv se asomaba por encima de un hombro. En el otro, llevaba su bolso y el de Aria.

—Iba a ir por ti esta noche —dijo Liv, y le entregó el paquete de cuero. Metió la mano en su bolso y sacó el Smarteye—. Sable lo escondió en su habitación. Me metí mientras dormía. Sentí la esencia del pino antes. Fui directo hacia él. —Se la entregó a Aria—. Adelante. Úsalo rápido.

Aria negó con la cabeza.

—¿Ahora? —¿Cuánto pasará antes de que alguien note a los guardias desaparecidos?—. Tenemos que salir de aquí.

—Tienes que hacerlo ahora —dijo Liv—. Vendrá detrás de nosotros si lo tomas.

—Él vendrá por ti como sea, Olivia —dijo Roar—. Necesitamos irnos.

—No lo hará —dijo Liv—. Consigue el Perpetuo Azul. Si no tenemos eso, no tenemos a Talon.

No había tiempo para discutir. Aria se puso el dispositivo, y su Smartscreen apareció. Eligió el icono del Fantasma. Soren hubiese sabido si Sable y Hess habían discutido sobre el Perpetuo Azul. Aguardó, esperando fraccionarse en la sala de ópera. No lo hizo. En su lugar, aparecieron dos nuevos iconos genéricos, sólo contadores de tiempo. Soren le había dejado las grabaciones.

Eligió el que tenía el menor tiempo de reproducción, cada vez más nerviosa con cada segundo que pasaba. Roar estaba en la habitación de Liv, escuchando junto a la puerta los sonidos en el pasillo.

Una imagen se explayó sobre su Smartscreen. Estaba viendo un Reino en cero. Un espacio en blanco sin nada más que oscuridad, fragmentado por un foco único en lo alto. Sable se hizo a un lado, Hess al otro, los planos de su rostro cortados bruscamente por la luz y la sombra.

Hess estaba usando su uniforme oficial de Consul. El de la marina, adornado con barras reflectantes a lo largo de la manga y cuello. Se puso de pie, las manos rígidas rectas, abajo a los costados. Sable llevaba una camisa y pantalones negros ajustados, y la cadena del Lord de la Sangre brillaba en su cuello. Tenía una postura relajada, con los ojos arrugados con diversión. Un hombre parecía peligroso; y el otro parecía mortal.

Sable habló primero.

—Encantador, tu mundo. ¿Es así de atractivo siempre?

La boca de Hess se torció en una sonrisa.

—No quería asombrarte tan pronto.

Aria se dio cuenta que había elegido la grabación de su segundo encuentro. No había tiempo para cambiarla. Dejó que siguiera.

—¿Preferirías esto? —preguntó Hess.

En una sacudida tranquila, el Reino cambió. Ahora se encontraban en una casucha con techo de paja con los lados abiertos, puesta en alto como si estuviera sobre pilotes. Una sábana de oro rodaba hacia el horizonte, la hierba ondulante en ondas bajo una brisa cálida.

Hess no tenía ni idea. Lo había hecho como un insulto. Un pinchazo en el hombre primitivo que creía que era Sable. Pero por un momento largo todo lo que Aria podía hacer, todo lo que Sable podía hacer, era mirar con asombro el paisaje bañado por el sol. A un tranquilo cielo abierto. En la tierra que se calentaba suavemente, no con la crueldad del Éter.

Sable volvió su atención de nuevo hacia Hess.

—Lo prefiero, gracias. ¿Qué has sabido?

Hess suspiró.

—Mis ingenieros me aseguraron que la embarcación se desplazará a través de cualquier tipo de terreno. Tienen escudos, pero su efectividad es limitada. Cualquier intensa concentración de Éter les vencerá.

Sable asintió.

—Tengo una solución para eso. ¿Cuál es el total, Hess?

—Ochocientas personas. Y eso sería abusando de su capacidad.

—Eso no es suficiente —dijo Sable.

—Nunca intentamos dejar Reverie —dijo Hess, sus palabras llenas de frustración—. No estamos preparados para un éxodo de tal magnitud. ¿Tú lo estás?

Sable sonrió.

—No tendríamos esta conversación si fuera así.

Hess ignoró el golpe.

—Nos dividimos el número uniformemente o no hay trato.

—Sí. Bien —dijo Sable con impaciencia—. Hemos pasado a través de los términos.

En la realidad, Roar regresó al balcón.

—Tenemos que irnos —susurró, agarrando su brazo. Aria negó con la cabeza. No podía dejar de escuchar ahora.

—¿Cuán pronto podemos estar listos? —le preguntó Sable a Hess.

—Una semana más para alimentar, cargar la nave, y organizar los... los sobrevivientes. Los Elegidos.

Sable asintió con la cabeza mientras miraba pensativamente por la llanura cubierta de hierba.

—Ochocientas personas —dijo para sus adentros. Luego se enfrentó a Hess—. ¿Qué vas a hacer con el resto de los ciudadanos?

El color abandonó la cara de Hess.

—¿Qué *puedo* hacer con ellos? Se les dirá que esperen por el segundo despliegue.

Los labios de Sable se levantaron en una sonrisa.

—Sabes que no habrá un segundo despliegue. Es una sola travesía.

—Sí, lo sé —dijo Hess de modo tirante—. Pero ellos no lo saben.

Las rodillas de Aria se suavizaron, su hombro chocando contra Liv. Hess y Sable iban a elegir quién iba. Quién *vivía* y quién *moría*. No podía recuperar el aliento, y sintió náuseas. Asqueada porque discutían con frialdad dejar a la gente atrás.

El agarre de Roar en su brazo se hizo más fuerte.

—¡Aria, tienes que parar!

Los sonidos salieron del pasillo. Se tensó, corriendo a través de los comandos para apagar el Ojo.

—¡Aquí! —gritó alguien.

Roar sacó su cuchillo. Aria escuchó el golpe de un hombro empujando la puerta, y luego la madera rompiéndose contra la piedra. En la oscuridad del cuarto de Liv, vio una ráfaga de movimiento. Una marea negra dirigiéndose hacia ellos.

Retrocedió, buscando a tientas su bolso. Sus piernas se estrellaron contra la pared del balcón mientras empujaba el Ojo en el interior del paquete de cuero. Pasos venían más cerca, y entonces, aparecieron los guardias, gritando que se detuvieran, el acero destellando en la penumbra.

Liv sacó su media espada de su vaina, sorteando alrededor de Roar.

—¡Liv! —gritó él.

El guardia al frente levantó una ballesta, deteniéndola. Ella se quedó unos pasos delante de Aria y Roar, a punto de atacar. Los guardias de Sable se presentaron, formando un muro de color rojo y negro en el ancho del umbral. Estaban atrapados en el balcón.

Todo estaba tranquilo, silencioso, excepto por el par de pisadas sin prisa. Los hombres de Sable se apartaron mientras él entraba. Aria no vio muestra de sorpresa en su rostro.

—La chica tiene el dispositivo ocular —dijo uno de los guardias—. La vi poniéndolo en el bolso.

La mirada de Sable se movió hacia ella, fría y concentrada. Aria tomó el bolso con más fuerza.

—Yo lo tomé —dijo Liv, todavía en su posición de lucha.

—Lo sé. —Sable tomó un paso hacia adelante, con su pecho trabajando mientras olía el aire—. Sabía que habías cambiado de parecer, Olivia. Pero esperé que no actuaras por él.

—Déjalos ir —dijo Liv—. Déjalos irse y me quedaré.

Roar se tensó al lado de Aria.

—¡No, Liv!

Sable lo ignoró.

—¿Qué te hace pensar que quiero que te quedes? Me robaste. Y elegiste a otro. —Miró a Roar—. Pero puede haber una solución. Tal vez ustedes tienen muchas más opciones.

Sable arrebató la ballesta del hombre a su lado y la apuntó a Roar.

—¿Crees que eso cambiará algo? —dijo Roar, con su voz fuerte—. No importa *lo que* hagas. Nunca será tuya.

—¿Eso crees? —preguntó Sable. Su agarre firme en el arma, listo para disparar.

—¡No! —Aria sacó el bolso por encima de la pared—. Si quieres tu Smarteye de vuelta, jura que no lo lastimarás. Júralo en frente de tus hombres que no lo harás, o lo tiraré.

—Si haces eso, Habitante, los mataré a *ambos*.

Liv se lanzó hacia delante, con la espada oscilante. Sable ajustó su puntería y disparó. El perno dejó la ballesta. Liv voló hacia atrás y cayó.

Su cuerpo golpeó la piedra con un ruido sordo, como un pesado saco de grano tirado al suelo. Luego se quedó inmóvil.

Lo real se había roto. Tenía un problema técnico, como los Reinos. Liv no se movía. Se quedó sólo a un paso de distancia de los pies de Aria. De los de Roar. Tenía el pelo largo y rubio derramándose sobre su pecho.

A través de los hilos de oro, Aria vio el perno que la había golpeado, la sangre se filtraba hacia arriba, esparciéndose intensamente de color rojo sobre su

camisa marfil.

Oyó exhalar a Roar. Un sonido singular. Un suspiro como un último aliento.

Entonces, vio qué pasaría a continuación.

Roar atacaría a Sable, no importaba si eso traería de vuelta a Liv. No importaba que la mitad de los hombres armados estuvieran al lado de su Lord de la Sangre. Roar trataría de matar a Sable. Pero él sería el único muerto, si ella no hacía algo *ahora*.

Se lanzó. Envolvió a Roar en sus brazos, se echó hacia atrás, tirando de ellos a través de la pared del balcón. Entonces, estaban ingrávidos y cayendo, cayendo, cayendo en la oscuridad.

CAPÍTULO 33

Peregrine

—Olvídate de ella —susurró Kirra, mirándolo—. Se ha ido.

Su esencia fluyó hasta la nariz de Perry. Olor a otoño quebradizo. Hojas que se desmoronan en trozos irregulares. La esencia incorrecta, pero sintió que sus puños se desdoblaban. Sus dedos se extendían sobre la parte baja de la espalda de Kirra. Sobre carne que no se sentía como él quería. ¿Ella sentía a sus dedos temblar?

—Perry... —susurró Kirra, su esencia calentándose. Lamió sus labios y levantó la vista hacia él, sus ojos brillando—. Yo tampoco esperaba esto.

Un hambre feroz lo atravesó.

Un dolor de corazón que golpeaba su pecho como las olas rompiendo.

—Sí, lo hacías.

Ella sacudió la cabeza.

—No es por lo que vine aquí. Podíamos estar bien juntos —dijo ella.

Luego sus manos estaban en él. Manos rápidas y frías recorriendo su pecho. Echando una ojeada a su estómago. Ella se acercó, presionando su cuerpo contra el de él y se inclinó para besarlo.

—Kirra.

—No hables, Perry.

Él tomó sus muñecas y apartó sus manos.

—No.

Ella se sentó sobre sus talones y se quedó mirando su pecho. Se quedaron así, sin moverse.

Sin hablar. Su temperamento se encendió como fuego carmesí y abrasador. Luego él olió su resolución, su control, mientras se enfrió y se enfrió, congelándose.

Perry oyó un ladrido a lo largo del camino de la playa.

Se había olvidado de Flea. Se había olvidado de la turbulenta tormenta encima de ellos. Había olvidado, por un segundo, cómo se sentía ser dejado detrás.

Extrañamente, se sentía tranquilo ahora. No importaba si Aria estaba a

cientos de kilómetros de distancia, si le había hecho daño, dicho adiós, o cualquier otra cosa. Nada cambiaría la forma en que se sentía. Ni ignorar sus pensamientos sobre ella ni estar con Kirra. El momento en que Aria había tomado su mano en el techo en Marron, había cambiado todo. No importaba lo que sucediera, ella siempre sería la correcta.

—Lo siento, Kirra —dijo—. No debería haber venido.

Kirra se encogió de hombros.

—Sobreviviré.

Se giró para irse, pero se detuvo. Ella miró hacia atrás, sonriendo.

—Pero debes saber que siempre consigo lo que persigo.

CAPÍTULO 34

Aria

Aria había volado antes, en los Reinos. Era una cosa gloriosa, empapándose sin peso y sin cuidado. Volar se sentía como convertirse en el viento. No había nada como eso. Era una cosa fea, angustiante, que da pánico. Mientras el Río Snake se volvía borroso más cerca, su único pensamiento —*todo* su pensamiento— era *aferrarse a Roar*.

El agua golpeó en ella, duro como piedra, y entonces todo sucedió a la vez.

Cada hueso en su cuerpo fue sacudido. Roar se arrancó de su agarre, y la oscuridad la engulló, conduciendo cada pensamiento de su mente. No sabía si aún estaba ahí —aún viva— hasta que vio la ondeante luz del Éter llamándola a la superficie.

Sus miembros se desbloquearon, y pataleó, empujando a través del agua. El frío perforó en sus músculos y sus ojos. Era demasiado pesada, demasiado lenta. Sus ropas se llenaron, arrastrándola abajo, y sintió el tirante de su bolso enrollado alrededor de su cintura. Aria lo agarró y nadó, cada golpe denso, como cortando a través de lodo. Rompió la superficie e inhaló una respiración.

—¡Roar! —gritó, escaneando el agua. El río lucía calmado en la superficie, pero la corriente era brutalmente fuerte.

Llenando sus pulmones, fue abajo, buscando desesperadamente por él. No podía ver más que a unos pocos metros en frente de ella, pero lo vio flotando cerca, de espaldas a ella.

Él no estaba nadando.

El pánico explotó dentro de ella. Lo había lanzado desde el balcón. Si lo había matado...

Si él se había ido...

Lo alcanzó, agarrándolo debajo de sus brazos, y remolcado hacia arriba. Salieron a la superficie, pero ahora tenía que patalear más duro. Su peso era inmenso, y estaba lánguido en sus brazos, un peso muerto tirándola hacia abajo.

—¡Roar! —jadeó, luchando por mantenerlo sobre el agua. El frío iba más allá que nada que alguna vez experimentó, apuñalando como mil agujas en sus músculos—. ¡Roar, ayúdame! —Tragó agua, y comenzó a toser. Estaban todavía

hundiéndose. Todavía cayendo juntos.

No podía hablar. Aria extendió la mano, buscando a tientas, encontrando la piel desnuda de su cuello. *Roar, por favor. ¡No puedo hacer esto sin ti!*

Él se sacudió como si hubiera despertado de una pesadilla, desgarrándose fuera de sus brazos.

Aria salió a la superficie y vomitó agua del río, luchando por atrapar un aliento.

Roar nadó lejos de ella. Ella tenía que estar perdiendo la razón. Él nunca la dejaría. Entonces vio una oscura forma flotando hacia ellos en la corriente. Por un irracional segundo, pensó que Sable había venido detrás de ellos, hasta que sus ojos se enfocaron y vio el tronco caído. Roar se aferró a él.

—¡Aria! —Alargó la mano y tiró de ella.

Aria se agarró, las ramas rotas pinchando en sus entumecidas manos. No podía dejar de temblar, temblaba desde sus entrañas. Pasaron debajo del puente y corrieron pasando hogares a lo largo de la orilla, todo oscuro y callado en la muerte de la noche.

—Demasiado frío —dijo ella—. Tenemos que salir.

Su mandíbula estaba temblando tanto que sus palabras fueron irreconocibles.

Patalearon hasta la orilla juntos, pero no sabía cómo lo hicieron. Apenas podía sentir sus piernas ya. Cuando sus pies golpearon el cauce graviloso del río, dejaron el tronco. Los brazos de Roar vinieron alrededor de ella, y se metieron, aferrándose el uno al otro, la realidad regresando con cada paso.

Liv.

Liv.

Liv.

No había mirado la cara de Roar aún. Tenía miedo de lo que vería.

Mientras caminaron fuera del río y dentro de la tierra, de repente pesaba mil kilos. De algún modo, ella y Roar cojearon arriba a la orilla, cargándose el uno al otro, tambaleándose brazo a brazo. Pasaron entre dos casas y cruzaron un camino, sumergiéndose en el bosque más allá.

Aria no sabía a dónde estaban dirigiéndose. No podía mantener una línea derecha. Estaba más allá de pensar, y sus pasos se fueron tejiendo.

—Caminar no puede enfriar más. —Era su voz pero arrastrando las

palabras, y no pensó que tuviera sentido. Entonces estaba sobre su costado en el alto césped. No podía recordar caer. Se arrastró en una bola, tratando de detener el dolor que apuñalaba en sus músculos, su corazón.

Roar apareció sobre ella. Ahí por un instante, entonces se había ido, y todo lo que vio fue Éter, fluyendo en corrientes sobre ella.

Aria quería ir detrás de él. No quería estar sola, y todo lo que sentía era *soledad*. Necesitaba un lugar con esculturas de halcón en el alféizar. Necesitaba un lugar para pertenecer.

Cuando abrió sus ojos, largas y delgadas ramas de árbol se balancearon sobre ella, y la primera luz del amanecer coloreó el cielo. Su cabeza estaba descansando sobre el pecho de Roar. Una gruesa, áspera manta los cubría, cálida y oliendo a caballo.

Ella se sentó, cada músculo en su cuerpo dolorido, temblando con debilidad. Su cabello estaba aún mojado del río. Estaban en el pliegue de un pequeño barranco. Roar debía haberla movido mientras estaba dormida. O inconsciente. Un fuego humeaba cerca. Sus chaquetas y botas estaban fuera para secarse.

Roar dormía con una suave sonrisa en sus labios. Su piel era una sombra demasiado pálida. Memorizó la manera en que lucía. Aria no estaba segura de cuándo lo vería sonreír otra vez.

Él era hermoso, y no era justo.

Arrastró una temblorosa respiración.

—Roar —dijo.

Él rodó a sus pies sin una palabra. La brusquedad de su movimiento la asustó, y se preguntó si había estado alguna vez dormido.

Él la miró con ojos desenfocados. Miró *a través* de ella. Recordó sentirse así cuando su madre murió. Separada. Como que nada de lo que vio parecía lo mismo. En un día, su vida entera había cambiado. Todo —desde el mundo alrededor de ella a la forma en que se sentía por dentro— se había convertido en irreconocible.

Aria se paró. Quería sostenerlo y sollozar con él. *Dámelo*, quería gritar. *Dame el dolor. Déjame tomarlo de ti.*

Roar se alejó. Recogió su chaqueta, apagó el fuego, y comenzó a caminar.

Mientras se apuraban para poner el Snake detrás de ellos, las nubes se movieron, emitiendo una moteada oscuridad sobre el bosque. La rodilla derecha de Aria palpitaba —debía haberse esguinzado en la caída desde el balcón— pero tenían que seguir yendo. Sable podría estar detrás de ellos. Necesitaban conseguir

alejarse de Rim y encontrar seguridad. Eso era todo lo que se permitía pensar. Todo lo que podía manejar.

Caminaron a lo largo de la cima, deteniéndose en la tarde en un denso hueco de pinos. El Snake se curvaba a lo largo del valle por debajo, el agua ondulante como escamas. En la distancia vio una pared de creciente humo negro. Otro tramo de tierra diezmado por una tormenta. El Éter estaba creciendo más poderoso. Nadie podía dudarlo.

Roar dejó caer su morral y se sentó. No había hablado una vez aún hoy. Ni una palabra.

—Voy a mirar alrededor —dijo ella—. No voy a ir lejos. —Se fue a explorar su posición.

Estaban protegidos por un lado por un esquisto[5] vertiente. En el otro por un infranqueable acantilado. Si alguien venía detrás de ellos, tendrían advertencia justa.

Cuando volvió, encontró a Roar encorvado sobre sus rodillas con su cabeza en sus manos. Lágrimas corrían por sus mejillas y rodaban fuera por su barbilla, pero no se estaba moviendo. Aria nunca había visto a nadie llorar de esa manera. Tan tranquilo. Como si ni siquiera se diera cuenta de que lo estaba haciendo.

—Estoy justo aquí, Roar —dijo, sentándose junto a él—. Estoy aquí.

Él cerró sus ojos. No respondió.

Verlo de esa manera la lastimó. Hizo que quisiera gritar hasta que su garganta estuviera en carne viva, pero no podía forzarlo a hablar.

Cuando estuviera listo, estaría ahí.

Aria encontró una camiseta extra en su morral y la desgarró en tiras. Envoltió su rodilla y puso sus cosas lejos, entonces no había nada más que hacer excepto mirar el corazón de Roar sangrar ante sus ojos.

Una imagen surgió en su mente, de Liv sonriendo dormilantemente y preguntando: *¿Eres el pájaro o es mi hermano?*

Aria apretó su mano sobre su boca y se apresuró a ponerse de pie. Se lanzó pasando arbustos y árboles, necesitando distancia porque no podía llorar en silencio y no lo haría peor para Roar.

Liv debería haber estado casada mañana, o debería haber huido con Roar. Ella debería haber visto a Perry como un Lord de la Sangre, y debería haber sido amiga de Aria. Tanto se había desvanecido en un segundo.

Aria recordó estar en el comedor con Sable. Tenía un cuchillo en su mano, y un tiro limpio a su cuello. Se odiaba a sí misma por no haberlo hecho. Debería haberlo matado entonces.

Ojos hinchados, su cabeza palpitando, cojeó de vuelta a Roar. Él estaba dormido, su cabeza descansando en su morral.

Encontró su Smarteye y luchó de vuelta con una ola de frescas lágrimas. ¿Si Liv no lo hubiera robado, estaría aún viva? ¿Estaría viva si Aria le hubiera dado el Ojo de vuelta a Sable en el balcón?

Era nauseabundo para ella la idea de la reunión de Hess y Sable. Su trato de ir al Perpetuo Azul juntos significaba dar la espalda a incontables personas inocentes. Pensó en Talon y Caleb y el resto de sus amigos en Reverie. ¿Serían elegidos para ir? ¿Y qué de Perry, y Cinder, y el resto de los Tides? ¿Qué de *todos los demás*? La Unidad estaba pasando otra vez, y era más horrorosa que nada que imaginó.

La idea de ver a Hess hacía su estómago revolverse, pero lo necesitaba. Lo había conectado con Sable. Había hecho su parte en ayudarlo a encontrar el Perpetuo Azul. Ahora él necesitaba seguir a través de su parte del trato... y si le fallaba, ella contactaría con Soren. No le importaba *cómo* sucediera. Necesitaba a Talon de vuelta.

Con el pulso acelerado, colocó el Smarteye.

La biotecnología funcionó, aferrándose a su cuenca del ojo. Vio que las grabaciones se habían ido. Sólo los iconos de Hess y Soren quedaban en su pantalla. Trató con Hess y esperó. Él no vino.

Trató con Soren después. Él nunca se mostró tampoco.

[5] **Esquisto:** Los esquistos (del griego σχιστός, 'escindido') constituyen un grupo de rocas metamórficas de grado medio, notables principalmente por la preponderancia de minerales laminares tales como la mica, la clorita, el talco, la hornblenda, grafito y otros.

CAPÍTULO 35

Peregrine

Más tarde, Perry trepó al techo de su casa y observó el Éter enroscándose en el cielo. Se había sumergido en el océano después de que Kirra se fuera, necesitando quitarse su aroma de encima. Atravesado las olas hasta que sus hombros ardieron, luego regresó al recinto, su cuerpo cansado y adormecido, su mente limpia.

Mientras apoyaba la cabeza contra las tejas, todavía pudo sentir el movimiento del océano. Cerrando los ojos, flotó en el borde borroso de un recuerdo.

Recordó la vez que su padre lo llevó a cazar, sólo ellos dos, la tarde que Talon nació. Perry tenía once años. Un día cálido, la brisa tan suave como un suspiro. Recordaba el sonido del paso de su padre, pesado y seguro, mientras caminaban por el bosque.

Pasaron horas antes de que Perry se diera cuenta de que su padre no estaba rastreando, no estaba prestando atención a los olores. Se detuvo bruscamente y se arrodilló, mirando a Perry a los ojos en una forma en que rara vez lo hacía, puntos de luz de sol bailando en su frente. Luego le dijo a Perry que el amor era como las olas en el mar, gentil y bueno a veces, duro y terrible en otras, pero que era infinito y más fuerte que el cielo y la tierra y todo entre medio.

—Un día. —Había dicho su padre—. Espero que lo entiendas. Y espero que me perdones.

Perry supo cómo se sentía ser perseguido por un error cuando se acostaba a dormir. No había nada más doloroso que herir a alguien que amabas. Debido a Vale, Perry se dio cuenta de que *entendía*. Sin importar cuánto lo intentara, habría veces en que no podría evitar que lo duro y terrible sucediera. A su tribu. A Aria. A su hermano.

Moviendo su espalda en las tejas del techo, decidió que *ese día* del que su padre había hablado era hoy. Esta noche. Ahora mismo. Y perdonó.

La tormenta se desató antes del amanecer, arrancándolo de un sueño profundo y tranquilo. El Éter giraba en espirales, más brillantes de lo que jamás lo había visto. Perry se puso de pie, su piel picando, el olor acre agudo y sofocante. Hacia el oeste, un embudo bajaba del cielo, girando hacia la tierra. El chillido rugió

en sus oídos cuando golpeó y volvió a subir. Vio otro embudo hacia el sur, y otro más. De repente la noche estaba viva, latiendo con luz.

—¡Perry, sal de ahí! —gritó Gren desde el claro debajo. La gente salía corriendo de sus casas, aterrorizados, huyendo hacia la cocina.

Perry bajó corriendo por la escalera. A mitad de camino, todo se volvió de un blanco puro, y el aire tembló. Sus piernas se tensaron. Se saltó un escalón y cayó, tropezándose hacia la tierra.

Al otro lado del claro, un embudo de Éter bajaba girando, golpeando la casa de Bear. Sacudiendo la tierra debajo de sus pies. Perry observó, incapaz de moverse, a la vez que las tejas explotaban y estallaban. El embudo volvió a subir, y el techo tembló y cayó de lado. Él se puso de pie de un salto y corrió, derribando a la gente.

—¡Bear! —gritó—. ¡Molly! —Sólo vio una pila de rocas donde habían estado la puerta y la ventana. El humo se filtraba de los escombros. Fuego ardía en algún lugar dentro.

Twig apareció junto a él.

—¡Están aquí! ¡Oigo a Bear!

La gente se reunió alrededor, observando con sorpresa mientras las llamas subían por las grietas en el techo. Perry atrapó la mirada de Reef.

—¡Metan a todos en la Cocina de Campaña!

Hayden sacó agua del pozo. La gente de Kirra estaba de pie junto a ella, la ropa agitándose en el viento caliente.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó ella, su momento en la playa olvidado.

—Necesitamos más agua —le dijo—. ¡Y ayuda a sacar los escombros!

—Si movemos algo de esto, el resto del techo podría caer —dijo Gren.

—¡No tenemos opción! —gritó Perry. Cada segundo que perdían, el fuego se esparcía. Tomó las rocas del muro caído, lanzándolas lejos una a la vez, el pánico asentándose mientras el calor del fuego se filtraba por los escombros hacia sus manos. Sintió a sus propios hombres junto a él y los de Kirra.

Los segundos se sintieron como horas. Levantó la vista y vio otro embudo de Éter partir hacia la Cocina de Campaña. El impacto lo lanzó de lado, de rodillas. Cuando el embudo volvió a subir al cielo, se quedó quieto por segundos silenciosos y mareantes, recuperando su rumbo. Twig lo miró con gesto ausente,

un rastro de sangre corriendo desde su oreja.

—¡Perry! ¡Aquí! —exclamó Straggler a una docena de pasos de distancia. Hyde y Hayden sacaron a Molly a través de un espacio entre los escombros.

Perry corrió hacia ella. Sangre se filtraba por un corte en su frente, pero estaba viva.

—Él todavía está allí adentro —dijo ella.

—Lo sacaré, Molly —prometió. No permitiría que Bear muriera.

Los hermanos la cargaron hacia la Cocina de Campaña, donde podría ser tratada. A donde quiera que Perry mirara, embudos golpeaban la tierra.

Cerca, Kirra llamó a su gente para que fueran a la Cocina de Campaña.

—Lo intentamos —le dijo a él. Se encogió de hombros y se alejó. Así de fácil se rendía cuando alguien necesitaba ayuda. Cuya vida estaba en peligro.

Perry volvió hacia la casa justo cuando el resto del techo se doblaba hacia adentro. El aire salió de sus pulmones, y gritos de terror estallaron alrededor de él.

—Se terminó, Perry. —Twig lo tomó del brazo, tirando de él hacia la Cocina de Campaña—. Tenemos que entrar.

Perry se lo quitó de encima.

—¡No voy a abandonarlo! —Vio a Reef al otro lado del claro, corriendo con Hyde. Sabía que ellos lo arrastrarían lejos.

Entonces Cinder apareció corriendo con Willow, Flea ladrando a sus pies. Él miró a Perry, una feroz intensidad en sus ojos.

—¡Permíteme ayudar!

—¡No! —Perry no arriesgaría también la vida de Cinder—. ¡Entra a la Cocina de Campaña!

Cinder sacudió la cabeza.

—¡Podría hacer algo!

—¡Cinder, no! ¡Willow, sácalo de aquí!

Era demasiado tarde. Cinder estaba en otro lugar. Su mirada estaba vacía, inconsciente del caos alrededor. Mientras retrocedía, moviéndose hacia el medio del claro, sus ojos comenzaron a brillar, y venas de Éter se esparcieron por su rostro y sus manos. Maldiciones sorprendidas y gritos estallaron alrededor de Perry cuando los otros notaron a Cinder... y al cielo.

Sobre ellos, el Éter se fundió hasta formar un único y enorme remolino. Un

embudo se retorció hacia abajo, formando un muro sólido y brillante que rodeó a Cinder, engulléndolo. Perry no pudo encontrar su voz. No pudo moverse. No supo cómo detener a Cinder.

Un haz de luz envió un dolor penetrante a sus ojos, cegándolo. Él voló hacia la tierra, aterrizando de costado, y escudó su cabeza. Esperó que su piel ardiera. Una ráfaga caliente de viento pasó rápidamente junto a él, empujándolo hacia atrás por largos segundos; luego un repentino silencio cayó sobre el complejo. Echó un vistazo hacia arriba y no vio Éter. El cielo estaba azul y calmo hasta donde podía ver.

Miró el centro del claro. Una pequeña figura estaba enroscada en un círculo de brasas brillantes. Poniéndose de pie a tropezones, Perry corrió hacia él. Cinder yacía mortalmente quieto y desnudo, su sombrero perdido, sin cabello, su pecho inmóvil.

CAPÍTULO 36

Aria

—Tengo que encontrarnos otro camino hacia los Tides —dijo Aria la mañana siguiente, abrazando su estómago que gruñía. La trampa que había puesto la noche anterior había estado vacía—. Me lastimé la rodilla cuando caímos.

Roar levantó la vista de las llamas con ojos sin vida. No había hablado todavía. Trató de recordar: ¿Había dicho su nombre cuando estaban en el Río Snake? Había estado tan fuera de sí por el frío que ahora se preguntaba si lo había imaginado.

—Podemos pasar parte del camino a bote sobre el Río Snake —continuó—. Será un riesgo, pero también lo es estar aquí. Y al menos nos llevará más rápido.

Hablo en voz baja, pero su propia voz parecía fuerte.

—Roar, por favor di algo.

Se movió a su lado y tomó su mano. *Estoy aquí. Estoy justo aquí. Siento tanto lo de Liv. Por favor dime que puedes escucharme.*

La miró, sus ojos cálidos por un momento antes de alejarse.

Volvieron al Snake mientras se dirigían al oeste, lejos del borde. Por la tarde, llegaron a un pueblo de pescadores, donde ella los encontró sobre una amplia barcaza que iba río abajo. La bodega estaba repleta de cajas y sacos de arpillera llenos de mercancías. Había estado dispuesta a luchar, dispuesta a todo en el caso de que Sable hubiera enviado a gente en busca de ellos, pero el capitán, un hombre con cara de cuero llamado Maverick, no hizo ninguna pregunta. Pagó su acceso con uno de sus cuchillos.

—Bonito cuchillo, mariquita[6] —le dijo Maverick. Sus ojos se posaron en Roar—. Tú me das el otro y te daré la cabina.

Ella estaba ansiosa, adolorida y sin paciencia.

—Llámame mariquita una vez más y yo *te daré* el otro.

Maverick sonrió, enseñándole toda una boca llena de dientes plateados.

—Bienvenidos a bordo.

Antes de soltar amarras, Aria escuchó con atención a los chismes en el atareado muelle. Sable había amasado una legión de hombres y se preparaba para

llevarlos al sur. Oyó diferentes razones para ello. Quería conquistar un nuevo territorio; estaba en una búsqueda del Perpetuo Azul; buscaba venganza contra un Aud que había matado a su novia unos días antes de su boda.

Aria imaginó a Sable regando el último rumor él mismo. No pensó que era posible odiarlo más, pero después de escuchar eso, lo hizo.

Una vez abordo, ella y Roar se instalaron entre sacos llenos de lana, rollos de cuero, y productos rescatados como neumáticos y tubos de plástico de antes de la Unidad. Le asombraba que el comercio siguiera como de costumbre. Parecía inútil.

Se sentía como si poseyera un terrible secreto. El mundo estaba llegando a su fin, y si Hess y Sable estaban cumpliendo con lo suyo, solo ochocientas personas vivirían. Parte de ella quería gritar una advertencia con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Pero eso ayudaría? ¿Qué podrían hacer todos sin la ubicación del Perpetuo Azul? La otra parte de ella todavía no podía aceptar que lo que había visto —lo que había visto planear a Sable y Hess— podría ser verdad.

Cerró sus ojos cuando se movieron a las aguas abiertas, oyendo las voces de la tripulación y el crujido de la nave de madera. Cada sonido hacía que se sintiera peor por Roar. Cuando estuvo todo tranquilo, Aria sacó su abrigo por encima de su cabeza y trató de usar el Smarteye de nuevo. No había perdido la esperanza de llegar a Hess o a Rosen. No podía rendirse de devolverle Talon a Perry.

Ni Hess ni Soren respondieron. Devolvió el Ojo de nuevo al morral. ¿Le habían dado la espalda, o algo le había pasado a Reverie? No podía dejar de pensar en los fallos en Reverie. ¿Qué pasaba si había perdido contacto porque los daños en Reverie habían empeorado? No podía negar la posibilidad. Había visto lo que había pasado con Bliss en el otoño, cuando encontró a su madre.

Inestable, Aria apoyó su cabeza en el hombro de Roar y observó el Éter revolverse arriba. Un viento frío soplaba a lo largo del Snake, entumeciendo sus orejas y nariz. Roar puso su brazo alrededor de ella. Se acercó más, tranquilizada por esta pequeña señal de que él todavía estaba allí, en algún lugar debajo de la cáscara de silencio y tristeza. Localizó su mano, hablándole sin hablar, esperando que al menos así pudiera oírla.

Le dijo que haría cualquier cosa para que le doliera menos, y luego espero que él tomara su mano de vuelta. No lo hizo. Sus dedos pasaron a través de ella, su apretón familiar, cómodo, así que habló con él un poco más. A medida que flotaban por el Río Snake, le dijo acerca del arreglo de Hess y Sable y acerca de sus miedos por la condición de Reverie. Habló sobre los Reinos —su favorito y el menos favorito— y todos los que pensó que le gustarían. Le contó sobre su experiencia más aterrador: era un empate entre cuando pensó que Perry había

sido capturado por los Croven en el otoño, y cuando no podía encontrar a Roar en el Río Snake. Y la más triste: cuando encontró a su madre en Reverie. Le contó sobre Perry. Cosas más profundas de las que había compartido antes. *Ahórratelo*, había dicho Roar una vez. Ahora no lo hacía. No podía, aunque lo hubiera querido.

Perry estaba en su mente.

Pensó tanto por Roar que se volvió natural y paró de pensar acerca de pensar y sólo pensó. Roar escuchó todo.

Él conocía su mente por completo, abiertamente, de la misma manera que Perry conocía sus ánimos.

Entre ellos dos, pensó, la conocían por completo.

Había estado buscando la comodidad de un lugar. De paredes. Un techo. Una almohada para apoyar la cabeza. Ahora se daba cuenta de que la gente que amaba era lo que le daba forma a la vida, comodidad y significado. Perry y Roar eran un hogar.

Dos días después, alcanzaron el final de su travesía en el río. El Snake los había llevado lejos y le había dado a su rodilla una oportunidad de sanarse, pero ahora se bifurcaba al oeste y tendrían que caminar el último tramo hacia los Tides.

—Un día y medio hacia el sur —le dijo Maverick—. Tal vez más si eso los enlentece. —Señaló con la cabeza hacia una gran tormenta de Éter que se estaba elaborando en la distancia. Luego miró a Roar, quien esperaba en el muelle. Maverick nunca le había oído decir una palabra. Sólo había visto a Roar mirar distraídamente el agua, o el cielo.

—Sabes, puedes conseguir alguien mejor que él, mariquita.

Aria negó con la cabeza.

—No. No podría.

Viajaron bien ese día, parándose en la noche para descansar. La siguiente mañana, Aria no podía creer que después de casi un mes lejos, volvería a los Tides esa tarde.

Se sentía como una fracasada. No había descubierto la localización del Perpetuo Azul, y no tenían a Liv. Su corazón se rompió por la mitad, el anhelo de ver a Perry chocando con el temor de lo que tendría que decirle.

Aria rebuscó en su bolso el Smarteye y se lo puso. El Ojo apenas había agarrado su piel cuando se fraccionó en la ópera. De inmediato sabía que algo andaba mal. Las filas de asientos y balcones oscilaron, como si estuviera viéndolos a través de una lámina de agua. Soren estaba a unos metros de distancia, con la

cara roja y en pánico.

—Sólo tengo unos pocos segundos antes de que mi padre me rastree. Se está acabando, Aria. Se está apagando. Nos golpeó una tormenta y perdimos otro generador. Todos los sistemas del Compartimiento están fallando. Solo están conteniendo el daño ahora.

Aria contuvo el aliento. Sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago.

—¿Dónde está Talon? —preguntó. En la realidad, Roar se tensó a su lado.

—Está conmigo. Mi padre ha estado en contacto con Sable.

—¿Cómo él...?

—Pudo saberlo rastreando el Smarteye que tomaste, así que envió hombres a Rim con otro después de que te fuiste —dijo Soren, interrumpiéndola—. Hess y Sable se están preparando para irse al Perpetuo Azul. Mi padre está eligiendo quién va, y los separó en una de las Cúpulas de servicio. Nadie con DLS está permitido ir. Encerró al resto de nosotros en el Panop.

Aria trataba de procesar sus palabras.

—Te ha encerrado allí. ¿Tu padre *te dejó*?

Soren negó con la cabeza.

—No. Él quería que fuera, pero no podía irme. No puedo dejar que esta gente aquí se quede y muera. Pensé que podía desbloquear las puertas del Panop desde adentro, pero no puedo. Talon está aquí. Caleb y Rune... todo el mundo. Necesitas sacarnos de aquí. Estamos con electricidad auxiliar. No durará más que días. Eso es todo. Luego nos quedaremos sin aire.

—Voy en camino —dijo—. Estaré allí. Mantén a salvo a Talon.

—Lo haré, pero *apresúrate*. Oh, y sé a dónde van. He visto las comunicaciones de mi padre con Sable...

Una oleada de luz la cegó, y el dolor profundo explotó detrás de su ojo, derribando su columna vertebral. Gritó, tirando del Smarteye, tirando desesperadamente hasta que se quedó en su mano.

Roar se arrodilló frente a ella, agarrando sus brazos. Sus ojos contenían más profundidad de lo que le había visto en días. La cabeza de Aria punzaba, y las lágrimas corrían de sus ojos, pero se paró tambaleándose.

—¡Tenemos que ir, Roar! —dijo—. Talon está en peligro. ¡Necesitamos conseguir a Perry ahora!

[6] **Mariquita:** Insecto del orden Coleoptera. También llamado chinita, mariquitilla, catarina o San Antonio.

CAPÍTULO 37

Peregrine

Perry quitó las figuras de halcón del alfeizar y las puso en una bolsa de lino. Sus cosas ya habían sido trasladadas a la cueva, pero ahora empacó la ropa, juguetes y libros de Talon. Tal vez era tonto mover las pertenencias de su sobrino, pero no podía dejarlas atrás.

Tomó el pequeño arco de la mesa y sonrió. Él y Talon solían pasar horas tirándose calcetines el uno al otro a través del cuarto. Estiró la cuerda, probándola. ¿El arco todavía se adaptaría a Talon, o había tenido una racha de crecimiento? Había estado fuera medio año. Perry no lo extrañaba menos.

Twig entró por la puerta principal.

—La tormenta se está moviendo —dijo él, tomando la atiborrada bolsa—. ¿Está lista esta?

Perry asintió.

—Voy a estar afuera.

Sólo unos pocos días habían pasado desde la última tormenta, pero otra ya se estaba construyendo en el sur, un frente enorme y agitado que prometía ser aún peor. Lo había llevado casi perder a Bear y Molly para convencer a los Tides de dejar el recinto. Casi le había costado la vida de Cinder, pero se estaban yendo.

Perry fue a la habitación de Vale y se cruzó de brazos, apoyado en el marco de la puerta. Molly se sentó en una silla junto a la cama, vigilando a Cinder. Su sacrificio le había comprado tiempo a los Tides para llegar a la cueva a salvo. Gracias a él, habían sido capaces de escarbar entre los escombros para sacar a Bear con vida. Cinder era tanto de Molly ahora como lo era de Perry.

—¿Cómo está? —preguntó Perry.

Molly encontró su mirada y le sonrió.

—Mejor. Está despierto.

Perry entró en la habitación. Los ojos de Cinder se abrieron. Se veía gris y hueco de huesos, su respiración áspera y poco profunda. Llevaba la gorra de costumbre, pero su cabeza era calva debajo. Perry se rascó la barbilla, recordando. Lo único que Cinder había dicho cuando había llegado a él en la noche de la tormenta fue: *No dejes que nadie me vea.*

—Voy a adelantarme y asegúreme de que todo está preparado para él —dijo Molly, dejándolos.

—¿Estás listo para ir? —le preguntó Perry a Cinder—. Tengo un viaje más antes de regresar por ti.

Cinder se lamió los labios.

—No quiero.

—Willow va a estar allí. Ha estado esperando para verte.

Los ojos de Cinder se llenaron de lágrimas.

—Ella sabe lo que soy.

—¿Crees que le importa que eres diferente? Salvaste su vida, Cinder. Salvaste a los Tides. Ahora mismo creo que le gustas más que Flea.

Cinder parpadeó. Las lágrimas rodaban por su rostro, filtrándose en la almohada.

—Ella va a verme de esta manera.

—No creo que le importe cómo te ves. Sé que a mí no. No te obligo, pero creo que deberías venir. Marron tiene un lugar especial creado para ti, y Willow necesita a su amigo de vuelta. —Él sonrió—. Está volviendo locos a todos.

La boca de Cinder se torció en una sonrisa breve.

—Está bien. Voy a ir.

—Bien. —Perry descansó su mano sobre el sombrero de Cinder—. Estoy agradecido por ti. Todo el mundo lo está.

Gren esperaba afuera con un caballo.

—Voy a mantener un ojo sobre él —dijo, entregando las riendas a Perry.

El recinto estaba tranquilo, pero al otro lado del claro Perry vio a Forest y Lark empacando sus propias monturas. Ellos lo miraron, inclinando la cabeza hacia él.

Desde la noche de la tormenta, Kirra ya no le había coqueteado o empujado. En el lapso de una semana había ido de interesada a indiferente, y él estaba bien con eso. Lamentaba cada segundo que había pasado con ella en la playa. Lamentaba cada segundo que había pasado con ella.

Perry se subió a la silla.

—Voy a estar de vuelta en una hora —le dijo a Gren.

Marron había transformado la cueva. Los fuegos arrojaban luz dorada a través del vasto espacio, y el olor de la salvia flotaba en el aire, suavizando la humedad y la sal. Él había organizado las áreas de dormir con tiendas de campaña para cada familia en todo el perímetro, para que coincidiera con la disposición del recinto. Unas pocas lámparas encendidas desde el interior, y el material brillaba blanco y suave. El amplio espacio en el centro había sido dejado abierto para reuniones, con la excepción de una plataforma de madera. En las cavernas adyacentes, había zonas para cocinar, lavar, e incluso para la cría de ganado y el almacenamiento de alimentos. La gente deambulaba de un lado a otro, con los ojos abiertos mientras se orientaban en su nuevo hogar.

Se veía mil veces más atrayente que cualquier cosa que Perry hubiera imaginado. Casi podía olvidar que estaba bajo una montaña de roca.

Vio a Marron por el pequeño escenario con Reef y Bear, y se acercó para unirse a ellos. Bear se apoyaba en un bastón, y sus dos ojos estaban negros.

—¿Qué te parece? —preguntó Marron.

Perry se frotó la parte de atrás de su cabeza. Por mucho que Marron hubiera hecho, todavía era un refugio temporal. Todavía una cueva.

—Creo que tengo suerte de conocerte —dijo finalmente.

Marron sonrió.

—Igualmente.

Bear cambió de postura, mirándolo fijamente.

—Me equivoqué al dudar de ti.

Perry negó con la cabeza.

—No. No conozco a nadie que no dude. Y quiero saber lo que piensas, sobre todo cuando piensas que estoy equivocado. Pero necesito tu confianza. Siempre quiero lo mejor para ti y Molly. Para todos los miembros de los Tides.

Bear asintió.

—Lo sé, Perry. Todos lo hacemos. —Le tendió la mano, su apretón se apretó cuando Perry la tomó. Bear no era el único en los Tides que había cambiado respecto a Perry desde la tormenta. Ellos ya no discutían con él. Ahora, cuando hablaba, los sentía escuchando y sentía el poder de su atención. Se había convertido en Lord de la Sangre día a día, a través de cada acto, cada éxito, e incluso a través de sus fracasos. No tomando la cadena de Vale.

Perry miró a su alrededor, y una semilla de sospecha echó raíces. Era difícil

de decir en este nuevo espacio, pero parecían demasiado pocos en número. Personas estaban desaparecidas.

—¿Dónde está Kirra? —preguntó. No la veía a ella ni ninguna de su gente.

—¿No te dijo? —dijo Marron—. Se fue esta mañana. Me dijo que iban a volver con Sable.

—¿Cuándo? —preguntó Perry—. ¿Cuándo se fueron?

—Horas atrás —dijo Bear—. A las primeras de la mañana.

Eso no podía estar bien. Perry apenas había visto a Lark y Forest. ¿Por qué los dejarían atrás?

El miedo corrió por su cuerpo. Giró, corriendo de vuelta al caballo que dejó afuera con Twig. Diez minutos después, se apresuró hacia su casa. La puerta delantera abierta de par en par. No vio un alma allí.

Perry entró, su corazón latía con fuerza.

Gren yacía en el suelo con sus manos y pies atados. La sangre corría de su nariz, y sus ojos están cerrados de la hinchazón.

—Se llevaron a Cinder —dijo—. No pude detenerlos.

Media hora después, Perry estaba parado en la playa fuera de la cueva con Marron y Reef. Se sacó la cadena del Lord de la Sangre por encima de su cabeza y la sujetó en un puño.

Los ojos azules de Marron se ensancharon.

—¿Peregrine?

Cerca, Reed veía el mar, con los brazos cruzados, sin moverse.

—No puedo llevar esto conmigo. —Perry no necesitaba decir por qué. Con las tormentas golpeando frecuentemente y con las tierras fronterizas repletas de los dispersos, irse sería más peligroso que nunca—. Los Tides confían en ti —continuó—. Además, te gustan más las joyas que a mí.

—La guardaré —dijo Marron—. Pero es tuya. La usarás de nuevo.

Perry trató de sonreír, pero su boca se torció. Quería usar la cadena ahora más que nunca, se dio cuenta. No era el Lord de la Sangre que fue Vale o su padre, pero todavía era digno. Era el líder correcto para los Tides ahora. Y sabía que podía cargar el peso, a su propia manera.

Le extendió la cadena a Marron y emprendió el camino de la playa con Reed. Twig esperaba en el camino con los caballos. Los únicos que Kirra dejó atrás.

—Déjame ir —dijo Reef.

Perry negó con la cabeza.

—Tengo que hacer esto, Reef. Cuando alguien me necesita, me lanzo al agua.

Después de un momento, Reef asintió.

—Lo sé —dijo—. Lo sé ahora. —Pasó una mano por su cabello—. Tienes una semana antes de que vaya por ti.

Perry recordó el día que fue tras Aria. Reef le había dado una hora que duró diez minutos. Sonrió.

—Conociéndote, eso significa un día —dijo, tomando la mano de Reef en un apretón.

Puso su morral al hombro y tomó su carcaj y el arco. Luego montó y partió con Twig.

La garganta de Perry se cerró mientras se alejaban cabalgando. Semanas atrás, había planeado dejar su tribu atrás, pero ahora era más duro de lo que esperaba. Más difícil de lo que había sido antes.

Sus pensamientos se dirigieron hacia Kirra mientras se asentaba la tarde. Había estado detrás de Cinder todo el tiempo. Sus preguntas acerca de los Croven y su mano con cicatrices no habían sido por él. Estaba confirmando la información, esperando el momento adecuado, la manera adecuada, de conseguir a Cinder. Había engañado a Perry, al igual que Vale.

Sable estaba detrás de esto. Perry no quería pensar acerca de qué uso tenía en mente para Cinder. Debió haber confiado en sus instintos. Debió haber mandado a Kirra de vuelta ese día que se presentó.

Las huellas de Kirra se movían al norte por una ruta desgastada. Habían cabalgado unas horas cuando Perry vio un movimiento en la distancia. La adrenalina corrió a través de él.

Espoleó su caballo, disparándose hacia adelante, con la esperanza de atrapar a Lark y Forest.

Su estómago se redujo cuando vio que no era uno de los hombres de Kirra.

Twig llevó su caballo a un lado.

—¿Qué ves?

Olas de entumecimiento rodaron a través de Perry. No podía creer lo que veía.

— Es Roar — dijo —. Y Aria.

Twig maldijo.

— ¿En serio?

El impulso de Perry fue llamarlos. Los dos eran Auds. Si alzaba la voz, lo escucharían. Es lo que hubiese hecho tiempo atrás. Roar era su mejor amigo. Y Aria era...

¿Qué era ella para él? ¿Qué eran el uno para el otro?

— ¿Qué quieres hacer? — preguntó Twig.

Perry quería correr detrás de ella, porque había vuelto. Y quería herirla, porque se había ido.

— ¿Perry? — dijo Twig, trayéndolo de vuelta.

Apresuró su caballo. Cabalgaron más cerca, y el momento llegó cuando Aria oyó los caballos. Su cabeza se volteó hacia donde estaba él, pero sus ojos seguían desenfocados, sin ver en la oscuridad. Vio sus labios formar palabras que no podía escuchar y luego escuchó la respuesta de Twig a su lado.

— Soy yo, Twig — hizo una pausa, enviando a Perry una mirada preocupada —. Perry está conmigo también.

Mensajes pasándose a través de Auds. Escuchados solo por oídos Auds.

Perry observaba mientras Aria veía a Roar, su cara tensándose en una mirada de puro pesar. No. Era más que pena. Era pavor. Después de un mes separados, ella *temía* verlo.

Ella extendió la mano y tomó la de Roar, y sabía que estaban pasándose un mensaje entre ellos. Perry no daba crédito a sus ojos. No creía que pudiera verlos, pero lo hizo. Él lo vio *todo*.

Él estaba en la niebla cuando se encontraron.

Desmontó su caballo y sintió como si estuviera flotando.

Como si todo lo estuviese viendo desde lejos.

No sabía qué estaba pasando.

Por qué Aria no estaba en sus brazos. Por qué no había saludo o sonrisas en la cara de Roar. Luego el humor de Aria lo golpeó, y era tan pesado y oscuro que se sintió balancearse, vencido por ello.

— Perry — dijo ella, mirando a Roar, sus ojos desenfocados.

— ¿Qué es? — preguntó Perry, pero ya lo sabía. No podía creerlo. Todo lo

que Kirra había dicho, todo lo que trató de no creer de Roar y Aria, era verdad.

Miró a Roar.

—¿Qué hiciste?

Roar no se encontraba con su mirada, y su cara estaba blanca.

La ira se encendió dentro de él. Se abalanzó y empujó Roar, balanceándose, derramando maldiciones.

Aria salió disparada hacia adelante.

—¡Perry, para!

Roar fue demasiado rápido. Cedió terreno, y atrapó a Perry por los brazos.

—Es Liv —dijo él—. Perry... es Liv.

CAPÍTULO 38

Aria

Finalmente Roar habló, y el corazón de Aria se rompió ante sus palabras.

—No pude hacer nada. No pude detener a Sable. Lo siento, Perry. Pasó tan rápido. Se ha ido. La perdí Perry. Se ha ido.

—¿De qué estás hablando? —dijo Perry, empujando a Roar. Él miró a Aria, confusión brillando en sus ojos verdes—. ¿Por qué está diciendo eso?

Aria no quería responder. No quería hacerlo real para él, pero tenía que.

—Es verdad —dijo—. Lo siento.

Perry la siguió mirando parpadeando.

—Te refieres a que... ¿*Mi hermana*? —El tono de su voz, vulnerable, frágil, la destruía—. ¿Qué pasó?

Tan rápidamente como pudo, explicó el trato de Hess y Sable para llegar juntos al Perpetuo Azul, y también sobre Talon. Odiaba hacerlo, pero él tenía que saber que la vida de Talon estaba en peligro. Liv, la guardó para final. Se sentía mareada mientras hablaba, sin aliento y distante, como cuando había sido invisible en los Reinos.

No había hablado por tanto tiempo, pero cuando terminó, los bosques se sentían más oscuros, desapareciendo en la noche. Perry pasó su mirada de ella a Roar, las lágrimas llenando sus ojos. Lo observó luchar consigo mismo, esforzándose por concentrarse.

Esforzándose por no estallar.

—¿Talon está atrapado en Reverie? —dijo finalmente.

—Talon y miles de personas —explicó ella—. Se les acabará el oxígeno si no los sacamos. Somos su única oportunidad.

Él se estaba moviendo hacia su caballo antes de que ella terminase de hablar.

—Ve por Cinder —le dijo Perry a Twig.

Aria se había olvidado que Twig estaba ahí.

—¿Qué le pasó a Cinder?

Perry se balanceó en su silla de montar.

—Los Horns se lo llevaron. —Él se subió y le tendió su mano—. ¡Vamos!

Ella miró a Roar. Lo que sea que había esperado de hoy, dejarlo no había sido parte de ello.

—Iré con Twig —le dijo él a ella. La tensión entre él y Perry todavía estaba ahí.

Rápidamente abrazó a Roar. Después tomó la mano de Perry. Él la levantó detrás de él y el caballo empezó a moverse antes de que ella se acomodara.

Aria se estiró instintivamente, envolviendo sus brazos alrededor de él mientras el caballo galopaba adentrándose en los bosques. Liv estaba olvidada por ahora. También Roar y Cinder. Todo excepto Talon. Podía sentir las costillas de Perry a través de su camisa. El movimiento de sus músculos. Él era real y estaba cerca, como había querido por semanas, por *meses*. Pero nada había cambiado. Él todavía se sentía lejos.

CAPÍTULO 39

Peregrine

Perry empujó al caballo hacia Reverie debajo de un cielo nocturno retorciéndose con Éter. Fragmentos del horizonte aparecieron a través de los árboles, pulsando con la luz de embudos. Se dirigían al sur, justo en el corazón de una tormenta, pero no tenía elección. Talon estaba atrapado.

Imágenes de su hermana pasaron ante sus ojos. Cosas sin sentido. Liv aplastándolo abajo, cuando eran jóvenes, para pasar un cepillo por su cabello. Liv rodeada por los brazos de Roar en la playa, riendo. Liv discutiendo con Vale por el acuerdo con Sable, casi yendo a las manos. No podía aceptar que nunca la volvería a ver.

Talon era todo lo que tenía. Era la única familia que Perry había dejado. Echó un vistazo a los brazos de Aria, envueltos apretado a su alrededor. Tal vez estaba equivocado. Tal vez tenía más.

Cuando se acercaron a Reverie, un olor fuerte fue transportado en una ráfaga caliente, crujiendo entre los árboles. Trajo consigo un sabor químico a su lengua que le recordaba a la noche en que había irrumpido en el Compartimiento en el otoño pasado.

Aunque no podía ver a Reverie aún, sabía que estaba en llamas.

Poco después, el caballo se ancló debajo de él a medida que llegaban a la cima de una colina, alzándose, vacilante en terror. El amplio valle que se extendía ante él era una visión diferente de todo lo que Perry había visto en su vida. Habían cabalgado durante horas —fue en algún momento en el medio de la noche—, Éter iluminaba la extensión plana. Cientos de embudos arremetían contra el suelo desde el cielo, dejando rastros rojos brillantes a través del desierto. Perry apretó su agarre en las riendas a medida que el caballo pateaba y sacudía la cabeza. Ninguna cantidad de entrenamiento calmaría sus instintos ahora. El terror lo atravesó cuando la forma redondeada del Compartimiento entró en foco. Estaba ubicado justo debajo del grueso de la tormenta, lanzando nubes de humo negro como el carbón. Gran parte de él se ocultaba, pero recordaba su forma de otras veces que había estado allí. Una enorme Cúpula central como una colina, rodeada de pequeñas Cúpulas que se bifurcaban como los rayos del sol. En algún lugar de allí, iba a encontrar a Talon.

El caballo no se calmaría. Perry se volvió en la silla de montar.

—No podemos ir más lejos.

Aria saltó al suelo, sin dudar.

—¡Vamos!

Perry tomó su arco y corrió tras ella, las piernas pesadas de horas en la silla de montar. A medida que rasgaban a través del desierto, trató de no pensar en sus posibilidades, corriendo kilómetros a través de una tormenta de Éter, sin refugio, sin lugar para ponerse a cubierto.

Embudos arremetían al suelo, cada uno más fuerte, más cerca, enviando ondas ardientes a través de su piel. Un grito súbito estalló en sus oídos; luego un destello de luz lo cegó. A cuarenta pasos de distancia, un embudo de Éter se retorció hacia abajo, rasgando a través de la tierra. Cada músculo de su cuerpo se tensó, dolor estremeciéndose a través de él. Incapaz de suavizar su caída, dio un vuelco en el suelo, el viento siendo expulsado de sus pulmones.

Aria se agachó a unos pocos pasos, plegada en una bola, con las manos metidas en las orejas. Estaba gritando. El sonido de su dolor llevado por encima del Éter, cortando a través de él. No podía evitarlo.

No se podía mover hasta ella. ¿Cómo podía haberla traído hasta aquí?

El brillo retrocedió repentinamente cuando el embudo volvió hacia arriba. El silencio rugió en sus oídos. Luchó para mover sus pies debajo de él y se tambaleó hacia ella. Aria se disparó hacia él al mismo tiempo.

Chocaron, golpeándose, aferrándose el uno al otro a medida que encontraban el equilibrio. Sus ojos se encontraron, y Perry vio su propio terror reflejado en su rostro.

Pasó una hora en un santiamén. Perry no sentía su peso. No oí sus pasos mientras corría.

Barras brillantes de luz los rodeaban, y el rugido ensordecedor de la tormenta era constante.

Terminaron en la gran forma del Compartimiento, deteniéndose a un kilómetro de distancia. Humo se elevaba a su alrededor. Los ojos de Perry y los pulmones quemaban. No podía oler nada más. Desde donde estaba, podía ver que gran parte de Ag 6, la Cúpula por la que había irrumpido meses atrás, se había derrumbado. Las llamas se alzaban a un centenar de metros en el aire. Había esperado entrar a Reverie a través de él de nuevo. Ahora veía que no tenía ninguna posibilidad.

—¡Perry, mira!

El humo se desplazaba con el viento, retrocediendo como un velo. Vio otra Cúpula brillando con luz azul y vio una apertura amplia. Mientras observaba, dos Aerodeslizadores salieron de ella, pareciendo pequeños como gorriones contra la gran Cúpula. Cortaron una veta a través del desierto, sus luces desvaneciéndose en la oscuridad llena de humo, parpadeando.

—Ese tiene que ser Hess —dijo Aria—. Los está abandonando.

—Esa es nuestra manera de entrar —dijo.

Corrieron más cerca, apiñándose en el lado de la abertura, la cual se disparaba a cientos de metros de alto.

En el interior, vio naves Habitante alineadas en filas. Reconoció la nave más pequeña desde donde habían tomado a Talon. Cuerpos en forma de lágrimas, elegante y reluciente como conchas de abulón. Detrás de ellos apareció una nave que pesaba más que las demás, su forma segmentada como un rastreador de tierra. Soldados armados se movían en un caos controlado, cargando cajas de suministros, dirigiendo el vuelo de un Aerodeslizador tras otro en una carrera para dejar el Compartimiento.

Mientras observaban, una nave cercana volvió a la vida. Alas se desplegaron desde su bajo vientre, un conjunto de cuatro como una libélula. Luces se encendieron debajo de su longitud y, a continuación, el aire vibró cuando la nave se levantó del suelo.

Él se estremeció a medida que pasó disparada con un ensordecedor zumbido.

Aria lo miró a los ojos.

—La esclusa de aire en Reverie está en el otro extremo.

Perry la vio. La entrada estaba a cientos de metros de distancia. Se concentró en un grupo de hombres cerca, su mirada encontrando las pistolas compactas en sus cinturones.

—Podemos colarnos a través de ellos —dijo Aria—. Están enfocados en irse, no en la defensa del Compartimiento.

Él asintió con la cabeza. Era su única oportunidad. Señaló a un grupo de cajas de suministro en bases de madera hasta la mitad del hangar. Había un hueco entre ellos y la pared.

—Cuando pase el próximo Aerodeslizador, corre hacia esas cajas. Podemos encubrirnos detrás de ellas.

Aria salió disparada hacia adelante tan pronto como el Aerodeslizador se

levantó del suelo. Perry corrió, quedándose con ella.

Estaban casi llegando a las cajas cuando un grupo de soldados los vieron. Las balas golpearon la pared detrás de él, el sonido tranquilo en comparación con el zumbido de los Aerodeslizadores emergentes. Él llegó a las cajas y sacó el arco de su espalda.

—¡Tenemos que seguir adelante! —gritó. No podían darle a los soldados una oportunidad para organizarse.

Aria sacó su cuchillo mientras corrían por el pasillo estrecho.

Cuando salieron por el otro lado, él vio a un grupo de soldados interponiéndose entre ellos y la entrada. Tres hombres. Dos habían sacado sus armas; el otro miró a su alrededor con confusión. La única manera de que llegara a Talon era al conseguir pasar más allá de ellos.

Perry disparó mientras corrían. Su flecha alcanzó al primer hombre en el pecho, enviándolo volando hasta el suelo. Ráfagas de rojo pasaron delante de él cuando los Guardianes dispararon en respuesta. Las cajas de acero detrás de él resonaron con fuerza. Disparó al segundo hombre, pero no fue suficiente. Aria se adelantó. Ella arrojó el cuchillo al tercer hombre, golpeándolo en el estómago. El hombre se tambaleó hacia atrás, disparando su pistola.

—¡Aria!

El corazón de Perry se detuvo cuando la vio caer al suelo. Puso una flecha limpiamente a través del hombre que le había disparado. Luego corrió hacia ella, agarrándola por la cintura y recogiendo del suelo. Ella sostuvo su brazo mientras corrían, la sangre corriendo a través de sus dedos. Perry la empujó con él, inclinándose hasta el suelo para tomar una pistola que había caído de uno de los soldados caídos. Al otro lado del hangar, personas gritaron en confusión cuando una alarma sonó.

Más soldados abrieron fuego contra ellos, pero Perry notó que la mayoría apenas se detuvieron en sus esfuerzos de evacuación. El dedo de Perry encontró el gatillo. Disparó una y otra vez, una parte distante de su mente sorprendida por la facilidad y la velocidad del arma.

Con cada paso que daba, Aria apoyaba más de su peso en él. Echaron a correr por una rampa y en la cámara de esclusa de aire a medida que la gente gritaba detrás de él, sus voces desvaneciéndose dentro y fuera de las alarmas. Se metió en los controles de la puerta. Esta se deslizó abierta, revelando soldados aturcidos en el otro lado.

Perry pasó junto a ellos en un pasillo ancho y curvo, el sonido de la alarma

retrocediendo detrás de él. No sabía a dónde iba. Sólo sabía que tenía que encontrar seguridad. Cuidar de ella.

Buscar a Talon.

Aria se detuvo de repente.

—¡Aquí! —Ella presionó sus dedos en el panel de control de la puerta, la abrió, y se precipitaron en el interior.

CAPÍTULO 40

Aria

Aria cayó de espaldas contra la pared. Los mareos la arrollaron en oleadas. Tenía que recuperar el aliento. Su corazón latía demasiado rápido.

Necesitaba ir más despacio.

Perry se paró por la puerta, escuchando los sonidos del pasillo. Aria tuvo el fugaz pensamiento que parecía cómodo con el arma en la mano, como si la hubiese usado por años en vez de minutos. Los disparos de los Guardias crecieron.

—¡Olvídalo! —Escuchó Aria afuera—. Se han ido. —Luego los pasos se desvanecieron.

Perry bajó el arma. La miró con sus cejas fruncidas en preocupación.

—Quédate allí.

Cerró sus ojos. El dolor en su brazo era inmenso, pero su cabeza estaba despejada, a diferencia de cuando había sido envenenada. Extrañamente, la sensación de sangre corriendo por su brazo y el goteo de sus dedos le molestaba más.

Podía trabajar con dolor, pero perder sangre la haría débil y lenta.

La habitación era un depósito de suministro para evacuaciones de emergencia. Había aprendido de almacenes como este Compartimiento de simulacros de seguridad.

Armarios metálicos corrían a lo largo en filas. En ellos vio trajes de seguridad. Máscaras de oxígeno. Extintores de incendios. Suministros de primeros auxilios. Perry corrió al más cercano, trayendo de vuelta una caja de metal. Se puso de rodillas y la abrió.

—Debe haber un tubo azul —dijo ella, mediante jadeos—, para dejar de sangrar.

Él rebuscó por ella, sacando el tubo y un vendaje.

—Mírame —dijo, poniéndose derecho—. Justo a mis ojos.

Él retiró la mano de la herida. Aria contuvo el aliento ante la ráfaga de dolor que se disparó por su brazo. La habían golpeado en su bíceps, pero extrañamente, el peor dolor estaba en sus manos. Los músculos de sus piernas empezaron a

temblar.

—Tranquila —dijo Perry—. Sólo sigue respirando, tranquila y lentamente.

—¿Está mi brazo allí todavía? —preguntó ella.

—Todavía allí. —Sus labios pusieron una pequeña sonrisa, pero vio la preocupación detrás de ella—. Cuando sane, va a emparejar perfectamente con mi mano.

Con firmes, eficientes movimientos, aplicó el coagulante y luego envolvió el vendaje alrededor del brazo.

Aria mantuvo su mirada en su cara. En la barba rubia a través de su mandíbula, y la curva de su nariz. Podía mirarlo para siempre. Podía pasarse la vida mirándolo sólo parpadear y respirar cerca de ella.

Sus ojos se pusieron borrosos, y no estaba segura de si era por el dolor o por el alivio de estar de nuevo con él. Traía con él un sentido de que todo era como debía. Se sentía así cada momento que pasaba con él. Incluso los incorrectos. Incluso los más dolorosos, como ahora.

Las manos de Perry se detuvieron. Levantó la vista, y su mirada le dijo todo. Él también lo sintió. Un temblor vibraba a través de las suelas de sus botas, y luego sacudió los armarios. El sonido retumbante se levantaba. Siguió su camino, creciendo más y más fuerte. Las luces se apagaron. Aria busco en la oscuridad, el pánico creciendo dentro de ella. Una luz roja de emergencia sobre la puerta palpito un par de veces y se encendió, manteniéndose estable. Poco a poco, el ruido se desvaneció.

—Este lugar se está viniendo abajo —dijo Perry, atando el vendaje.

Ella asintió.

—El corredor rodea el Panop. Si nos mantenemos en él, deberíamos encontrar la puerta de acceso. —Se alejó de la pared. El sangrado había disminuido, pero todavía se sentía mareada.

Perry se asomó por la puerta. El corredor había caído en la oscuridad, iluminado sólo por las luces de emergencia cada veinte pasos.

—Mantente cerca de mí.

Corrieron por el pasillo redondo juntos, el ulular de las alarmas de incendio resonaba en las paredes de cemento y llenaban sus oídos. Aria olía a humo, y la temperatura se disparó. El fuego se había movido dentro del Compartimiento. Su fuerza estaba agotándose rápidamente, igual como había temido. Se sentía como si estuviera corriendo bajo el agua.

—Aquí —dijo, parándose en unas amplias puertas dobles macadas con PANOPTICON—. Aquí es donde Hess los encerró. —Presionó el tablero de control cerca de ella. ACCESO DENEGADO apareció en la pantalla. Trató de nuevo, golpeando el tablero con rabia. No podían estar tan cerca y no entrar.

No escuchó los soldados de Reverie rodeando la curva hacia ellos. Las alarmas se habían tragado los sonidos de su acercamiento. Pero Perry los vio.

Entrecortadas ráfagas luminosas explotaron junto a ella mientras les disparaba. Al final del pasillo, los Guardias cayeron. Perry comenzó a correr, cubriendo la distancia a los soldados con un aumento escandaloso de velocidad. Alzó a uno de los Guardias de la tierra por el cuello y volvió con el hombre que luchaba, quien había recibido un disparo en la pierna.

—Abre la puerta —ordenó, manteniendo al Guardia en frente del tablero.

—¡No!

El hombre torció el cuerpo para desengancharse. En un instante, Aria vio el rostro de su madre. Sin vida, como la vio la última vez. No podía fallar otra vez. Talon estaba allí. Miles de personas morirían si no podían entrar. Con su brazo bueno, sacó su cuchillo y cortó un lado de la cara del Guardián. Lo agarró por el mentón, el acero de la cuchilla rozando contra el hueso.

—¡Llévanos allí!

El hombre gritó y se echó hacia atrás. Luego apretó desesperadamente en el panel, introduciendo un código de acceso y rogó que lo dejaran ir. Las puertas se abrieron, revelando un largo pasillo.

Corrió, con los pies golpeando el piso resbaladizo, y se quedó inmóvil mientras se acercaba al otro lado, dentro de Panop. En su casa. La absorbió instantáneamente, sintiéndose como una extraña. Subiendo en un perfecto espiral alrededor del atrio central estaban los cuarenta niveles en los que había dormido, comido, asistido a la escuela, y fraccionado en los Reinos.

Se veía más grande, más sombrío de lo que recordaba.

El color gris, que antes parecía casi invisible para ella, ahora la golpeaba sin vida, ahogándose en su frialdad.

¿Cómo había sido feliz alguna vez aquí?

Luego sus ojos se movieron más allá de todo lo familiar y se aferró a lo que estaba mal.

El humo cayendo desde los niveles más altos. Los pedazos de concreto desmoronándose, cayendo a donde ella y Perry estaban. Destellos de gente

corriendo o persiguiéndose unos a otros. Los gritos de terror, apareciendo y desapareciendo con el estruendo de las alarmas de incendio. Más difícil de creer eran los grupos de personas sentadas en los salones socializando normalmente, como si nada inusual estuviera sucediendo.

Aria vio a alguien de cabello negro corto como Pixie y corrió.

Pixie se sobresaltó cuando ella corrió, parpadeando con confusión.

—¿Aria? —Una sonrisa apareció por su rostro—. ¡Es bueno verte! Soren nos dijo que estabas viva, pero pensé que sólo estaba actuando raro de nuevo.

—¡Reverie se está cayendo! Necesitas salir de aquí, Pixie. ¡Tienes que irte!

—¿Irme a dónde?

—¡Al exterior!

Pixie negó con la cabeza, el miedo apareciendo sobre sus gestos.

—Oh, no... no voy *allí*. Hess nos dijo que permaneciéramos aquí y disfrutáramos de los Reinos. Está arreglando todo. —Sonrió—. Siéntate Aria. ¿Has visto el Reino Atlantis? Los jardines de algas marinas son los mejores esta época del año.

—Nos estamos quedando sin tiempo, Aria —dijo Perry a su lado.

Pixie pareció notarlo por primera vez.

—¿Quién es él?

—Necesitamos encontrar a Soren —dijo Aria rápidamente—. ¿Puedes enviarle un mensaje por mí?

—Seguro, lo haré ya. Pero no está lejos. En el salón sur.

Aria se volteó hacia Perry.

—¡Por aquí!

Mientras corría hasta el otro extremo del atrio. Una explosión sacudió el aire y la tambaleó. Pedazos de concreto cayeron alrededor de ellos, desintegrándose mientras golpeaban el piso. Cubrió su cabeza, el miedo haciéndola avanzar.

La única solución, su única esperanza de sobrevivir, era salir de aquí.

Más adelante, vio a un grupo corriendo hacia ella. Vio una cara conocida, y luego varias más. Tenía ganas de llorar al verlos. Caleb estaba allí, con los ojos muy abiertos y sin poder creerlo. Rune y Júpiter, corriendo juntos. Vio a Soren en el centro de la manada, y entonces el muchacho a su lado.

Perry se separó de su lado. Cubrió la distancia en pasos largos y poderosos y

arrolló a Talon en sus brazos. Por encima del hombro de Perry, alcanzó a ver la sonrisa de Talon antes de que enterrara su rostro en el cuello de Perry.

Había esperado durante meses para ver este espectáculo.

Quería saborearlo, aunque fuera por un instante, pero Soren avanzó hacia ella con rapidez, con la mirada puesta en ella.

—Te tomó mucho tiempo —dijo—. Mantuve mi parte del trato. Ahora tú mantén el tuyo.

CAPÍTULO 41

Peregrine

—Estoy bien. De verdad, estoy bien —dijo Talon. Perry lo abrazó tan fuerte como pudo sin hacerle daño—. Tío Perry, tenemos que irnos.

Perry lo dejó y tomó su pequeña mano. Se fijó en la cara de su sobrino. Talon estaba sano. Y *aquí*.

La hermana menor de Brooke, Clara, corrió y se abrazó a su pierna. Su rostro estaba rojo, y estaba llorando. Perry se arrodilló.

—Está bien, Clara. Voy a llevarlos a ambos a casa. Necesito que tú y Talon se tomen de las manos. No se suelten, y manténganse cerca. Justo a mi lado.

Clara pasó una manga sobre su cara, limpiando las lágrimas y asintió. Perry se enderezó. Aria se quedó con Soren, el Habitante con el que había luchado meses atrás. Decenas de personas tuvieron que correr con él. Estaban alerta y aterrados, a diferencia de las personas que había visto hace unos momentos. Notó que no llevaban Smarteyes.

—¿Trajiste al *Salvaje*? —dijo Soren.

Al otro lado del atrio, una ráfaga repentina de llamas se arrojó desde un pasillo. Un segundo después, la ola de calor le golpeó.

—Necesitamos movernos, Aria. ¡Ahora!

—El hangar de transporte —dijo ella—. ¡Por aquí!

Corrieron hacia la puerta de Panop, Soren y su grupo siguiéndolos. Aria gritaba mientras corría, gritando a cualquier que escuchara para dejar Reverie, pero el repiqueteo de alarmas de incendio y el trueno del hormigón rompiéndose se tragó incluso su voz. Las personas sentadas en agrupaciones en la planta baja no se movieron. Se quedaron con el rostro en blanco, ajenos al caos a su alrededor. Aria se detuvo en frente de la chica con la que había hablado antes y la agarró de los hombros.

—¡Pixie, tienes que salir de aquí ahora! —gritó. Esta vez la chica no respondió en absoluto. Se quedó mirando hacia adelante, sin respuesta. Aria se volvió hacia Soren—. ¿Qué pasa con ellos? ¿Es DLS?

—Es así. La está abandonando para el exterior. Es todo —respondió Soren.

—¿No puedes apagar sus Smarteyes? —preguntó ella con desesperación.

—¡Lo he intentado! —dijo Soren—. Tienen que hacerlo ellos mismos. No hay manera de pasar a través de ellos. Están asustados. Esto es todo lo que han conocido jamás. Hice todo lo que pude.

Un sonido de explosión llenó los oídos de Perry.

—Aria, tenemos que irnos.

Ella negó con la cabeza, con lágrimas derramándose de sus ojos.

—No puedo hacer esto. No puedo dejarlos.

Perry dio un paso hacia ella, tomando su rostro en sus manos.

—Tienes que hacerlo. No voy irme de aquí sin ti.

Sintió la verdad de sus palabras establecerse como el frío sobre él. Haría cualquier cosa para cambiarlo. Daría cualquier cosa. Pero no importa lo que hicieran, no podían salvar a todos.

—Ven conmigo —dijo él—. Por favor, Aria. Es hora de irse.

Ella levantó la vista, su mirada moviéndose lentamente a través del Compartimento desmoronándose.

—Lo siento... lo siento —dijo ella. Él puso su brazo alrededor de ella, su corazón rompiéndose por ella. Por todas las personas inocentes que merecían vivir, pero no lo harían. Juntos corrieron hacia la salida, dejando Panop detrás.

Corrieron de vuelta por los pasillos exteriores, dirigiendo al grupo de Habitantes. Humo negro vertiéndose en los conductos de aire, y las luces rojas de emergencia pulsaron lentamente, tartamudeando en un segundo, frente a unos cuantos más. Perry llevaba la cuenta de Talon y Clara, pero Aria lo preocupaba más. Ella sostenía su brazo cerca y estaba luchando para mantener el ritmo.

Llegaron al hangar de transporte y se precipitaron al interior. Parecía abandonado, nada como el cubo lleno que Perry había visto antes. No veía ningún soldado, y solo un puñado de Aerodeslizadores restantes.

—¿Puedes pilotear alguno de estos? —preguntó Aria a Soren. El color había desaparecido de su rostro.

—Puedo en los Reinos —dijo Soren—. Estos son *reales*.

Las personas corrían alrededor de ellos. A través de la abertura amplia en el otro extremo, el desierto todavía brillaba con todo el poder de la tormenta.

—Hazlo —dijo Perry. Él y Aria apenas habían sobrevivido al viaje allí. No

veía la manera de liderar docenas de personas asustadas, Habitantes que nunca habían puesto un pie fuera, en la ira de una tormenta de Éter.

Soren cambió hacia él.

—¡No recibo órdenes de ti!

—¡Entonces recíbelas de mí! —gritó Aria—. ¡Muévete, Soren! ¡No hay tiempo!

—No hay forma en que esto funcione —dijo Soren, pero corrió a uno de los Aerodeslizadores.

La nave era inmensa de cerca, el material del cuerpo sin costura y azul pálido, con el brillo de una perla. Perry agarró las manos de Talon y Clara, tirando de ellas hacia la rampa.

El interior de la cabina era un tubo amplio y sin ventanas. A un lado, a través de una pequeña puerta, vio la cabina del piloto. El otro extremo estaba repleto de cajas metálicas. Una nave de suministro, se dio cuenta, aunque una que solo había estado parcialmente cargada. El centro de la bodega donde se encontraba estaba vacío, pero rápidamente se llenó de gente.

—Acomódense por todo el camino —les indicó Aria—. Aférrense a algo, si pueden.

Él se dio cuenta que los Habitantes usaban las mismas ropas grises que Aria tenía cuando la vio por primera vez esa noche en Ag 6. Estaban demasiado delgados y con los ojos muy abiertos, y aunque no podía oler sus temperamentos a través del humo, sus reacciones ante él eran evidentes, claro en sus rostros aturdidos.

Se miró a sí mismo. Tenía sangre y hollín cubriendo sus ropas maltratadas, y una pistola en la mano. Además de eso, sabía que parecería duro y salvaje a los ojos de ellos, así como ellos parecían dóciles y aterrorizados para él.

No estaba siendo de ninguna ayuda al estar ahí.

—Aquí —le dijo a Talon y Clara, haciéndolos pasar a la cabina.

Se golpeó la cabeza contra la puerta mientras entraba y se acordó de Roar, quien habría hecho un chiste. Quien debería estar allí. Quien Perry había tratado muy temprano. No podía creer que hubiera cuestionado la lealtad de Roar. De repente, se acordó de Liv. El aire salió corriendo de sus pulmones y su estómago se retorció. En algún momento podría pensar en su hermana y terminar sobre sus rodillas, pero no ahora. No podía ahora.

La cabina era pequeña y sombría, no más grande que la habitación de Vale,

con una ventada redonda que se curvaba a lo largo de la parte frontal. Perry vio la salida en el otro extremo del hangar. En el exterior, espeso humo negro brillaba con Éter, ocultando el desierto.

Soren se sentó en uno de los dos asientos de los pilotos, maldiciendo mientras movía un grupo de controles. Debe haber sentido la atención de Perry, porque miró hacia atrás, el odio en sus ojos.

—No lo he olvidado, Salvaje.

La mirada de Perry fue hacia la cicatriz en la barbilla de Soren.

—Entonces recuerdas el resultado.

—No te tengo miedo.

Una pequeña voz habló junto a Perry.

—Soren, él es mi tío.

Soren miró a Talon, su expresión suavizándose. Luego se volvió hacia los controles.

Perry miró a su sobrino, sorprendido de la influencia que tenía sobre Soren. ¿Cómo había pasado eso? Escondió el arma en un estante junto a un puñado de otras armas, y Talon y Clara se sentaron contra la pared del fondo. Luego se agachó, estudiando el rostro de su sobrino.

—¿Estás bien?

Talon asintió, sonriendo cansadamente. Perry vio el rastro de Vale en sus profundos ojos verdes, y notó que sus dientes delanteros habían crecido. De repente sintió todos los meses que habían perdido, y el pleno peso de su responsabilidad. Talon era suyo ahora.

Se enderezó mientras los motores zumbaban a la vida. El panel enfrente de Soren se encendió, el resto de la cabina dejándose caer en la oscuridad.

—¡Adelante! —gritó Soren.

Un murmullo de alarma vino de la gente en la cabina principal. Aria se deslizó a través de la puerta al lado de Perry, entrando en la cabina del piloto justo cuando el Aerodeslizador se levantó con una sacudida. Él la agarró por la cintura, capturándola cuando tropezó. La nave se lanzó hacia adelante, empujando a Aria de nuevo contra su pecho. Cerró sus brazos alrededor de ella, abrazándola firmemente mientras las paredes del hangar pasaban borrosas, el Aerodeslizador ganando velocidad por segundos. Se dispararon hacia afuera y se sumieron en el humo. Perry no podía ver nada a través de la ventana, pero notó que Soren

navegaba por la pantalla de la consola frente a él.

En segundos rompieron en el aire claro, y miró con asombro más allá de las rayas de tierra. Había tomado su nombre de un halcón, pero nunca en su vida hubiera pensado que volaría. Embudos se fijaban en el suelo a través del desierto, pero eran menos ahora. La pálida luz de la propagación del amanecer a través del cielo, suavizando el resplandor del Éter. Sintió el peso de Aria relajarse contra él. Porque podía, descansó la barbilla sobre la parte superior de su cabeza.

Mientras el Aerodeslizador se dirigía al oeste, ajustando su curso, Perry reconoció la flota de Hess, un rastro de luces en movimiento a través del valle a lo lejos. Reconoció la forma de la nave inmensa que había visto antes. Reverie apareció a la siguiente vista, en ruinas, consumida por el humo.

Aria miró, silenciosa en sus brazos. La mirada de él se arrastró por la curva de su hombro, la pendiente de su mejilla. El oscuro aleteo de sus pestañas cuando parpadeaba. Su corazón se llenó de dolor. Suya. Suyo. Entendía exactamente lo que ella sentía. Él había perdido su hogar también.

—Cuando estés lista, Aria, quizás podrías decirme a dónde voy.

Las manos de Perry se cerraron en puños ante el tono de Soren. Aria se volvió y miró hacia él en pregunta. El vendaje en su brazo estaba empapado de sangre completamente. Necesitaría atención médica, y pronto.

—Los Tides —dijo él, sugiriéndolo y sabiendo que se sentía bien. Tenía mucho refugio que ofrecer. Y después de lo que había visto, tenía la sensación de que los Habitantes se adaptarían a la cueva más rápido que la tribu.

Los ojos grises de Aria brillaron en la cabina oscura.

—Las cajas en la parte trasera están cargadas de suministros. Alimentos. Armas. Medicina.

Él asintió. Era una decisión simple. Una alianza obvia. Eran más fuertes juntos. *Y esta vez, pensó él, los Habitantes serían bienvenidos.* Perry miró a Soren. La mayoría de ellos lo estaría, al menos.

—Hacia el noroeste —dijo Aria—. Más allá de ese rango de colinas.

Soren ajustó el control de dirección, apuntando la nave hacia el Valle de los Tide. Perry miró, ansioso por llevar finalmente a Talon a casa, a la tribu. Los ojos de su sobrino fueron a la deriva hasta cerrarse. A su lado, Clara dormía.

Aria tomó su mano, llevándolo al asiento del piloto. Perry se sentó y tiró de ella hacia su regazo. Ella se volvió y se acurrucó contra él, descansado su frente contra su mejilla, y por un momento él tenía todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 42

Aria

—¿Estás tratando de hacerme dormir? —Soren la miró desde el otro asiento. La luz de los controles hizo que su rostro se viera más nítido. Más cruel. Más como el de su padre. La mirada de Soren se trasladó a Perry—. Porque eso es repugnante.

El brazo de Aria palpitaba con dolor, y sus ojos quemaban por el humo y el cansancio. Quería cerrarlos y desvanecerse en la inconsciencia, pero iban a alcanzar los Tides pronto. Tenía que mantener la concentración.

Detrás de ella, oyó el murmullo de los demás en la cabina. Caleb estaba allí atrás. Ni siquiera había tenido la oportunidad de hablar con él todavía. Rune y Jupiter también estaban allí, y docenas de otros, cada uno de ellos asustados.

La necesitan. Los había sacado de Reverie. Ella sabía cómo sobrevivir en el exterior.

Necesitarían su orientación. Era su responsabilidad velar por ellos ahora.

Perry apartó el cabello sobre su hombro y le susurró en su oído:

—Descansa. No hagas caso de él.

El sonido de su voz, profunda y pausada, viajó a través de ella, asentando calidez en su estómago.

Ella levantó la cabeza. Perry la miró, su rostro demacrado por la preocupación. Pasó los dedos por el suave relieve en su mandíbula y luego los enterró en su cabello, con ganas de sentir todas las texturas de él.

—Si no te gusta lo que ves, Soren, entonces no veas.

Ella vio el destello de la sonrisa de Perry justo antes de que sus labios se encontraran. Su beso fue suave y lento, lleno de significado. Se habían apresurado a través de cada momento desde que él la había encontrado en el bosque. Cuando habían estado en los Tides. En la carrera a Reverie. Ahora por fin tenían un momento juntos, sin ocultarse o correr. Había tantas cosas que quería decir. Tanto que quería que él supiera.

La mano de Perry se posó en su cadera, su agarre firme. Sintió su beso cambiar a algo más profundo, mientras su boca se movía con más urgencia sobre la de ella. De repente hubo verdadero calor entre ellos, y tuvo que obligarse a

apartarse.

Cuando lo hizo, una maldición suave se deslizó a través de los labios de Perry. Tenía los ojos entrecerrados y desenfocados. Se veía tan sobrecogido como ella se sentía.

Aria se inclinó a su oído.

—Vamos a retomarlo cuando estemos solos.

Él se echó a reír.

—Mejor que sea pronto. —Él le tomó la cara entre las manos y la atrajo hacia sí para que sus frentes se tocaran. El cabello de Aria cayó hacia adelante, haciendo una pared, un espacio que era sólo suyo. Tan cerca, lo único que podía ver eran sus ojos. Eran radiantes, brillantes como monedas debajo del agua.

—Me rompiste por la mitad cuando te fuiste —susurró.

Ella sabía que lo había hecho. Lo supo entonces, cuando lo había hecho.

—Estaba tratando de protegerte.

—Lo sé. —Él exhaló, su aliento suave en su cara—. Sé que lo estabas. —Él pasó el dorso de sus dedos sobre su mejilla—. Quiero decirte algo. —Sonrió, pero la mirada en sus ojos era suave y tentadora.

—¿En serio?

Él asintió.

—He estado queriendo decírtelo por un tiempo. Pero voy a esperar hasta más tarde. Cuando estemos solos.

Aria se rió.

—Mejor que sea pronto. —Se recostó contra su pecho y no pudo recordar haberse sentido más segura de lo que en ese entonces.

En el exterior, las colinas pasaban borrosas. Ella se sorprendió por lo lejos que habían ido. Habían alcanzado los Tides pronto.

—Juro que casi me enfermo —murmuró Soren.

Aria recordó su último intercambio apresurado a través del Smarteye.

—¿Qué? —dijo Soren, frunciendo el ceño hacia ella—. ¿Por qué me miras de esa manera?

—Dijiste que sabías dónde estaba el Perpetuo Azul. —Su conexión había sido cortada, justo antes de que pudiera decirle.

Soren sonrió.

—Así es, lo sé. Vi todo lo que Sable y mi padre hablaron. Pero no voy a decir nada delante del Salvaje.

Los brazos de Perry se tensaron alrededor de ella.

—Llámame así de nuevo, Habitante, y va a ser la última cosa que digas. —Movi6 su espalda, relajándose de nuevo—. Y no hace falta que me digas nada. Sé d6nde est6.

Aria mir6 a Perry. Se movi6 demasiado r6pido, y el dolor se dispar6 por su brazo. Se mordió el interior del labio, esperando que disminuyera.

—¿Sabes d6nde est6 el Perpetuo Azul?

Él asintió.

—Esa flota se dirigía al oeste muerto. S6lo hay una cosa en esa direcci6n.

La comprensi6n la golpe6 antes de que hubiera terminado de hablar.

—Es en el mar —dijo.

Perry hizo un sonido bajo de acuerdo.

—Nunca estuve m6s cerca de él que cuando estaba en casa.

La boca de Soren se torci6 en decepci6n.

—Bueno, no lo sabes todo.

Aria neg6 con la cabeza, no estaba de humor para los juegos de Soren.

—S6lo dilo, Soren. ¿Qu6 averiguaste?

Los labios de Soren se curvaron como si estuviera a punto de decir algo sarc6stico, pero luego se relaj6 su expresi6n.

Cuando respondi6, su voz fue uniforme, y le faltaba su amargura habitual.

—Sable dice que tiene que ir a trav6s de una pared s6lida de Éter antes de llegar a cielo abierto. —Él hizo un bajo sonido desdeñoso en su garganta—. Dice que solo él puede hacerlo, pero es una mentira. Ninguna nave puede hacer eso.

Ninguna nave podía, pens6 Aria, pero no había otra manera. Habló al mismo tiempo que Perry lo hizo.

—Cinder.

CAPÍTULO 43

Peregrine

El Aerodeslizador pasó el recinto de los Tide y se deslizó hacia el norte a lo largo de la costa. Soren tuvo que llevarlos sobre el océano abierto para alcanzar la cala protegida afuera de la cueva, el acantilado demasiado empinado para sortear. Perry notó que el viaje era más irregular sobre el agua. Mientras Aria dormitaba en sus brazos, él miraba al frente hacia el horizonte y sintió un arrebato de esperanza. No tenían a Cinder, o la posibilidad que Hess y Sable tendrían juntos, pero el Perpetuo Azul estaba en algún lugar en el mar, y nadie conocía el mar como los Tides lo hacían. El océano era su territorio.

Talon y Clara despertaron mientras el Aerodeslizador bajaba a la playa. Perry tenía una explicación lista del por qué necesitaron dejar el recinto, pero al ver las enormes sonrisas en sus rostros, él decidió que lo explicaría después.

—Dime que no acabo de aterrizar en frente de una cueva —dijo Soren.

Aria se removió en los brazos de Perry. Lentamente estiró sus piernas y se levantó de su regazo.

—Podemos deshacernos de él en cualquier momento.

—Deseo que no estuvieras bromeando —dijo Perry.

Ya extrañaba el sentir su peso contra él.

Soren empujó la consola de manejo lejos y se paró.

—Ese es un tipo de gratitud por salvar sus vidas. Ambos son bienvenidos, por cierto.

Aria sonrió. Sostuvo su brazo estirado para ayudar a Perry a levantarse, su brazo herido metido contra su lado.

—¿Quién dijo que estaba bromeando?

Perry se levantó y la siguió a la cabina principal, ignorando los jadeos de los Habitantes reunidos allí. Apoyando su mano en el hombro de Talon, se paró al lado de Aria mientras ella presionaba un control junto a la puerta. La trampilla se abrió con una ráfaga de aire que cargó el sonido de las olas, bajando a la arena.

En la luz de la luna, él vio los Tides salir a raudales de la cueva, haciendo fila a lo largo de la playa. Miraron boquiabiertos la nave, atrapados entre incredulidad

y pánico. Detrás de ellos, docenas de Habitantes miraban fijamente el mundo exterior, su miedo palpable, lo suficientemente fuerte para oler aún con su nariz embotada por el humo.

Perry encontró a Marron y Reef. Bear y Molly. Su mirada se movió pasando por los hermanos, Hyde, Hayden, y Strag. Pasando a Willow y Brooke. Buscando a Roar y Twig.

El arrepentimiento lo golpeó cuando se dio cuenta de que ninguno de ellos estaba allí. Tenía que encontrarlos, y a Cinder, pero primero él y Aria tenían que instalar a los Habitantes en su hogar temporal.

Flea trotó hasta el final de la rampa, quejándose a la vista de Talon y moviendo su cola. Moviendo todo su cuerpo. Talon levantó su mirada, sus ojos verdes brillando con entusiasmo.

—¿Puedo ir?

—Claro —dijo Perry, y lo observó correr por la rampa con Clara.

Talon no llegó lejos antes de que Flea saltara sobre él, botándolo a la arena. Clara salió disparada junto a ellos y saltó a los brazos de Brooke.

La tribu se acercó rápidamente, rodeándolos, hasta que Perry los perdió a ambos de vista.

Él miró a Aria a su lado. Había tantos problemas que resolver todavía, pero habían traído a Talon y a Clara a casa, y rescataron a quien pudieron de Reverie. Era un buen comienzo.

Necesitarían formar una nueva tribu ahora, y encontrar el Perpetuo Azul.

Perry estiró su mano, recordando su acercamiento a los Tides con ella semanas antes. Su incómodo silencio y la distancia que habían puesto entre ellos. Habían tomado su mayor fuerza y la habían escondido como una debilidad.

—¿Intentamos esto de nuevo? —preguntó él.

Aria sonrió.

—De la manera correcta —dijo ella, y entrelazó sus dedos con los de él—. Juntos.

Fin

SOBRE EL AUTOR



Veronica Rossi nació en Río de Janeiro, Brasil. Al crecer, vivió en varios países y ciudades de todo el mundo, estableciéndose finalmente en el norte de California con su esposo y sus dos hijos.

Realizó estudios de licenciatura en UCLA y luego se fue a estudiar en el California College of the Arts en San Francisco.

Cuando no está escribiendo o pintando, persigue a sus hijos, que la hacen reír todos los días, y que le enseñan que el amor es un millón de veces más grande que el océano.

Under the Never Sky es su primer novela y los derechos cinematográficos han sido adquiridos por *Warner Bros.*

P. Oficial: <http://www.veronicarossi.com/>

CREDITOS

Staff de Traducción

Foro Bookzinga

<http://www.bookzingaforo.com>

Moderador:

Yoss & Mari NC

Traducción:

Yoss, Sweet Nemesis, carmen170796, Jo, Auroo_J, otravaga, LaaLa STark, NayeliR,
Maru Belikov, Vannia, Mari NC, Dai, Xhessii, nanami27, Simoriah, LizC

Corrección:

Nanis, Akanet, Caamille, Deyanira, Jo, Samylinda, Silvery

Recopilación & Revisión:

Nanis

Diseño de PDF:

Yoss

Staff de ePUB

Adictaxic Blogspot

<http://adictaxic.blogspot.com>

Creación de ePUB:

jm230780

